

ALFAGUARA

Un libro extraordinario, espléndidamente escrito.
GUILLERMO CABRERA INFANTE

Este libro de Jorge Edwards es uno de los clásicos verdaderamente vibrantes de la literatura latinoamericana moderna... Puede ser leído como testimonio y también como obra de ficción... Su lenguaje es una amalgama de las virtudes más difíciles: la transparencia con la inteligencia, la penetración más incisiva con una sonrisa...

OCTAVIO PAZ

Un testimonio honesto y valiente. Jorge Edwards fue el primer escritor extranjero importante en notar que algo había ido irrevocablemente mal en la Revolución cubana. En un tiempo en el que la mayoría de los intelectuales, desde Sartre hasta Susan Sontag, todavía estaban embelesados con el carisma de Castro, él simplemente dijo la verdad. Nunca es demasiado tarde para la verdad, especialmente cuando se la dice con la inteligencia y el ingenio de Edwards.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Este libro, publicado por primera vez en 1973, no sólo concitó el interés mundial, sino que además se hizo acreedor de una doble censura:

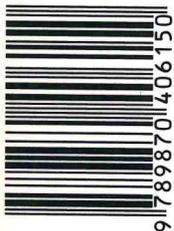
Persona non grata fue proscrito tanto por la izquierda como por la derecha. A más de treinta años de esa primera edición, la obra mantiene su vigencia y constituye un documento indispensable para el conocimiento de la realidad latinoamericana.

Persona non grata Jorge Edwards ALFAGUARA

ALFAGUARA

Jorge Edwards

Persona non grata



Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

Avda. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 114) 119 50 00
Fax (54 114) 912 74 40

Bolivia

Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 44 11 22
Fax (591 2) 44 22 08

Chile

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

Calle 80, 10-23
Bogotá
Tel. (57 1) 635 12 00
Fax (57 1) 236 93 82

Costa Rica

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 m al
Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 220 42 42 y 220 47 70
Fax (506) 220 13 20

Ecuador

Avda. Eloy Alfaro, 33-3470 y Avda. 6 de
Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56 y 244 21 54
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlan - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

2105 N.W. 86th Avenue
Doral, FL. 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

7ª Avda. 11-11
Zona 9
Guatemala C.A.
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 43

Honduras

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlan
Boulevard Juan Pablo, frente al Templo
Adventista 7º Día, Casa 1626
Tegucigalpa
Tel. (504) 239 98 84

México

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

Avda. Juan Pablo II, n°15. Apartado Postal
863199, zona 7. Urbanización Industrial
La Locería - Ciudad de Panamá
Tel. (507) 260 09 45

Paraguay

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

Avda. Primavera 2160
Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 4000
Fax. (51 1) 313 4001

Puerto Rico

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Puerto Rico
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 782 61 49

República Dominicana

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82 y 221 08 70
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

Constitución, 1889
11800 Montevideo
Tel. (598 2) 402 73 42 y 402 72 71
Fax (598 2) 401 51 86

Venezuela

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º - Sector Monte Cristo
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

ALFAGUARA

Jorge Edwards

Persona non grata

ALFAGUARA

© 2006, Jorge Edwards
© Aguilar Chilena de Ediciones S.A., 2006
© De esta edición:
Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A., de Ediciones, 2006
Av. Leando N. Alem 720, (1001) Ciudad de Buenos Aires
www.alfaguara.com.ar

ISBN-10: 987-04-0615-7
ISBN-13: 978-987-04-0615-0

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Primera edición: diciembre de 2006

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Portada: Paula Montero

Fotografía de portada:
Carlos Eguiguren

Primera edición: diciembre 2006

Edwards, Jorge
Persona non grata - 1ª ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, 2006.
384 p. ; 24x15 cm.

ISBN 987-04-0615-7

1. Narrativa Chilena. I. Título
CDD Ch863

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida
ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida
por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso
previo por escrito de la Editorial.

Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	44
Capítulo III	123
Capítulo IV	190
Capítulo V	299
Epílogo	365

*Je ne connais que deux partis, celui
des bons et celui des mauvais citoyens.*

ROBESPIERRE

I

Ya me habían anunciado algo en Santiago, de modo que la llamada telefónica a Lima no me tomó enteramente de sorpresa. Se me pedía, por encargo del Presidente,¹ que viajara dentro de los diez próximos días a La Habana a fin de abrir la primera embajada de Chile después de la ruptura de relaciones. Debía ir a Santiago por un par de días, a fin de recibir instrucciones, y volar en seguida a La Habana vía México.

Después de salir de Cuba me he pasado semanas atando cabos. Mucho de lo que parecía accidental ha encontrado un sentido a menudo siniestro; las piezas de un rompecabezas, que me devuelve una imagen más sombría de la realidad, se han ubicado en forma silenciosa y precisa, en la medida en que los recuerdos obsesivos han realizado su trabajo. Escucho ahora el canto de aquella sirena telefónica, llena de insinuante hipocresía, y comprendo, demasiado tarde, sus propósitos. Al dueño de la voz telefónica le habría costado negarse; debía, en consecuencia, llenar cuanto antes una vacante peligrosa. «Una misión muy corta, mientras llega el embajador, y te vas a París». Además, no era cuestión de negarse a la petición presidencial.

¹ Desde enero de 1970, yo era consejero de la embajada de Chile en Lima. Cuando comienza este relato, en noviembre de ese año, Salvador Allende había asumido la presidencia de la República hacía pocos días.

En Santiago, el Presidente me había confesado que se había opuesto a mi designación. La «gente del Ministerio» había insistido en que yo era la única persona adecuada. Pero la amistad de Cuba con Chile, después de la reanudación de las relaciones diplomáticas, no dependía en absoluto de mi gestión; en cambio, mi trabajo en Perú, al menos durante el período de la instalación del embajador de la Unidad Popular, era más útil.²

Pensé que los eternos funcionarios ministeriales me habían engañado, utilizando la palabra del Presidente de un modo abusivo, pero que la experiencia valía la pena. La experiencia resultó, al fin, más dura de lo que yo, e incluso ellos, posiblemente ellos, esperaban. Pese a que quizás ellos sabían. Y la sirena telefónica, que me hizo caer en los primeros suburbios de la telaraña, sabía definitivamente más. Pero es posible, también, que la experiencia haya valido, en efecto, la pena. Salvo que la caída en el centro abismal de la telaraña, en las fauces devoradoras, no esté aún consumada. Entonces la experiencia no tendría regreso, alternativa que tampoco debo descartar. La razón se encontraría, en ese caso, del lado de los que preferían no haber hecho la experiencia, de los que optaban simplemente por escapar y no saber más del asunto. Pero no pertenezco a esa especie, lo que indica que soy materia disponible para la destrucción, o el suicidio. Salvo que aún no recupere la perspectiva normal. Salvo que el delirio que me hacía imaginar micrófonos, a mi regreso, en el departamento barcelonés de un amigo,

² Durante todo el año 70 se había agitado en el Perú el tema de la guerra con Chile. En Chile era año de elecciones, y muchos pensaban que la CIA se hallaba detrás de la propaganda antichilena del Perú, destinada a impedir, en caso de triunfo de Allende, que la revolución militar izquierdista del general Velasco Alvarado y el Chile de la Unidad Popular formaran un bloque socialista sólido en el Cono Sur.

siga en plena acción, pese a mi sentimiento ilusorio de haberme recobrado... El hecho es que podría especular hasta el infinito. Este libro podría transformarse en un laberinto de ambigüedades mentales. Y más vale entregar la sucesión descarnada de los acontecimientos, aun cuando la posesión del tema conduce a dudar sobre la posibilidad del relato. Más fácil es descubrir el tema en la medida en que el engranaje verbal se desarrolla y en que el ritmo de las palabras cae en un pozo sin fondo, que todo lo traga...

«Me han engañado», me dije, «porque las informaciones sobre la situación cubana no entusiasman a nadie, pero me voy con gusto, aunque consciente de partir víctima de un engaño».

Cuando ya había embarcado en el avión a México, sentía verdadero deseo de encontrarme otra vez en La Habana, después de mi visita de enero y febrero de 1968.³ Sentía curiosidad y exaltación. Las imágenes del viaje anterior se me agolpaban en la memoria. Además, la publicidad periodística que acompañó este segundo viaje, la sensación de gloria local, las atenciones especiales de los empleados de la línea aérea, que me daban trato de embajador, todo contribuía, mediante la vanidad, a infundirme una sensación optimista, como si bruscamente me hubieran arrancado de las limitaciones cotidianas. Mis impresiones deben haber sido similares a las de un tipo que se ha sacado el premio gordo de la lotería. Viajaba sumergido en una inconsciencia somnolienta y dichosa. Las contradicciones entre la sirena telefónica y la voz presidencial

³ En ese período, mientras gozaba de un permiso sin sueldo del Ministerio chileno de Relaciones Exteriores, había viajado a Cuba como escritor, invitado al Congreso Cultural de La Habana como miembro del jurado de los premios literarios anuales de la Casa de las Américas.

eran motivo más que suficiente de reflexión. Algunas advertencias, las insinuaciones burlonas de que mi estada en La Habana no podría ser tan breve como se me había dicho, fueron descartadas como expresión de espíritus tristes, sospechosos de adolecer del vicio universal de la envidia. El optimismo incurable, como de costumbre, se apoderaba de lo que le convenía y descartaba el resto.

Las luces pletóricas, rojizas, de Ciudad de México, estimularon y mantuvieron este ánimo entusiasta. En el frío aeropuerto daban las seis de la madrugada, y la embajada de Cuba, en fila, me esperaba junto al agregado cultural chileno, que no se había ido a dormir al término de una fiesta, en un acto de solidaridad gremial.

El embajador de Cuba en México, un hombre alto, reservado, de expresión inteligente, nos invita, a Burchard⁴ y a mí, a beber una taza de café y una copa de ron en su residencia, antes de mi partida. Junto a la puerta de rejas hay algunos de esos jóvenes atléticos, de pelo corto y mirada dura, que encontré en La Habana a cada paso. Aún no tengo el ojo acostumbrado y no les presto atención.

Tampoco presto mayor atención a las persianas cerradas en pleno día, a la oscuridad fría de la sala, que corresponde bien a la frigididad de las relaciones entre Cuba y México.⁵ El sabor del café denso y del ron traen un anticipo del trópico cubano. Le hablo al embajador de mi primer viaje a su país, a comienzos de 1968, invitado por la Casa de las Américas, y sonrío con una cortesía enigmática. Ahora pienso en lo que ocultaba esa sonrisa: mi invitación en calidad de escritor, es decir, de inte-

⁴ El pintor Pablo Burchard, agregado cultural de la embajada de Chile en México.

⁵ En los momentos en que recién terminaba el régimen de Gustavo Díaz Ordaz y asumía la presidencia Luis Echeverría.

lectual burgués; mi defensa en el concurso de cuentos del libro de José Norberto Fuentes, atacado después de su publicación por la revista del Ejército, *Verde Olivo*; mi amistad con los escritores disidentes...

Las condiciones no podían ser menos auspiciosas para mí, pero ¿quién sabía, en Chile, que la crisis había llegado tan lejos? Todos me anunciaban una recepción imponente, la solución rápida de todas mis dificultades, la entrega de una casa magnífica, que ya debía estar escogida... Más tarde, Mario Monteforte Toledo⁶ me dijo: «Cuando conocí tu nombramiento, pensé que era muy poco oportuno. Nadie menos indicado que un escritor para ser el primer representante diplomático de Chile en La Habana».

En México se sabía más de Cuba que en Santiago. Pero quizás el presidente Allende sabía, o al menos intuía, y su escaso entusiasmo ante mi designación derivaba de ese conocimiento.

El embajador se puso de pie, con su rigidez amable, y nos acompañó a la puerta. Me contaron que dijo, poco después de este encuentro: «La familia Edwards es una familia inmortal: el último embajador de la reacción, antes de la ruptura, era un Edwards. El primer diplomático del gobierno popular, después de la reanudación de relaciones, también se llama Edwards. Es, sin duda, una familia inmortal...».

Desde mi llegada, me encontraría todas las mañanas, en *Granma*, y todas las tardes en *Juventud Rebelde*, con referencias y alusiones al «clan Edwards», al «imperio de los Edwards», centro de la conspiración reaccionaria, etcétera. Esta publicidad suscitaría innumerables preguntas por parte de los cubanos, algunas bromas por la de los

⁶ Escritor y político destacado de Guatemala, radicado en México desde la intervención militar y la caída del régimen reformista de Jacobo Arbenz en su país, en 1954.

diplomáticos occidentales y un silencio impecable por la de los representantes socialistas, que se limitaban a confiar en el enviado del «compañero presidente Allende» y que, sobre todo en el caso de los orientales, me dirigían, por intermedio de sus intérpretes, sus discursos encendidos de entusiasmo y de solidaridad revolucionaria.

Al entrar en el recinto de salida de los pasajeros del aeropuerto de México, creo haber vislumbrado el fognazo de una cámara fotográfica. Si se trataba de controlarme, bastaba con recurrir a los periódicos de Chile y de Cuba. Pero las policías son más eficaces y, a la vez, más estúpidas, con una imperturbable estupidez mecánica, de lo que yo pensaba en aquel momento. Mi pasaporte fue sometido, al igual que los de los otros pasajeros, a una prolongada revisión. En consideración a mi investidura diplomática, se omitió el timbre acusatorio, en grandes letras, *Viajó a Cuba*, así como la ceremonia inútil, pero humillante, útil quizás por su poder de humillación, de la fotografía individual.

Al final de un largo corredor en reparaciones, donde me rebanaban los dedos las cuerdas de un cartón que contenía doce botellas de los mejores vinos de Chile, divisé el Ilushin a turbohélice con los colores de la bandera cubana dibujados en la cola. Fueron Enrique Bello y Rebeca,⁷ a quienes encontré, poco antes de salir al aeropuerto de Pudahuel, en un mercado de Providencia, los que me impulsaron, en medio de un entusiasmo frenético, a comprar ese vino, además de unos atados de cocha-yuyo. Fidel Castro y Nicolás Guillén, según ellos, eran adoradores del cocha-yuyo. En uno de sus típicos arrebatos de generosidad, realizados por la pasión gastronómica, Enrique había escrito en un papel y me había explicado

⁷ Enrique Bello, animador durante largo tiempo de la revista *Pro Arte*, cronista, crítico de pintura, gran amigo, fallecido en Berlín Oriental en el exilio, y Rebeca Yáñez.

apresuradamente la receta, discutiendo los detalles con Rebeca a grito limpio, mientras la cajera, escéptica, nos advertía que había llegado la hora del cierre. Enrique se regocijaba con la sola idea de esa comida de cochayuyos, pero los atados crujientes eran un estorbo excesivo y permanecieron a mitad de camino, en los dominios de Margarita, mi cocinera limeña.

El acento de las azafatas, el ron extraseco «a la roca», la última edición de *Bohemia*, en una de cuyas páginas el encargado de negocios de Chile, apoyado en la barandilla de un balcón del Habana Libre, tres años antes, hacía declaraciones para Prensa Latina, el ejemplar del *Granma* de aquella mañana, la del 7 de diciembre de 1970, me trajeron bruscamente a la memoria los días de ese encargado de negocios antes de serlo, en aquel balcón y frente a aquella ciudad. Los tres años transcurridos habían sido largos, como son todos estos años. Pero sentarse en el Ilushin era suprimir, de una plumada, el tiempo, y regresar a suelo cubano, «primer territorio libre de América», como repetían diferentes voces, en diversas circunstancias, con insistencia inagotable, durante los tres meses y medio que iban a seguir.

Tras sobrevolar unas horas el Caribe, reconocí de pronto, no sin emoción, las palmas y la tierra roja de la isla. El avión se detuvo cerca de otros Ilushin y de uno de los viejos Bristol Britania en que había atravesado el Atlántico dos veces, a comienzos de 1968. Sentí, en aquel momento, la incomodidad de bajar la escalinata en calidad de personaje público, sometido al seguro asedio de los periodistas y a la rueda de los saludos protocolares. Quizás encontraría a algunos de mis amigos de antes, cuya alegría de recibirme como primer enviado de

Chile había sido transmitida por los despachos cablegráficos de Prensa Latina.

No divisar a nadie al pie de la escalinata me produjo una mezcla de alivio y decepción. Adelante, junto ya al edificio del aeropuerto, avanzaba un pequeño grupo. Había acudido a recibir a dos embajadores nórdicos que tenían su residencia en México y llegaban a Cuba por quince días para hacer acto de presencia en un país donde también estaban acreditados y cumplir con alguno de los ritos de la profesión. El grupo entró en un salón que parecía reservado al Protocolo. Pretendí seguirlos, pero en la entrada había una especie de ángel tutelar que me señaló la ruta de los demás mortales.

—¿No es el salón de Protocolo?

—¡Por allá! —señaló el guardián del recinto, estirando un largo brazo en dirección a las salas comunes y sin dignarse darme una respuesta.

—Soy el encargado de negocios de Chile —dije.

El guardián tuvo un segundo de vacilación, como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba, y, cuando vio que yo empezaba a sacar el pasaporte negro con letras doradas de los diplomáticos de mi país, se puso en súbita e intensa actividad. A los dos segundos me encontraba instalado en el salón, frente a un subjefe de Protocolo que daba, con sus modales suaves que me recordaban a los funcionarios de todos los protocolos del mundo, largas explicaciones en las que reconocía que el fallo había sido de ellos, pero que nadie les había avisado, ¡qué lástima, compañero!, si nos preparábamos para darle una recepción extraordinaria, como se la merecía el representante del gobierno popular y hermano de Chile.

Mi viaje había sido comunicado por el Ministerio de Relaciones a la embajada de Chile en México, que

a su vez había puesto sobre aviso a la embajada de Cuba. ¿Olvidó la embajada cubana transmitir la noticia a su gobierno? A su vez, el agente de Prensa Latina en Lima se había comprometido a transmitir la noticia. ¿También hubo negligencia por parte suya? Mientras escuchaba las amables explicaciones del subjefe de Protocolo, que desempeñaba su papel a la perfección, pensé que mi error había consistido en no pedir que el ministerio chileno comunicara mi viaje directamente, por cable, al ministerio cubano. Le di este argumento en su favor al subjefe de Protocolo, puesto que insistía en echarse encima toda la culpa. Desde la otra esquina del salón, los embajadores nórdicos, con quienes no había intercambiado presentaciones, me miraban de reojo, con el leve escepticismo de los viejos diplomáticos europeos y las mejillas rojas de aquellos a quienes los ingleses llaman *strong drinkers*.

Pronto apareció frente al subjefe de Protocolo una bandeja llena de abundantes y espumosos daiquiris. El subjefe no terminaba de disculparse. El director, que se había demorado unos minutos con los embajadores nórdicos, llegó y repitió las explicaciones, pero su estilo era más conciso y directo, nada apegado a las fórmulas diplomáticas tradicionales. Pareció confiar de inmediato en la falta de susceptibilidad que demostré frente al incidente. Dijo que me instalaría en un hotel y que mi situación se arreglaría de inmediato. Él mismo se ocuparía de conducirme en su pequeño automóvil privado, un Volkswagen de color café con leche.

Ahora no creo, por determinadas razones que resulta prematuro explicar en las primeras páginas de este relato, que esta ignorancia de mi llegada fuera real y fortuita. Pero mejor no adelantarse...

Meléndez, el director de Protocolo, me instaló en una *suite* del piso 18 del hotel Habana Riviera. El Habana Riviera era uno de los hoteles de lujo a la norteamericana construido en el barrio de El Vedado en los años de auge turístico que precedieron la caída de Batista. Tenía un cabaret profundo y espacioso, donde se había visto en el pasado a George Raft, a Frank Sinatra, a Hemingway, a toda esa gente, y en los primeros tiempos de la Revolución a algunos de sus dirigentes. Ahora permanecía cerrado en días de trabajo y en los fines de semana recibía una multitud abigarrada y popular, que se ponía sus mejores ropas de fiesta. En otra sala, destinada antes de la Revolución al juego, se bailaba al son de los típicos aires cubanos. Había algo de anticuado, que para mí evocaba la atmósfera de la adolescencia, en esos ritmos de Pérez Prado y en la extraña ausencia del rock o del pop.

En el bar solía divisarse a periodistas extranjeros, expertos, diplomáticos de paso, hombres de negocios, escritores, políticos invitados, junto a algunos habitantes del hotel que habían permanecido anclados después del Congreso Cultural de 1968, desempeñando actividades no demasiado definidas. Había una mesa de jóvenes checos, que bebían fuerte los sábados por la noche y no alternaban con nadie. En otra mesa solía divisarse a Pierre Gollendorf, un fotógrafo a quien había conocido en París por 1964, adoptado por el clan de Violeta Parra.

Supe que el primer ministro disponía de los últimos tres pisos del hotel: el 18, el 19 y el 20. Meléndez me advirtió que esa noche Fidel hablaba al país al término de una Asamblea Plenaria de la Industria Básica, y dijo que me haría subir un aparato de televisión a fin de que pudiera verlo.

Meléndez era un tipo de apariencia despreocupada, atlético, de ojos pequeños, frente escasa, protuberante, y

cabellos cortos. No sé si participó en la lucha contra Batista. Más de una persona creyó necesario advertirme que antes de la Revolución vendía corbatas en los grandes almacenes El Encanto, incendiados después en un acto de sabotaje contrarrevolucionario. Meléndez caminaba con las piernas arqueadas, golpeándose las manos con gestos de boxeador. No recuerdo haberle visto usar camisas de manga larga; las mangas del vestón, al subírsele, mostraban sus brazos regordetes y musculosos.

Sólo habían transcurrido quince minutos cuando dos obreros subieron a mi pieza una enorme caja de cartón que contenía un televisor búlgaro o soviético. La imitación de los televisores occidentales era un poco burda, con algunos toques de franco mal gusto. Pero el aparato funcionó bien, a pesar de su apariencia tosca y de las vacilaciones de los obreros que lo instalaban, que parecían ver ese modelo por primera vez en su vida.

Me puse en mangas de camisa y me preparé un whisky de la botella que había traído en el maletín de mano. Un vientecillo anunciador del invierno disipaba el calor húmedo. El viento era más eficaz, en cualquier caso, que el aparato de aire acondicionado, puesto en marcha por el mozo con cierta ostentación, evocadora de épocas anteriores, y que sólo distribuía débilmente un aire tibio. Después supe que Fidel había utilizado como residencia y cuartel general habitaciones similares en sus primeros días triunfales en La Habana, a comienzos de 1959. Cerca de las ocho y media, su rostro, algo envejecido en relación al que estaba acostumbrado a ver en retratos, ocupó la pantalla...

Los años habían pasado. Desde abril de 1959, en que vi a Fidel de cerca por primera vez, en una sala de la

Universidad de Princeton, once años y medio: la edad exacta de la Revolución. La Revolución joven, y con ella sus líderes, empezaba a envejecer, a perder la frescura y el arrebatado de los primeros tiempos, a madurar. La madurez acarrea, también, su dosis inevitable de deterioro. Incluso desde mi primer viaje a La Habana, en enero de 1968, el cambio era grande. En poco menos de tres años, el rostro de la ciudad y el de Fidel habían sufrido una erosión paralela e implacable. Los muros estaban descascarados; tiras de papel engomado sostenían los vidrios rotos de los edificios; casas abandonadas; escombros que a veces cubrían las aceras y llegaban hasta las calzadas, entorpeciendo el paso; esqueletos de automóviles calcinados... La misma erosión había hundido los ojos en el rostro de Fidel y destacaba los huesos de la mano que, con cierta tensión, con un asomo de vacilación inquieta, antes desconocida, acariciaba la barba o esbozaba el gesto, que permanecía a mitad de camino, de separar o levantar un papel invisible para el espectador.

La realidad se vengaba ferozmente de las ilusiones de la primera etapa, la etapa que podría llamarse espontánea, romántica, y que, junto con despertar las esperanzas de las masas latinoamericanas, había movilizad el entusiasmo de los jóvenes y de los intelectuales de la vieja Europa. Los argumentos para el enemigo estaban tan regalados que yo me permití, semanas más tarde, un mal chiste (contrarrevolucionario): los jefes de la campaña de Alessandri⁸ deberían haber organizado giras turísticas a Cuba... Un mal chiste (contrarrevolucionario) que encebrraba una dosis de verdad. Y sin embargo... Al lado de la

serenidad y de la equilibrada tristeza que acompaña la madurez, cuando se viene de regreso de las euforias juveniles, había una veracidad patética, un orgullo quijotesco, en el acto de mostrar esos muros descascarillados, agrietados, los ostentosos escombros polvorientos que obstruían el paso, el esqueleto carcomido por la sal de los Chevrolet 1950 que un buen día, en plena calle, con un golpe de tuberías o de articulaciones rotas, se habían negado a seguir su camino. La Habana, la conocida prostituta del Caribe en los años cincuenta, se presentaba ahora sin afeites, regenerada, desafiante en su pobreza. Y el mismo Fidel, frente a las cámaras de televisión, mostraba un rostro sin maquillaje, patético en su cansancio, en su preocupación intensa, que no sabía ni quería disimular.

Recordé la escena que me había descrito hacía poco un diplomático nuestro acreditado en Washington. Nixon invitaba a una comida en un inmenso hotel de California para celebrar el primer descenso del hombre en la Luna. Los diplomáticos tuvieron que tomar un avión, vestirse de etiqueta y ubicar su asiento en un comedor gigantesco, de resplandeciente y atiborrado mal gusto. Cuando todo el mundo, según las instrucciones protocolares, estuvo sentado, sin que aparecieran el anfitrión y los invitados principales, se advirtió un movimiento detrás de los cortinajes contiguos a la mesa de honor. La luz de innumerables reflectores se concentró en ese punto; todas las cámaras de televisión comenzaron a funcionar a un tiempo. Nixon hizo entonces su aparición enteramente maquillado, luciendo en la quijada protuberante una falsa sonrisa. Desde su sitio hizo gestos de saludo, o se puso de pie para dar la mano a algún personaje que se hallaba cerca: el embajador soviético, por ejemplo, o el presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos...

⁸ El candidato de la derecha que fue derrotado por Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970, las últimas elecciones populares de presidente de la República que se efectuaron de acuerdo con la antigua Constitución chilena.

Cuando les tocó el turno a los astronautas, éstos se levantaron y pronunciaron unas cuantas frases estúpidas, que fueron escuchadas, mientras masticaban sus comidas insípidas en sus bandejas de material plástico, por millones de televidentes norteamericanos.

Uno de los modos fundamentales de entender la revolución cubana es entenderla como reacción, como oposición al *american way of life*. Frente al becerro de oro, frente a la estrepitosa y mentirosa vulgaridad del Norte, el mundo hispano-afro-americano ofrecía un rostro barbudo, surcado por los desvelos, sin afeites que disimularan la realidad terca y dura. Se repetía, en términos nuevos, el enfrentamiento descrito por Rubén Darío en su *Canto* al primer Roosevelt.

Había visto por primera vez a Fidel, como dije antes, durante su famoso viaje a Estados Unidos a comienzos de 1959. Yo estaba becado en Princeton para estudiar «asuntos públicos e internacionales». Gracias a la intervención de un norteamericano rico, interesado en América Latina, Fidel había sido invitado a dar una charla en la universidad. En aquella época, Fidel contaba con algunas simpatías en Estados Unidos, pero pude comprobar, sobre todo a raíz de su visita a Princeton, que ya la desconfianza, e incluso la franca hostilidad, eran predominantes. El presidente Eisenhower había viajado a jugar golf, para no tener que recibirlo, y Nixon, entonces vicepresidente, se ocupó de conversar con él y de redactar un informe que, según se supo con el tiempo, fue francamente contrario a cualquier tipo de colaboración con el nuevo régimen de La Habana.

En Princeton, el ambiente universitario y la ciudad entera estaban convulsionados por la visita. Con depurada hipocresía, las autoridades docentes se las inge-

niaron para evitar que la charla de Fidel diera pie a una manifestación estudiantil de apoyo a la Cuba revolucionaria. En lugar de programarla en una sala grande, la insertaron dentro de los cursos regulares de un seminario dictado por el profesor Palmer, cuyo tema central era la revolución americana. La intervención de Fidel se haría en una sala para aproximadamente ciento cincuenta personas, con invitaciones estrictamente controladas, en el edificio de la Escuela Woodrow Wilson. En esa forma se le otorgaba el rango intelectual adecuado y se creaba a su alrededor una especie de cordón antiséptico, premonitorio del cordón que iba a instaurarse más tarde alrededor de la isla entera. De paso, las autoridades princetonianas daban una muestra de su liberalismo, fruto hereditario de aquella otra revolución que constituía la especialidad erudita del profesor Palmer.⁹

En mi calidad de latinoamericano y de estudiante de política internacional, y gracias a los buenos oficios del anfitrión de Fidel, sancionado más tarde, en el mundillo social de Princeton, por su fidelismo incipiente, obtuve dos entradas. Pese a que llegamos, mi mujer y yo, con mucha anticipación, encontramos que la puerta principal de la Escuela Woodrow Wilson estaba bajo fuerte custodia. Detrás de los cordones policiales se agolpaba una masa compacta de estudiantes, a la que se habían incorporado algunos cubanos venidos de Nueva York. Reinaba un ambiente festivo, de gran efervescencia, que con la perspectiva de hoy podría considerarse un anticipo de las

⁹ Ahora pienso que esta reflexión mía del año 1971 implicaba cierta ignorancia de Princeton e incluso, en general, del ambiente norteamericano. Las reuniones más seleccionadas, de nivel más alto, tienden a realizarse allá en grupos pequeños. En un país inmenso, el número de personas que llene una sala carecerá siempre de significación. Pero los estudiantes, en todo caso, habíamos detectado cierto nerviosismo en las autoridades docentes.

manifestaciones estudiantiles de los últimos años, marcadas por un clima dramático —el de la guerra de Vietnam— que no existía entonces. En aquellos años, la conciencia disidente norteamericana empezaba a movilizarse contra la bomba de hidrógeno, contra los preparativos de guerra, contra las formas opresivas de la organización capitalista, y la presencia de aquellos jóvenes que gritaban, reían, hacían señas, como si esperaran la aparición de un ídolo deportivo, era signo inequívoco, por no tratarse de un campeón de béisbol ni de una estrella de Hollywood, sino de un héroe revolucionario del sur latino, aquel submundo ignorado, de aquella inquietud, de aquella crisis de la conciencia norteamericana que recorrería tanto camino en los años siguientes.

En esos días habían pasado por la Universidad de Princeton, sin dejar mucho eco entre esos muros que aún recordaban las palabras clásicas de Thomas Mann o las tercas enseñanzas de Faulkner, algunos poetas barbudos, desaliñados, que llegaban a pie, practicando el auto-stop, o en destartalados buses desde la lejana San Francisco y que se llamaban Allen Ginsberg, Gregory Corso, Lawrence Ferlinghetti u otros nombres todavía menos conocidos en aquellos tiempos. Más inusitada y sorprendente que la de los poetas beatniks fue la aparición, en el apacible escenario princetoniano, de los guerrilleros de la Sierra Maestra. Los estudiantes de economía, de ciencias políticas o de historia no estaban acostumbrados a estudiar a dirigentes como los que entraban en la sala de la Escuela Woodrow Wilson por una pequeña puerta del fondo, celosamente custodiada por un impresionante despliegue de policía civil: barbudos en uniforme verde olivo, con los largos cabellos amarrados en una trenza, que avanzaron por el centro de la sala con una sonrisa irónica o con un bamboleo displicente de los cuerpos

juveniles. Había muchachas de uniforme y de boina que se identificaban con los hombres en la expresión desconfiada o excesivamente sobradora, reacción explicable ante un medio que parecía oscilar entre la hostilidad y la curiosidad de un público de circo o de corrida de toros.

La sala aplaudió de pie, uniendo la curiosidad a un cierto arrebató de entusiasmo, cuando Fidel avanzó hacia el escenario desde la portezuela del fondo, devolviendo calmadamente los saludos a un lado y a otro. El ingreso por el fondo obedecía a razones de seguridad, y junto a Fidel entraron algunos agentes, aparte de nuevos acompañantes cubanos en uniforme verde olivo.

Frente a sus auditores princetonianos, Fidel empleó un inglés vacilante, rudimentario, que manejó, sin embargo, con su habilidad oratoria habitual, con ese placer en el uso de las palabras y ese oído para el ritmo de la frase, siempre reiterativo, recurrente, que nunca lo abandona, que si alguna vez lo abandonó fue, justamente, en largos pasajes del discurso que le escucharía, el día de mi llegada como encargado de negocios, desde mi pieza en el Habana Riviera.

Algunos me dijeron que había sido el peor discurso de la vida de Fidel y me declararon haber sufrido al escucharlo, pues habían visto, en esa desacostumbrada debilidad del Comandante en Jefe, el signo de que la Revolución pasaba por una de sus crisis más graves. Se me observará que un comentario así era una forma de deslizarse una crítica de contrabando. Sin embargo, la crisis después del fracaso de la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar era una de las realidades que iban a determinar mi destino en Cuba.

En Princeton eran los comienzos, la etapa de las descabelladas ilusiones. La juventud de Fidel y de sus compañeros correspondía a la juventud de la Revolución,

a la novedad mundial del fenómeno. Fidel reveló en su conferencia que un productor de Hollywood le había ofrecido un millón de dólares por filmar la odisea del *Granma* y de la Sierra Maestra. El productor se había equivocado; a Fidel y sus seguidores no les interesaba el dinero. Fidel no necesitaba decirlo en aquel momento, pero la equivocación del productor resultaba reveladora de toda la actitud norteamericana frente al hecho revolucionario cubano: reveladora y premonitoria.

El discurso de Princeton fue un largo alegato a favor de la colaboración entre Estados Unidos y el nuevo gobierno de Cuba. Fue, quizás, el alegato más elocuente y más convincente que se podía hacer sobre el asunto, y el hecho mismo de que se desarrollara en un inglés dificultoso y primario, ante un grupo dedicado al estudio de la revolución americana, no dejaba de ser significativo. Entretanto, Eisenhower jugaba al golf y sus asesores se refugiaban en esa categoría irreductible de los sordos que no desean escuchar. Del discurso de Princeton no quedó, si no me equivoco, más memoria que la mía, la del único latinoamericano presente en la sala.¹⁰ Ahora trataré, mal que le pese a los demás auditores (y quizás al propio Fidel), de resumirlo.

Fidel, que procuró ajustarse al tema del seminario, dijo que la revolución cubana era una etapa nueva, original, en la historia de las revoluciones. A diferencia de la revolución soviética, del modelo marxista de la Revolución, no se había basado en el principio de la lucha de clases. En la revolución cubana había ocurrido, según

¹⁰ Colin Harding, traductor de este libro para la edición inglesa de The Bodley Head, me observó que había entrado en la sala con Pilar, mi mujer, y me preguntó si ella no era latinoamericana. ¡Buena observación! La crítica de los sectores feministas sería en este caso enteramente justificada. Modifiqué la frase en la versión inglesa, pero aquí, para ser fiel al original, la dejo, con todas mis excusas a la opinión femenina.

Fidel, exactamente lo contrario: miembros de todas las clases habían participado en la lucha contra la tiranía. La explicación residía en que la dictadura de Batista, con la única excepción de los directamente beneficiados, se había hecho insoportable a todos los niveles. Tampoco se proponía la Revolución, según Fidel, terminar con la propiedad privada. En un país donde la tierra se encontraba en manos de muy pocos, la reforma agraria crearía nuevos propietarios; ellos constituirían un poder de consumo decisivo para el desarrollo industrial de la isla.

Las palabras de Fidel, en esos primeros meses de la Revolución, no estaban muy lejos de las que emplearía más tarde el presidente Kennedy, inspirado en las experiencias keynesianas de Franklin Roosevelt, al explicar su política de Alianza para el Progreso. No hay que olvidar que Fidel hablaba en Princeton, uno de los centros universitarios más influyentes de Estados Unidos, en el transcurso de una gira destinada precisamente a captar la buena voluntad norteamericana para el experimento cubano. Kennedy encontró el lenguaje de Fidel¹¹ cuando ya era demasiado tarde. La Revolución, a través de contragolpes sucesivos, se había radicalizado, y la invasión de Bahía Cochinos, en los inicios de la Administración Kennedy, había marcado el punto en que ya no había retorno. Por lo demás, como todos saben, Kennedy no lanzó su Alianza para el Progreso con el fin de tenderle un puente a Cuba; lo hizo para apaciguar y neutralizar al resto de América Latina; es decir, precisamente, para que el ejemplo de Cuba no se propagara.

A pesar de todo, siempre puede especularse sobre el destino de la revolución cubana si en lugar de Eisenhower hubiera estado Kennedy en la Casa Blanca, en esa

¹¹ El del Fidel Castro de aquella sala de Princeton, se entiende.

primavera de 1959. No hay que olvidar que poco antes del asesinato de Kennedy, corría el rumor de que intentaría un acercamiento al régimen castrista.

Al recordar en detalle las escenas de esa visita a Princeton, pienso que la Administración republicana no pudo hacer otra cosa que darle con la puerta en las narices a Fidel, como lo hizo el binomio de Eisenhower golfista y Nixon boxeador. La influencia de la revolución cubana, explosiva en América Latina, resultaba perturbadora incluso en el interior de Estados Unidos. La idea del rectorado de Princeton de confinar a Fidel en una sala pequeña, frente a una concurrencia de especialistas, era reflejo del mismo mecanismo político y mental que movió a la Casa Blanca a someter a Cuba a cuarentena. Durante la conferencia de Fidel en Princeton, me pareció irritante y estúpido que Washington no demostrara una actitud más comprensiva; ahora me parece que la reacción de Washington correspondía estrictamente a la lógica del sistema, por irritante que fuese: era un resultado inevitable de esa lógica.

Washington no podía mirar con buenos ojos que los jóvenes de Princeton, después de esperar tres horas detrás de los cordones de la policía, ovacionaran al caudillo revolucionario y lo levantaran en andas, pese al forcejeo de los agentes de seguridad, que tardaron varios minutos en arrebatarlo de la multitud estudiantil y meterlo en un automóvil. En medio del bullicio, se escuchaban voces cubanas que lo llamaban por su nombre de pila; hombres rechonchos, de tez olivácea, que daban saltos y agitaban los brazos para hacerse notar, frenéticos, trastornados por la presencia de su famoso compatriota.

Al terminar su conferencia, Fidel Castro se había desprendido con brusquedad de los encargados norteamericanos de su protección personal, que le tenían asignada

la portezuela del fondo, y había salido, saludado por los aplausos y las sonrisas tolerantes de sus auditores, al encuentro de la masa juvenil. Había una buena dosis de hipocresía en los aplausos de la sala. Uno de los estudiantes más aventajados, perteneciente al grupo escogido que asistió a la conferencia, me dijo, cuando ya los automóviles oficiales se hallaban lejos y el tumulto callejero empezaba a dispersarse: «*He is going to destroy the economy*» («Va a destruir la economía»). La seguridad pedante del vaticinio me molestó profundamente. Le dije que en la economía cubana no había nada que destruir, que todo estaba por hacerse.¹² Pude haber empleado los términos de Michelet cuando afirma, en su *Historia de la Revolución Francesa*, que no debería hablarse de *revolución* sino de *fundación*. Pero me faltó el apoyo de Michelet, y el estudiante, que tenía una soberbia intelectual a prueba de balas, me lanzó una mirada irónica y se encogió de hombros.

Recordaba esto y otras cosas —mi viaje a Cuba, invitado por la Casa de las Américas, en enero de 1968; el discurso de Fidel a los participantes en el Congreso Cultural de La Habana, reunidos en el Teatro Chaplin; el regreso vía Praga, en el apogeo de la liberalización y del ascenso de Dubcek— mientras veía en el aparato de televisión de mi cuarto a un Fidel más reflexivo, menos eufórico, ya no tan joven, que se dirigía, buscando las palabras y elevando a veces el tono, pero sin la convicción furibunda de otras ocasiones, porque ahora no se trataba

¹² Ahora compruebo que los economistas de la Unidad Popular chilena actuaban con criterios parecidos a los de mis veintitantos años cuando sostenían, con perfecta ingenuidad, que la «inflación iba a destruir el poder de la burguesía». «La inflación va a destruirnos a nosotros», me comentó el Pablo Neruda sesentón, cazarro, que no había estudiado economía en ninguna parte, y los resultados quedaron muy pronto a la vista.

de embestir contra el enemigo exterior, sino de examinar los problemas internos, el ausentismo, la desorganización de la producción, a los integrantes de la Asamblea Plenaria de la Industria Básica. Era uno de los exámenes públicos, verdaderas autocríticas colectivas, derivados del discurso del 26 de julio de 1970, en el que Fidel reconoció el fracaso de la zafra de los diez millones. Formaba parte de lo que se había planteado como un proceso de democratización, de discusión a nivel de las bases, destinado a evitar errores futuros en la dirección económica.

Si se hubieran escuchado ciertas críticas en el momento oportuno, no habría sido necesario equivocarse respecto de la zafra. La revolución cubana, que siempre procede por tientos y contragolpes, estimulaba ahora un vasto movimiento de reflexión y polémica en los centros de trabajo. Algunos pensaban que este proceso sería peligroso, que daría salida a demasiadas tensiones, a un descontento acumulado, que hasta entonces no podía expresarse. Para otros, Fidel, después de rechazar indignado la tesis de René Dumont, al que se empezaba a acusar de agente de la CIA, corregía uno de los principales errores observados por el universitario francés: la arbitrariedad y falta de control democrático de las decisiones.¹³

A todo esto, el Comandante en Jefe, o Comandante, como lo llamaban a menudo en la isla, decía que hay que ir despacio para llegar más rápido. Parecía meditar sobre los alcances de este concepto, que envolvía una larga autocrítica, y lo repetía con otras palabras. La caña, explicaba,

¹³ Mejor dicho, pretendía corregirlo, simulaba que lo corregía. La verdadera corrección habría partido por reivindicar a Dumont, pero el sistema no acepta críticas que vengan del «exterior» de la Revolución. Y en el interior, la única crítica admitida era la autocrítica que se formulaba el propio Jefe Máximo, después de haberse dado de cabezazos contra la realidad...

es un cultivo duro, implacable, y no queda más remedio que cortar caña para cosechar azúcar. Al triunfar la Revolución había cuatrocientos mil macheteros profesionales en la isla; ahora sólo quedaban setenta mil. Porque nadie, en la nueva sociedad, aspiraba a ser machetero. Y, sin embargo, no quedaba más remedio que cortar caña para cosechar azúcar. De pronto, el Comandante hablaba de Chile, cuyas relaciones con Cuba se habían anunciado hacía dos o tres semanas. Chile, decía el Comandante, se encuentra en una situación muy ventajosa; la producción de cobre exige una mano de obra relativamente escasa. Para una zafra azucarera, en cambio, se necesitan quinientos mil hombres.

En medio del discurso que el pesado televisor búlgaro transmitía correctamente, sonó el teléfono de la habitación. El jefe de Protocolo anunció que pasaría a buscarme. Iba a llevarme a «una parte». Pensé por un momento, aplicando con ingenuidad la experiencia de otras misiones diplomáticas, que el jefe de Protocolo procuraría compensar la ausencia del aeropuerto con el exceso de amabilidad. Después de varios días de tomar aviones, de abrir y cerrar maletas, de ver a demasiada gente, de Lima a Santiago, otra vez a Lima, después a México, de México a La Habana, el único gesto que habría apreciado, al menos aquella noche, habría sido el de dejarme descansar tranquilo, mirando el discurso de Fidel en la televisión y saboreando un vaso de whisky; pero no había modo ni pretexto, en esa circunstancia, de rechazar una atención del jefe de Protocolo, que quizás proyectaba llevarme a un restaurante, o algo parecido. Me puse de pie maldiciendo una vez más las servidumbres doradas de la diplomacia, que excluyen el sencillo derecho de responder que no, de responder que mejor otro día, a ciertas invitaciones, y que son tan envidiadas, sin embargo, por los tontos de mi país y del continente

entero, que parece haber heredado el gusto francés por los fastos de «la carrera».

Sin corbata, el jefe de Protocolo me esperaba en su pequeño Volkswagen particular. Apenas cerró la puerta, partió a toda velocidad hasta la ciudad vieja. Nunca pude reconocer, más tarde, las calles que atravesamos aquella noche. Eran calles estrechas, sucias, malolientes, con el pavimento roto. Las casas tenían un aspecto sombrío y desvencijado. Nos retuvo un miliciano en una esquina y después de cruzar dos palabras con el jefe de Protocolo, nos dejó seguir.

El Volkswagen se detuvo junto a un muro alto, ciego. Había milicianos armados de metralletas dispersos en las aceras. Negros y mulatos macilentos, de expresión reconcentrada, asomaban la cabeza por los boquetes negros de las ventanas, entre la ropa colgada y los vidrios rotos. Cruzamos una portezuela de hierro y me recibió la voz de la televisión, que ahora retumbaba detrás de las cortinas de un escenario de teatro, multiplicada por los parlantes. Casi se palpaba el silencio, la atención del público, que de vez en cuando interrumpían exclamaciones, respuestas a una pregunta del orador, súbitas risas, estallidos de aplausos...

Había, detrás de las cortinas, numerosos milicianos de pie o sentados, con caras de aburrimiento, que a veces cruzaban entre sí algunas palabras en voz baja. El jefe de Protocolo me presentó a un comandante relativamente joven (yo aún no comprendía el significado exacto del grado y de la apelación de comandante), de barba roja, llamado Manuel Piñeiro (aún no conocía, tampoco, el significado de ese nombre), que comenzó a conversarme con gran naturalidad, preguntándome noticias de Chile y de la gente del gobierno. El jefe de Protocolo nos dejó conver-

sar a solas un rato. El comandante Piñeiro se excusó bruscamente, ofendido quizá por mi relativa indiferencia, pues yo creía conversar con un simple jefe de ese grupo de milicianos, y cuando Meléndez, el jefe de Protocolo, vino de nuevo a sentarse conmigo, me preguntó ante todo adónde se había ido Piñeiro. La actitud de Meléndez me hizo pensar, sólo entonces, que el comandante de la barba roja, pese a sus modos sencillos, exentos de cualquier asomo de formalismo, era un personaje importante. La costumbre europea de presentar a la gente con todos sus títulos y funciones, que en América Latina desdeñamos casi con ostentación, ¡tiene sus evidentes ventajas!

Poco rato más tarde, el comandante Piñeiro regresó a la silla y reanudó el diálogo que habíamos dejado en suspenso. La voz, entretanto, anunciaba a la asamblea que se suprimiría ese año la celebración de navidades; se trataba de una tradición extranjera, importada por los cubanos colonizados desde la vieja Europa, ajena enteramente al clima y a las condiciones del trabajo en Cuba. A fines de diciembre, en efecto, la zafra se encontraba en su culminación, en la etapa decisiva; la interrupción determinada por las fiestas, agravada por el ausentismo que las precedía y seguía inevitablemente, provocaba un retroceso cuyo impacto en la economía ya no podía ser tolerado. Las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, examinadas con criterio revolucionario, representaban un caso típico de dependencia cultural; había llegado el momento de liberarse también de aquella dependencia, celebrando las fiestas en la época que correspondía al clima y a los ciclos de la producción en Cuba. ¿No estaban las fiestas de Europa ligadas a las estaciones, a los ritmos de la producción agrícola, al final de las siembras, a las vendimias y a las cosechas? Este año, las fiestas cubanas se postergarían hasta el final

de la zafra. ¿Estaba de acuerdo la asamblea? La asamblea, unánime, aplaudía y daba muestras de aprobación entusiasta. A esos aplausos posiblemente se sumaban, según me soplabá al oído Piñeiro, los de algunas visitas chilenas: delegaciones de la Sociedad Nacional de Agricultura y de la Línea Aérea Nacional, además del ex senador Baltazar Castro y su familia, en quien el gobierno cubano veía, en aquella época, por lo demás con cierta justificación, a uno de los principales promotores de la ruptura del bloqueo comercial de la isla por parte de Chile.

Mientras se prolongaban los aplausos finales, algunos de los chilenos empezaron a aparecer en el recinto situado detrás de las cortinas. Pronto se formó un grupo chileno-cubano más o menos compacto, que fue dominado de inmediato por la presencia y la estatura física de Fidel. Alguien, no recuerdo ahora si Piñeiro o Meléndez, le dijo que el primer enviado diplomático de Chile se encontraba allí. Fidel, sorprendido, se volvió en dirección mía y me saludó.

—Si hubiera sabido que usted había llegado —me dijo—, lo habría anunciado en mi discurso —y agregó, sonriendo y haciendo hincapié en las palabras, como si se tratara de una diablura que él podía permitirse—: ¡Habría roto con el protocolo!

El asunto no me llamó la atención entonces, pero hoy me pregunto: ¿es posible que no lo supiera? Y si no lo sabía, ¿quién, y por qué motivos, retuvo la noticia? La embajada de Cuba en México estaba perfectamente bien informada, y yo había llegado al aeropuerto José Martí tres horas antes de que el primer ministro comenzara su discurso. Era difícil que alguno de sus acompañantes no conociera mi llegada y, si se tiene en cuenta la importancia que se dio en Cuba a la primera llegada de un diplomático de

América del Sur, del gobierno popular chileno, después de más de seis años de ruptura, ¿cómo creer que no hubiera sido deliberada la omisión de transmitir la noticia a Fidel? Es otro de los misterios de mi estada en la isla. Además de ser un testimonio y un relato, este libro es una investigación retrospectiva, un esfuerzo de memoria que no dista demasiado de los métodos del psicoanálisis, que posee algunas de sus virtudes curativas, y que en la escritura misma depara no pocas revelaciones al propio autor.

Raúl Roa vestía una vieja camisa deportiva, de color azul marino. Me ofreció llevarme al hotel y le hice un gesto a Meléndez, en medio del tumulto de la salida, para indicarle que me iba con el ministro.

—Espérame en el hotel, entonces —dijo Meléndez—. Te pasaré a buscar para llevarte a *Granma*, donde te quieren hacer una entrevista.

En medio de la confusión provocada por el grupo de dirigentes y milicianos que salían por la portezuela de hierro, no hubo manera de oponerse a la nueva invitación de Meléndez. No eran horas para entrevistas, pero ya habría tiempo de dormir más adelante...

Roa se fue en el asiento delantero, junto al chofer. Al hablar abría las manos huesudas y accionaba vigorosamente, con movimientos desgarbados que me hacían pensar en un pelícano. Estableció de inmediato, desde la camiseta vieja y el tono de la conversación, una relación cordial, sencilla, opuesta por completo a la que puede tener con un ministro de Relaciones de América Latina o de cualquier lugar del mundo. Esa actitud simbolizó para mí, en ese primer momento, el clima humano de la Revolución.

Nuestro diálogo continuó durante alrededor de veinte minutos en la vereda del hotel Habana Riviera, frente al malecón donde se veía saltar, en la oscuridad, la espuma

blanca de las olas, Hablamos de esto y de aquello; de los militares peruanos y de la política internacional del gobierno demócrata-cristiano; de Gabriel Valdés y de Tomic; de Carlos Altamirano y Allende. A juicio de Raúl Roa, Allende era el político más experimentado de la izquierda chilena, el que tenía un conocimiento más profundo del país. Tampoco escatimaba Roa sus simpatías por el gobierno del Perú; me reveló que le habían insinuado al general Velasco Alvarado que no se apresurara a establecer las relaciones con Cuba, que esperara la oportunidad en que la medida tuviera menos repercusiones peligrosas para la estabilidad del régimen.

Más tarde escuché decir que Roa era la primera figura intelectual de Cuba. El juicio, que provenía de funcionarios de instituciones culturales, envolvía, probablemente, una opinión peyorativa sobre creadores como Alejo Carpentier, Lezama Lima, Guillén o los más jóvenes. También escuché, sin embargo, a jóvenes militantes del partido que criticaban el florilegio retórico de la prosa o los discursos de Roa. Esos jóvenes, en cuya intransigencia ya se adivinaba la ambición de poder, consideraban al ministro como un buen sobreviviente de la época de los políticos y los oradores tribunicios de América Latina. Había publicado un libro sobre las andanzas de un abuelo o bisabuelo suyo, figura destacada de las luchas de la independencia, y la verdad es que el estilo sonaba sobrecargado, levemente anacrónico. A la vez, era refrescante la pasión de Roa por la historia y la política de América Latina. Volvimos a conversar en más de una ocasión; en dos o tres oportunidades me anunció una invitación a su casa que no se concretó nunca, circunstancia que ahora no me sorprende. A lo largo de estas conversaciones me habló de muchas cosas y ahora creo que calló, asimismo, muchas otras.

Me despedí de Roa, y el Volkswagen de Meléndez, en cuya presencia no había reparado, avanzó desde la oscuridad. Meléndez no estaba dispuesto a soltar su presa, aunque a ésta se le cerraran los ojos de sueño. Por lo demás, La Habana no era el sitio mejor elegido para una cura de reposo.

Tardé un par de meses en reconocer el sitio donde se encontraba el edificio de *Granma*, a pesar de que transitaba casi todos los días muy cerca de allí, por la Plaza de la Revolución. Aquella noche atravesamos un vestíbulo en reparaciones y subimos a un piso alto. Se observaba una actividad intensa, como si fuera pleno día. Fui recibido en una sala de reunión con las paredes recubiertas de madera y los consabidos retratos de los héroes. Estaban el capitán Mendoza, director de *Granma*, el subdirector, el comandante Piñeiro, la periodista Marta Rojas, conocida por sus reportajes sobre Vietnam, y no recuerdo si alguien más. Me senté y esperé que comenzara la entrevista, pero mis interlocutores, instalados alrededor de una mesa redonda, cruzaban las manos, me sonreían, me dirigían alguna pregunta sobre mi viaje o alguna frase de buena crianza. Ya creía que Meléndez me había llevado hasta allí, a las dos de la madrugada, para conversar del tiempo y la garúa, cuando entró en la sala Fidel Castro. Sólo entonces me di cuenta de que todo se hallaba preparado para ese encuentro, incluso el asiento vacío a mi lado, pero los desplazamientos de Fidel, por razones de seguridad, nunca se anunciaban. Fidel, que había tenido una noche ardua, también mostraba cansancio. Sus ojos estaban profundamente hundidos en las órbitas, y se los restregó dos o tres veces. Sin embargo, pronto se reanimó. Dijo que estaba satisfecho por la acogida que había tenido su discurso, a pesar de que en él había exigido nuevos sacrificios y había anunciado la

supresión de las fiestas de fin de año. «Era un discurso difícil», dijo, levantando las cejas, como si él mismo estuviera asombrado de haber pasado la prueba con éxito. Pero ahora había que celebrar la llegada del diplomático de Chile. ¿Cómo era posible que no hubiera vino chileno en la mesa? Personas diligentes se pusieron de pie, como impedidas por un resorte, y desaparecieron por una puerta del fondo en busca del vino.

El hecho de que yo viniera de Lima interesó a Fidel Castro en forma muy especial. Se habló de los sentimientos antichilenos que todavía subsisten en el Perú. Fidel dijo que había hecho mucho para convencer a los peruanos de que Chile no pretendía agredirlos. Hablando de los personajes de la Junta Militar, se declaró convencido de que el general Velasco Alvarado era un hombre de izquierda. Su origen popular, excepcional en los altos mandos militares latinoamericanos, y todos sus actos de gobernante, resultaban reveladores.¹⁴

El Comandante en Jefe pensaba que Chile sería de todos modos hostilizado por los yanquis. Ya que el enfrentamiento no podría evitarse, la buena estrategia indicaba que había que plantearlo en un terreno favorable. Según Fidel, debía darse la batalla alrededor de algo que

¹⁴ Como se sabe, Velasco Alvarado fue desplazado del poder unos años después y más tarde murió. La revolución militar terminó en el descrédito más completo y el pueblo peruano, en un acto de sensatez política, eligió presidente de la República a Fernando Belaúnde, el mismo que había sido derrocado en 1968 por el golpe de Velasco. Es interesante recordar ahora, a la luz de las palabras citadas de Fidel Castro, que el régimen de Velasco tuvo proyectos serios de atacar a Chile para recuperar las provincias perdidas en la guerra del Pacífico, poco después de la caída de Allende. Hay buena base para creer que estos planes guerreros contaban con la simpatía y con el apoyo práctico de Cuba. El armamento soviético adquirido por los peruanos se complementaba con asesoría cubana. Esta peligrosa combinación de factores habría precipitado la salida de Velasco, que ya estaba, por lo demás, gravemente enfermo. La cancelación de estos planes en el Cono Sur influyó en la decisión posterior de Fidel de lanzar su intervención militar en gran escala en Angola.

valiera la pena —el cobre, por ejemplo—, y presentar el problema al país de modo tal que todo el pueblo, cada uno de los chilenos, comprendiera de inmediato la conveniencia, la ventaja económica de las medidas de nacionalización. De pronto, en uno de sus típicos arranques, Fidel me dijo que no vaciláramos en pedirle ayuda si teníamos problemas de intervención armada. Me confesó que su ayuda a los argelinos había sido decisiva en la guerra de liberación. ¡Les había enviado un barco con soldados y armas! Agregó la siguiente frase, mientras brindábamos con el vino blanco que había aparecido por fin en la mesa: «¡Seremos malos para producir, pero para pelear sí que somos buenos!».

Más tarde pude relacionar esta frase con las guerras mambisas, con las cargas legendarias al machete y las hazañas de Gómez y Maceo, que son los episodios que la historiografía cubana actual exhibe con mayor insistencia y orgullo, mostrando una línea de continuidad no interrumpida entre esas luchas y las de ahora.

Hablando de Allende, Fidel sostuvo que se había manejado extremadamente bien. Opinaba que debía andar despacio, y recordé la frase del discurso de hacía dos horas: «Marchar despacio para llegar antes». Ahora debía nacionalizar el cobre, según Fidel, y dejar el socialismo para un poco más tarde. De lo contrario, carecería de cuadros, tendría que luchar simultáneamente contra demasiados enemigos, se enfrentaría a problemas peliagudos de producción, etcétera. Apoyado en la dura experiencia cubana, Fidel aconsejaba un avance prudente. Tuve la impresión de que en ese momento, si hubiera podido hacerse oír en Chile, habría ejercido una influencia moderadora sobre nuestros extremistas de izquierda. Allí se encontraba también la explicación de que ellos invocaran de preferencia las consignas y

los retratos del Che. Después comprobé que René Dumont, en su último libro sobre Cuba, oponía sistemáticamente la figura del Che a la de Fidel, en una operación de crítica desde la izquierda que era la más combatida y, ante los ojos oficiales, la más sospechosa.

Esa noche, bebiendo el vino blanco de Baltazar Castro, se habló de muchas cosas, en un clima de gran camaradería y confianza. Fidel y sus acompañantes estaban favorablemente impresionados por Darío Saint-Marie, el dueño de *Clarín*,¹⁵ que acababa de pasar por La Habana. Repitieron algunas anécdotas suyas con obvia complacencia. Saint-Marie les había hecho, en esa misma sala y no sé con qué argumentos, el elogio del periodismo cubano. Fidel y sus acompañantes repitieron complacidos las afirmaciones de Saint-Marie de que *Granma* era el mejor periódico de América Latina. ¡Ningún halago podía haber surtido mejor efecto! Me cuidé muy bien, por supuesto, de contarles que Saint-Marie había calificado al general Ibáñez, durante su segunda presidencia, ¡de príncipe renacentista!

Cuando ya nos habíamos puesto de pie, al final de la reunión, Fidel me preguntó, golpeándome el pecho de un modo que me pareció característico de sus momentos de buen humor:

—¿Tú crees que debo comprarle a Matte?¹⁶

—¡Por qué no! —le dije—. Creo que le conveniría a todo el mundo.

¹⁵ Periódico chileno de gran circulación y de estilo populista, o más bien, populachero, de los tiempos anteriores al golpe de Estado de 1973. Mucho después se supo que Saint-Marie, con buen ojo, poco antes de la caída y muerte de Allende, había ideado una operación que le permitiría vender su periódico al gobierno chileno con crédito del Banco Nacional de Cuba.

¹⁶ Matte era el presidente de nuestra Sociedad Nacional de Agricultura, bastión de los dueños de fundo y agricultores privados, que se encontraba de visita en Cuba.

—¡Entonces voy a conversar con él! —respondió Fidel.

Naturalmente, esa conversación estaba decidida de antemano, aparte de que mi respuesta era previsible, pero la consulta encerraba un leve matiz de broma amistosa. Enseguida le dije a Piñeiro que conversara conmigo, puesto que «debe saber mucho del Perú». Siempre noté a Fidel fascinado e intrigado por el caso peruano, por la paradoja de que una institución tradicionalmente reaccionaria, como el Ejército, impusiera medidas que dentro del contexto histórico y social del Perú tenían alcance revolucionario. Su entusiasmo me recordó el discurso de enero de 1968, en el Congreso Cultural de La Habana, donde contrapuso las fuerzas revolucionarias de una institución tradicional —la Iglesia católica— a ciertas fuerzas de vanguardia —los partidos comunistas ortodoxos— que actuaban, en la práctica, a la retaguardia. En diciembre de 1970, la posición frente a los partidos comunistas había cambiado; no el gusto quevediano y unamuniano por la contradicción y la paradoja, posiblemente enraizado en el ancestro hispánico de Fidel y de la propia isla. Más adelante, cuando ya era demasiado tarde para acomodar mis actos a esta conclusión, supe que este lujo dialéctico sólo le estaba reservado al Comandante en Jefe.

Al salir de *Granma*, Fidel le había dicho a Meléndez que me consiguiera la mejor casa disponible. Lo estoy escuchando con su voz un poco enronquecida por el discurso y la traspasada, en el umbral de la sala de reuniones: «¡Dale la mejor casa!». Aproveché para hablarle también a Meléndez de mis problemas de movilización. No tenía automóvil y no me sería posible comprar uno sólo para dos o tres meses. Meléndez prometió enviarme de inmediato uno de los automóviles de Protocolo. Pero el tiempo parecía tener en La Habana una dimensión diferente. Transcurrieron dos semanas antes de que empezaran a mostrarme locales para oficinas. Y en los dos o tres primeros días, con la excepción de la breve ceremonia de mi presentación oficial al ministro de Relaciones, permanecí anclado en el hotel, desprovisto incluso de la movilización que se le proporcionaba a cualquier invitado oficial. Yo recordaba con algo de humor melancólico, mientras telefoneaba a Meléndez sin encontrarlo o me paseaba por las calles adyacentes al hotel, contemplando el mar Caribe, los luminosos pronósticos de mis amigos: ¡Te tratarán a cuerpo de rey, te darán una mansión con piscina en Miramar o Guanabacoa!

Después se acusó a algunos de mis amigos —Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla— de haberme rodeado desde el primer momento. Se los acusó de haberme rodeado con la finalidad precisa de darme una vi-

sión negativa de la revolución cubana. Aislado en mis dos habitaciones del hotel Habana Riviera, yo no era un objetivo difícil de rodear. Además, ¿tenía algo de particular que mis amigos del año 68, de años anteriores en Europa, los amigos de mis amigos, mis colegas literarios, llegaran a visitarme? Ni siquiera llegaron tan rápido como yo, que les abrí las puertas de mis habitaciones dobles del piso 18, a la vez, en esos días, residencia y cancillería de la embajada de Chile, habría deseado. Pero nada se gana con justificarlos, ahora que ellos mismos confesaron sus culpas. Sólo falta la confesión de las mías, pues cometí la ligereza de abrir la puerta a estos amigos y dejar entrar con ellos el humor, la gracia cubana, el espíritu poético, elementos sospechosos por antonomasia, en medio de mis funciones adustas, y que, para colmo, servían de adrezo a la venenosa crítica, a la corrosiva inteligencia.

Antes que los escritores, llegaron los periodistas. Ellos, al conocer los despachos de agencias provenientes de Santiago, se habían preparado para recibirme a la bajada del avión y se habían visto frustrados en sus expectativas. Le di una larga entrevista al subdirector de *Granma*, un joven llamado Ramón Perdomo, que estaba sentado en aquella mesa redonda, frente a mí, durante la conversación con Fidel Castro. Comenzó por definirme, frente al micrófono de su grabadora, como un «abogado de treinta y nueve años de edad». Para el joven periodista revolucionario, la vetusta profesión de abogado, cuya proliferación ha llegado a constituir un flagelo de las sociedades hispanoamericanas, era todavía, igual que para la generación de mi padre, un timbre de orgullo. «Abogado, ¿no!», le dije: «es cierto que me recibí de abogado alguna vez, pero jamás ejercí la profesión. Antes que abogado y diplomático, soy escritor. Mi única vocación verdadera es ésta».

Mi entrevistador sonrió, obsecuente. Al otro día, el texto de la conversación, que ocupaba dos páginas enteras del *Granma*, reproducía fielmente ese malentendido inicial. No le di importancia, y tampoco llegué a comprender la importancia que le daban mis amigos, entre burlas y exclamaciones maliciosas. Mi autodefinición había tocado una llaga que todavía ignoraba y que aún, en esos primeros días de diciembre de 1970, se ventilaba con una soltura de cuerpo muy típica. El tono cambió gradualmente y la broma empezó a revelar un cariz dramático. Al leer aquella frase en la entrevista de *Granma*, Heberto Padilla vaticinó, con el cigarro puro en los labios y haciendo ostentación, según su estilo predilecto, de su clarividencia, que yo duraría poco en Cuba, pero nadie quiso sacar todas las consecuencias del asunto. Un mínimo de rigor nos habría llevado a concluir que nuestra situación era peligrosa, que la prudencia se imponía. Nada alteró, sin embargo, nuestra alegre, inconsciente locuacidad. Como decía Padilla, Chile, con el triunfo de la Unidad Popular y la toma del mando por Allende, había ingresado en la Historia (así, con mayúscula). Y yo, primer diplomático sudamericano en La Habana después de la ruptura de relaciones, participaba, quisiéralo o no, en el proceso histórico. Dije una vez, empleando una expresión chilena, que sin darme cuenta había puesto el dedo en el ventilador. Todavía escucho las carcajadas con que Padilla y sus compañeros celebraron el dicho. Era para reírse a gritos, o para llorar a gritos. Porque esa risa, al cabo de tres meses, se transformaría en llanto. Pero hoy me escriben desde La Habana que Heberto ha partido al balneario de Santa María a reponerse después de «su problema»; que la Revolución ha sido «bien generosa con él»; que Belkis, su esposa, «también está muy alegre y tal

parece que no ha pasado nada». Lo más probable es que los esquemas algo tristes, rígidos dentro de su pretendida libertad, de los intelectuales europeos, de los francotiradores de la izquierda, sean inservibles frente a la realidad cubana. ¡Quién sabe! A pesar de las amarguras, de las frustraciones y las decepciones, de las cuadradas cabezas policiales, había en ciertos sectores de la Revolución, también, una alegría, una especie de gratuidad que sobrepasaba los esquemas y que, pese a no redimirlo todo, redimía quizás las cosas esenciales.

Había viajado de Perú y de Chile con cerros de libros y de cartas para Cuba. Mi infatigable amigo peruano Emilio Westphalen, poeta confidencial, hombre de cultura superior a su medio, y que dentro de sus modales refinados era un perro de presa cuando se trataba de *Amaru*, la revista que le permitía publicar en aquel entonces la Universidad de Ingeniería de Lima, me había cargado de ejemplares para todo el mundo. Mauricio Wacquez, que había regresado a Santiago después de vivir un año en La Habana, había tenido innumerables cartas y recados que enviar conmigo. Enrique Lihn le mandaba saludos a Heberto, a Pablo Armando, a Pepe Rodríguez Feo, a Fernández Retamar. Heberto citaba a menudo una frase escrita por Enrique a poco de salir de Cuba: «La Revolución crece vista a la distancia...».

Me dirigí, pues, al tercer o cuarto día de mi aterrizaje en el Habana Riviera, cargado de algunas de las cartas, libros y ejemplares de *Amaru*, a la Casa de las Américas. Como siempre me ha gustado caminar y como el automóvil anunciado por Meléndez no aparecía por ninguna parte, emprendí el recorrido a pie. La torre del edificio de la Casa de las Américas no se veía lejos del hotel.

El problema, que no había calculado, era la humedad del trópico, que duplicaba la distancia y junto con ella el peso de los libros. Empecé a cambiarlos de mano y a caminar más rápido, pensando que llegaría pronto, pero el trópico tomaba su implacable revancha. A los pocos minutos mis brazos se habían agarrotado, transpiraba copiosamente, y el edificio azul de la Casa, con su arquitectura de los años treinta, no se acercaba nunca. Se escuchaba, bajo los huecos negros perforados a distancia regular en la acera del malecón, la poderosa succión subterránea o la irrupción violenta de la espuma. Eran días nubosos, que alternaban el sol con el cielo gris: los finales de un otoño extremadamente seco. Frente al mar, los descascarados edificios, que en otra época habían formado un pretencioso *sky-line* a la norteamericana, alzaban sus ventanales rotos, parcheados con vendas de papel para proteger del viento. Los muros de algunas casas deshabitadas se habían desplomado a medias. De cuando en cuando se divisaban montículos de escombros, fragmentos de carrocerías calcinadas, como si hubieran pasado por allí lenguas de fuego y de sal destructora...

En la Casa se realizaba una de las reuniones preparatorias de los premios de 1971. Haydée Santamaría, que en esa época acompañaba a su marido, Armando Hart, en la provincia de Oriente, conservando sin embargo la dirección de la Casa, había viajado desde Santiago de Cuba para asistir a la reunión. Estaban Galich, Mario Benedetti, Roberto Fernández Retamar, el pintor Mariano Rodríguez, Chicki; había igualmente otros rostros que había conocido en mi viaje de enero del 68, aun cuando no todos los de enero del 68 permanecían... En el muro, la galería de retratos de los conocidos de la Casa había aumentado; divisé más de una cara de la que acababa de separarme en Santiago o en Lima.

Aunque no le di mayor importancia al asunto, Haydée quedó espantada de que hubiera llegado a pie. ¡Todo un encargado de negocios de Chile! ¡El primer representante diplomático de la revolución chilena que llegaba a Cuba! No sólo el clima del trópico era contrario al hábito de caminar; un rezago de costumbres norteamericanas hacía que la identificación del automóvil con el poder fuera todavía más notoria que en otros países. Mi llegada a pie era un gesto de modestia que corría el riesgo de no ser apreciado; podía ser interpretado, incluso, como debilidad frente a los manejos de Meléndez, personaje que, al parecer, suscitaba antipatías explícitas y unánimes.

«¿Y ya le mostraron su casa?», prosiguió Haydée. «¡Tampoco!». Pues bien, Haydée me autorizaba formalmente a decirle a Meléndez que ella, ahora que vivía en Oriente, me había ofrecido prestada su casa, en vista de la demora de los servicios de Protocolo. Yo debía observar, según ella, y me lo decía con algo de anticipado regocijo, la reacción de Meléndez.

Haydée y su equipo estaban muy contentos con las declaraciones de simpatía por la Casa que yo había hecho a Prensa Latina, en Santiago. La política de la Casa recibía fuertes ataques, y ellos se hicieron la ilusión de que mis declaraciones podían ayudarlos. Pecaban de exceso de optimismo, error que se repitió con frecuencia, durante los tres meses y medio de mi estada en Cuba, entre mis amigos de los ambientes literarios y culturales. La embestida frontal ya estaba decidida por el Comandante en Jefe, que sólo aguardaba el momento oportuno para atacar. «Seremos malos para producir, pero para hacer la guerra sí que somos buenos...». Nuestro incurable optimismo, nuestra imprudencia, nuestra locuacidad, serían juguetes en manos del Jefe Máximo. El eco repetido y grabado de nuestras

conversaciones serviría para alimentar su ira, para pulir sus argumentos en contra de los «intelectuales burgueses», lanzados por la seguridad de que los jóvenes de América Latina, después, iban a repetirlos al pie de la letra, durante un indefinido espacio de tiempo, con la sumisión a las ideas ajenas, sobre todo si vienen prestigiadas por la vanguardia, que ha sido nuestra marca de fábrica siempre.

Me despedieron cargado, a mi vez, de publicaciones de la Casa, con toda clase de promesas amables y parabienes, en un desvencijado automóvil norteamericano a cuyo chofer había conocido en el viaje anterior. No tenía el ojo formado todavía para saber que la máquina cascarrienta que me llevaba al Habana Riviera, con su sonajera de fierros sueltos, era el signo inequívoco de que la Casa y su dueña estaban en tela de juicio. De otro modo habría avanzado en ese momento a la mullida velocidad de un Alfa Romeo 1750.

A las nueve de la mañana siguiente me telefonearon desde la recepción del hotel, lo que en Cuba llaman la «carpeta». El auto de la Casa, enviado por la compañera Haydée Santamaría, estaba a mi disposición por todo el tiempo que lo necesitara. Cuatro minutos después aparecía en el teléfono la voz solícita de Meléndez, que en los días anteriores se me había vuelto inasible.

—Mira, Edwards: ahora te mando un auto de Protocolo.

—Muchas gracias, Meléndez, pero resulta que ya no lo necesito... Haydée Santamaría acaba de mandarme uno de la Casa.

—¡Despacha ese carro, chico! ¡Despáchalo! El chofer del tuyo se llama Agustín. ¡Ahorita va para allá!

Dos meses más tarde, Aldo Santamaría, hermano de Haydée y jefe de la Marina cubana, me hizo una vaga

alusión al incidente del automóvil. Sólo una frase y una ligera sonrisa, pero comprendí que el detalle había sido digno de atención. Le narré el incidente a un colega de un país socialista y me observó:

—Lo que ocurre es que Meléndez no se dedica más que a eso.

—¿A qué?

—A escuchar nuestras conversaciones. No tiene un minuto para solucionar sus problemas de instalación, pero apenas oyó lo del auto de Haydée, le mandó uno. ¿Comprende?

Aunque empezaba a comprender perfectamente, no hice más comentarios que alzar las cejas y encogerme de hombros.

Una de esas noches asistí a un cóctel en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la UNEAC. Encontré a varios amigos y conocidos de mi viaje anterior. Estaban Juan David y su esposa, que fueron agregados culturales en París hasta alrededor de 1966, el pintor René Portocarrero, Nicolás Guillén, escritores jóvenes, etcétera. Se me acercó, de pronto, una amiga cubana de hacía muchos años con esa entonación y esa sintaxis que no han cesado de encantarme:

—¿Ya tú sabes que no eres persona grata en la Casa de las Américas?

La información, proveniente de persona bien informada, me hizo caer de las nubes. Conmigo la Casa no había tenido más que amabilidades. Sin embargo, mi amiga estaba en condiciones de saber. ¿Qué razones había entonces?

—¿Mi amistad con Neruda?

Ella se limitó a sonreír. Volví a la carga:

—¿Mi intervención en el jurado para darle el premio a José Norberto Fuentes?

—Sí —dijo ahora, permitiéndome entender que el caso de Neruda era demasiado espinoso como para que ella aventurara un comentario. Quedé perplejo. Todo esto se contradecía de tal modo con las atenciones de Fernández Retamar, con los proyectos de colaboración en un número sobre Chile de la revista de la Casa, con el incidente del automóvil... ¿Qué elementos contradictorios estaban en juego? Después del triunfo de Salvador Allende, Fernández Retamar me había escrito unas líneas amables pidiéndome alguna colaboración inédita para la revista. En esos primeros días de diciembre del 70, me elogiaba con entusiasmo ante quien quisiera oírlo (y parecía dispuesto a transmitírmelo). Y hablaba de Pablo, refiriéndose a Neruda, como si nunca hubiera ocurrido nada.

Yo me había encontrado con que la división literaria era más profunda, más irreconciliable que antes. Padilla no se saludaba con Lisandro Otero, con Fernández Retamar, con el uruguayo Carlos María Gutiérrez, a quienes no tenía empacho alguno en calificar de policías. Pero yo, aunque amigo de Padilla, era el enviado oficial del gobierno de Chile, y esas razones las entienden muy bien los policías. Antes, cuando había contribuido a darle el premio a José Norberto Fuentes, decisión literaria de la que todavía me siento satisfecho, y cuando Fuentes había tenido dificultades con el Ejército y con la Policía, había sido seguramente persona poco grata. Ahora la situación había cambiado y mis declaraciones de apoyo a la Casa eran recibidas como un inesperado respaldo que llegaba desde la Unidad Popular chilena. Es probable que la Seguridad del Estado, desde ese momento o desde mucho antes, ya hubiera resuelto invalidar ese respaldo, neu-

tralizar al escritor doblado de la peligrosa investidura de representante diplomático del Chile de Allende.

Padilla me había dicho, a los pocos días de mi llegada: «No hables nada. No confíes en nadie. Ni siquiera en mí. Pueden sacarme la información en cualquier momento». Por lo visto, Padilla conocía la situación y se conocía, además, a sí mismo. Él no resistió mucho tiempo la embestida policial. En algún fichero, en alguna cinta magnetofónica, debe encontrarse su versión, hecha al gusto de la Seguridad del Estado, de nuestras conversaciones y de mis movimientos en La Habana. El fichero estará a disposición de la Seguridad chilena, por si alguna vez se impone entre mis inocentes paisanos el policial-socialismo.¹ Es decir, debí hacer caso de la advertencia de Padilla: no confiar en nadie, y tampoco en él, menos en él. Como me observaron en París, después del episodio de la autocrítica: Padilla dejó muy mal a los que tomaron su defensa. En la historia del socialismo, otros asumieron hasta las últimas consecuencias la representación de una línea divergente, quizás errada o cargada de una parte de verdad. Padilla se demoró muy poco en renegar. ¿Para qué hablar tanto, entonces, si no era capaz de resistir el primer apretón? ¿Por qué no hacer como los que reconocen su miedo y guardan silencio?²

¹ El cuaderno donde figura esta frase es el segundo de los cuadernos manuscritos de *Persona non grata*, fechado en París el 6 de junio de 1971. En esa fecha, Piñeiro ya se había encargado de enviar un grueso expediente sobre mi caso, completado sin duda con las declaraciones de Padilla en la cárcel, a sus amigos de confianza en el gobierno chileno. Es probable que ese expediente haya desaparecido después del 11 de septiembre del año 1973, pero habrá quedado copia, para algún investigador del siglo XXI, en los archivos secretos de La Habana.

² Esta observación me la hizo Wilfredo Lam, pintor de origen cubano, importante en la pintura francesa de vanguardia, que había organizado el viaje del Salón de Mayo de 1967, de París, a Cuba. Fue, lo recuerdo muy bien, a la salida del Bistrot 121, Rue de la Convention, un bistró más bien caro y donde suele encontrarse gente conocida y conocedora. Ahora pienso que juzgar la conducta de Padilla desde ese punto de observación era excesivamente fácil.

Padilla pensó siempre que la opinión literaria internacional lo defendería. En los primeros tiempos, Fidel había cortejado esa opinión, sintiendo que ella era una de las líneas defensivas de la revolución cubana, un instrumento para romper el bloqueo. Pero en los últimos años todo había cambiado. Los intelectuales independientes de izquierda, que antes eran los mejores defensores de Cuba, habían empezado a publicar sus reparos a la Revolución. Fidel y el gobierno recibían esos ataques, por moderados y parciales que fuesen, con extremada susceptibilidad. Ellos acentuaban, con argumentos que venían de los que parecían los mejores amigos, la peligrosa sensación de aislamiento, de encierro cultural.

La crisis definitiva en la relación con los intelectuales de izquierda, sobre todo con los europeos, se manifestó cuando Fidel aprobó la invasión de Checoslovaquia. Cuba había representado para los europeos la posibilidad de un socialismo libertario, con libertad de pensamiento y de creación. Pero Cuba era una posibilidad remota, más bien exótica. Para muchos, equivocados o no, la primavera de Praga había pasado a ser la esperanza más sólida y tangible. Y esa esperanza había sido aplastada con tanques, con el inusitado aplauso de Fidel. El discurso de Fidel se había convertido, para algunos círculos, en el mayor escándalo político de aquellos días sombríos de agosto y septiembre de 1968, en la más dolorosa de las ilusiones perdidas. Había sido una puñalada en la espalda a cierta opción del socialismo que Fidel, gracias quizás a una ambigüedad consentida, había llegado a representar en el exterior. Según algunas malas lenguas, Fidel había justificado su actitud frente a un dirigente comunista español con dos argumentos: 1) la invasión le daba una espléndida oportunidad para reconciliarse con la URSS;

2) los checos no habían peleado, mientras que ellos, los cubanos, se habrían defendido en caso de ataque hasta el último hombre. Las supuestas razones de Fidel habrían sido, como se ve, una perfecta simbiosis de cinismo y machismo.

El hecho es que, desde aquel discurso, los intelectuales europeos empezaron a tratar a Cuba con menos consideraciones. Cuando llegué a La Habana, Fidel, con la soberbia demoníaca que lo caracteriza, y seguro, también, de contar con las simpatías de la URSS, ya había resuelto prescindir de la opinión de esos intelectuales, romper con ellos violentamente en la primera oportunidad que se presentara. Esta es la circunstancia que Padilla no supo, o pretendió que no sabía, captar. Creyó que la solidaridad de la izquierda no comunista lo defendería, cuando esa solidaridad, precisamente, acabaría de hundirlo. No tuvo más remedio que renegar de sus amigos de Europa, delatarlos como seres hostiles, venenosos, decadentes, agentes del enemigo. Y la mejor manera de implicar a todos en la acusación de contrarrevolucionarios era confesar que él, su amigo y contacto en Cuba, había sido contrarrevolucionario desde el primer momento. De ese modo, el grupito internacional quedaba fichado. Y al romper con esos izquierdistas liberaloides y anticomunistas, Fidel daba, de paso, una prueba adicional de su alineación con la ortodoxia soviética. Es probable que Fidel haya visto en la URSS la única amenaza grave para su poder interno y haya resuelto dar pruebas de su lealtad a la «buena línea». ¿No es verdad que K. S. Karol, René Dumont, el propio Hans Magnus Enzensberger, mostraban relaciones sospechosas con el maoísmo? En la autocrítica, Padilla citó los contactos personales o la amistad con cada uno de ellos. ¿No es verdad que un diplomático chino se

hallaba en primera fila en el recital que había dado Padilla, a comienzos de enero del 71, en la UNEAC, un recital dedicado a la lectura de un libro de poemas inéditos cuyo título general era *Provocaciones*?

En otro de sus sorprendentes virajes políticos, realizado con su maestría habitual, el Comandante en Jefe había utilizado al conejillo Padilla, al muñeco Padilla, para ingresar o simular que ingresaba en el juego de la ortodoxia cultural soviética. Los devaneos surrealistoides de la Casa de las Américas y de sus amigos de todos los continentes habían terminado. Dentro de la Revolución, todo. Pero ese todo se había restringido a la esfera mínima del sectarismo policial. Fidel me lo dijo, en la víspera de mi partida, y me citó el ejemplo, inevitable a su juicio, de Stalin y de la revolución cultural de Mao. «Usted sufrirá todavía muchas decepciones», añadió, y tenía razón, pese a que en materia de decepciones comienzo a curarme de espanto.³

El caso de Pablo Neruda, en todo este proceso, es más que revelador. Neruda había viajado a La Habana en

³ En esta etapa tuve que interrumpir la escritura de los cuadernos de París y viajar a Chile debido a una enfermedad irreparable de mi madre. Al regreso, tuve que cambiar de avión en Lisboa y pasar allí una noche melancólica, en la que el recuerdo de la despedida reciente y definitiva se combinaba con el hecho de cumplir ese día los cuarenta años de edad. Hice con mi jornada de Lisboa un apunte personal, indiscreto, titulado «Paréntesis portugués», que más tarde suprimí al publicar el libro, reemplazándolo por una explicación, hecha a base de testimonios escuchados en Cuba y de la versión del propio poeta, del conflicto de Neruda con los escritores cubanos, que implicaba, en verdad, una divergencia que iba mucho más allá de la pura literatura. Opto ahora por dejar las dos cosas: mis páginas sobre el «caso Neruda», tal como fueron escritas en el reverso de las hojas de mis cuadernos, y ese «Paréntesis» excesivamente privado, que daba testimonio, sin embargo, de mi primer encuentro con una dictadura de derecha después de la experiencia cubana. En los años que siguieron, vividos en la España del final del franquismo, en la del posfranquismo, y en Chile, tuve que convertirme, como comprenderá el avisado lector, en un especialista en la materia. Vi, desde luego, aspectos muchísimo más sombríos que los que había captado en una noche de Lisboa, en calidad de simple y solitario turista.

los comienzos de la Revolución y había escrito el primer libro importante de apoyo a Cuba, *Canción de gesta*. Pero Neruda, que venía de vuelta del estanilismo, había percibido síntomas inquietantes de culto a la personalidad. Unos versos del libro, en un poema dedicado «a Fidel Castro», lo decían para buenos entendedores, y él pensaba que Fidel, a falta de otros, había entendido:

Esta es la copa, tómala, Fidel.
Está llena de tantas esperanzas
que al beberla sabrás que tu victoria
es como el viejo vino de mi patria:
no lo hace un hombre sino muchos hombres
y no una sino muchas plantas:
no es una gota sino muchos ríos:
no un capitán sino muchas batallas...

Neruda pensaba que el estanilismo comienza con la destrucción del partido, en su calidad de núcleo de cualquier posible discusión y control del poder, y sigue con la formación de un partido-instrumento en torno a la figura del líder bienamado, padre de los pueblos y maestro y guía de las generaciones presentes y futuras.

A base de certeros golpes internos, Fidel operaba, en la época de la visita de Neruda, la destrucción del viejo Partido Socialista Popular, uno de los más sólidos y de mayor arraigo obrero en América Latina. El lastre sectario del PSP cubano era todavía muy visible en los comienzos de la década del sesenta, y esta circunstancia era utilizada por Fidel con su conocida astucia. Los intelectuales de izquierda, entretanto, aplaudían. Fidel estaba dando pruebas de su antisectarismo, de su voluntad de independencia frente a Moscú, de su línea «revolucionaria»

y no «revisionista», que llevaría la Revolución en la punta de los fusiles a América Latina y a la vez permitiría la libre floración de las artes, de las letras, del pensamiento.

Dentro de este contexto, el ataque a Neruda, dirigido por elevación al Partido Comunista de Chile, embarcado en la tarea «revisionista» de la lucha sindical, parlamentaria, electoral o electorera, destinada por definición al fracaso, había parecido «oportuno».⁴

Según me contaron, las cosas habían ocurrido más o menos así. Ante una indicación superior, cuatro sargentos⁵ literarios se habían reunido para redactar la carta: Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet. La acusación se basaba en dos hechos «graves», que la carta pública de sus «compañeros» y «amigos» cubanos interpretaría como claudicaciones del poeta: su viaje a Nueva York invitado por el Pen Club y su condecoración en Lima por el presidente Fernando Belaúnde. Que Neruda hubiera defendido en Nueva York la causa de Vietnam, en medio del entusiasmo delirante de una juventud rebelde, pacifista, cuya protesta terminó, años más tarde, por doblarle la mano al propio Nixon, y que los escritores de izquierda del Perú hubieran obtenido de Belaúnde una con-

4 En los años finales de la década del sesenta, los dirigentes comunistas chilenos expresaban en privado críticas bastante serias al régimen castrista. Algunas veces, estas divergencias se hacían visibles, como las partes descubiertas de un iceberg. El golpe de Estado y la instauración del régimen militar facilitaron la reconciliación de los comunistas chilenos con el régimen de Fidel Castro. Es una reconciliación efectuada bajo el alero de la más estricta ortodoxia prosoviética y permitida por la clara inserción de Castro, después de sus veleidades de los años sesenta, en esa línea.

5 Expresión utilizada después por Neruda a propósito de Fernández Retamar. Al hablar en un poema satírico posterior de «Marcos Chamudar» y de «Retamúdez Gordillo», Neruda comparaba a Roberto Fernández Retamar con Marcos Chamudes, que fue joven militante comunista en los años cuarenta, caracterizado, según el poeta, por un notable celo doctrinario y acusatorio, y que después, en los años de González Videla y del «macartismo criollo», se pasó a la derecha con camias y petacas.

decoración para el cantor de Machu Picchu, no eran factores que contaran. Los jóvenes Retamares y Lisandros, que habían regresado de sus universidades en Estados Unidos a descubrir la Revolución cuando Fidel ya había entrado en La Habana,⁶ atacaban ahora al poeta de *España en el corazón* y de *Canto General* con ferocidad de guardias rojos. La carta aparecería pronto firmada por Alejo Carpentier, amigo de largos años de Neruda, por Nicolás Guillén, por todos o casi todos los poetas, escritores e intelectuales de Cuba.

Me contaron que los firmantes habían descubierto su firma y conocido el texto de la carta el día de su publicación. Algunos, alarmados porque su firma no aparecía, síntoma inquietante con respecto a su ubicación en la vida literaria oficial, habían corrido a solicitar que los incluyeran. Uno de los muy pocos, quizás el único, que no apareció en la lista de los firmantes y que tampoco hizo nada por aparecer fue el viejo y cubanísimo Enrique Labrador Ruiz, amigo de Neruda desde los años cuarenta en México. Labrador Ruiz optó por encerrarse en su caserón de los altos de la calle Reina, escudado en su humor ácido, en sus recuerdos legendarios y en sus malas pulgas, y esperar, como jugador avezado que había sido, que pasara la racha...⁷

6 Guillermo Cabrera Infante, en una carta escrita después de leer *Persona non grata*, rectifica estos datos. Fernández Retamar y Lisandro Otero, tuvieron alguna militancia en el Movimiento 26 de Julio antes de la Revolución. Los que estaban en Estados Unidos, pero «vieron la luz revolucionaria a tiempo», fueron Desnoes y Fornet. La acusación contra Neruda se debió sobre todo, según Cabrera Infante, a la envidia de Nicolás Guillén. Neruda conocía esta envidia, e hizo el elogio del otro Guillén, «el español, el bueno», pero veía en la carta, creo que con razón, motivaciones políticas mayores.

7 Labrador Ruiz consiguió salir después y me escribió una carta en que me contaba que había pasado un año en Madrid, ayudado por amigos. Pensaba reunirse con miembros de su familia en Estados Unidos, pero los norteamericanos no le daban la visa debido a su viaje a China en los años cincuenta. Me decía que la situación en Cuba había seguido peor después de mi partida: «más hambre y más terror». Labrador pasó de Madrid a Caracas, donde trabajó como periodista, a los setenta y tantos años de edad, y al fin consiguió ingresar en Norteamérica.

Frente a la carta, los escritores latinoamericanos nos sentimos divididos entre la admiración a Neruda y la adhesión incondicional a la revolución cubana. Una operación mental cómoda suavizó el conflicto interior: Neruda representaba el estanilismo y el revisionismo de los viejos partidos; Cuba, en cambio, era la libertad y la revolución espontánea, auténtica... No nos dimos cuenta de que en Cuba, bajo nuestras propias narices, se instauraba un sectarismo de otra especie, mucho menos cruento que el de Stalin,⁸ pero con más de alguna semejanza en los mecanismos esenciales. Y la primera de aquellas semejanzas era nuestra forma de comulgar con ruedas de carreta, aceptándolo todo para evitar a cualquier costo la ruptura y la exteriorización de una divergencia. No habíamos tenido mayor dificultad para establecer nuestras distancias con respecto al Neruda de *Las uvas y el viento*, el de los congelados bigotes estalinianos. ¿No demostrábamos, sin embargo, una sumisión intelectual todavía más grave frente a los dictados de La Habana? Las razones para guardar silencio eran parecidas; la fragilidad de la isla revolucionaria y la fuerza terrible del bloqueo podían compararse al solitario socialismo de los años de Stalin, pero la historia había cambiado, y nosotros, ofuscados por el engreimiento de la juventud y, en algunos casos, de un éxito rápido, no habíamos asimilado sus lecciones...

8 Un estanilismo que producía la muerte literaria y civil de sus oponentes en el campo de la cultura, más bien que la muerte física, lo cual es menos cruento, pero no sé si menos cruel, si juzgo por testimonios como el de Reinaldo Arenas, para citar un solo caso. El de Neruda era muy visible, pero las acusaciones contra los simpatizantes extranjeros empezaron a multiplicarse mucho antes del «caso Padilla»: contra Carlos Fuentes, contra Nicanor Parra, contra muchos otros.

[Paréntesis portugués, 30 de julio de 1971]

Después de despedirme de mi madre, que entraba en la etapa delirante y siniestra de su enfermedad y que había encontrado, en los días en que la acompañé en Santiago, expresiones y salidas de humor de una ternura extrema, con toda su personalidad y su ironía volcadas en la relación maternal y familiar, en el sentimiento inconfesado, pero, de algún modo, asumido del abandono definitivo, con la correspondiente despedida desgarradora, llegué a Lisboa, de paso a Barcelona y París.

Antes no había comprendido tan bien el encanto de Lisboa. En proporciones que todavía son humanas, la ciudad es abigarrada, densa, multicolor. Sentí en las terrazas el perfume penetrante del café molido. La vegetación es frondosa y variada, con algo de trópico. De alguna manera subterránea, la ciudad se toca con el África y con lo afro brasileño.

La dictadura se siente en la escasez de espectáculos, en el periodismo y en los afiches, que contribuyen todos a la glorificación del Ejército y a la preparación para defender este último reducto del pasado: «No queremos la guerra, pero tampoco la tememos», etcétera. El más difundido muestra a un soldado robusto y sonriente, con un niño en brazos. Pero en los quioscos hay periódicos de toda Europa y la tristeza y la desconfianza generalizadas, productos supremos del Estado policial, no se advierten.

De noche, las calles están llenas de animación. En las vitrinas de los restaurantes y las cervecerías, el despliegue de mariscos —langostas, cangrejos gigantes, «carabineros»—, es de exuberancia rabelaisiana. Los lisboetas cortan las enormes pinzas con tenazas y devoran con obstinado entusiasmo.

La prostitución, que se ejerce en bares ad hoc, es, como en todas partes, triste, pero encuentro a una muchacha

de veintitrés años, de bonito cuerpo y ojos grandes, oscuros, que me recuerda ciertos rostros de Chile. Arrienda una pieza en un pequeño departamento, en una calle empinada. El departamento es limpio, pulcro. Dice que viven dos *casais* en él. Le pregunto, con algo de sorna, por la muñeca que está en un velador. «Es para que me haga compañía, cuando tú te vayas». La compañía de la muñeca será más apreciada, no cabe duda, pese a que Bárbara ha sido cariñosa y me ha pedido que la llame cuando venga la próxima vez. Iremos a comer esos inmensos «carabineros» a la plancha. Desde la puerta entreabierta del departamento, desnuda, me sonrío y me hace una seña de adiós. Ha dicho, para justificar su «trabajo», que debe pagar dos mil escudos de arriendo y mantener, además, a su madre. En la calle, a las tres de la madrugada, los últimos borrachos discuten y se resisten a entrar en razón. He visto a muchos borrachos bulliciosos. Los cafés profundos, pletóricos, donde Fernando Pessoa solía refugiarse del hastío y de la niebla invernal, ya se han cerrado. La fuente continúa fluyendo en el centro de la plaza, mientras al fondo de la calle se divisa el puerto y el mástil de un barco.

En resumen, trataré de regresar a Lisboa y, a falta de otra compañía, invitaré a la pequeña Bárbara a separarse un momento de su muñeca y a comer conmigo los portentosos mariscos desplegados en las vitrinas, con ayuda de dientes y tenazas y la consolación de un vino *branco velho*.

Agustín, el primer chofer que me asignó Protocolo, era un muchacho joven, mulato, que caminaba con las piernas arqueadas, mirando para los lados y haciendo sonar los dedos, con cierto desgano. Era amistoso y obsesivo. Pero de humor cambiante. A veces andaba enfu-

rruñado y no confesaba el motivo. Yo tenía escrúpulos de emplearlo durante toda mi jornada —manejar personalmente el automóvil de Protocolo habría sido indelicado—, pero él insistía en que se hallaba a mi entera disposición, por todo el tiempo que quisiera. Cada vez que lo dejaba en libertad, anunciaba que se iba a «echar un sueñecito». O preguntaba si disponía de tiempo para comer. Comer y dormir eran sus preocupaciones primordiales. Me decía con frecuencia, en tono algo empalagoso, que le gustaba trabajar conmigo, quizás por mi tolerancia para con sus hábitos de comida y sueño. Una noche de viernes o de sábado llegó con su esposa y su hermana a una de las salas de baile del hotel. Debe de haber estado muy atento a mi paso, porque tan pronto me divisó en el vestíbulo me invitó a sentarme y a beber una cerveza. Saqué a bailar una vez, por cumplido, a la hermana, una morena cuya cara redonda se me ha borrado de la memoria. Recuerdo, eso sí, que me dijo que bailaba «maravilloso» los bailes cubanos. Siempre he sido un bailarín mediocre, consciente de su mediocridad. Aquella noche sonreí, poco sensible al halago, y pronto me retiré a dormir.

Ahora me pregunto qué perseguía Agustín al llevar a su hermana. Es cierto que podían hallarse en una mesa del cabaret como cualquier grupo familiar, y en Cuba era corriente que las jóvenes parejas salieran con la madre, con las hermanas, con otros parientes o allegados a la casa. Pero también era posible que Agustín hubiera estado deambulando por la recepción a la espera de mi llegada, mientras la esposa y la hermana, colocadas allí por una mano oculta, esperaban pacientemente en su condición de cebos para un diplomático desprevenido. Aquella mano oculta, informada por la malicia popular de

Agustín, no había tardado en conocer mi costumbre de asomarme al cabaret cuando regresaba tarde por las noches de fin de semana y todavía se escuchaba música.

En Cuba me puse más malpensado de lo que era antes; desarrollé una suspicacia extrema. Esto es, probablemente, lo que se llama «aprender mucho». Aprendí mucho: todavía no termino de aprender y, como dije al comienzo de este libro, de atar cabos y encontrar nuevos motivos de perplejidad. Incluso me viene la idea, al escribir estas líneas, de que la hermana de Agustín no era tal hermana, de que era una hermana supuesta que la mano oculta⁹ me enviaba por intermedio de Agustín. Alguien me había estudiado y había determinado mis debilidades reales o atribuidas. Sospecho que, en definitiva, esas debilidades se descubren y analizan sólo a medias, con criterio burdo, puesto que me despedí cortésmente y subí a mis habitaciones, donde continué la lectura de uno de los libros de moda en la clandestinidad intelectual: el de Karol o el de Dumont, agentes recalcitrantes de la CIA, como se supo más tarde a través de la autocrítica de Padilla.

No nos adelantemos. También es posible, y quizás sea lo más probable, que Agustín haya salido con su esposa y su hermana a dar una vuelta aquella noche de viernes o sábado, aprovechando que yo me había ido a reunir, de acuerdo con mis extrañas costumbres, con mis amigos melenudos y borrachos, aficionados a escribir versos y quizás, en sus recintos privados, a otras depravaciones aún más vergonzosas.

De pronto me comunicó Meléndez que me cambiaría a Agustín por un chofer llamado Tomás, persona más

⁹ La mano oculta del Hermano Mayor, agrego ahora, experimentado en hermanos mayores que nos protegen, nos vigilan y nos castigan si nos desviamos del recto camino.

seria y responsable, militante, según me informó Meléndez, del partido. Poco después vi a Agustín, en mangas de camisa, paseándose por la recepción del hotel como alma en pena. Más tarde supe que había tenido un incidente con el hijo de un político chileno que vivía en el hotel. Según se dijo, había presionado al muchacho chileno para que le sacara una botella de ron del Diplomercado. El muchacho se había resistido y el impulsivo Agustín le había ofrecido puñetes, ante lo cual el muchacho, asumiendo toda su dignidad de hijo de personaje público chileno, había pedido sanciones a la autoridad competente. Pese a las súplicas de Agustín, que según el orden de las cosas debía ir a parar a una granja a cortar caña, mi defensa suya fue débil. Hacía poco había olvidado mi petición de despertarme para ir a despedir a Mario García Incháustegui, el embajador de Cuba en Santiago de Chile. Había abierto los ojos con media hora de atraso, me había vestido en un santiamén y había corrido a la calle. Allí tuve que esperar al inconcebible fresco de Agustín que dormía a pierna suelta. Salvo que la mano oculta le hubiera sugerido que se quedara dormido...

Más tarde supe que en el aeropuerto, despidiendo también a García Incháustegui, estaba Manuel Piñeiro, el comandante de la barba roja, que probablemente prefería no verme. Yo había rechazado una invitación suya a comer porque tenía un compromiso anterior con Lezama Lima, con Pablo Armando, con Heberto Padilla. Naturalmente, un revolucionario puro como él no podía tolerar esa postergación. De no ser que me hubiera invitado a sabiendas de que yo tenía ese compromiso previo, con el fin bien determinado de ponerme a prueba.

Lo vi dos meses después en la cubierta del *Esmeralda*, haciendo chistes y gracias con los jóvenes grumetes,

tratando de caerles simpático, y asocié su trabajo de acercamiento a la juventud con el de algunos de mis antiguos preceptores jesuitas. ¿Quería, entonces, al invitarme para el mismo día en que tenía un compromiso con mis amigos —la celebración del cumpleaños, si no recuerdo mal, de Lezama Lima—, ponerme a prueba, a fin de colocarme después de fracasar en la prueba, como era previsible que ocurriera, en su lista negra, en su Índice?

«Quédate un año aquí y te convertirás en un clásico del socialismo, chico», decía Padilla, riéndose y mirándome con sus ojos burlones, redondos, atentos.

Con Agustín y mi flamante Alfa Romeo, cuyo color, no recuerdo si granate o azul, correspondía, según me dijo alguien, al de los personajes más encumbrados, emprendí las visitas a las autoridades nacionales y a los jefes de misiones diplomáticas. Hacía tres o cuatro visitas por día, a veces más, corriendo en mi Alfa por Miramar, por Cubanacán, por El Vedado, por los malecones rumbo a La Habana Vieja. Era mi primera experiencia como jefe de embajada y en los primeros días, literalmente, había tenido que hacer en forma simultánea de embajador, dactilógrafo, telefonista y portero. La nueva embajada de Chile en Cuba era una entidad compuesta por mí con mi sufrida máquina de escribir portátil y algunas carpetas sobre las posibilidades del comercio chileno-cubano, con sede en una *suite* de dos habitaciones del Habana Riviera. El primero en formar equipo conmigo fue Agustín con el Alfa. Resultaba difícil que no solidarizáramos de algún modo, que Agustín no adquiriera un principio de lealtad hacia mí, aun cuando la mano oculta lo obligara enseguida a traicionarme. A menudo pienso que no había sido otra la razón del cambio de Agustín por Tomás:

en mis tres meses y medio de estada en La Habana me asignaron tres choferes. Reconozco, sin embargo, que mi suspicacia, avivada por los acontecimientos posteriores, puede haberse tornado excesiva.

Corríamos, pues, por las calles casi vacías, de una embajada a otra, de un ministerio a otro, procurando ajustarnos al bien nutrido programa. Esa actividad, a la luz brillante del trópico, bajo un sol de invierno, por los malecones donde con frecuencia había que esquivar los surtidores bruscos de la espuma, me producía, lo confieso ahora, una gran exaltación. Me hacía sentirme, en la proximidad de mis cuarenta años, joven, rebosante de energías, interesado, incluso apasionado por mi tarea.

Cada visita enriquecía mi aprendizaje. Monseñor Zacchi, el internuncio, que se hallaba en La Habana desde 1960, me relataba sus gestiones para alcanzar un *modus vivendi* entre el gobierno y la Iglesia católica. A su juicio, como la guerra de independencia contra España, a diferencia de las demás colonias de América, se había hecho en Cuba muy tarde, a fines del siglo XIX, el anticlericalismo seguía vivo en la segunda mitad del XX. Zacchi me señalaba que en la emancipación hubo influencia protestante, debido a la intervención norteamericana, y desde luego influencia laica, de corte liberal o masónico. Lo comprobé más tarde en el puerto de Matanzas, por donde pasé varias veces: las logias ocupaban casas de un piso, pulcras, pintadas de diversos colores, con sus diferentes denominaciones escritas en las fachadas, que daban al camino principal.

En el período republicano, una vez alcanzada la independencia de España, la educación religiosa se circunscribió siempre al ámbito parroquial. La situación se mantuvo después de la Revolución. Lo importante, entonces, era la

presencia y la formación de sacerdotes. A Zacchi no le resultaba difícil, en la defensa de su causa, encontrar paralelos entre la doctrina cristiana y los objetivos revolucionarios. Al rol de negociador eclesiástico prefería el de puente entre gobierno e Iglesia. Frente a sus congéneres religiosos hacía de abogado de la Revolución, o de abogado del diablo, si se quiere, con un fervor que podía resultar inquietante para mentes ortodoxas. Una vez me dijo que esperaba, en un futuro cercano, que un católico pudiera militar en el Partido Comunista. Y lo miraba a uno con ojos entre candorosos y vivaces, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos levantados de la mano derecha: «¡Sí», repetía, con entusiasmo que no había razón para calificar de ingenuo: «¿Por qué no?». Mis lejanos estudios me habían enseñado que el ateísmo es un elemento esencial del marxismo, y mi indiferencia religiosa, por otra parte, hacía que no me hubiera detenido a reflexionar sobre el asunto. Es posible que monseñor, arrastrado por la dialéctica del proceso cubano, se saliera de madre. Ya había cortado caña, con la correspondiente publicidad, y había llevado a los sesenta o setenta seminaristas de La Habana a trabajar en la zafra, realizando una experiencia que, a su juicio, había dado resultados excelentes. El punto de vista de la Iglesia, según Zacchi, distaba mucho de ser ecuánime: ella esperaba que la Revolución cediera en todo, pero ella no quería, en cambio, hacer concesiones de ninguna clase.

Zacchi era una mezcla curiosa de la Iglesia joven, que bordeaba o ingresaba de lleno en el campo de la heterodoxia, y de artífice florentino de la diplomacia, sonriente, cortesano y astuto. Podía caer en cierto rebuscamiento. Pienso, de todos modos, que era un hombre bienintencionado, que manejaba una situación difícil con inteligencia y buena voluntad.

Cada embajada era un mundo separado, con sus particularidades acentuadas por la situación política. España, cuyo imperio había terminado por sucumbir, después de siglos de agonía, precisamente con la pérdida de Cuba, en el 98, ocupaba un edificio señorial, con cierto recargo barroco de fin de siglo, frente al viejo puerto. Las anteceras y galerías estaban llenas de un público sombrío, silencioso, que parecía salir de las novelas madrileñas de Pérez Galdós: almaceneros, bodegueros, tenderos, dueños de peluquería, ayudantes de notario, procuradores... El huracán de la Revolución los había dejado lelos, sumidos en sus banquetas, desde donde miraban con ojos suplicantes, traspasados de contenida ansiedad, o con biliosa reticencia. Después de cortar el paño en ultramar, durante decenas de años, o de hacer el expendio menudo, en paquetes pasados por encima del mostrador, de los quintales de harina, debían regresar a la península, a la provincia gallega, con las manos vacías. Conocían por tradición histórica las realidades del poder, de modo que no abrían la boca. Fidel Castro podía ser un caudillo de las guerras carlistas, pero ellos no estaban para caudillos que no garantizaran, por sobre todas las cosas, el quintal de trigo, los duros, el predominio de la pesa romana. Recordé la frase de un despachero franquista: «Con Franco, todo el mundo en España come pollo». Eran los Sanchos de siempre, aplastados en el sitio menos pensado, en esa última de las colonias, en medio del trópico, por un vendaval súbito, un vendaval que un hijo quijotesco de algún español como ellos desencadenaba. Don Miguel de Unamuno, cuya reflexión entroncaba con la derrota del 98, pudo haberse interesado, a pesar de su antisocialismo virulento, en las paradojas del caso. Porque ese Quijote del trópico también tenía algo de Sancho; había aprendi-

do, con el correr de los años, bastante de la sabiduría sanchopancesca, en tanto que algunos de sus compañeros, los que no se bajaban de la silla de Rocinante, iban quedando en el camino, como enemigos o como héroes, pero fuera, en cualquier caso, de la tarea cotidiana de gobernar la Insula.

Si la embajada española funcionaba en ese maltrecho edificio finisecular, la de Estados Unidos se había levantado en una fortaleza de cemento y vidrio, construida con la arquitectura aséptica de los años cincuenta. Desde allí, como el más importante de los ministerios, había dominado los malecones, por donde pasaba en las tardes una procesión abigarrada y bulliciosa de Cadillacs, de Oldsmobiles, de autos deportivos, en medio del gentío, de los niños negros que saltaban entre los paseantes, mendigando, de los jóvenes universitarios en mangas de camisa, con los dientes cariados, que miraban el espectáculo con ira, soñando con la Revolución, mientras los yates surcaban el azul del mar Caribe y en las mesas de juego se acentuaba el rumor de las fichas; mientras en el bar de La Torre corrían los inmensos daiquiris, con su espuma helada, y en un departamento sórdido, de paredes sucias, unos esbirros asesinaban a un hombre de un tiro en la nuca.

En la misma oficina donde el encargado de negocios de Suiza me hizo entrega de los asuntos chilenos, el embajador de Estados Unidos se habría frotado las manos, aspirando un habano y contemplando la ciudad suya, su mar, el *sky-line* cuyas luces comenzaban a encenderse, multicolores, símbolos del progreso, del *boom* de los negocios, del *business*, y donde sus incondicionales, incontables, contribuían a mantener la solidez de la armazón, el sistema de dominio en apariencia inexpugnable.

El suizo me pasaba recibos de toda clase, sonriente, en la sala donde todavía resultaba difícil pensar que el embajador norteamericano había desaparecido. De pronto me vi ante el inventario de los muebles personales y de la biblioteca de Emilio Edwards Bello, «don Emilio» como lo recordaban aún muchos habaneros. Adiviné que al suizo, un hombre sutil, con un buen sentido del humor, le parecía extraño y algo divertido que hubieran nombrado a un pariente de don Emilio para reanudar las relaciones diplomáticas, en pleno gobierno de la Unidad Popular. Aunque Chile no se lo hubiera propuesto y nadie hubiera prestado la menor atención a la coincidencia, el detalle, observado con la perspectiva del suizo, mostraba el pluralismo, el aspecto antidogmático de la revolución chilena. Pero hay que decir que el detalle, producto de la más sencilla falta de atención, no fue muy apreciado en las esferas oficiales de Cuba.

La frase del embajador de Cuba en México resultaba suficientemente reveladora y *Granma* dedicaba por lo menos una línea todos los días a la familia Edwards, símbolo y núcleo de la reacción, en la que no establecía distinciones que pudieran dejar a salvo al flamante encargado de negocios.

Los embajadores occidentales me decían frases vagas de cortesía, hacían en más de un caso recuerdos halagüeños de Chile o me daban consejos para la vida práctica en La Habana. Lo pasaban o fingían pasarlo muy bien. Como la prensa de sus países o sus gobiernos ya eran anticubanos en exceso, no les resultaba difícil asumir la defensa de la Revolución. ¿Para qué complicarse la vida tomando medidas de seguridad? Lo más seguro de todo era no guardar secretos: buscar el lado bueno de las cosas, destacar los éxitos, justificar los fracasos, y dedicar el resto

del tiempo al bridge, al golf y a las conversaciones anodinas, sin dejar de participar, cuando llegaba la ocasión, en las sesiones simbólicas de corte de caña organizadas por la dirección de Protocolo.

Siempre me sorprendió la pesadez y el mal gusto de las embajadas socialistas. Debe de haber una producción en gran escala de estatuas de Lenin. Es cierto que se suprimió el culto a la personalidad del jefe del Estado,¹⁰ de modo que la omnipresencia de Lenin constituye un progreso.

En todas, o casi todas, se brindaba con un pequeño discurso, mezcla de mensaje político, con votos para el éxito del pueblo de Chile, de su gobierno y del compañero presidente Allende, y de saludo personal. El embajador de Corea del Norte asumió un tono iracundo cuando se refirió, en su explosivo y sincopado lenguaje, al imperialismo yanqui. El embajador de Vietnam del Norte, en cambio, era un hombre suave, sereno y sonriente, que me informó sobre la situación de la guerra con absoluta confianza en la victoria de su país.

Ahora veo la sala del embajador chino: techos altos y pensamientos de Mao Tse-Tung en los muros, inscritos en grandes letras rojas sobre lienzo blanco. El embajador, de cara redonda, representaba alrededor de sesenta años. Siempre lo acompañaba un intérprete joven, de anteojos, que parecía tan satisfecho y aún más optimista y jovial que su jefe. Brindamos con un licor blanco por la amistad de Chile y China y por el pronto establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países.

Pocos días más tarde, el embajador fue a visitarme al hotel para comunicarme el establecimiento ofi-

¹⁰ Así me parecía a mediados de 1971.

cial de relaciones. Intercambiamos las frases de cortesía y los pequeños discursos de rigor. Dejé al embajador en la puerta del hotel, sumergido en el fondo de su gran automóvil negro, que llevaba una bandera roja. Desde allí se despedía de mí con las manos y con una sonrisa casi submarina.

Cada vez que me encontraba con el diplomático chino en un cóctel, me tomaba las manos y me saludaba con muestras de afecto extremo, traducidas y compartidas en forma entusiasta por su ayudante. Estuve en una recepción en su casa. Me llamó de pronto, secundado con gestos enfáticos por el intérprete; me pasó una copa de licor, cogió otra y las hizo llenar. Enseguida, me dirigió un largo brindis de amistad. Alguien me dijo después que esos brindis tenían gran significación para los chinos, cosa que no dudo, a juzgar por la actitud del embajador y de su impecable intérprete. Ambos se distinguían en las fiestas diplomáticas por sus uniformes de color azul piedra, por el botón rojo de Mao en la solapa y por la eterna sonrisa, acentuada por esporádicas risas y movimientos de cabeza a dúo.

Hay que señalar, porque el contraste no deja de ser significativo, que la embajada soviética actuaba con mucha mayor parsimonia, por lo menos frente al representante chileno. Fueron extremadamente amables, pero tomaron su tiempo para devolver mi visita inicial y no se prodigaron en atenciones. Parecían querer decirme que no se dejaban impresionar por amores a primera vista —ya tenían demasiada experiencia en la materia— y que la participación del Partido Comunista en el gobierno, en Chile, era cosa que interesaba antes que nada a los propios chilenos.

[La Habana, 21 de diciembre de 1970¹¹]

Han transcurrido dos semanas justas desde mi llegada. Hoy vi por fin una casa adecuada para Cancillería de la embajada chilena. Ya tengo una persona que me ayuda en las mañanas, un joven chileno que ha trabajado en el INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria) y que prepara el regreso, al cabo de nueve o diez años, con su mujer cubana y sus hijos. El permiso de salida de su esposa tarda y él ha empezado a ponerse nervioso, pero su colaboración en la oficina es muy eficaz.

Pilar llega en la madrugada del 29 a México. Iré a buscarla y pasaremos el Año Nuevo allá, con algunos amigos: Carlos Fuentes, Fernando de Syzlo y Blanca, que van desde el Perú, etcétera.

Como se ve, empiezo poco a poco a organizarme, mientras el ministerio mío guarda silencio. Ser jefe de misión sin eco ni respaldo es peor que ser «suche». Los argumentos en contra de mi continuación en la diplomacia han llegado a ser aplastantes. Como embajador político, por breve tiempo, pase. Pero eso supone dedicarse a la política, no a la diplomacia, que cada día me parece más una profesión para «comemierdas». Que mis colegas me disculpen. Es posible que en veinte años más, si sobrevivo, siga en la carrera

¹¹ Lo que sigue son páginas del diario que llevé en La Habana. Las intercalé porque tenían un retrato del Che Guevara que me pareció de algún interés. Más adelante hay otras páginas de este diario. Son las únicas que se podrán rescatar. El diario fue robado en un hotel de Cali, Colombia, en agosto de 1974, durante un Congreso de Escritores. ¿Robo político? ¿Robo literario? El diario estaba en un maletín nuevo, lleno de cierres y espacios secretos, que me había regalado Carmen Balcells antes de salir de Barcelona. Era un objeto indudablemente atractivo para delincuentes comunes, que habrán podido encontrarse, en el interior del maletín, con el cuaderno inútil, y haberlo tirado al riachuelo que pasaba frente al hotel. Pero también había un poco de dinero en la mesa y no se lo llevaron. Quizás porque era demasiado poco.

y siga, como la gran mayoría de los diplomáticos, quejándome. No hay que decir jamás «de esta agua no beberé». Las vueltas de la vida suelen ser de una ironía perversa.

En cuanto a la condición del escritor, del poeta, la veo clara en algunos casos cubanos: Lezama Lima, Pablo Armando, Pepe Rodríguez Feo, Heberto, José Norberto Fuentes, a quien no he visto aún, que se ha escondido, Fayad Jamís, amigo de mi viaje anterior, que ahora también se esconde, Miguel Barnet y su investigación apasionada de lo afro-cubano... Ellos conservan el fuego, en medio de dificultades que tienden a veces a magnificar, llevados por un egocentrismo casi humorístico, y de facilidades que les da la Revolución. Si *Paradiso* tiene una circulación prácticamente clandestina, en virtud de una consigna tácita de los hombres de orden, nadie en el pasado habría tenido la audacia de editarlo. Ellos, los escritores, son críticos y mordaces, pero dentro de la Revolución. Es que en esta parte de América sólo se ven dos alternativas: la sucursal de USA —léase Guatemala, Puerto Rico—, condenada a la pérdida de la identidad en medio de una opulencia fea, rodeada de cinturones de miseria, y la maltrecha isla de Cuba, con sus errores garrafales y también con sus graves desviaciones ideológicas, ya que el socialismo de pronto se confunde, como sostiene René Dumont, con la dictadura militar socializante, un fenómeno político que bordea en forma peligrosa el fascismo de izquierda. Sin embargo, no me cabe duda sobre la elección. El mejor argumento, para mí, a favor de la Revolución, es la sátira y el humor de los intelectuales, tolerados a pesar de todo.

Aquí se comprende, también, al Che Guevara, cuyas frases en una comida en casa de Ramón Huidobro, entonces embajador nuestro ante los organismos internacionales en Ginebra, donde lo conocí, me parecieron inoportunas.

Él habló, en un ambiente de diplomáticos y funcionarios experimentados, de la necesidad de que los jefes participen de la vida popular, citando concretamente el caso de Ho Chi Minh. En ese medio, la alusión del Che me pareció chocante, pero es cierto que el líder debe identificarse con su pueblo hasta en la manera de vivir, y conocer las opiniones de la masa.

La falta de participación real del pueblo en las decisiones políticas y económicas, a todos los niveles, podría explicar muchos de los errores cubanos. Según me cuenta un funcionario chileno que ha vivido en Cuba, un joven «técnico» agrícola ordenó arar centenares de hectáreas para sembrar un forraje llamado pangola, en circunstancias en que la melaza que él veía en esos campos *era* pangola. Pero los juajiros cumplieron las instrucciones sin atreverse a objetar. Es probable que el joven capitán que zarpó de la bahía de Río de Janeiro sin levar anclas, en los primeros tiempos de la Revolución, y que arrastró con sus cadenas el cable internacional, no haya escuchado, tampoco, la voz de sus tripulantes más avezados.

Salvo que la exaltación y los atributos externos del poder personal, los inmensos retratos en las plazas y los pequeños santuarios que animan los CDR (Comités de Defensa de la Revolución) en la entrada de cada edificio, sirvan no sólo para producir ese temor reverencial, que impide compartir o consultar las decisiones, sino también para combatir la anarquía, tan propia de los pueblos hispánicos. Quizás exista, salvadas las distancias, un paralelo Che-Fidel y Carrera-O'Higgins. El Che y Carrera¹² fueron guerrilleros y mártires. Fidel, como O'Higgins, ha debido

¹² Héroe de la independencia chilena, fusilado por órdenes del general argentino José de San Martín en 1820.

asumir el papel más frío del estratega y del constructor: el director supremo que mantiene a raya la lucha de las facciones, que la utiliza a su favor y que impide, en definitiva, que el barco haga agua.

La comida en Ginebra mencionada en mis apuntes de La Habana tuvo lugar durante la primera Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, en marzo de 1964. El Che, todavía ministro de Industria de Cuba, participaba como jefe de la delegación cubana. En Chile eran los tiempos de Alessandri con los radicales, cuando aún, pese a las intensas presiones, no se rompía con Cuba. En la mesa de Huidobro había una concurrencia bastante representativa de cierto liberalismo latinoamericano: Raúl Prebisch; Felipe Herrera; Edgardo Seoane, que entonces era vicepresidente del Perú, en los comienzos, si no recuerdo mal, del *belaudismo*; Carlos Lleras Restrepo, que aún no llegaba a la presidencia colombiana; el representante del régimen brasileño de Goulart, que caería a los pocos días; Carlos Martínez Sotomayor, que acababa de terminar como ministro de Relaciones y era embajador en Naciones Unidas... Una concurrencia de liberales y tecnócratas encorbatados de estricto azul oscuro, viejos conocidos cuya charla, dentro de un margen de formalidad, transcurría entre bromas, alusiones a un cuerpo misterioso de conocimientos comunes, salidas ingeniosas... El Che, que llegó tarde, vestido de verde olivo, con una tensión en el rostro cetrino a la que se sobreponía, de repente, una sonrisa, llegó a «cortarles la leche». Por mi parte, pensé que su actitud era innecesariamente agresiva y poco diplomática. Me dije que Cuba necesitaba romper su progresivo aislamiento y que el Che, en esa reunión, parecía empeñado en lo contrario. Aquella concurrencia

estaba lejos de ser la más cavernaria de América Latina; no podía descartarse, pensaba yo, la posibilidad de algún diálogo entre el Che y esos señores. Sin embargo, ¿cómo asumir una actitud así, en aquella época, sin abandonar posiciones? ¿Cómo exigir aquella madurez de una Revolución tan joven, tan aislada en ese momento? Es probable que el Che no tuviera más alternativa que la de aguar la fiesta en casa de Ramón Huidobro. Porque esa actitud, la de aguafiestas, fue la suya, salvo que la memoria me traicione.

Comenzó por decir que no se sentía en absoluto a gusto en el ambiente internacional de Ginebra y de esa conferencia. Sentía que todo ese despliegue era inútil. Él pertenecía a otro mundo. Lo que le gustaba era levantarse en las madrugadas de los domingos y salir a cortar caña a las cinco de la mañana, en compañía de guajiros. Al hablar de Vietnam dijo que le gustaba ese socialismo en que los líderes habitaban en cabañas, como el pueblo que los rodeaba. Es probable que hiciera alusión con esto a su viaje a la Unión Soviética, que lo marcó al dejarle una decepción profunda, quizás decisiva para su destino final... El Che anunció en la casa de Huidobro que regresaría pronto a La Habana: la conferencia le parecía una perfecta pérdida de tiempo.

Cada frase del Che debe de haber sido un balde de agua fría para Raúl Prebisch, que había dedicado todas sus energías, en el último tiempo, a organizar esa conferencia; para Felipe Herrera, concurrente asiduo y animador de aquellos foros internacionales; para muchos otros de los que estaban en aquella mesa, verdaderos tigres de conferencias y organismos internacionales. Yo, en mi calidad de secretario de la delegación chilena, había sido invitado para llenar un hueco en la mesa, como se acostumbra en la

diplomacia con los secretarios de embajada, cuyas variadas funciones pueden ser de jurista, de redactor de discursos o sesudos informes, de traductor, de cicerone, de comensal número catorce cuando una excusa intempestiva deja una mesa con fatídicos trece asientos, de correve-dile, de alcahuete, de chofer y de mozo de cuerda... Había sido invitado, pues, para llenar el sitio de alguien que se había excusado hacía pocas horas, y observaba el espectáculo desde mi rincón, gozando para mis adentros, aunque un poco escandalizado también por lo que me parecía, por parte del Che, una beligerancia a priori innecesaria e impolítica.

El Che se retiró temprano y los comentarios de la concurrencia, aunque no muy amables, mantuvieron una medida, una condescendencia y un humor que resultaban de buen tono.

A los pocos días se produjo el golpe militar en Brasil. Durante toda una tarde llegaron noticias alarmantes y confusas. A la mañana siguiente entramos en la sala de plenaria y en los asientos de Brasil, ocupados siempre por una de las delegaciones más numerosas, sólo vimos a un tercer secretario. Había en los pasillos del Palacio de las Naciones una efervescencia poco habitual. Ernesto Che Guevara se hallaba en un rincón, rodeado de un pequeño grupo. Contestando a una pregunta, sostenía que el golpe brasileño, aunque constituyera un aparente retroceso, sería favorable a la larga para la revolución latinoamericana. En efecto, el gobierno de Goulart no pasaba de ser una democracia burguesa que gradualmente se estancaba y se corrompía; la presencia de una casta militar claramente reaccionaria y represiva provocaría una polarización de fuerzas y precipitaría la lucha armada en América Latina.

El revolucionarismo del Che no me convenció, entonces, pero él fue consecuente con sus palabras en casa de Huidobro y en el pasillo del Palacio de las Naciones hasta el fin de su vida. En las noches lo veía conversando hasta más allá de las dos de la mañana, en los salones del hotel, con miembros de otras delegaciones, en su mayoría de países afro-asiáticos. Comimos con él en esos días en casa de un diplomático cubano y me dijo que su madre, a quien conocí en París cuando pasaba de Cuba a Argentina, había sido encarcelada al regresar a Buenos Aires y había muerto poco después de salir de la cárcel. Mario Vargas Llosa, casado entonces con Julia Urquidí, la había alojado en su pequeño departamento de la Rue de Tournon, en pleno barrio de Saint-Germain-des-Prés. Habíamos ido juntos a ver el *Galileo* de Bertolt Brecht en el Teatro Nacional Popular. Recuerdo que Mario Vargas Llosa había comparado su caso con el de la madre de cualquier ministro peruano, que se alojaría en el Ritz o en el Georges V y tendría a toda la embajada movilizada para atenderla. Ahora me parece extraño, sin embargo, que la embajada cubana se hiciera tan poco presente ante la madre de uno de los héroes máximos de la Revolución. ¿Era simple descuido latinoamericano o frialdad deliberada? ¿Tuvo alguna influencia la madre del Che —su salida de Cuba y su muerte en Buenos Aires, después de la cárcel— en el destino posterior de su hijo? Siempre se está en peligro de hilar demasiado delgado, pero los cubanos son más sutiles de lo que se piensa a menudo. Mis tres meses y medio de diplomático en la isla me hicieron creer menos en el azar y más en la premeditación oculta.

Tal como nos había dicho en la comida de Huidobro, el Che abandonó pronto el ambiente irrespirable

del Palacio de las Naciones y regresó a Cuba. Más tarde abandonó también su escritorio de ministro y empuñó las armas, como los líderes vietnamitas que admiraba, para crear en América Latina un nuevo Vietnam. Los campesinos indígenas de Bolivia debían comprender su mensaje y la polarización de fuerzas en Brasil, prevista por él en Ginebra, debía permitirle extender la conflagración revolucionaria a todo el cuerpo central del continente; pero sus cálculos, quizás prematuros, fallaron, y encontró la muerte amarga y solitaria que todos conocen. Lo menos que se puede decir es que fue consecuente con cada uno de sus actos y de sus palabras, y que esa actitud, cuando la terca realidad no se acomodó a ella, le costó la vida.

Llegué a suponer que los diplomáticos occidentales, que se trasladaban en largos automóviles oficiales entre su residencia, el Ministerio de Relaciones y las residencias de sus colegas, donde encontraban los mismos bocadillos, servidos por los mismos mozos, y las caras de los mismos invitados, no tenían mucha oportunidad de observar la auténtica vida del país. Esto debe de haber tranquilizado a Meléndez y a sus compinches, para quienes el mundo se dividía entre los malos de la CIA, que ellos estaban en la obligación de vigilar, y los buenos (ellos), bandos que actuaban entre una vasta muchedumbre inocua y manejable de funcionarios satisfechos y vendedores de artefactos occidentales, que lo verían todo color de rosa en la medida en que fueran cursadas las respectivas órdenes de compra.

El encargado de negocios de Suecia, que salía de excursión a provincias y procuraba imponerse de la situación social hablando con los guajiros, con los expertos agrícolas, con la gente de la calle en las ciudades pequeñas, y que so-

lía visitarme para intercambiar información conmigo y transmitirla, por supuesto, a su gobierno, como es habitual en la diplomacia, ya estaba catalogado, según supe más tarde, de agente del enemigo. El equipo de Meléndez prefería a los diplomáticos al antiguo estilo, a los tigres de salón y de cóctel: se había producido aquella circunstancia, bien conocida en otras latitudes, en que una sociedad socialista favorece el cinismo y la pereza mental. El cine checo había empezado a mostrar esa anomalía antes de que le cayera su actual lápida; es decir, antes de que el conformismo, ornamentado con el eufemismo de normalización, recuperara sus fueros puestos en momentáneo peligro.

En cuanto a las salidas mías, merecieron que se dijera que si aún no formaba parte de la CIA, no tardaría en incorporarme a ella. Se aseguró que yo no soportaría el proceso revolucionario chileno, lo que tarde o temprano me convertiría en un gusano y un agente.

En una de esas salidas me tocó ver un espectáculo curioso. Un periodista extranjero había pasado a buscarme después de una comida con dos jóvenes amigas suyas. Fuimos a caminar por la playa de Santa María, que estaba iluminada por la luna. Mi acompañante era una muchacha muy ingenua, enteramente sometida a los tabúes del viejo catolicismo español, a pesar de que la Revolución tenía pocos años menos que ella, y yo, por mucho que digan algunas chismografías locales, carezco de pretensiones donjuanescas: estoy bastante lejos de ser el violador empedernido de que se habla en el poema de García Lorca. Me explicaron que antes, cuando había peligro inminente de invasión, no se podía caminar por aquella playa de noche, pero esos tiempos habían pasado.

De regreso a La Habana, alrededor de la una y media de la madrugada, encontramos una fila intermina-

ble de gente que caminaba en dirección contraria a la nuestra. Era una fila dispersa, irregular, que no se interrumpía durante kilómetros. Algunos cojeaban, o avanzaban con un niño en los brazos o una carga en los hombros. Mis acompañantes no sabían muy bien de qué se trataba, aunque sospechaban que la manifestación tenía carácter religioso.

Personas amigas a quienes relaté el incidente me explicaron después que yo había presenciado la resurrección del culto de San Lázaro, no el San Lázaro de los cristianos, sino el santón babalú. No podían creerme que la procesión se extendiera a lo largo de kilómetros, como la vi con mis propios ojos. «La procesión de San Lázaro se acabó por allí, por los años 61, 62». Pero las brasas de la superstición permanecían debajo de las cenizas y, de pronto, cuando nadie ya lo esperaba, había rebrotado el fuego. Todos coincidieron en estimar que el detalle era muy revelador. El fracaso de la zafra de los diez millones había traído un clima extraño, inquietante. «No te puedes imaginar lo que fue eso. Nadie soñó con echarle la culpa al gobierno, ¡por el contrario! Hubo en esos días una enorme identificación entre el pueblo y Fidel. Cada cubano sintió el fracaso de la zafra como algo propio. Esto se palpaba en las calles. Cada cubano lloró el fracaso de la zafra».

Pero la zafra de los diez millones alcanzó a adquirir una categoría mítica. Con ella debían terminar las estrecheces y las penurias. Cuando el espejismo se desvaneció y la realidad económica impuso un racionamiento aún más estricto, se produjo un vacío peligroso. Intervino entonces el espíritu creador de mitos. El culto babalú de San Lázaro, apagado por el racionalismo de la Revolución, renació con brusco y espontáneo vigor. Después me relatarían otros fenómenos insólitos que ocurrían en

aquellos días. Algunos vaticinaban grandes estallidos populares. En los círculos diplomáticos se murmuraba, en voz baja, tratando de ponerse fuera del alcance de los micrófonos y de las orejas inquisitoriales, que Fidel permanecería como secretario del partido y que Carlos Rafael Rodríguez, hombre de confianza de los soviéticos, sería el nuevo primer ministro. Otro rumor aseguraba que Carlos Rafael asumiría la presidencia de la República y tendría más poder que su predecesor Dorticós; así se desplazaría a Fidel sin violencia. Se rumoreaba también que Raúl, mediante su control del Ejército y de la Seguridad del Estado, era el verdadero hombre fuerte. ¿No daba Raúl garantías de ortodoxia a los soviéticos? En mis días de Cuba los rumores arreciaban. La atmósfera, por momentos, parecía cargarse de presagios. Desde mi balcón del hotel, donde salía con la ilusión de escapar de los omnipresentes e invisibles micrófonos, relataba al cónsul alguna de las últimas especulaciones que hubiese llegado a mis oídos, inclinado sobre la sucia baranda mientras contemplaba la ciudad descascarada, las calles semivacías, el mar Caribe, por donde pasaba todas las mañanas, a la misma hora, una barcaza con el casco sumergido por su cargamento de arena, signo de que en alguna parte, lejos de El Vedado y de los antiguos barrios burgueses y turísticos, se estaba, pese a todos los rumores y vaticinios, en plena construcción.

El día 7 de diciembre de 1970, día de mi llegada a La Habana, Fidel había anunciado que ese año se suprimirían las fiestas hasta después de terminada la zafra. Sin embargo, en vísperas de Navidad me llegó un enorme pavo mandado por Raúl Roa. Después encontré en mi habitación un gran canasto atiborrado de pescados y mariscos, envió del primer ministro. A falta de casa, ¿qué

hacer con estos presentes, que en medio del racionamiento y de la supresión de las fiestas adquirirían un aspecto de fábula? Hablé del pavo con algunos amigos, que pusieron ojos de asombro y de codicia, y se resolvió cocinarlo en casa del poeta César López. Lo comeríamos a la hora del almuerzo en un día domingo, en vísperas de mi viaje a México el lunes de madrugada.

No puedo olvidar ahora los eufóricos preparativos del pavo, su volumen jugoso y carnoso, que empezaba a dorarse al horno y que recibía los ingredientes por el trasero con un instrumento arcaico, como de lavativas medievales. Del almacén para diplomáticos había sacado ensaladas, condimentos, frutas, y vinos chileno y español. La sola idea del goce que experimentaría Lezama Lima, de su sensualidad gastronómica inextinguible, sometida en los últimos años a duro castigo, y de la caudalosa secreción de sus glándulas salivares frente a la opulencia áurea del pavo, hacían más necesario que nunca invitarlo. Se invitó también a Padilla con Belkis, a Maruja y a Pablo Armando, a Pepe Rodríguez Feo y a Miguel Barnet. Todo se hizo dentro del secreto más estricto; si la buena nueva se difundía por los medios literarios de La Habana, era seguro que recibiríamos más de alguna visita imprevista; más de alguno se dejaría caer «de pavo», como se dice en Chile, a participar en la repartición del pavo de Roa, con lo cual corríamos el riesgo de que sólo nos tocara pavo para muestra. A pesar de nuestras precauciones, hubo algunas llamadas telefónicas misteriosas; voces que preguntaban qué ocurría en casa de López. ¿Era curiosidad culinaria o policial? No lo supimos, pero tengo la impresión de que el pavo fue devorado en una atmósfera algo tensa, que ellos procuraban aligerar y disimular frente a mí. Lezama y su esposa, siempre conciliadora y

fina, se retiraron temprano. Debe haber sido Agustín el que fue a dejarlos en mi Alfita a su casa de Trocadero, junto al viejo Paseo del Prado de tantas páginas del autor de *Paradiso*. Ahora lo veo comiendo con los pies cruzados y la cabeza algo inclinada sobre el plato, que sostenía con una mano regordeta encima del vientre y de los enormes y flácidos muslos. Comía y hablaba sin parar, con esa voz de entonación monótona, o más bien ritual, que permanecía en suspenso al final de cada frase, lista para recuperar el aliento, amenazado por el asma, y engranar con otra, en un proceso de asociación de ideas y de imágenes que podía prolongarse, salpicado de alusiones históricas y citas librescas, hasta el infinito. Era seguro que Fidel, con su dinamismo deportivo y su desconfianza frente a las especulaciones literarias, no podía ver a un hombre como Lezama. ¿Qué necesidad tenía Cuba de esta erudición extemporánea y de estos laberintos verbales, cuando se había iniciado la tarea de formar, en condiciones heroicas y partiendo de la nada, una sociedad nueva? El activismo riguroso de Fidel, que parecía aprendido de sus preceptores jesuitas, para quienes el ocio es el origen de todas las depravaciones, no se avenía en nada con la asombrosa sensualidad contemplativa de Lezama, única en todo el ámbito de la cultura de lengua española. La avidez intelectual de Lezama sólo era comparable con su apetito devorador; tenía principio y término, como su apetito, en sí misma, en su propio ombligo. No hay duda de que Fidel habría preferido a un hombre de acción incansable, como algunos de los que produce la burguesía chilena, que al hombre de la pasión gustativa, verbal y libresca de la calle Trocadero. Fidel, como ya lo he dicho, me parecía un Quijote influido y en buena medida conquistado por el espíritu de Sancho. Lezama, pese a su físico sanchopancesco, era un Quijote intelectual; sus lar-

gas tiradas verbales eran tan arcaizantes y estrambóticas como las del Caballero de la Triste Figura. Heberto Padilla contemplaba el curioso espectáculo dentro del contexto de la Revolución y se refocilaba de gusto, saboreando incluso, con destellos de inteligencia maligna que le brotaban de los ojos, el anticipo de lo que podía convertirse en una crisis dramática. Hablaba de la historia relamiéndose y sobándose las manos, como si descubriera un placer masoquista en someterse a sus implacables engranajes, mientras levantaba una copa de vino Paternina y se aprestaba a encender y saborear el Montecristo que yo había obtenido especialmente para él en el Diplomercado. Aquellos placeres inocentes adquirirían en Cuba, en aquel momento, un cariz casi pecaminoso, que los hacía doblemente atractivos y que nos arrastraba a nosotros al despeñadero, en una caída vertiginosa de la que ni siquiera teníamos una conciencia muy lúcida. Para Heberto, la caída terminó en la cárcel y en la autocrítica que ya conocemos. Más le hubiera valido no jugar con fuego. Yo conseguí mantenerme en la diplomacia porque en Chile el poder está menos concentrado y las diferentes fuerzas se contrarrestan unas a otras.¹³ Más vale así. Pero no nos adelantemos.

Nosotros seguimos, después de la partida de Lezama, en la biblioteca de César López, bebiendo el whisky que yo había llevado y hablando de literatura. Alguno solía sacar un libro de los anaqueles y leer un poema clásico: un soneto de Quevedo o una estrofa de Rubén Darío. También se competía en recitar poemas de memoria y surgían a la mente versos inolvidables de García Lorca, de Neruda, o de los poetas franceses.

¹³ Vuelvo a recordar al amable y sufrido lector que estas páginas fueron escritas a mediados de 1971.

Los escritores cubanos que conocí tenían grandes casas destartadas, libros, y ocupaciones que les hubieran permitido dedicar largo tiempo a escribir. Pero estaban excitados y angustiados, con algo de razón y una buena dosis de sinrazón y de vanidad,¹⁴ y habían caído en la obsesión del rumor y de la crítica, sin tener posibilidad alguna de influir en el curso de los hechos. Lo peor, quizás, era la sensación de estar prisioneros en su propio país, sin destino de ninguna especie: no se les permitía viajar aun cuando recibieran invitaciones al extranjero, con todos los gastos pagados. No era problema de divisas, sino de control político, y todos sabíamos que el régimen no haría concesiones en esta materia.

Los escritores chilenos, al menos en los últimos años, no habíamos tenido casas, ni bibliotecas, ni tiempo, ni dinero, muchas veces, para pagar el almacén o el médico de nuestros hijos. Sin embargo, la mayoría terminaba por arreglárselas y casi todos, a través de las organizaciones de izquierda, de la diplomacia, de las becas y universidades norteamericanas, o canadienses, nos habíamos convertido en viajeros consuetudinarios. Ahora bien, eran contados con los dedos de la mano los que escribían en Chile en forma seria y constante, sin limitarse a dormir en los laureles de uno o dos libros. La vida literaria de nuestros países latinoamericanos siempre me ha parecido ficticia; ficticia y de imitación. En la diplomacia, donde ingresé por concurso y ascendí por escalafón estricto, no siempre estuve, pese a lo que se cree a menudo, en lecho de rosas; pero conseguí un contacto con la realidad nacional e internacional, una experiencia directa de ciertos hechos fundamentales

¹⁴ Me parece que yo aplicaba, a comienzos de 1971, el *wishful thinking* al socialismo cubano.

que mueven al mundo, que no se obtienen en los cenáculos literarios. Es un tipo de experiencia inaccesible para los que viven de becas, y el becario eterno es un personaje habitual en los círculos de escritores. O el ocioso eterno, protegido por su tía, heredero de una propiedad de renta, o simple rey del sablazo, que se aproxima a los literatos y a sus ásperos vinos. De joven perdí demasiado tiempo en esas reuniones, y ahora las rehuyo en forma sistemática.

Lo curioso es que en Cuba, debido quizás a su misma situación marginal, y también a que los escritores fueron, en 1968, mi primer contacto con la isla, no pude ni quise rehuirlos. Creo que tenían, en general, más gracia, más cultura y menos provincianismo que la inmensa mayoría de mis colegas chilenos.

La exasperación de mis amigos cubanos provenía sobre todo de contemplar el ascenso vertical de los escritores oportunistas, siempre los más mediocres en el terreno de la creación. Pienso que la revolución cubana, en una de sus etapas, confió demasiado en el prestigio de la literatura como instrumento para romper el bloqueo y lograr apoyo exterior. En un período, además, servía para demostrar que el socialismo cubano era «diferente», puesto que no coartaba, como en otras latitudes, las libertades intelectuales. Pero la raíz del mal, el error de base, se encontraba en la idea de «servirse» de la literatura. Cuando cristalizó esta idea, aparecieron de inmediato los escritores instrumentales, los oportunistas siempre disponibles, que jamás habían movido un dedo por la Revolución, pero que estaban heroicamente resueltos a demostrar sus méritos revolucionarios a posteriori, proclamando la libertad libertina¹⁵ o la

¹⁵ El surrealismo trasnochado de los primeros años o el estalinismo, el realismo socialista que no se atreve a confesar su nombre, posterior a la crisis de marzo del año 71.

rigurosa caligrafía del hombre nuevo, según el son que les tocaran desde arriba. Mis amigos, entretanto, en lugar de optar por escribir libros para el tiempo presente o para el futuro, se obstinaban en una maledicencia amarga y estéril, en los rincones de sus habitaciones destartadas, entre viejos artefactos desvencijados y lámparas rotas. La verdad es que era difícil superar esa actitud. Dos o tres, entre los jóvenes, lo hacían, y se mantenían, con razón, a prudente distancia de mis habitaciones en el Habana Riviera. De estos dos o tres, uno fue llamado más tarde, a pesar de su retraimiento, a realizar su autocrítica pública, y se negó a hacerla, en un gesto insólito que vino inesperadamente a estropear una velada que, según declararon a coro los que participaron en ella, fue hermosa como pocas.

Leíamos versos y hablábamos de literatura en la biblioteca de César López, entregados al culpable goce de la música de las palabras, políticamente más que sospechosa, entre los efluvios del alcohol y las emanaciones del humo del tabaco, mientras la tarde del domingo, víspera de mi viaje a México, avanzaba, y las olas barrían el malecón, al frente, y corroían con sus lenguas de sal de invierno las casas y los objetos, cuando vi que una muchacha joven, morena, había entrado como quien dijera de puntillas y se había instalado entre nosotros, sonriente, escuchando sin sorpresa, como si estuviera habituada desde largo tiempo, nuestros gritos de admiración y nuestros diálogos que se tornaban acalorados y confusos. La muchacha me miraba de reojo, con una atención que atribuí a curiosidad por el encargado de negocios chileno. Empleo el título correcto de encargado de negocios, pero la gran mayoría de la gente me miraba como primer embajador de Chile, malentendido que incrementaba la curiosidad, así como la sorpresa al ver que frecuentaba a poetas desharrapados y mal vistos.

Atraído por el imán de esa mirada, como habría dicho, parodiando a nuestros clásicos, mi finado amigo Jorge Sanhueza, me encontré de pronto sentado junto a la sigilosa visitante. Charlé con ella largo rato y quedamos en ir juntos aquella noche a casa de un pintor que me había invitado a tomar unas copas que yo mismo proporcionaría. Ella dijo que tenía un compromiso a la hora de la comida, pero que podíamos encontrarnos después. Salí al corredor para preguntar a uno de mis amigos quién era esa muchacha.

—Te la han mandado —me dijo mi amigo, soltando una carcajada. De inmediato se puso serio y añadió—: ¡Ten cuidado! Es una mujer muy peligrosa...

—Mejor cancelo mi encuentro de esta noche, entonces...

—¡No! Ya no... ¡Pero no hables una palabra!

Recordé una fiesta en casa del poeta chileno Enrique Lihn, en 1968, época en que él trabajaba en La Habana en la Casa de las Américas. Alguien me señaló a una persona y me dijo que tuviera cuidado.

—¿Cómo admites a policías en tu casa? —le pregunté a Enrique Lihn.

Enrique se encogió de hombros.

—Siempre vienen —dijo—. Evitarlo es completamente imposible.

El detalle me chocó en aquella época, pero desapareció en medio del conjunto de experiencias de mi visita a la isla. Y yo no era, en aquel instante, un personaje digno de vigilancia especial. Entre el escritor invitado por un mes, en enero de 1968, y el diplomático que representaba al Chile de la Unidad Popular, a fines de 1970, había una diferencia que los servicios de Seguridad habían analizado y sopesado mucho mejor que yo mismo.

Agustín, mi chofer, me llevó a las doce de la noche en punto a la dirección que me había dado la Visitante misteriosa. Era un edificio moderno en el mejor sector residencial de la ciudad. A los pocos minutos ella salía del ascensor, entreabría la puerta de cristal y se deslizaba en el interior del automóvil, saludando a Agustín con la mayor naturalidad y amabilidad del mundo, como si ya lo conociera o como si pudiera haberlo conocido en cualquier otra ocasión, recordando su cara vagamente. En mi hotel, hasta entonces, no habían dejado subir a nadie a mis habitaciones. El obstáculo más irreductible eran las ascensoristas. Había tenido que parlamentar una vez con ellas para que dejaran subir, a las nueve de la mañana, al joven chileno que me ayudó como secretario en los primeros días. Pues bien, ante un simple movimiento de ceja de la Visitante, el encargado de la carpeta me pasó las llaves y las puertas de los ascensores se abrieron de par en par.

—¿De dónde sacas estos poderes? —le pregunté.

—Es mi trabajo —dijo ella—. Me obliga a venir aquí a menudo, a diferentes horas.

—¿Qué trabajo?

—Relaciones públicas.

Siguiendo las instrucciones de mi amigo, sólo abrí la boca para decir las mayores trivialidades. Con eso me creí muy listo. Pero ella, sin duda, era bastante más lista que yo. Cada detalle de mi habitación y cada frase mía debieron ser eficazmente aprovechados para su trabajo de relaciones públicas. Le regalé, a petición suya, una botella de whisky, y ella se llevó, para abrigarse a esa hora de la madrugada, una pollera negra que yo acababa de comprar en Chile y que en La Habana representaba el colmo del lujo. Me encargó además que le

trajera cosméticos de México. Como se ve, el trabajo de relaciones públicas no le quitaba un ápice de femineidad. ¡Todo lo contrario! Se retiró de mi habitación con el mismo sigilo con que había entrado de puntillas, hacia las cinco de la tarde anterior, en la casa de César López. Tuvo, por añadidura, la delicadeza de llamarme por teléfono desde su casa, dos o tres horas después de haberse ido del hotel, para que no me quedara dormido y no perdiera el avión.

Después de los largos apagones de La Habana, cuyas luces, de todos modos, distaban mucho de ser pleóticas como en el pasado, puesto que el *sky-line* hollywoodense había sido carcomido, con sus letreros de neón, por el ventarrón revolucionario, mostrando sólo algunas letras desteñidas de una marca que sólo recordaban los mayores de treinta años, marca que correspondía a veces al nombre de una familia poderosa de aquel entonces, radicada ahora en Miami, Nueva York, las Canarias o cualquier otro sitio bien protegido contra el riesgo de revoluciones del mundo occidental, y relegada allí con estricta justicia, puesto que aquel nombre sin duda estaría ligado, en aquella isla dramática, dulce por fuera pero muy amarga por dentro, a más de un crimen o latrocinio, sin contar la complicidad con la generalizada corrupción; pero la sal corroería hasta los restos del nombre en el muro descascarado y en la memoria de las generaciones jóvenes, que ahora marchaban cantando o gritando consignas por la calle, después de haber estudiado en una sala de clases que quizás había servido, antes de la expropiación revolucionaria, de espacioso dormitorio —estilo Hollywood 1940— a la esposa del portador del nombre y propietario de la marca; después del silencio y la sombra de aquellos ma-

lecones con las veredas rotas, que para muchos, mayores casi todos de cuarenta, eran motivo de evocaciones nostálgicas y reflexiones secretamente hostiles a la Revolución, si no francamente enemigas; después de todo aquello resultaban mareadoras las luces multicolores del Paseo de la Reforma, como si yo, que sin darme cuenta me había habituado en pocos días a La Habana, actuara ahora igual que el palurdo provinciano que llegaba a la gran ciudad y parpadeara, deslumbrado y un poco atemorizado, en tanto que el excesivo Chevrolet de mi amigo el agregado cultural chileno, lleno de cromos automáticos y verdes o azules psicodélicos, se deslizaba veloz y silencioso, en medio de otras máquinas igualmente veloces y en medio del ruido, de la agitación, de la incitación de letreros y vitrinas coruscantes, bajo el *smog* que irritaba los ojos y desmentía toda leyenda sobre la región más transparente del aire, pasando por el costado de un monumento gigantesco, monumento erigido al mal gusto, a la inflación retórica de nuestras repúblicas latinoamericanas, junto a un parque donde paseaban mujeres del pueblo vestidas de rojo, de verde o de blanco, seguidas por bandadas de niños, como en un cuadro de Diego Rivera, confirmación de que la naturaleza, en su más amplia acepción, imita al arte...

—La gente con plata se va a vivir ahora a las colinas de Chapultepec para huir del *smog*, que sólo es comparable al de Tokio o Nueva York.

Entre los árboles, cerca de los anchurosos costados del monumento, los cristales de los edificios lanzaban destellos esmeraldinos.

—Sin duda que sus antepasados indígenas tenían más genio para la arquitectura monumental.

—Tú mira un ejemplar edificado en la época del

sometimiento a Europa. La edificación moderna, además de desterrar los modelos del fin de siglo europeo, ha procurado recuperar la tradición indígena, precolombina, que este país asumió sin el menor complejo hace bastantes años.

—Ya lo sé. Ya sé que aquí también hubo una revolución...

Sin desviar los ojos de la autopista, que en ese momento serpenteaba cerca de unas cúpulas barrocas y exigía el máximo de su atención, mi interlocutor sonrió ligeramente.

Más tarde, en el patio atestado y bullicioso de un restaurante de la Zona Rosa, frente a una salsa de color verdoso que ardía hasta en los huesos del cráneo, le contaba a Carlos Fuentes la anécdota de la Vigilante Sigilosa, ante quien los cancerberos de los ascensores ocultaban sus colmillos, inaugurando sonrisas y gestos complacientes, y las advertencias en voz baja de mi amigo en el corredor de la casa de César López, cuando la Visitante apenas miraba de reojo y fingía interés en la excesivamente literaria y alusiva conversación, sin decir aún esta boca es mía. «Te la han mandado. ¡Así que cuídate! ¡No hables nada! Recuerda que la locuacidad es tu talón de Aquiles...». Mi amigo echaba bocanadas de humo y ponía los ojos redondos, entre risueño y asustado. Podía llevarla a mi habitación del hotel, pero siempre que pusiera freno absoluto a mi locuacidad de chileno candoroso, ignorante aún de los engranajes de la historia...

—En mi época las cosas todavía no eran así. ¡Qué lástima! ¡Haberme perdido eso, mano! —exclamaba Carlos Fuentes, con una frivolidad deliberada, humorística, que demostraba sin embargo que también seguía ignorante, como intelectual situado en la periferia opulenta

del submundo latinoamericano, a pesar de su conocida y reputada penetración crítica, de aquellos implacables engranajes y mecanismos.

Su fiesta de Año Nuevo, en que también predominó la deliberada frivolidad —música *beat* entre primeros planos ampliados de Emiliano Zapata, de Pancho Villa, de Luis Buñuel; jóvenes pintores melenudos, aperados de grandes botas cosacas y gruesos cinturones; inglesas de frágiles hombros pálidos y senos lechosos, vestidas con un deliberado anacronismo prerrafaelista; señoras distinguidas de nuevo estilo y voces embriagadoras que para el chileno, eterno isleño, por mucho que acumule viajes, contenían entonaciones que lo sacaban de este mundo y lo dejaban embobado y paralizado—, una frivolidad cultivada con humorismo, prueba de abundante astucia y de una rica información, pero no de un cabal conocimiento de aquellos demoledores engranajes. Las bases sólidas de la revolución mexicana, el nuevo orden establecido, después y por encima de la sangre, en la región que antes del auge industrial había sido, en efecto, la más transparente, permitía que aquellos hombres todavía jóvenes, hijos, o más bien nietos de la Revolución, bailaran al ritmo *beat* y frente a los ojos ampliados, desteñidos por el tiempo, de Zapata, sin riesgo ni consecuencia alguna para ellos.

Ellos podían escribir alambicados poemas, dibujar con ferocidad y hacer novelas impunemente; las viejas piedras toltecas, el anchuroso espacio entre las pirámides, el oro de los altares barrocos o la metralla en los muros de una plaza de provincia, el color de los mercados y de las fiestas populares, la irrupción súbita de la violencia, les servían de inspiración o, por lo menos, de telón de fondo. Los actos repentinos de represión policial, por sanguinarios

que fuesen, no pasaban de ser sobresaltos relativamente leves en la vida del país; como las taquicardias que los ignorantes en medicina, o los hipocondríacos, confunden, a veces, con el infarto del miocardio. Frente a las protestas y al revoloteo habitual de los intelectuales, los poderes establecidos se permitían incluso el lujo de una cierta ironía. «¿Me pregunta por la renuncia del señor Octavio Paz?», había dicho Díaz Ordaz en la televisión: «Pues bien, según he sido informado, el señor Paz no renunció sino que pidió permiso a fin de acogerse a jubilación... posteriormente...».

«*Il était très emmerdé, le pauvre Octavio, avec son travail d'ambassadeur...*», decía la voz de una de las señoras en la fiesta de Año Nuevo.

Para el viajero chileno, oriundo de un pequeño país que se había encontrado a la vuelta de una esquina, a boca de jarro, con la encrucijada de la Historia —como diría Heberto Padilla, con un dejo de pomposidad y de provocativa malicia, mientras echaba bocanadas de humo de su tabaco habano—, la alegría desenvuelta del dueño de casa y de sus amigos era un motivo de seria meditación, de reflexiones ligeramente melancólicas, mientras contemplaba la pista de baile desde su puesto de observador, sentado sobre un arcón colonial, y sorbía una gota de su whisky con hielo.

Señalando al dueño de casa, Fernando de Syzlo me dijo:

—¡Míralo! ¿No encuentras que parece un general mexicano?

Con su bigote, su amplia sonrisa, su traje y su chaleco azul marino a rayas grises, su impecable camisa blanca y la rutilante corbata, el dueño de casa, departiendo en un círculo, bajo la mirada adusta de los héroes

clavados en los muros, whisky en mano, se hallaba en plena y gozosa expansión de su personalidad.¹⁶

El bloqueo se advertía con la mayor claridad, en toda su flagrante impudicia, en el viaje de México a Cuba. Lo mismo que en mi primer viaje, hacía menos de un mes, percibí en alguna parte, en la confusión de la entrada al recinto de pasajeros, un fogonazo que no sé si iba dirigido a mí. En esos días aún no me abandonaba mi candor chileno con respecto a la existencia de las policías secretas. La pérdida de la inocencia llegó más tarde, de modo que ahora, retrospectivamente, sospecho que yo era el destinatario de aquel fogonazo. Aunque mi imagen saliera publicada en los diarios, como me decía entonces para descartar esas suposiciones, que más bien me parecían producto del egocentrismo o del delirio, ahora sé que los servicios de vigilancia tienen necesidad de la versión actualizada: la gordura, la papada, la calvicie, la expresión, incluso la vestimenta favorita, en tal fecha, hora y circunstancia. Ningún detalle es irrelevante para completar el mosaico de la información, y como no podían, en mi calidad de diplomático, fotografiarme abiertamente, como advertí después que lo hacían, uno por uno, al cabo

¹⁶ Sé que estos párrafos irritaron a algunos de mis amigos mexicanos. Quizás mi intención quedó confusa, enredada en períodos verbales demasiado largos. Quise decir que ellos podían protestar contra el poder, contra la violencia o la corrupción, y vivir con la soltura que se tiene en una sociedad donde el poder está consolidado hace mucho tiempo, gracias a una revolución triunfante y que ha superado todos los bloqueos, como es el caso de la mexicana. No es lo que sucedía, precisamente, en ese comienzo del año de 1971, con los cubanos de Cuba o los chilenos de Chile. Para nosotros, tanto la crítica del poder como la soltura de la conducta en sociedad habían dejado de ser posibles.

Es por eso por lo que el narrador de esta especie de interludio rosa, paréntesis mexicano en la experiencia cubana, miraba la fiesta de Carlos Fuentes con una mezcla de envidia y de lucidez melancólica, que no facilitaba la incorporación al jolgorio.

de una espera que obligaba a deponer cualquier resistencia, con los portadores de pasaporte ordinario, era más que probable que aquel fogonazo de la entrada, que sólo advertí con el rabillo del ojo y cuyo causante se confundió con el gentío, me estuviera destinado.

También hubo que esperar cerca de una hora en el aeropuerto la devolución de mi pasaporte, pese a que en la pila de pasaportes se hallaba en primer lugar, con estatus privilegiado, a centímetros de la máquina fotográfica que se mantuvo en reposo. Me lo entregaron, por fin, eximido del timbre que se suponía infamante, calculado por el tamaño de sus letras para policías ciegos: *Viajó a Cuba*, y se nos llamó a embarcar. Atravesamos un largo corredor de tablas y vidrios provisionales que desembocaba junto al Ilushin con los colores de Cuba en la cola, brillando ante el sol del mediodía. Confieso que en esa oportunidad los colores cubanos y la modestia del Ilushin me produjeron emoción. Me sentí en mi casa y creo que a mi mujer le hice una pequeña, vanidosa demostración de mi familiaridad con el lenguaje de los tripulantes.

Viajaba en el asiento de adelante un funcionario internacional chileno, de esos que enumeran en la conversación, imposible de evitar, la larga lista de sus amistades influyentes, las que incluyen, desde luego, al propio Salvador Allende. «Somos amigos desde hace más de veinte años». Y el funcionario internacional, que ya me había señalado la forma en que lo atendían las embajadas chilenas en diversos lugares del mundo, me miraba con el rabillo del ojo, para observar si yo tomaba nota o no, si yo era un profesional que me ocuparía de él y con quien se establecerían las complicidades y entendimientos propios de la profesión, o un insustancial advenedizo en el ambiente, con escaso porvenir en las altas esferas internacionales.

—Todavía no tengo embajada —le dije, para evitar de partida que el hombre se hiciera muchas ilusiones.

—¡No tiene embajada! Yo pensé que ya lo habrían instalado a cuerpo de rey.

Todavía no estaba instalado, expliqué. No era fácil encontrar en La Habana una buena casa desocupada. Las residencias de los antiguos ricos habían sido ocupadas por becarios, de acuerdo con los planes de instrucción pública.

El funcionario internacional comprendía, sin liberarme un segundo de su oblicua y amarillenta observación. Me preguntaba qué había sido de fulanita y zutanito, viejos amigos suyos, y yo no daba mi brazo a torcer: cada respuesta revelaba un grado mayor de conocimiento de las intimidades de nuestro servicio exterior, pero iba entregando estas revelaciones de a poco, manteniendo al funcionario en la perplejidad. Veía, entretanto, que reflexionaba rápidamente sobre quién era yo, por qué no entraba en sus libros, por qué —con un nombre que simbolizaba de modo tan excesivo a la reacción chilena— Salvador Allende, su «amigo de veinte años», me había confiado la encargaduría de negocios en La Habana, en circunstancias en que un nombramiento así, aunque fuese temporal, no había podido resolverse en forma puramente administrativa, sin aquiescencia de las esferas más altas. Esta ignorancia de mi persona producía una profunda inquietud en el funcionario internacional, que temía hallarse súbitamente superado por los acontecimientos, abocado a enfrentarse con caras nuevas, impenetrables, que quizá sabían cosas que él mismo, que creía saberlo todo y conocer a todo el mundo, no sabía, y que devolvían el intenso examen con una mirada tranquila y que quizás, para colmo, era irónica.

El funcionario, que había hecho la mitad del viaje vuelto hacia mí desde su asiento de adelante, retornó a la posición normal, decidido a adoptar una táctica de repliegue, que luego se complementaría con otra de sinuosa y exploratoria condescendencia. El avión, a todo esto, ya había salido del mar y volaba sobre palmeras y caminos de tierra roja, perdiendo altura. Se divisaron, a lo lejos, las torres de concreto de la ciudad y el brillo del sol en el Caribe. Ya el Ilushin tomaba tierra en el aeropuerto de Rancho Boyeros; dejaba atrás un conjunto de camiones del Ejército, estacionados en los límites del campo de aterrizaje, y se acercaba, con mayor lentitud, a los viejos y panzudos Bristol Britania a turbohélices que había conocido en mi viaje de 1968. Los Ilushin eran los Alfa Romeo de la aviación cubana, en tanto que los Bristol Britania, con su decorado interior azul celeste salpicado de estrellas artificiales de la época de *Night and Day*, correspondían a los Oldsmobiles destartados y llenos de cromos saltados que aún se arrastraban, acezando y dejando estelas de humo y de manchas de aceite, por las calles habaneras.

Mi paisano internacional era esperado por un grupito de funcionarios de otras nacionalidades, los que se habían preocupado de proveer a un fotógrafo para que registrara el trascendental apretón de manos. Empecé a concebir por él una secreta y casi vergonzante admiración. La verdad era que no se le escapaba detalle; a él no le habría sucedido jamás lo que me había sucedido a mí en mi primera llegada, cuando las cuerdas que amarraban el cartón de botellas de vino me habían rebanado los dedos y había estado a punto de ser expulsado de los salones de Protocolo. No hay duda de que a mi internacional compatriota nunca le habría sucedido nada semejante.

Ya avanzaba, aligerado de su maletín de mano por otro funcionario, sonriente, en dirección a los salones oficiales, que lo acogían con las puertas abiertas de par en par; al otro extremo estaba el correspondiente automóvil oscuro, cuyos mullidos asientos se preparaban desde hacía horas para recibir aquellas posaderas extraterritoriales.

El director de Protocolo, afanado como siempre, nos saludó con amabilidad. Conducido por Agustín, el Alfita emprendió veloz carrera rumbo a La Habana. Las hileras de tractores nuevos, rojos o verdes, seguían alineadas en terraplenes a la orilla del camino. Algunos continuaban adentro de sus embalajes de madera. Filas de máquinas agrícolas amarillas. Al otro lado de la ruta se divisaban las construcciones y los campos de esparcimiento y deporte de un manicomio modelo.

—¿Por qué no usan esas máquinas?

—¡Ah! —mi interlocutor levantaba las manos y me respondía en voz baja, lanzando miradas laterales a las invisibles orejas electrónicas—. Si continuaras aquí un año, observarías su enmohecimiento, su deterioro progresivo...

—En un país capitalista subdesarrollado —en Chile, por ejemplo—, la agricultura está bastante poco mecanizada. Pero si un agricultor compra un tractor, como tiene que invertir en eso sus ahorros, o endeudarse con el Banco del Estado, lo cuida y le saca el jugo.

—¡Ya te darás cuenta! —exclamaba mi interlocutor—. Lo que más caracteriza la economía socialista es el despilfarro. El empleado o el obrero, que no tienen derecho más que a un par de zapatos por año, miran esos tractores y piensan que sus zapatos están ahí, pudriéndose. ¿Comprendes?

—La economía de un determinado socialismo, dirás...

—¡Por supuesto! El socialismo no puede ser así. Lo que sucede es que aquí estamos rodeados de incapaces, ¡de comemierdas! ¡Comemierdas!

Y mi interlocutor, enrojecido, se olvidaba de las orejas mecánicas, diminutas según los comentarios, que daban fe de la aplicación de la última palabra de la tecnología; un poco más voluminosas, apenas, según los que aparentaban estar mejor informados, que la cabeza de un alfiler, y orientadas a sitios precisos de la habitación o de los balcones, a fin de que las más sutiles, subrepticias y esponjadas ondas sonoras no escaparan a su misterioso registro.

«Mira tú el Parque Lenin», me diría, en París, otro interlocutor cubano: «Seiscientas hectáreas de plantaciones suntuosas, para recreo de la población habanera, mientras la propia Habana se cae a pedazos. Es un poco el Metro estaliniano de Moscú, con sus mármoles y sus lámparas de lágrimas; pero el Metro, por lo menos, lo utiliza el pueblo todos los días...».

En presencia de Agustín, me limitaba a señalar a Pilar las hileras de tractores, agregando que la agricultura se había mecanizado con la Revolución. Añadiría el comentario y las conclusiones en la pieza, donde las orejas incrustadas en los muros, mucho más seguras que las de Agustín, tomarían atenta y acuciosa nota. Pero ya estábamos en la Plaza de la Revolución, donde mostraba a Pilar los edificios públicos, la estatua de Martí y los enormes carteles con los retratos de Ho Chi Minh y del Che Guevara, que precisamente había querido parecerse, en su desposeimiento y en su determinación heroica, al tío Ho. Después pasábamos junto a los jagüeyes de raíces colgantes, que echaban una sombra benéfica sobre la calzada, seguíamos el contorno del monumento a los próceres republicanos y enfilábamos rumbo al hotel, observados

desde las aceras, con mirada inexpresiva, por los grupos que esperaban el paso de la próxima *guagua*.

Pienso a veces que las ceremonias del Colegio de San Ignacio, donde me tocó officiar de primer alumno del curso; de jefe de la Congregación Mariana; de monaguillo del arzobispo y después cardenal José María Caro, a quien había pasado el incensario de plata, con el incienso recién colocado despidiendo humo a borbotones, en la misa solemne del 31 de julio; incluso de precoz orador católico, frente al cardenal ya anciano que se había dormido profundamente en la mitad de mi discurso; pienso que esas ceremonias, en las que participé hasta el exceso, llevado por cierto espíritu de ostentación que los padres jesuitas no dejaban de estimular, con probables miras a convertirme en tribuno de su causa, terminaron provocando una saturación, una especie de aversión anárquica a todas aquellas pompas y exterioridades. Exprimí un fruto ácido sobre las flores de mi retórica, destinada a resonar en el púlpito o en los recintos parlamentarios, y mis frases adquirieron una desnudez telegráfica, cercana a la parálisis, de la que me ha costado decenas de años reponerme.

Es por eso por lo que me gustó desde sus comienzos el estilo de la revolución cubana. La oratoria de Fidel, sobre todo la que le conocí en Princeton, en un inglés rudimentario, era el extremo opuesto de la fraseología hueca de nuestros «hombres públicos», cuyas imágenes archimanoseadas se prestaban a toda clase de chistes y bromas en mis tiempos de joven universitario. Cuando hablaba cierto personajote tribunicio, famoso en aquella época, esperábamos regocijados que sacara a relucir la caja de Pandora. La nave del Estado y la espada de Damocles formaban parte del mismo arsenal, y alguien tuvo,

hace años, la idea de formar un museo imaginario con aquellos objetos. La espada de Damocles se exhibiría en una vitrina, sobre almohadilla de terciopelo, y cerca de ella, en lugar igualmente destacado, el visitante encontraría la carabina de Ambrosio.

Pero las revoluciones, que hacen tabla rasa de las muletillas del pasado, tienden también, al cabo de algún tiempo y en virtud de un proceso inevitable, a engendrar una retórica nueva. En esta actitud frente al lenguaje se podría encontrar la raíz de todas las desviaciones. Un viejo poeta soviético, Semion Kirsanov, que asistió en Chile a una manifestación comunista, hace unos años, le dijo a Pablo Neruda que había recordado los comienzos de la Revolución de Octubre. ¿Por qué?, preguntó Neruda. Por los carteles chuecos, de materiales improvisados; por el trazo irregular de las leyendas; por las consignas cuyas letras tenían la pintura chorreada en los bordes. En los desfiles de hoy, dijo Kirsanov, que pensaba con nostalgia en esos primeros tiempos, los carteles son todos iguales, fabricados en serie, y los lemas están impresos en caracteres impecables.

En Cuba, ya se había iniciado esa suplantación, inevitable y quizás necesaria, de la espontaneidad; mejor dicho, ya empezaba a superarse la etapa espontánea de la Revolución. Lo advertí claramente en la ceremonia inaugural del Congreso de la Organización Internacional de Periodistas. Se invitó a los jefes de misiones diplomáticas de los países socialistas y de los países «amigos». Teníamos nuestros asientos reservados en las filas delanteras. En el estrado, junto a los dirigentes políticos cubanos y debajo de las enormes frases revolucionarias adheridas a los cortinajes, veía a un periodista chileno que había conocido en los tiempos de la universidad. Me reconoció

con un guiño y una sonrisa posiblemente falsa. Pese a su actual extremismo de izquierda, tenía la cara cenicienta, melancólica, de perfecto burócrata. Llegaron unos niños brigadistas que recitaron algo y empezaron a amarrarnos al cuello los pañuelos de sus brigadas, ante la plácida aprobación de los ocupantes del estrado, que cruzaban las manos encima de sus puestos y sonreían en forma beatífica. Un francés de bigote en punta, con aspecto un poco anticuado de *bon vivant*, con pañuelo de brigadista al cuello, ocupó la tarima del orador y dio por inaugurado el congreso con un discurso enérgico y sonoro, dicho con esa tranquila seguridad y ese saboreo de las palabras y de los giros de las frases que son típicos de los franceses, que corresponden al lado teatral de su talento. Se veía que el francés había sido escogido, después de largas deliberaciones y compromisos, como la persona más adecuada para contentar a todo el mundo en la presidencia de la organización. Su oratoria y su figura hacían evocar vagamente la época de Romain Rolland y de la Sociedad de las Naciones, pese a que debía de haber sido joven en aquellos años.

Enseguida ocupó la tribuna Raúl Roa, que habló con su brillo y su talento habituales, además de un poco de hojarasca que también se le había convertido en hábito, pese a que el calor del discurso resultaba convincente.

Al disolverse la reunión divisé la cabellera alba, bien cuidada, de Nicolás Guillén, que avanzó hacia la primera fila, en un impecable traje oscuro y con una gran medalla en la solapa. Hice alusión a la medalla, pensando que soltaría la risa que lo ha hecho famoso en las tertulias chilenas, pero se mantuvo estrictamente serio. Mi error de cálculo con respecto a la reacción de Guillén era revelador del candor de los chilenos que había señalado

una vez Padilla. Me extrañaba que el personaje que había conocido en el café Bosco de Santiago y en el Barrio Latino de París no admitiera bromas sobre una medallita. Lo que sucedía es que no estábamos en el café Bosco y aquella broma, como se dice correctamente, se hallaba «fuera de lugar».

A la salida de la ceremonia, el grupo de los jefes de misión se reunió en el vestíbulo, de acuerdo con la tendencia inveterada de los diplomáticos de toda época y pelaje a mezclarse difícilmente con el resto de los mortales. Había una exposición fotográfica, si no recuerdo mal, sobre el Movimiento de Liberación Nacional de Angola. Uno de los responsables del diario *Juventud Rebelde* se me acercó y me preguntó mi opinión sobre el discurso de Roa. Mi primera respuesta no lo satisfizo.

—¿No lo encuentras demasiado verboso, con una retórica del pasado?

—No me parece. Me parece que su retórica es bastante eficaz todavía.

El tipo, después de observarme de soslayo y comprobar que no me tiraría de la lengua con tanta facilidad, emprendió la retirada. El grupo de los jefes de misión comenzaba a despedirse, con sus sonrisas y sus inclinaciones usuales, y a enfilarse rumbo hacia sus largos automóviles oscuros.

—Y a usted, amigo encargado de negocios, ¿lo invitaron a la sesión de apertura?

—Sí, embajador.

—Pues a mí no me invitaron —dijo el embajador de México.

—La invitación me llegó bastante tarde: sólo unas horas antes de la ceremonia —dije, sabiendo que el detalle

no calmaría la susceptibilidad de mi colega. (Ahora pienso que el detalle pudo haber sido calculado por Meléndez para que yo no asistiera).

—Pues a mí no me llegó —dijo el embajador, y agregó, al cabo de un silencio—: Es una lástima que hagan diferencias. ¿No le parece a usted?

Levanté las manos; me encogí de hombros.

—Su posición es muy delicada —dijo el embajador—, y usted se ha desempeñado muy bien. Lo hemos comentado con algunos colegas.

—¡Gracias, embajador!

—¡No lo tome usted como un cumplido! ¡Si se lo digo es porque lo pienso así!

Los elogios del embajador de México, que se repitieron en variadas oportunidades, debieron ponerme en guardia, pero yo continuaba —y continuaría hasta el fin, o hasta muy cerca del fin— en mi etapa candorosa.

—Han venido periodistas importantes de México. ¿Qué dirán al no verlo a uno entre los invitados? Pensarán, quizás, que uno hace mal papel aquí. ¿Comprende usted, colega...?

El embajador ya adivinaba el veneno entre líneas, al regreso de sus terribles compatriotas, y la sola idea le hacía encogerse el hígado. Probablemente esperaba que abogara en favor suyo ante el Ministerio de Relaciones cubano, ya que Chile estaba en tan buen pie, y ya que Chile y México, etcétera. Pero la línea demarcatoria había sido trazada con perfecta nitidez: se invitaba a los países socialistas y a los países «amigos», entre los cuales no figuraba en aquel momento México, después del incidente de un diplomático mexicano acusado por el gobierno de Cuba de ser agente de la CIA, y del anuncio del cese de los convenios aéreos.

Después de sus quejas, el embajador abordó su tema favorito: el socialismo a la sueca, que a su juicio no tenía los inconvenientes del capitalismo ni los del socialismo; que reunía, por el contrario, las ventajas de ambos.

—¿No le parece a usted, mi estimado colega?

Otro asunto de su predilección era el de los asilados políticos; el solo hecho de mencionar el problema lo llenaba de pánico. Me aconsejaba que continuara en el hotel, y que no aceptara una casa que no tuviera muros altos y bien protegidos. La suya, verdadera fortaleza, estaba resguardada por numerosos guardias con metralletas. Además del enorme portón siempre cerrado con triple llave, un riel de acero cortaba el paso frente a la entrada de vehículos.

—Figúrese usted, colega, que una vez una *guagua* derribó la puerta, entró hasta el fondo del jardín, y el chofer y todos los pasajeros, que habían preparado el golpe cuidadosamente, pidieron asilo.

Ahora estaba el riel para evitar que un accidente de esa especie pudiera repetirse.

Y el embajador suspiraba. El embajador no perdía el optimismo. Saboreaba su habano, corto y grueso como el propio embajador, y echaba una bocanada de humo. Por el fondo de los amplios salones, unos muchachos en traje de baño corrían con los pies desnudos sobre las baldosas. Segundos después se escuchaba la zambullida de los cuerpos en el agua.

—Estudian en la Universidad de México —explicaba el embajador—, pero vienen aquí a pasar sus vacaciones.

—Para usted resultará muy cómodo.

—En efecto, colega.

El embajador asentía. Se había detenido, mientras me acompañaba a la puerta, frente al retrato de cuerpo entero de una muchacha joven:

—Es la hija del antiguo dueño de esta casa.

La muchacha, detenida en ese tiempo hipotético que antecede a las revoluciones y que la leyenda construye después de ellas, el de la *douceur de vivre* de Talleyrand, el de los *happy few* de Stendhal, que supo citar a Talleyrand en el contexto adecuado, esa muchacha, en el intermedio idílico de una historia salpicada de violencias y luchas, ajenas a las convulsiones del pasado y del presente, que preparaban un parto doloroso y mucho más cercano de lo que ella había podido imaginar en el momento de posar para el retratista, sonreía contra un fondo de rosas y de nenúfares, bajo un cielo azul sin mancha, con la deliciosa curva de los hombros y la fresca piel de los brazos ocultas a medias por los tules del vestido, cuyo ruedo se confundía con el fondo vegetal y permitía divisar los tobillos y los delicados zapatos. El embajador mostraba el cuadro con una satisfacción evidente, como si entre él y la muchacha se hubiera establecido una relación sentimental y misteriosa.

Pero los tiempos habían cambiado, no cabía duda, y el embajador, ansioso de ponerse a tono con el momento, era un partidario ardiente del socialismo a la sueca. Había comenzado su carrera diplomática en Suecia y conservaba recuerdos imperecederos.

—¡Sí, colega! ¡Un país admirable! Si tiene alguna vez oportunidad de que lo destinen a Estocolmo, ¡váyase con los ojos cerrados!

Salimos al pórtico y Agustín, que para variar dormía sobre el volante, despertó bruscamente, alertado por el mozo, y puso el motor en marcha. Es posible que en medio de su sueño una grabadora de bolsillo, de cuyo uso en las prácticas actuales sólo vine a enterarme en Europa, meses más tarde, estuviera funcionando. En dicho caso,

mi diálogo con el mexicano, en el que tuve una participación excesivamente tolerante para el reformismo sueco, agregando incluso algunos comentarios culpables, para utilizar el adjetivo favorito de Heberto Padilla, habría aportado su grano de arena al proyecto de un expediente acusatorio.

Entretanto, desde el umbral de su mansión, el embajador me hacía las señas de despedida que se han convertido en exigencia rigurosa del protocolo. Se abrió la puerta de la calle y el riel que resguardaba el sueño y la serenidad del diplomático se levantó para dejarnos paso. Los milicianos con sus metralletas, aburridos por una vigilancia que últimamente carecía de todo sobresalto, ya que nadie ahora aguzaba el ingenio hasta el punto de tomar una *guagua* para seguir, vía embajada de México, la ruta de Miami, nos miraron salir, doblar y arrancar a toda velocidad, como le gustaba a Agustín, sobre todo cuando había presencia de público.

Cuando el embajador de Cuba en México comentó que el último embajador del antiguo régimen había sido un Edwards, se refería a Emilio Edwards Bello, hermano de Joaquín y primo hermano de mi padre. Don Emilio, como lo conocía medio mundo en Cuba y en Chile, había sido embajador durante largos años y había llegado a enamorarse del país y a casarse con cubana. Se convirtió en uno de los personajes típicos de La Habana de los años anteriores a la Revolución. Muchos miembros del gobierno revolucionario lo habían conocido y algunos conservaban de él un recuerdo más bien simpático y condescendiente.

En esas visitas diplomáticas, el recuerdo de don Emilio surgió por varios lados. Su ex secretaria, que ya no era joven, me pidió empleo. Conocía todo el rodaje de una

embajada y me habló de sus buenas relaciones personales con el presidente Allende, a quien había atendido en sus primeras visitas a La Habana de Fidel. No me gustaba la idea de contratar a un miembro de la misión antigua, aun cuando sólo se tratara de una modesta secretaria administrativa, pero el proyecto quedó descartado por completo cuando Meléndez, con la mayor soltura de cuerpo, me dijo que la vieja secretaria tenía contactos con la CIA.

—¿Con la CIA?

—Con la CIA —insistió Meléndez—. Después de trabajar para Chile pasó a trabajar para la embajada suiza. Ahí se conectó con la CIA. Comprobamos que hace poco había tenido un nuevo contacto. ¡Seguro, chico!

Todo era posible y en cualquier caso la advertencia de Meléndez descartaba definitivamente a la buena (o mala) señora. Contratarla pasaba a ser, por lo menos, una provocación directa al jefe de Protocolo...

En otra oportunidad visité el departamento de un amigo y me dijo que los cuidadores del edificio, ex empleados de don Emilio, se preparaban con gran excitación para conocerme. Bajé a saludarlos. Era una pareja de edad avanzada, que no parecía creer que el encuentro con un familiar de don Emilio, en pleno año 1971, fuera posible. El viejo, pálido y mudo de emoción, me tomaba las manos. Ella me miraba como una visión de otro mundo, con los brazos levantados, y me preguntaba por los hijos y los nietos de don Emilio, de quienes yo sólo tenía referencias muy vagas. Lo curioso, y quizás peligroso para mi situación diplomática, fue que me encontraron un aire de familia, un aire que para ellos constituía una comprobación aplastante y que incrementaba su emoción y su estupor. Yo venía, en efecto, del otro mundo, y ellos tocaban con manos temblorosas las mías, extratemporales y casi extraterrenales.

Un encuentro similar se produjo en pleno ambiente diplomático, en una comida de la embajada de Francia. El mozo que me había servido, un hombre de unos sesenta años, de pelo canoso, cutis rosado y ojos obsequiosos, suaves, a la vez que inquisitivos, que guardaba todas las apariencias y los gestos del antiguo régimen, había sido testigo sumiso, aunque quizás roído en su época por una rebeldía o una indignación calladas, del sistema de vida de la gran burguesía de Cuba. Me acompañó hasta la puerta de la calle y mientras se acercaba mi automóvil me preguntó si era pariente de don Emilio. Mi respuesta afirmativa provocó enfáticas demostraciones de satisfacción. Después, en cada cóctel, apenas me veía se abría paso entre los invitados, con la bandeja en alto, y me ofrecía el vaso de whisky como a mí me gustaba, con poca agua y bastante hielo, más bien cargado, o hacía girar la bandeja para colocarme frente al canapé más apetitoso. Después conocí, o mejor dicho adiviné, ya que no había modo de conocerla propiamente, la sutileza de la policía cubana, conocimiento que ahora no me permite descartar la posibilidad de que el mozo que había servido a don Emilio fuera miembro de la Seguridad del Estado. Sus ojos claros y suaves me observaban en cada recepción con una especie de simpatía protectora. ¿Informaba después sobre mis actitudes o sobre algunas briznas de mi conversación en una misteriosa oficina, frente a un funcionario de rasgos borrosos, impersonales? ¿Guardaba en un bolsillo interior de su impecable chaqueta blanca una pequeña máquina grabadora, última versión del avance de la ciencia electrónica en la materia, como correspondía, paradójicamente, al gusto por los adelantos mecánicos que los cubanos han heredado de USA? El carácter plausible de la sospecha sólo podía escandalizar a un «inte-

lectual burgués», como Fidel calificaría después de su partida, ante políticos chilenos de confianza, revolucionarios exentos de toda contaminación, al ex encargado de negocios de Chile. De hecho, frente al bloqueo, a los intentos de sabotaje y a los proyectos de asesinato de Fidel, la Revolución había necesitado organizar su defensa. Si el mozo de don Emilio contribuía a esta honrosa tarea como miembro de los aparatos de Seguridad, no era menos sincero en su simpatía nostálgica, en su evocación del viejo vividor conquistado por los encantos habaneros. Esa nostalgia lo llevaba a escoger para el sobrino, diplomático también, aunque colocado en otras circunstancias, más resbaladizas y en definitiva más peligrosas, y que el sobrino probablemente abordaba con una décima parte de la experiencia del tío cazarro y vividor, a escogerle el canapé más sustancioso y el whisky del color y la densidad que había descubierto que le gustaban, como digno heredero del sibaritismo de aquellos hombres cerca de quienes el mozo había aprendido su oficio a las mil maravillas.

—La Revolución le importaba un carajo, chico —me dijo Roa, una tarde, en su despacho de Protocolo—, pero sólo podía vivir en Cuba. Cuando vino a despedirse de mí, a causa de la ruptura de relaciones con Chile, vino llorando, chico. ¡En esta misma sala lloraba de pena!

Entretanto, el apellido Edwards seguía ocupando, con tintes cada vez más peyorativos y sórdidos, un porcentaje apreciable del espacio que las columnas de *Granma* y de *Juventud Rebelde* dedicaban a diario a la política chilena. Para colmo, en una escabrosa operación internacional destinada a dañar las exportaciones chilenas de cobre, operación organizada seguramente por la CIA, figuraba como protagonista principal un ciudadano norteamericano llamado Howard Edwards.

«¡Ese apellido!», exclamaba Padilla, abriendo los ojos con expresión de fingido escándalo. Llegué a tener la sospecha de que alguien, desde Prensa Latina de Santiago y en probable connivencia con periodistas de Cuba, utilizaba ese recurso preciso del parentesco lejano o del alcance de nombre para colocarme en posición incómoda, con lo cual comprometía por añadidura a mis colegas y amigos. Era muy posible que un duende, en algún lugar del circuito que recorría la información, colocara con insistencia calculada el patronímico lleno de ominosas connotaciones. ¿Se trataba de una provocación deliberada y concertada? Es otra incógnita que nunca llegaré a despejar.

En esos días de mediados de enero escribí nuevas páginas del diario. Más tarde tendría que interrumpirlo. Junto con la paciencia, empezaba a perder la ecuanimidad. La propia televisión, por otra parte, revelaba al público los métodos de vigilancia de la Seguridad del Estado. En consecuencia, no era cuestión de esconder mi cuadernito en una esquina del clóset, detrás de una maleta vieja...

[La Habana, 10 de enero de 1971]

En *El árbol de la ciencia*, la novela que Baroja escribió en su sexto año de medicina, dice: «En España, lo que se paga no es el trabajo sino la sumisión».

Ciertas verdades son aplicables a España y también a todo el mundo hispanoamericano.

Alguien me observó hace poco que el problema de Cuba consiste en que todo debe resolverlo Fidel. Nada camina sin la intervención del Comandante. Él es un estadista excepcional, pero la isla estaría paralizada por la mediocridad de los cuadros intermedios. Pues bien, en mis

escasos contactos con la juventud universitaria adiviné que allí había grandes reservas de energía, de abnegación y de talento. ¿Se aprovechaban estas capacidades en la administración, en la actividad económica? Sospecho que el medio oficial, en el momento en que yo estuve, era más propicio al conformismo burocrático, es decir, a la sumisión, que al trabajo de calidad. Se rumoreaba que el descontento entre los estudiantes inquietaba al gobierno y que un alumno destacado de la Universidad de Oriente había interpelado a Fidel en forma violenta, en medio de una conversación de éste con los jóvenes. Según los rumores, el estudiante habría llegado al extremo de tratarlo de «autócrata», empleando esa palabra precisa. Se agregaba que su intervención le había costado la carrera universitaria. Era imposible determinar hasta dónde llegaba la realidad y dónde actuaba la fantasía, tendenciosa, de los que propalaban estas «noticias». La maledicencia cubana me recordaba las «bolas» limeñas, que crecían al impulso de un ocio de antigua estirpe hispánica.

A fines de enero o comienzos de febrero ocurrió algo, sin embargo, en que todas las versiones orales coincidieron. En un café de El Vedado, en plena Habana, un grupo de muchachos se dedicó a hostilizar, a hacer insinuaciones y bromas de mal gusto, a una muchacha que se hallaba en una mesa vecina acompañada de un joven pintor. Al parecer, el joven se puso de pie y pidió con el mayor respeto, empleando el término «compañero», explicaciones a los bromistas. Uno de ellos se levantó, amenazó groseramente al joven y terminó por sacar una pistola y matarlo. Gracias a un soldado que pasaba en un automóvil se habría podido interceptar la huida del asesino y mandarlo al cuartel de policía más cercano, donde habría confesado su crimen con un cinismo abismante.

En más de una ocasión escuché quejas por la falta de seguridad en las calles. Se hablaba de robos y asaltos cada vez más frecuentes. El entierro del pintor, muy querido por sus compañeros de universidad, parece haberse convertido en una manifestación muda de protesta juvenil. «Esto está muy mal», me dijo una muchacha, que enseguida guardó silencio y clavó la vista en un punto fijo del espacio. Parecía hallarse en el límite de la emoción, muy cerca de soltar el llanto. Después me advertirían que esa muchacha trabajaba para la CIA. ¿Quién, en Cuba, no era acusado en aquellos días de estar al servicio de una policía o de otra?

[La Habana, 12 de enero de 1971]

Alguien dice que los intelectuales son «demasiado nerviosos», que padecen de algo así como un delirio de persecución. Mientras ellos formulan predicciones sombrías, nadie sueña con hacerles nada.

Lo cierto es que la situación favorece el delirio. Me veo rodeado de alusiones a mis orígenes burgueses y pienso: ¿no es más burgués un comerciante rico, dueño de grandes tierras, que llega a vender sus productos y los vende, por añadidura, a precios inflados por el bloqueo, que yo, pese al apellido proletario del comerciante? La maraña de los símbolos —apellidos, lemas, carteles, monumentos— no deja ver el bosque. ¿Y no hubo hijos de comerciantes burgueses que contribuyeron a formar el pensamiento revolucionario?

Desde luego que sí. Lo que sucede es que la fría realidad, la veracidad equilibradora, importan poco. En cambio, la presión psicológica, favorable al delirio, tiene un resultado político: toda crítica será invalidada con mil

pretextos —orígenes burgueses, oportunismo, debilidad moral, etcétera—, toda adhesión utilizada sin reparos y todo poder recortado. Sólo permanecerá, exento de filiación, libre de pecado original, concebido sin mancha, el Poder Único.

A mediados de enero, mi trabajo empezaba a adquirir elementos rudimentarios de organización. Tenía un simulacro de libro de partes, un comienzo de archivo, los timbres de la antigua embajada y consulado, papel y sobres con el membrete «Embajada de Chile en Cuba» regalados por la dirección de Protocolo. Protocolo me había dado en préstamo, también, una vieja caja de fondos cuadrada y baja, que a veces se abría con diversas combinaciones de la clave, según el capricho del momento, y otras se ponía hermélica, haciéndonos perder horas en forcejeos inútiles.

Yo había logrado separar mis habitaciones de la oficina. Estaban en el mismo piso 18 del Habana Riviera, pero mi «residencia» se hallaba en un extremo, encima del malecón y el mar, y la «cancillería» ocupaba una *suite* de dos piezas, con un balcón que daba vista hacia las calles de El Vedado. El tercer secretario y cónsul había llegado después del Año Nuevo, acompañado de su joven esposa, de un hijo de tres o cuatro años y de otro recién nacido. Quedaron instalados frente a mis habitaciones, en una *suite* de tres piezas, idéntica a la mía, donde podíamos defendernos del calor inventando corrientes de aire, ya que los aparatos de aire acondicionado, que databan de la época del turismo yanqui, sólo producían un ruido lejano y un soplo tibio, apenas perceptible cuando se colocaba la mano frente a la rejilla de los ventiladores. Alguien, no recuerdo si chileno o cubano, me dijo que las salidas de ventilación eran los sitios escogidos para empo-

trar los micrófonos, idea que no contribuía, desde luego, a aligerar la atmósfera.

En esos días, el Senado chileno rechazó la designación del primer embajador propuesto para Cuba. Tenía que proyectar, por este motivo, una permanencia bastante más larga que la prevista en un comienzo. La cosa no resultaba fácil. Algunos embajadores me contaban que habían esperado alrededor de un año en el hotel antes de conseguir casa. No convenía nada comprar automóvil para venderlo al poco tiempo: los únicos autorizados para comprar eran los miembros del Cuerpo Diplomático. Aunque me dijeron que el Estado cubano también compraba estos automóviles, nadie pudo asegurármelo. Ni pensar, pues, en tomar casa y disponer de movilización propia por unos pocos meses.

A todo esto, muchos embajadores occidentales o socialistas me insistían en que el representante de Chile, debido a las circunstancias políticas, podría obtener algunas facilidades. Me habían dicho que Baltazar Castro, amigo personal de Fidel y apreciado en Cuba por haber roto el bloqueo comercial desde Chile, buen tiempo antes del triunfo de Allende, había ocupado en su último viaje, que coincidió con mi llegada, una *suite* en el piso 20 del Habana Riviera. Al parecer, el 20 era el piso de lujo y ahí funcionaba perfectamente el aire acondicionado.

«Don Balta habrá roto el bloqueo comercial», me dije, «pero yo, al fin y al cabo, y aunque sea en calidad de símbolo, he sido el primero en romper el bloqueo diplomático». Mi falta de experiencia acerca de los países de planificación central, como se dice en la jerga neutralista de los organismos internacionales, era grande. Fui a Protocolo y hablé sobre las *suites* del piso 20. Al comienzo hicieron como si conocieran su existencia en forma vaga. Después dijeron que iban a informarse sobre el asunto y

que pronto me darían una respuesta. La conversación transcurría al nivel de funcionarios subalternos, los que llaman «agregados», ya que Meléndez se tornaba cada vez más difícil de ubicar y sólo aparecía cuando él mismo tomaba alguna iniciativa.

Hablé dos días más tarde con uno de los agregados, un muchachón de aspecto cándido, que me recibía con una eterna sonrisa. Él me había facilitado antes la famosa caja de fondos, que servía para mantener un simulacro de seguridad.

—Mire, Egvar —me dijo (era la forma corriente de pronunciar mi nombre)—, averigüé lo del piso 20. Ahora, fíjese, Egvar, resulta que el piso 20 está en reparaciones.

—¿Van a demorar mucho esas reparaciones?

—No sabría decirle...

Era mejor no tratar de comprobar la afirmación del agregado. Los ascensoristas ejercían una estricta vigilancia sobre los pasajeros, suavizada en mi caso por ciertas consideraciones protocolares. El cónsul y su esposa habían experimentado en carne propia esta severidad: más de una vez les exigieron identificarse antes de llevarlos a sus habitaciones. El cónsul era un funcionario muy joven, consciente de su investidura; después de cada uno de estos incidentes llegaba a verme descompuesto, pálido, en un frenesí de ira mal contenida.

No se podía, pues, comprobar si se hacían o no tales reparaciones. Los ascensoristas vigilaban; las escaleras estaban clausuradas. Pero yo tenía buenas relaciones con un empleado de la carpeta, más despierto y más eficiente que los otros. Él me había pedido que le diera un trabajo en la embajada de Chile. ¿Lo hacía por cuenta propia o ajena? Imposible saberlo. El caso es que una tar-

de, mientras entregaba las llaves y repartía los mensajes y la correspondencia, me llamó a un lado.

—¿Quiere que le muestre el piso 20?

—Me han dicho que está en reparaciones.

—Vamos a verlo —dijo, como si no me hubiera escuchado.

Partió a buscar una llave y reapareció junto a los ascensores. Subimos por el reservado para las maletas, en viaje sin escalas.

Las puertas, al abrirse, me depositaron en una atmósfera silenciosa, intemporal, protegida por filetes dorados en los muros, estatuillas y una gruesa alfombra roja que había sobrevivido intacta a la usura de los doce años de Revolución. Las habitaciones recordaban los decorados de Hollywood de los años cincuenta: brillo del raso de los cubrecamas, contraste del rojo de las cortinas con las tonalidades pastel de muebles y muros, mesas de cristal, bar con banquetas y mesa con cuatro sillas en un costado. Los baños y los guardarropas eran suntuosos. Uno podía imaginar allí a Barbara Stanwick, a Linda Darnell, a Rita Hayworth joven o Marilyn Monroe en un papel secundario, todavía en los comienzos de su carrera.

Era probable que el empleado de la carpeta estuviera fascinado por la decoración y quizás, también, por el carácter exclusivo, secreto, de esas habitaciones, hasta donde los ascensores sólo subían en casos excepcionales. A mí me atrajo el espacio, el aire acondicionado y la idea de vivir los próximos meses en algo que podía llegar a parecerse a un departamento propio más que a una pieza de hotel.

—Es cuestión suya que se lo consiga —me dijo el hombre de la carpeta.

En Protocolo tomaron nota de que las reparaciones habían terminado, de que las habitaciones del piso 20

se hallaban en estado impecable. Alegué que debería instalarme a vivir varios meses en el hotel, recibir las visitas del Cuerpo Diplomático... Protocolo vería. Protocolo haría lo posible por satisfacer la solicitud del compañero encargado de negocios de Chile.

Al día siguiente Protocolo me avisó que el primer ministro había ordenado guardar las habitaciones del piso 20 para una delegación de Canadá que llegaría en las próximas semanas. ¡Muy bien! Ya que se trataba de un orden del compañero primer ministro, no había más que hablar.

III

[Varadero, 16 de enero de 1971]

Crónica de Joaquín Edwards Bello sobre Miranda. Los grandes personajes de la historia latinoamericana se dieron en el período revolucionario: Miranda, Bolívar, Bello, Carrera, San Martín, O'Higgins, etcétera. ¿Y ahora? A Edwards Bello lo impresiona la proyección europea de Miranda. ¿Y la de Fidel o del Che? ¿La de Neruda? J. E. B. posiblemente escribe antes del 60. Obsesión muy sudamericana del triunfo en Europa.

Problema de que un país como Chile sea utilizado como instrumento en la lucha de poder de los grandes (conversación con el embajador de Yugoslavia). La periferia del imperialismo yanqui amagada seriamente por primera vez. Antes eran las bases yanquis las que rodeaban la URSS. La guerra de Corea y todavía hoy la de Indochina han puesto a China a la defensiva. La situación podría cambiar ahora. Lucha por la hegemonía en el Pacífico. «Asistencia» de otras revoluciones a la de Chile.

En previsión de lecturas indiscretas, procuraba anotar en mi cuaderno nada más que lo estrictamente indispensable: píldoras para mantener la memoria de las cosas. Ahora creo, sin embargo, que desconfiaba de la memoria, o que me dejaba arrastrar por la grafomanía, puesto que mis anotaciones eran suficientemente explícitas.

se hallaban en estado impecable. Alegué que debería instalarme a vivir varios meses en el hotel, recibir las visitas del Cuerpo Diplomático... Protocolo vería. Protocolo haría lo posible por satisfacer la solicitud del compañero encargado de negocios de Chile.

Al día siguiente Protocolo me avisó que el primer ministro había ordenado guardar las habitaciones del piso 20 para una delegación de Canadá que llegaría en las próximas semanas. ¡Muy bien! Ya que se trataba de un orden del compañero primer ministro, no había más que hablar.

III

[Varadero, 16 de enero de 1971]

Crónica de Joaquín Edwards Bello sobre Miranda. Los grandes personajes de la historia latinoamericana se dieron en el período revolucionario: Miranda, Bolívar, Bello, Carrera, San Martín, O'Higgins, etcétera. ¿Y ahora? A Edwards Bello lo impresiona la proyección europea de Miranda. ¿Y la de Fidel o del Che? ¿La de Neruda? J. E. B. posiblemente escribe antes del 60. Obsesión muy sudamericana del triunfo en Europa.

Problema de que un país como Chile sea utilizado como instrumento en la lucha de poder de los grandes (conversación con el embajador de Yugoslavia). La periferia del imperialismo yanqui amagada seriamente por primera vez. Antes eran las bases yanquis las que rodeaban la URSS. La guerra de Corea y todavía hoy la de Indochina han puesto a China a la defensiva. La situación podría cambiar ahora. Lucha por la hegemonía en el Pacífico. «Asistencia» de otras revoluciones a la de Chile.

En previsión de lecturas indiscretas, procuraba anotar en mi cuaderno nada más que lo estrictamente indispensable: píldoras para mantener la memoria de las cosas. Ahora creo, sin embargo, que desconfiaba de la memoria, o que me dejaba arrastrar por la grafomanía, puesto que mis anotaciones eran suficientemente explícitas.

Es probable también que, como burgués liberal formado, pese a los esfuerzos en contrario de los jesuitas, en las fuentes volterianas de la República chilena, no creyera en la existencia efectiva de los demonios policiales. Yo venía del país menos policial del mundo, a pesar de que la Administración de Frei no había sido inocente en la materia, y llegaba a un Estado que siempre tuvo un aparato de seguridad, dirigido antes contra las fuerzas de progreso y empeñado ahora en la tarea necesaria, indispensable, de defender la Revolución, tarea justificada hasta el exceso por cientos de agresiones, pero que también engendraba, como es por desgracia inevitable, sus propios fantasmas. Aquella máquina que Chile tiene la suerte de no conocer¹ y que siempre es siniestra, incluso cuando trabaja a favor de la corriente central de la historia, inventa a menudo los enemigos que le sirven de alimento.

Yo nunca la había visto de cerca: de ahí que no creyera en su realidad. Escondía mi cuaderno en un estante para la ropa, detrás de una maleta vacía y, cuando lo encontraba al día siguiente en el mismo lugar, me quedaba muy tranquilo. Sabía vagamente de la existencia de la máquina, pero lo que yo no sospechaba era su extrema sutileza. ¿Cómo podía ser tan ineficaz el servicio, el desayuno que llegaba a menudo con una hora de retraso, café en lugar de té, una taza para dos personas o tres tazas para una, el lechero sin leche, o en lugar de la leche se habían olvidado del pan y los huevos estaban helados; tan ineficaz, y el servicio de la máquina, en cambio, impecable,

¹ ¿Necesito volver a recordar que esto fue escrito en nuestra prehistoria, es decir, antes de septiembre de 1973? Y si utilizo, aunque sea en forma irónica, la palabra «prehistoria», ¿significa esto que descubrir la dimensión policial del mundo, de nuestro mundo, por lo menos, equivale a ingresar en la historia moderna, esa sucesión de cataclismos sociales donde el motor, como decía Marx, es la lucha de clases, pero donde la norma, la ruta, está determinada por la razón de Estado?

ble, preciso, como si en ese terreno la improvisación, la pachorra del trópico, el ausentismo no contaran?

Era difícil creer, sobre todo para un chileno. El embajador yugoslavo, que venía de un área conflictiva del mundo, sí creía. Hubo un detalle que mi memoria retuvo muy bien, y que no consideré prudente consignar en el cuaderno. En la mitad de la conversación, el embajador, movido por un súbito impulso contemplativo y poético, me propuso que saliéramos al balcón a mirar el mar. ¿Estaríamos libres en ese sitio, en medio de la brisa y del rumor de las olas, de los oídos electrónicos? Ahora no podría asegurarlo. Lo que me decía el embajador, en un susurro, era que Chile debía aprovechar en su favor la rivalidad de los grandes bloques en lugar de embarcarse con ninguno. Ni siquiera debíamos consentir en que los barcos de guerra soviéticos fueran pintados en puertos chilenos. Asimismo se había dejado caer Stalin en Yugoslavia, y Tito, en plena amistad con Moscú, no había autorizado las faenas de pintura. Enseguida, ¿me había fijado yo en los cubanos que estaban viajando a Chile? «Nunca se sabe para quién trabajan», me dijo el embajador. A pesar de todo, las relaciones de Cuba con Yugoslavia, que habían pasado por un período muy malo, sin omitir acusaciones públicas y violentas de Fidel a los proveedores de armas de Batista, cuando Fidel se hallaba en la Sierra, y a los que en sus periódicos habían hecho escarnio de la memoria del Che Guevara, a pesar de todo eso, las relaciones habían mejorado ligeramente. El embajador esperaba que en Chile no repitiéramos los errores de otros países socialistas, que hiciéramos un tipo de socialismo atractivo, diferente, con verdadera independencia, en cuyo caso los demás países de América Latina seguirían nuestro ejemplo.

Regresamos del balcón hablando de la belleza del mar y de los agrados de la piscina del Habana Riviera. ¿Yo no conocía Yugoslavia? Al embajador le habían dicho que Chile era un país muy simpático, además de interesante, con grandes vinos, magníficos mariscos y un paisaje extraordinario.

«¡Así es!».

A todo esto, la entrevista se había prolongado más de una hora y el embajador tenía que retirarse.

[Varadero, 17 de enero de 1971]

Casa que perteneció al millonario norteamericano Irenée Dupont, en una puntilla al oeste de Varadero. Quedan, encima de una cómoda, diversos álbumes de fotografías de familia. Hay una colección de fotos de iguanas, que al parecer abundan en el parque de la propiedad. Me choca la grosería de las leyendas escritas al pie por la mano del propietario; reflejan, no sé si en forma consciente, la filosofía spenceriana, aplicación del darwinismo a las ciencias sociales, del *struggle for life*. Con sus «bermudas» y sus muslos flácidos, la vieja las hace saltar para que obtengan su alimento, mientras el viejo, en otra fotografía, las «llena». Hay otras en que se ve al viejo incitándolas a luchar; las iguanas, frente a frente, se amenazan con fauces siniestras, prehistóricas.

Enormes terrenos de esparcimiento, cancha de golf y playa propia. Casa y muebles *art nouveau*. Baños recubiertos de mármol. En el último piso, mirador con azulejos y columnas negras. Un enorme catalejo, erosionado ahora por la humedad y el desuso, servía para contemplar los confines de los dominios de Dupont, frente a la vastedad del mar Caribe. Las tejas de la mansión están esmaltadas de color verde.

En las estanterías de las salas del primer piso, obras completas de autores como Kipling, Robert Louis Stevenson, Balzac en traducción inglesa y otros. Probablemente adquiridos por metros. También, libros de bolsillo insignificantes y, éstos sí, leídos. Las mesas del restaurante están puestas con platos y manteles donde todavía se divisa el monograma de Dupont. En la sala central, una pequeña orquesta de mulatos y algunos espectadores. Gente a la que Dupont ni siquiera habría dado la mano. Tomás dice que él ignoraba por completo que existieran propiedades como la del gringo. Ahora Tomás tiene acceso a las playas, que antes eran privadas en su mayoría, y a muchas otras cosas, pese a que dicho acceso está limitado por el racionamiento. Pero el racionamiento supone inversiones para el desarrollo del país y supone, además, una distribución pareja y general de los bienes.

En las fotos de Dupont, los cubanos de la época aparecen sumisos y adulones. En la foto de una fiesta en la terraza se los ve eufóricos, excitados ante la idea de beber el whisky y de pisar la casa del millonario yanqui. Se han preparado durante una semana, han planchado su *palm-beach* y han hecho el viaje desde la capital. Él, en cambio, ha abierto sus puertas como una concesión esporádica y graciosa a la población nativa. Sólo cuesta un pequeño esfuerzo anual tenerlos gratos. Pero sus iguales son los otros gringos con que se fotografía bebiendo el aperitivo, jugando al golf o tomando el sol con anteojos especiales para protegerse de la luz del trópico.

Tomás me cuenta que su padre tenía buena situación económica. Comenzó con un quiosco donde vendía butifarras y pan con lechón. Un español, socio suyo, ponía la cerveza. El padre de Tomás terminó rico, dueño de

máquinas de juego en La Habana y de otros negocios. Así y todo, nunca quiso reconocerlo como hijo ni costearle los estudios.

Según me informó el propio Meléndez, Tomás es miembro disciplinado del partido. La diferencia de Tomás con Agustín, mi chofer anterior, que sólo pensaba en comer y «echar un sueñecito», es notoria. Tomás me dice que ya no se ve gente por Camarioca, el aeropuerto de Varadero de donde salen los vuelos a Miami. No le creo, y sospecho que él tampoco lo cree.

El paisaje de la isla es muy bello, con sus lomajes, sus palmas y las manchas verde claras y geométricas de las plantaciones de caña. En algunos sitios revolotean pájaros que parecen gallinazos. El rojo intenso del atardecer, sobre el paisaje de palmas y lomas, y el azul esmeralda del mar, es seguramente muy cubano. Es lo que un artista cubano como Lezama Lima debe amar; parte de aquello que lo retiene en su tierra y que le permite vivir y escribir. Ahora bien, ese amor debería ser la justificación suficiente de un escritor del país. De ahí deriva todo. La revolución cubana, en sus orígenes y su sentido último, es una revolución nacional. Al romper con un pasado humillante, de arbitrariedad interna y dependencia exterior, la Revolución no pudo por menos que identificar el socialismo, forma moderna de organización de la sociedad, con la lucha por la liberación del país. De ahí el carácter privilegiado de la alianza con Vietnam y ahora con la revolución chilena. El problema es que el sectarismo, en lo que se refiere a los escritores, surge desde todos los ángulos y con todos los disfraces imaginables, impidiendo un juicio equilibrado. No faltan, por supuesto, los pequeños oportunistas, los escritores policías, criollos y foráneos, para echarle pelos a la sopa. El equilibrio tardará quizás cuánto tiempo. El camino que se ha emprendido es largo.

En una de sus crónicas sobre Miranda, Edwards Bello lo muestra en Inglaterra, procurando utilizar la rivalidad anglo-española para favorecer la independencia americana. La lucha entre Francia, Inglaterra y España, reflejada en las diversas etapas de nuestra Revolución de la Independencia, no deja de ser aleccionadora hoy. El episodio en que el gobierno inglés, después de aliarse con España contra Napoleón, deja caer a Miranda, está impecablemente narrado.

J. P. me encuentra en el vestíbulo del hotel y salimos a conversar a la calle. Ya cae la oscuridad en la tarde invernal; las olas saltan a gran altura y barren el malecón; un camión militar se ha quedado detenido en medio de la calle; el agua del mar cubre la casi totalidad de las ruedas. Un Chevrolet desvencijado, en cambio, consigue echar marcha atrás y huir del oleaje.

Pese a que caminamos por la Avenida de los Presidentes (si no confundo el nombre), a unos trescientos metros del mar, nos alcanza por ráfagas una remota llovizna. El ambiente nos hace sentirnos, quizás erradamente, a cubierto de micrófonos, miradas y oídos indiscretos. Hay algunas luces, gente que espera el bus, la *guagua* como dicen acá, en la calle Línea (también es posible que anote mal el nombre). El gentío se agolpa a la salida de un cine, más lejos.

A propósito del camión aprisionado por el oleaje, le relato a J. P. la anécdota que me ha contado un chileno antes de regresar definitivamente a Chile. Un ingeniero se dedicó durante meses, encerrado en el garaje de su casa, de noche, a preparar su viejo automóvil para la navegación. Acondicionó la parte inferior como quilla; cerró, trabajando con metal fundido, todos los resquicios y hendiduras; puso un timón y una hélice disimulados en

la parte trasera. Una tarde subió a toda su familia, salió como quien sale de visita, llegó a una playa, entró al mar y atravesó las ochenta millas hasta Miami. Allí lo entrevistaron de todas partes y la General Motors, a cambio de la propaganda, le regaló un automóvil nuevo.

Sin negar ni aceptar la veracidad de la anécdota, J. P. sonrío. La vida de los exiliados es triste. Ningún cubano auténtico logra adaptarse bien fuera de Cuba. Las dificultades adentro, sin embargo, son grandes.

—El otro día escuché en la calle a una negra que discutía con una cederista.² A esas negras no las hace callar ni el diablo, tú sabes. No le tienen miedo al CDR ni a nada. Antes, decía la negra, cuando a mi hijo le faltaba que comer, siempre había un pan con guayaba que darle. Ahora ni una guayaba se encuentra. ¡Cómo es posible, compañerita! Antes, cuando a mi hijo le faltaba algo, insistía la negra, salía a la calle, me rifaba y conseguía unos pesos pa' comprar leche y carne.

Hablamos de la nueva zafra, que ya está en plena actividad. J. P. dice que la dirección de una central azucarera es extremadamente difícil y sacrificada. Recuerda a los dueños de centrales, antes de la Revolución, que incluso cuando estaban en La Habana vivían pendientes de la dirección en que soplaban el viento, de los anuncios de lluvia, en permanente contacto telefónico con la central, donde tenían a un jefe muy bien escogido y bien pagado, a pesar de lo cual iban ellos mismos a vigilar la zafra en sus momentos álgidos, trabajando en esos períodos desde las seis de la mañana hasta avanzada la noche.

² De CDR. La fama de los CDR, en los días en que estuve, había adquirido un matiz siniestro. Eran sinónimos, para mucha gente, de vigilancia a nivel de vecindario y de soplaje.

Ahora la maquinaria de las centrales está vieja; conseguir los repuestos es difícil; la red de transporte, elemento indispensable de una zafra, se halla en pésimo estado...

—¿Crees que se acercarán a los siete millones que pidió Fidel?

J. P. pliega la boca y mueve la mano derecha en un gesto de duda. Llegarán a todo reventar a seis, si es que llegan.

—Alguna gente piensa que el descontento ha llegado a un límite peligroso; que podrían producirse estallidos populares.

Mi amigo vuelve a arrugar el ceño con escepticismo.

—No creo —dice—. Lo más probable es que sigamos tirando un buen tiempo, más o menos igual que ahora. Tenemos el mar, el sol que nos da vitaminas y el pueblo cubano es muy sufrido. Una vez que terminemos de pagarle el puerto pesquero a los rusos, que pagamos con producción, tendremos pescado por la libre...

«Aquí morirán cien mil personas», me había dicho la Visitante, mirándome con atención en espera de mi comentario, que no había venido, mientras el viento soplaban con furia en los cuatro costados de su torre descascarada, deteriorada, comida por las emanaciones del Caribe. «Moriremos nosotros mismos, probablemente. Por esta Revolución que hemos hecho, que forma parte de nuestra vida. ¡Qué mierda!». Me miraba con intensidad, con los ojos redondos saliéndose casi de las órbitas. Conversábamos tranquilamente en un rincón de la habitación, donde la cama doble ocupaba casi todo el espacio. La puerta abierta comunicaba con otra pieza donde había una mulata y se escuchaba la voz de un niño. La casa tenía afiches que se estaban desprendiendo del muro y tres

o cuatro muebles en ruinas. Había muchos gatos; un perro ladraba encerrado en un altillo, como si el silbido del viento lo aterrorizara. Al verme llegar los dos amigos de la Visitante habían recogido las pistolas, que descansaban sobre la mesa del repostero, y se habían retirado con un vago gesto de despedida.

Cuando por fin salí de la torre sentí un gran alivio. Mi secretaria me dijo que Tomás me había buscado desesperadamente. «¡Pistolas!», observó Padilla: «Eso significa Seguridad del Estado». Después de un instante de reflexión, Padilla añadió que el gobierno, en estos días, estaba en guardia. A su juicio, la situación era la más crítica que había conocido la revolución cubana. A propósito de azúcar, semanas después conseguí que me llevaran a visitar la Central Camilo Cienfuegos, una de las más grandes o quizás la más grande de la isla, si no recuerdo mal. Los carros de ferrocarril atestados de caña verde llegaban hasta unos depósitos metálicos incrustados en la tierra. Se abría un costado de los carros y unos garfios de acero los hacían inclinarse en cerca de noventa grados, de modo que la caña cayera en los depósitos por la sola fuerza de la gravedad. Los carros eran enderezados y retirados, en tanto que la caña subía por correas transportadoras e ingresaba en sistemas de cuchillas que iniciaban la molienda. Caminando por pasarelas de hierro seguimos el proceso. Por una parte corría el líquido azucarado; por otra se iban los desechos, una especie de paja molida y reseca. El recinto de las máquinas era enorme; a un costado había un conjunto de pistones y poleas que movía todo el resto. La maquinaria era de 1913 o una fecha muy parecida; hacía pensar en las estructuras metálicas de Eiffel, o en grabados de ediciones antiguas de Julio Verne. A pesar de eso, parecía funcionar a la perfección.

En algunas etapas había elementos nuevos e incluso se proyectaban innovaciones. Vimos los receptáculos tubulares donde se acumulaba el azúcar refinado, fino y albo, formando montes, cavernas y estalactitas de azúcar, como en un sueño infantil.

Nos mostraba la fábrica el jefe político y lo seguía uno de los responsables técnicos, que llevaba allí más de veinte años. El técnico amaba sus máquinas; conocía cada una de sus mañas y de sus cualidades. Hubiera querido hacerle diversas preguntas, pero la presencia continua del jefe político lo hacía difícil. Nos mostraron el ensacaje automático, que parecía corresponder a una época posterior a la fundación de la central, y el cargamento de los carros, que se efectuaba en el interior de los galpones. De allí partían los trenes directamente al puerto de Matanzas.

Después de la visita nos sirvieron cerveza, una mezcla de ron, azúcar y hierbas, que llaman «mojitos», y fiambres surtidos. El jefe político y dos o tres de sus compañeros, que también parecían tener responsabilidades políticas, nos hablaron de la central: cifras de producción, época de cosechas, problemas de transporte, etcétera. Enseguida relataron las condiciones de trabajo antes de la Revolución. Nadie en aquellos tiempos tenía el puesto seguro. Las únicas colas que se conocían en la isla eran las de los macheteros para cortar caña: un peso al día y jornadas desde las cinco y media de la mañana hasta la noche. Al término de la cosecha venía la cesantía en masa. Si alguien sufría un accidente en el trabajo, lo echaban a la calle por inútil, sin pago ni compensación de ninguna especie...

Un testimonio muy diferente —el del mozo que me servía en el comedor del hotel, que no parecía tener

mayor conciencia política— me demostró que el espectro de los trabajadores cubanos, antes de la Revolución, era la cesantía.

—En las épocas buenas recogíamos propinas grandes, diez dólares en una sola mesa. A veces, pero nunca estábamos libres del miedo de perder el empleo. Yo trabajaba en este mismo sitio y nuestra obsesión, siempre, era que bajara el turismo. Si decaía el turismo nos botaban del trabajo, ¿comprende? La lucha por conseguir y después conservar el empleo era cosa de todos los días. Nadie podía sentirse nunca seguro. Ahora, en cambio, aunque no tengamos trabajo nos siguen pagando el sueldo...

Claro está que los estímulos morales no son muy eficaces cuando se trata de servir una mesa o de subir el desayuno a tiempo, al menos a juzgar por lo que se ve en el hotel Habana Riviera. El mozo amigo mío, más puntual y eficiente que los otros, llega en la mañana de un lunes descompuesto por la exasperación.

—Como todos fueron ayer a la caña, hoy no se ha presentado nadie al trabajo. ¡Nadie! ¿Me entiende usted?

Él está completamente harto. El incumplimiento de sus compañeros, que hacen recaer sobre él, con excesiva frecuencia, todo el peso del servicio a las habitaciones, lo saca de sus casillas. Siempre se especializó en hotelería; trabajó en los mejores lugares de la antigua Habana. Pero ahora se le ha terminado la paciencia; cualquier día de éstos deja el hotel y se va para otra parte.

Su mano, en vez de señalar en dirección a La Habana, indica el mar... Es posible que también, igual que a los intelectuales, le perturbe la cabeza el orgullo, único pecado que no tiene redención, como enseñaban mis preceptores jesuitas y como lo sabe muy bien Fidel, su aventajado discípulo.

No era fácil explicar el procedimiento chileno de aprobación de los embajadores por el Senado. ¿Por qué razón se rechazó a Gazmuri, el primero de los propuestos por Allende? Yo invocaba los precedentes: el Senado había rechazado a embajadores designados en el Perú, en Estados Unidos, sin tener el menor propósito de inferir agravio a esos países. Raúl Roa era un hombre culto, rápido, que conocía bastante a Chile.

—Este no es más que un pleito entre la Democracia Cristiana y el MAPU —había dicho, y su afirmación era exacta.

Pero no todos los funcionarios de su ministerio tenían el mismo nivel intelectual.

—Y ustedes, chico —me observó uno de ellos—, ¿no pueden cerrar el Senado? —No hay duda de que la debilidad de nuestro Ejecutivo frente al Senado le parecía inadmisibles, escandalosa. ¿Qué clase de Revolución era ésa? Frente al representante chileno guardaba silencio, pero la expresión de su rostro no podía ser más elocuente.

En vista de la demora por nuestra parte, el gobierno cubano consultó la posibilidad de que García Incháustegui, que ya estaba listo para viajar, asumiera la embajada en Santiago de inmediato. Chile no tenía ningún inconveniente. Por el contrario. García Incháustegui, entonces, tomó contacto conmigo y me invitó a almorzar al restaurante La Torre en compañía de Duque Estrada, el nuevo director del Departamento de América, recién creado en el Ministerio de Relaciones.

Mario García Incháustegui había hecho una carrera diplomática destacada. Era un hombre bastante joven, alto, huesudo y calvo. Había sido embajador en

Uruguay, en las Naciones Unidas y ante los organismos internacionales de Ginebra. Me habló de su amistad con Hernán Santa Cruz, con Ramón Huidobro, con numerosos diplomáticos chilenos. Pensaba frecuentar diversos medios, aprovechando sus amplias relaciones. Al poco tiempo de instalarse daría un cóctel para toda la prensa. Al fin y al cabo, él también había sido periodista en *Granma*; en el periodismo se sentía en su elemento. ¿Qué opinaba yo? Yo opinaba que estaba muy bien: sus planes y sus propósitos me parecían excelentes. Duque Estrada, entretanto, hablaba poco. Era un hombre más bien bajo, fuerte, todavía joven, con una barba recortada con esmero. Manifestó gran sorpresa cuando le conté que todavía no tenía oficina y que ni siquiera me habían mostrado una posible casa para residencia. Él quería ayudarme. Como me quejé también de mi escasa información, empezó desde la mañana siguiente a enviarme al hotel todo el manojito de cables de las agencias de noticias sobre Chile. También me prestó una radio de onda corta, que me permitía captar emisoras de Estados Unidos, de América del Sur y de Europa. El único país sumergido en los espacios más recónditos del dial, imposible de obtener, era Chile.

Las infaltables malas lenguas, que proliferaban en La Habana en los medios más diversos, me contaron después algunas historias sobre García Incháustegui. Durante la crisis de los cohetes, en octubre del 62, se hallaba al frente de la delegación de Cuba en las Naciones Unidas. El momento era dramático y Kruschew, para evitar el conflicto mundial, se entendía directamente con Kennedy, sin consultar a su aliado Fidel Castro. Fidel pronunció entonces el famoso discurso en que resumía en cinco puntos la autonomía de la revolución cubana. Pa-

rece que García Incháustegui, sin conocer a tiempo el discurso del Comandante en Jefe, se alineó por completo en las Naciones Unidas con las tesis de la delegación soviética, desmintiendo con su precipitación las proclamaciones de independencia que salían de La Habana.

Las malas lenguas decían que La Habana lo trajo en un santiamén y que Fidel, en un acceso de furia, ordenó que lo procesaran por traidor. Ya se conocía la pena, en caso de que el delito quedara comprobado. Parece que los amigos escondieron a García Incháustegui hasta que a Fidel se le pasó la furia.³

Retribuí la invitación al embajador y en plena conversación, al surgir el tema de los escritores, me dijo con todas sus letras que Padilla era un anticomunista y que su labor de crítica al régimen era francamente contrarrevolucionaria. Quise discutir, pero García Incháustegui me opuso un verdadero muro. La Revolución le había dado todo a Padilla, y él, por ambición, por el deseo de hacerse conocido en Europa occidental jugando el papel del perseguido, del Solzhenitsin cubano, se había transformado en un enemigo.

—Tienes que tener cuidado —le dije a Padilla—: ¡No seas loco!

Él se rió. Sostuvo que el régimen tenía una imagen que cuidar entre los intelectuales europeos de izquierda; Padilla estaba convencido de que la amistad y la solidaridad de todos ellos era una defensa inexpugnable. ¿No se los había invitado a Cuba? ¿No les habían hecho Fidel y el gobierno toda clase de homenajes en los días del Congreso Cultural, en enero de 1968?

³ Mario García Incháustegui murió años después en un accidente de aviación.

El mismo Padilla me había dicho que la época del Congreso Cultural pertenecía al pasado, pero él no supo sacar las conclusiones correctas y extremas de este hecho. Muchos de los que habían llegado a La Habana en enero del 68 criticaban ahora a Cuba en Europa. El ensayista y periodista K. S. Karol, uno de los participantes más activos de ese congreso, acababa de atacar a fondo la línea prosoviética de la Revolución, claramente definida después que Fidel aprobara la intervención en Checoslovaquia.

En esas condiciones, la luna de miel con los intelectuales europeos izquierdistas había terminado. La ruptura tenía que manifestarse en cualquier momento, inevitablemente. Es muy probable que mis contactos con Padilla y sus amigos fueran aprovechados e incluso fomentados para precipitarla. Al fin y al cabo, Padilla formulaba sus comentarios críticos ante el representante de la revolución chilena. Yo llevaba esta investidura no sólo en los actos protocolares, sino a cada hora del día y de la noche. En una ciudad pequeña y donde yo, para colmo, asumía carácter de símbolo, no podía establecer dicotomía alguna entre la vida privada y la oficial. Era símbolo a cada hora del día y de la noche. Me habían conferido, sin que me diera plena cuenta, esa aura sagrada que tenían los embajadores de la antigüedad, reflejo de los atributos divinos del rey o del emperador que los enviaba. Al acercarse al ungido, Padilla y sus amigos, en alguna medida, cometían el viejo delito de lesa majestad. Algunos de los que nos vigilaban desde la sombra deben de haberse frotado las manos. Cuando se produjo a fines de 1968 el incidente de *Fuera de juego*, Lisandro Otero le comentó a alguien: «Ahora vamos a poder romperle los cojones a Padilla». Lisandro Otero cantaba victoria antes de tiempo. La ocasión vino, inesperadamente para los que la

aguardaban, con la llegada a Cuba del primer enviado diplomático de Chile.

Por esos días Padilla y Belkis Cuza Malé contrajeron matrimonio. Nos reunimos en el departamento de Miguel Barnet, en El Vedado, para celebrarlo con un poco de ron y cerveza. Había también una gran torta de novios recubierta de crema blanca, que la asistencia engullía entre gestos de gula y exclamaciones de asombro. Después de medianoche nos sentamos en el suelo alrededor de la última botella de ron, que pasaba de boca en boca, y mis amigos cubanos cantaron con euforia, improvisando letras y marcando el ritmo en el primer objeto que encontraban a mano. Alguien, de pronto, pidió silencio: en la casa de al lado vivía un capitán o un comandante que podía quejarse del ruido. Para el hombre-símbolo de la reanudación de relaciones con Chile, la situación podía tornarse incómoda. Pero una vez más pensé, con ingenuidad, que las instancias superiores no se fijarían en tales detalles. En esos días se anunciaba la ley contra la vagancia y se preparaba el empadronamiento de toda la población. ¿Era posible tolerar, en circunstancias como éstas, que algunos intelectuales, hombres cuyo deber consistía en integrar la vanguardia ideológica de la Revolución, dedicaran horas a golpear dos pedazos de madera y a cantar canciones incoherentes, que bordeaban a menudo e incluso entraban en la obscenidad, estimulándose para ello con sustanciales dosis de ron? Se habría requerido una serenidad difícil de exigir de un país en plena crisis, que procuraba levantarse por medio de un supremo esfuerzo después de la desastrosa zafra de los diez millones. Nosotros, mis amigos y yo, acostumbrados a la marginalidad irresponsable que ofrece la vida literaria, pretendíamos seguir en el mejor de

los mundos. La ley de vagos debió indicarnos que el gobierno había resuelto integrar al sistema, por cualquier medio, a los marginales. Eso indicaba que la impunidad literaria estaba muy próxima a desaparecer. Si hubiéramos tenido la experiencia de los escritores soviéticos, checos o rumanos, habríamos sabido interpretar muy bien aquellos signos. Pero está comprobado que a nadie sirve la experiencia ajena. Después de aquellos excesos, que considerábamos inocentes, mis amigos cubanos no tuvieron más remedio que repetir la súplica dirigida por Apollinaire a la burguesía de su época: «*Pitié pour nos erreurs! Pitié pour nos péchés!*». Yo seguí gozando de la impunidad chilena, a pesar de que ganas no faltaron de cortarme la cabeza, pero el destino de los que se hallaban reunidos aquella noche, sentados en el suelo alrededor de una botella vacía y de otra a medio vaciar, me dejó una angustia y una mala conciencia que posiblemente pocos de mis compatriotas conocen, que no les deseo que conozcan nunca. Es de esperar que Chile realice el socialismo sin que el engranaje de la historia le haga perder la inocencia. Tiene, para lograr eso, la ventaja inapreciable de su lejanía. Cuba estaba demasiado cerca de Estados Unidos, y Checoslovaquia era un corredor cultural, económico y estratégico entre la Alemania capitalista y el Este rojo. Los dos países, de diferente manera, tenían que pagar el precio de tales vecindades.

Después de su matrimonio, Padilla, que había solicitado ir a un hotel para terminar una novela, ya que en su departamento céntrico las visitas de los amigos, los desperfectos y la necesidad de hacer colas para procurarse lo indispensable, no lo dejaban trabajar, consiguió instalarse en el hotel Nacional. De ahí pasó, a los pocos días, a una *suite* de dos habitaciones en el hotel Habana Rivie-

ra, un piso más abajo que la mía, en el 17. ¿La mano oculta, que desde luego ejercía control sobre las habitaciones de los hoteles de lujo, quería alejarme de Padilla o favorecer, por el contrario, nuestros encuentros?

—No puedes contarle a nadie el cuento de que estás en desgracia —le dije—. Te han instalado a cuerpo de rey.

Por lo demás, en el mes de enero había dado un recital en la UNEAC, con gran asistencia de público joven, que llenó la sala, los corredores adyacentes y hasta los sectores del jardín que se hallaban cerca de las ventanas. Padilla leyó poemas inéditos de un libro que se titulaba, para evitar toda posibilidad de error, *Provocaciones*. Ya que el recital lo había organizado oficialmente la UNEAC, no había ninguna razón para que yo no asistiera. Sin embargo, tenía un compromiso diplomático y llegué al final. Los poemas, que no alcanzaba a escuchar desde el pasillo, detrás de un muro de jóvenes que se empinaban para divisar al poeta, eran recibidos con estruendosos aplausos.

Excitado, exaltado por el éxito, Padilla me dijo al saludarme que también había asistido el primer secretario de la embajada de China y la agregada cultural inglesa. Lo invité con Belkis y unos amigos a tomar unos tragos en el hotel. Con recitales en la UNEAC, invitaciones a cócteles diplomáticos y *suite* en el Habana Riviera, el poeta recién casado, cuya esposa era por añadidura un personaje literario importante, parecía hallarse en la cúspide del éxito y de la consagración oficial. Quizás pensaba, al término del recital, que la gran asistencia de público y la presencia de tres diplomáticos extranjeros constituían un escudo sólido. Dicho pensamiento no habría sido más que una prueba adicional de que nadie puede aprender de la experiencia ajena.

Entretanto, chilenos de las más variadas actividades y profesiones pasaban por la isla. Querían ver el socialismo para encontrar en los hechos la comprobación de sus opiniones, fuesen ellas favorables o contrarias. Junto con salir de la curiosidad sobre Cuba, aspiraban a leer en la realidad cubana el futuro chileno. Eran en su gran mayoría personas de buena fe y de escasa formación política, que ignoraban las diferencias que pueden existir entre un socialismo y otro. Iban a recoger información para sus instituciones —Iglesia, Ejército, organizaciones gremiales de la empresa privada o del deporte—, ayuda para sus proyectos o simplemente una especie de certificado táctico de buena predisposición revolucionaria, para uso en el Chile de la Unidad Popular. La mayoría deseaba encontrar el lado positivo de las cosas. Ayudados por los expertos guías, regresaban a Chile con sus deseos satisfechos y la conciencia tranquila. En esta forma vi desfilar por los vestíbulos del Habana Riviera a agricultores, fabricantes de vidrio, técnicos en celulosa, periodistas, políticos, sacerdotes y obispos, profesores, escritores, futbolistas, músicos folclóricos...

Por otra parte, numerosos miembros de la colonia chilena residente llegaban a mi oficina para pedirme ayuda para regresar. En general, desde la perspectiva de sus años de residencia en Cuba, se hacían la reflexión inversa: el socialismo chileno tendría que ser diferente, menos duro, y ellos querían volver a su país sin pérdida de tiempo. Uno había trabajado diez años en algún organismo económico; otro, un muchacho muy joven, de aspecto frágil y tímido, había secuestrado a punta de pistola un avión LAN y las autoridades de la isla lo habían enviado a cortar caña; otro hacía clases en la universidad... El pirata aéreo me decía que

antes estaba descontento en Chile, pues pensaba que la izquierda no llegaría nunca al poder con sus métodos electorales, y había resuelto robarse el avión para arribar al primer territorio revolucionario de América. Después de dos años en Cuba, sus deseos de regresar a Chile se habían transformado en una obsesión devoradora...

También llegaban mujeres jóvenes que no sabían por dónde comenzar su historia: resultaba, después de bastantes rodeos, que se habían casado con un cubano, se habían divorciado y el marido no autorizaba la salida del hijo. ¿Cómo había sucedido que se instalaran en Cuba? Otros eran buenos militantes comunistas y habían querido ayudar y adquirir experiencia en el proceso cubano. Algunos me daban respuestas imprecisas. «Estaba descontenta en Chile», me decía una muchacha, sufriendo de timidez, «y la revolución cubana me atraía». Ahora estaba descontenta en Cuba, también. ¿También? La muchacha hacía un gesto afirmativo. La Revolución, vivida con todos sus sacrificios y problemas, era distinta de lo que imaginaba a distancia. ¡Muy distinta! «El proceso chileno será necesariamente diferente», le decía yo: «Hay muchos elementos a nuestro favor con que Cuba no pudo contar». La muchacha me miraba con ojos interrogantes, intensos. ¡Ojalá sea así!, parecía decirme.

En resumen, después de los rodeos y vacilaciones del primer instante, una vez que entraban en confianza, la mayoría de los chilenos residentes que iban a visitarme revelaban un deseo imperativo, angustioso, de volver a Chile. Me decían esto en voz baja, y más de alguno me advirtió sobre la existencia de micrófonos. Vi partir a tres o cuatro, y lo hicieron con gran euforia, dándome besos de gusto. Después me dijeron que mi sucesor, el joven embajador mapucista, no fue en absoluto receptivo frente a las

peticiones de los compatriotas que deseaban regresar al país. Me comentaron que se dejó barba al llegar a la isla y que participaba con ardor en las jornadas de trabajo voluntario. También me contaron, porque nunca dejaba a alguien de ingeniárselas para hacerme llegar estos chismes, que un grupo chileno, en señal de protesta por su escasa acogida a las peticiones de repatriación, le organizó una toma de la embajada dentro del mejor estilo criollo. No sé qué hay de cierto en estas habladurías: el hecho es que el joven embajador barbudo hacía méritos ante las autoridades cubanas. A mí me adjudicó, cuando ya me hallaba lejos de Cuba, el apelativo amable de «intelectual burgués». Digo amable porque pudo recurrir al término más peyorativo, cuyo uso también se ha prodigado en los últimos tiempos, de «agente de la CIA». A todo esto, el que escuchó la acusación era otro «intelectual burgués» que debió pensar, con sobradas razones, que la legalidad burguesa de Chile no facilita precisamente la tarea de condenar a los intelectuales burgueses, condena que, por lo demás, de haber sido posible y de haberse llevado a efecto, podría haberse repetido más adelante contra el mismo que escuchaba la acusación de labios del embajador, puesto que el sistema acusatorio y condenatorio esbozado por el joven mapucista con tal inocencia tiende, según lo ha demostrado la historia, a reproducirse con rapidez mortífera, de modo tal que, al haberse convertido la acusación inicial en condena, ni el propio y desprevenido embajador habría estado a cubierto de la posibilidad de que el engranaje que él había puesto en marcha con esa acusación terminara por triturarlo a él mismo.

Pero el embajador, indiferente a estas sutilezas, cortaba caña en sus horas libres, mientras su barba crecía al ritmo pujante de sus ilusiones.

En medio del trajín de los chilenos que llegaban y se iban, la embajada recibió el anuncio oficial de una visita que sobrepasaba en importancia a las otras. El buque escuela *Esmeralda*, con una tripulación de alrededor de trescientas personas entre oficiales, grumetes y marineros, llegaría por primera vez al puerto de La Habana en su viaje anual de instrucción. Después de la llegada del primer diplomático de Chile, el arribo del *Esmeralda*, heredero legítimo de las tradiciones navales chilenas, sería el signo más tangible, además de espectacular, de la ruptura del bloqueo por parte del gobierno de Allende.

Hablé de inmediato con el ministro Roa y le dije que me parecía conveniente conversar sobre la visita del buque escuela con el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro. Roa me ofreció facilitar él mismo la entrevista con el ministro de las FAR, viceprimer ministro de Cuba y hermano del Comandante en Jefe.

En esos días de fines de enero hicimos un viaje a Trinidad, la ciudad más antigua de la isla. Tomás Gutiérrez Alea, el director de *Memorias del subdesarrollo*, filmaba allí una película cuya actriz principal era la chilena Marés González. Me gustó la idea de conocer la ciudad y ver el trabajo de Marés, a quien había admirado en Chile en diversos papeles y sobre todo en Ibsen y en la *Ópera de tres centavos* de Bertolt Brecht.

He encontrado en mi cuaderno algunos apuntes de aquel viaje.

[Trinidad, 30 de enero de 1971]

Hermosos techos de teja, magníficos enrejados, calles de piedra. Es una de las raras ciudades de América

y del mundo en que el tiempo se ha detenido. En cierto modo, paradójicamente, sólo la Revolución permite que esto ocurra; el avance acelerado de la historia favorece aquí la intemporalidad. Si esta fuera una ciudad histórica de otro país latinoamericano, estaría llena de turistas yanquis, con indumentarias y artefactos de última moda. Los expendios de Coca-Cola se habrían instalado en el umbral de las iglesias. Es decir, los mercaderes, con la bendición de todos los poderes establecidos, extranjeros y nacionales, ocuparían el templo.

Aquí la quietud se ve interrumpida muy de cuando en cuando por el paso de un jeep, de un camión o de un destartalado automóvil. A través de las ventanas se divisan interiores altos y sombríos, que al fondo rematan en un «medio punto» de colores siempre diferentes, encendidos por la luz de un patio. El «medio punto», que nunca se repite, imprime su sello original a cada casa. Desde la calle se alcanzan a ver los patios atiborrados de plantas, de rosales y de una flor roja que semeja un penacho robusto y llameante. Le dicen la «seis meses», porque dura de enero a junio.

Aunque no se advierta mucho en la superficie, todo el pueblo está trastornado por la filmación de la película. Ya se filmó antes, aquí, el primero de los tres episodios de *Lucía*. Me mostraron y reconocí muy bien la calle de las escenas iniciales. «Trinidad es el Hollywood del Caribe», dice alguien. Pese a que lo dice con ligera sorna, como corresponde a persona informada y de buen gusto, la frase no deja de mostrar la hilacha. Nuestro mundo está lleno de Atenas, de Suizas, de Inglaterra de América del Sur.

Una señora cincuentona, de austero y cetrino rostro español, que viste riguroso luto, nos dice que Trini-

dad «está llena de poesía y leyenda». Existe la ceiba, junto al mar, donde el fundador Diego Velázquez amarró sus naves, y el rincón donde Bartolomé de Las Casas dijo su primera misa en tierra de Cuba.

Pero algo nos devuelve al presente, ya que la epidemia de los transistores también ha llegado hasta aquí. Mientras escribo a las siete y media de la mañana en mi cabaña del hotel Las Cuevas, construido por la Revolución en una colina en las afueras de la ciudad, escucho en la cabaña vecina una voz de mujer lánguida, medio ronca, que se arrastra y que debe de corresponder al gusto popular del momento, puesto que se la oye en todas partes en Cuba. Ahora creo haber oído a la cantante, en carne y hueso, en el bar del Habana Riviera.

A la hora del almuerzo, discusión que se concentra, al cabo de algunos rodeos, en el problema de los estímulos materiales y morales. Me parece casi imposible que ellos salgan de las dificultades económicas —baja productividad, ausentismo, etcétera—, sin crear alguna clase de estímulo material. S., mi interlocutor, intelectual hijo de burgueses, salta como si le hubieran puesto banderillas. El proceso que viven las democracias populares en Europa oriental conduce directamente a la «alienación» capitalista. S. ha tenido amplia oportunidad de comprobarlo en Checoslovaquia, en Polonia, en Hungría. Allí se crea una auténtica sociedad de consumo, con todo lo que aquello significa: sometimiento al trabajo a través de la lucha por obtener más bienes, aparición de necesidades falsas que la economía de mercado necesita estimular y renovar constantemente, etcétera. Según S., alejarse del sistema de estímulos exclusivamente morales, principio central de la revolución cubana, sería apartarse de la Revolución misma. No valdría la pena haber luchado por

eso. Pueden y deben distribuirse bienes de consumo, pero no al que tiene más dinero para comprarlos. Ni siquiera al que trabajó mejor. Las prioridades se fijan en función de ciertas necesidades: enfermedad, por ejemplo, o número de hijos.

No veo clara la situación del campesino que sólo gana *dinero* a cambio de su trabajo: papel que guardará en sus gavetas o en una caja de zapatos y que no le servirá para comprar nada. ¿Vale la pena levantarse a las cinco de la mañana y labrar la tierra hasta entrada la noche para recibir sólo papel? El bienestar colectivo, la construcción del socialismo, son para ese campesino, aunque crea en ellos, ideales demasiado abstractos; como los espejismos, retroceden mientras él continúa su penosa y árida caminata.

El ausentismo de ese campesino, su éxodo a La Habana, donde vagará como un fantasma, en medio de calles destruidas y almacenes vacíos, o su falta de entusiasmo y de rendimiento en el trabajo, se han transformado ahora en un grave lastre económico y político. La ley de vagos y el empadronamiento de la población (uso obligatorio, según entiendo, de tarjetas de identidad) pretenden combatir el mal. Son remedios de tipo represivo, reflejos de una etapa que por desgracia es clásica en la historia de las revoluciones: la del Comité de Salud Pública.

A todo esto, según rumores que circulan por ahí, los soviéticos estarían pidiendo que se entreguen a los trabajadores mayores bienes de consumo. Me viene la sospecha de que la distribución podría hacerse al estilo de Europa del Este. Mi interlocutor, en consecuencia, tendrá que moderar sus ímpetus dentro de poco...

Él atribuye todos los estallidos recientes en Europa oriental —el de ahora en puertos polacos y los de los

últimos años— al revisionismo en las doctrinas económicas. Critica acerbamente el deshielo, la llamada «primavera checa», y más bien justifica, aunque sin pronunciamiento explícito, la entrada de los tanques rusos. Habla de la ayuda soviética a los países del Este, etcétera. Para mí se vuelve muy difícil profundizar en esta discusión, como lo habría hecho en Chile o en un café del Barrio Latino, entre amigos y en otra circunstancia, y prefiero cambiar de tema. Alguien me susurró en el vestíbulo del Habana Riviera que S. también trabaja para la Seguridad del Estado. En este momento en Cuba debo actuar como diplomático chileno durante las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

Subimos a Topes de Collantes entre grandes peripecias —rotura de frenos del aporreado automóvil soviético de S., espera a la orilla del camino, al lado de una cantera, continuación del viaje en dos camiones—, y de nuevo me encuentro a boca de jarro con el aspecto estimulante y juvenil de la revolución cubana. Los muchachos a la salida de la escuela, en el pueblecito de montaña, tienen un aspecto saludable, limpio. Los diálogos que me detengo a escuchar, a la vez que miro el paisaje desde la cumbre, son alegres y profundamente criollos. En una parte suave de la pendiente un grupo juega a la pelota. Se escucha un coro, una letanía infantil humorística, que surge de algunas de las ventanas de un enorme hospital. El mismo aire frío de la altura hace que la gente salte, camine rápido, sobándose las manos, y parezca contenta.

Llegamos a una casa ocupada por un grupo de teatro experimental. Me explican que trabajan con los campesinos y hacen una especie de improvisación basada, ahora, en cuentos de Onelio Jorge Cardoso. A menudo

los campesinos se entusiasman y siguen, después de presenciarse la narración escenificada de una historia, con sus relatos propios. El grupo es muy simpático y el experimento en sí es interesante, aparte de que ofrece una excelente diversión a los trabajadores de estos lados.

Mientras bebemos una taza de café, me doy cuenta de que una de las muchachas que departe con nosotros, vestida con unos pantalones viejos que sin embargo lleva con gracia, y un chaleco de lana muy sencillo, es la protagonista de la segunda parte de *Lucía*. Recuerdo a las actrices occidentales cubiertas de maquillaje, con pestañas, ojos y cabellos postizos; rígidas, para que el movimiento de los músculos faciales no les provoque arrugas; atentas, en medio de una simulada indiferencia, al inminente fogonazo de los fotógrafos, que debe sorprenderlas con su mejor perfil y su más impecable sonrisa, y la comparación, incluso desde el punto de vista de la atracción y de la belleza femenina, favorece absolutamente a la joven cubana.

Estamos en pleno Escambray, en la región precisa donde tuvo lugar la guerrilla contrarrevolucionaria. Los letreros señaladores del camino se ven acribillados de balas. De vez en cuando, la noción de que trabajar por y dentro de la revolución cubana significa, significó por lo menos en alguna época, entre otras cosas, arriesgar el pellejo, se hace presente, y desde entonces toda la perspectiva del fenómeno cambia. No hay que descartar la posibilidad, por otra parte, de que el fantasma de la amenaza externa, que después de la crisis de octubre del 62 y de los acuerdos norteamericano-soviéticos pasó a ser más bien ficticia, sea estimulado de algún modo, para sus fines particulares, por los promotores y guardianes de la Salud Pública.

Los cuentos de José Norberto Fuentes, que contribuí a premiar en 1968, transcurren pues en estos parajes,

donde la huella de las balas da testimonio de la violencia y del dramatismo de la lucha. Pero Fuentes, que lo había hecho como cronista, no quiso como narrador dividir el mundo en blanco y negro, con lo cual tocó el dogma de la inmaculada pureza del Ejército revolucionario, de su disciplina, una de las divinidades intocables en el altar de la Salud Pública. Todo está dicho en las viejas páginas de Michelet sobre el Comité, sobre Robespierre, sobre la Revolución y sobre la guillotina.

Hay cosas del viaje a Trinidad que olvidé anotar en mi cuaderno, como la visita a ese pintor «ingenuo» o «primitivo», un negro de unos ochenta años, jubilado del servicio municipal de aseo o algo así, que nos mostraba en su pequeño cuarto algunas telas y se reía a carcajadas. Se reía de gusto y a la vez de nuestra contrariada codicia, ya que por variados motivos no quería venderlas. De una, que consideraba su obra maestra, no deseaba desprenderse por nada del mundo; nos hacía mirar ciertos detalles, con gran seriedad y autosatisfacción, y después soltaba la risa. Otras, todavía sin terminar, estaban vendidas de antemano, se las habían encargado así, con mar, o con árboles frondosos, o con una planicie verde rodeada de palmeras y por donde paseaban y retozaban figuritas. Entre los autores de los encargos había personajes conocidos de La Habana: intelectuales funcionarios, que podían darse el lujo de viajar por la isla y coleccionar pintura ingenua. Como comprenderá el avisado lector, esto no implicaba en ellos ni la menor dosis de ingenuidad. En lo que atañe al pintor, ingenuo y a la vez astuto, se sobaba las manos y se reía a carcajadas, abriendo la negra boca donde subsistían algunos dientes.

Otro detalle que no anoté: un chofer que nos trajo de Topes de Collantes, con uniforme de soldado, se

quedó a comer con nosotros en el restaurante del hotel Las Cuevas. Al final de la comida me dijo al oído que pidiera un tabaco para mí y otro para él. Le pasé los dos y encendió uno con satisfacción evidente, con esas expresiones y miradas voluptuosas, mudas, que sólo saben poner los cubanos al encender un puro. Cuando el chofer se fue, nuestro amigo intelectual dio rienda suelta a su disgusto. ¡Esas eran las debilidades que un revolucionario jamás debía permitirse, y menos frente a extranjeros!

—El pobre tipo estaba loco por fumarse un tabaco —repliqué—: Su pecado no es ni venial.

La indignación de S., sin embargo, no cedía. Una mañana que me atrasé en salir —no dormía sino que redactaba, precisamente, mi cuaderno—, S. me dijo, en broma, que esa blandura podía «costarme la militancia».

S. tenía una manía obsesiva, que parecía obedecer al deseo secreto o a la deliberada consigna de provocarme. Consistía en igualar en todo el proceso chileno con la revolución cubana. Me decía que en esta etapa debía aprovechar para comprar ropa durable; para comprar cocina, refrigerador, máquinas domésticas de toda clase; un automóvil sólido, un Volkswagen, por ejemplo; casa, si aún no era propietario, etcétera. «Tú comprendes, cuando hay que repartirle a toda la población, el racionamiento es inevitable, chico...».

De regreso a La Habana nos detuvimos una noche en Varadero. Fuimos al mismo hotel donde habíamos pasado un fin de semana, poco tiempo antes, mi mujer y yo. A la hora de la comida, en el cabaret, nuestro amigo saludaba a gente de todas las mesas vecinas. De pronto pedía permiso y se paraba para conversar unos minutos con alguien. Eran los jefes de tal o cual servicio; los responsables de los escalones intermedios de la Revo-

lución. S. nos señalaba a alguno de vez en cuando y nos lo describía. Nos presentó a dos o tres. Era evidente que en esa atmósfera se sentía como pez en el agua.

La orquesta, instalada en altura, a un costado del cabaret, rompió el fuego. Reflectores de diversos tonos iluminaron la bóveda del escenario. Los cantantes usaban vestimentas un poco pasadas de moda y sus voces cálidas, empalagosas, con un acento inconfundible, me hacían recordar los ritmos cubanos que se escuchaban en mi adolescencia. Todo eso, unido a los saludos que prodigaba mi amigo a diestro y siniestro, me daban la sensación extraña de encontrarme en el pasado. Pero los ocupantes de muchas mesas usaban uniforme verde olivo y eran autoridades de un partido que se llamaba Partido Comunista de Cuba, palabras que en el pasado no se habrían pronunciado en forma normal, sin alguna especie de escándalo, dentro de la bóveda oscura de ese cabaret. Además, los extranjeros que había no eran millonarios yanquis con esposas borrachas o con pálidas prostitutas histéricas, de pelo platino, traídas de Los Ángeles, Nueva York o Miami, sino gruesos ingenieros soviéticos o alemanes orientales, que celebraban los números con ruidoso entusiasmo mientras bebían ron o cerveza, o ron aberrantemente mezclado con cerveza o con cualquier otra bebida disponible.

Encontré a Heberto, Belkis y David Buzzi, asustados y a la vez sonrientes, ansiosos de contar lo que les había ocurrido y, al mismo tiempo, temerosos de los oídos indiscretos. Me habían visto en el vestíbulo del hotel con S. y habían mantenido prudente distancia. Ahora que S. me había dejado solo, se acercaban. Querían hablarme, sin duda, pero había demasiados moros en la

costa. En mi habitación, por lo menos, teníamos la sensación del secreto.

La tendencia natural no es creer que los muros escuchan. Pues bien, nosotros fingíamos creer: durante un momento conversábamos en voz baja, o nos pasábamos papelitos. Pero la realidad era que no creíamos: no pensábamos que hubiera oídos incrustados en las paredes, en los zoquetes de las lámparas o en los inquietantes espejos. A los pocos minutos, al calor del ron o del whisky que tenía en uno de mis guardarrupas, hablábamos sin mayores precauciones, en una sordina que se tornaba vociferante, como si estuviéramos afónicos.

En su primer día en el Habana Riviera, con gran sorpresa de todos, Heberto y Belkis habían podido disponer de una *suite*: dormitorio y sala de estar. El segundo día quisieron entrar en la sala y la puerta se había clausurado. Después escucharon ruidos al otro lado de esa puerta. Buzzi, con su desaforada curiosidad, enardecido por algunos tragos de extraseco en las rocas, salió al balcón, trepó con riesgo de caerse del piso 17, al balcón vecino, y encontró a un hombre instalado en la sala. De ahí a resolver que el hombre era el espía particular de Heberto no había más que un paso. El ambiente favorecía esta clase de suposiciones, que Heberto desarrollaba con una especie de dramatismo burlón, incluso con un dejo de coquetería. En esos días se tomaban así las cosas. Si hubiéramos creído de veras en la policía, habríamos adoptado precauciones más serias. Pero la policía era objeto de advertencias y cuchicheos supuestamente alarmistas, salpicados de bromas.

La única actitud consecuente con la idea de la vigilancia policial habría sido que mis amigos me evitaran en forma cuidadosa. En Checoslovaquia, en los años cincuenta, los escritores occidentales, miembros de los parti-

dos comunistas o de los movimientos progresistas de sus respectivos países, descubrían con estupor que escritores checos, viejos amigos suyos, se pasaban a la vereda de enfrente cuando los veían acercarse por la calle. Nada era más peligroso para los checos que el contacto con extranjeros. A partir de ahí podían tejerse todas las acusaciones imaginables. Cuando existe la amenaza exterior, y cuando el gobierno utiliza, por añadidura, el fantasma de la amenaza exterior como elemento de disciplina y de cohesión interna, lo más crítico para un particular es la relación con todo lo que venga de más allá de las fronteras, trátase de libros, de periódicos, de personas. Pues bien, a pesar del bloqueo y de la policía, que demostró más tarde su existencia muy real, la situación en Cuba distaba mucho de la de Checoslovaquia en la época de los procesos, sin hablar del período de las grandes purgas en la URSS. Todavía quedaban resabios del Salón de Mayo, que se había trasladado en masa de París a La Habana en 1967, y del Congreso Cultural de enero de 1968, en que se habían dado cita todos los intelectuales de Europa y América.

El caso extremo fue el del fotógrafo francés Pierre Gollendorf, que había venido por primera vez con el Salón de Mayo y había regresado para el Congreso Cultural. Desde entonces permanecía en Cuba, casado con una cubana y con una hija de dos años. Gollendorf insistió mucho para verme y me explicó su urgente deseo de vivir en Chile, ahora que teníamos un gobierno popular. Al parecer, ni él podría vivir en otro lugar que en Chile, ni la experiencia chilena debía prescindir de sus inestimables servicios como fotógrafo, pintor, poeta, profesor de historia del arte, intelectual en libertad, etcétera. No le di mayores facilidades, limitándome a sugerirle que le escribiera a Nemesio Antúnez, en su calidad de director de nuestro Museo de Bellas Artes.

Gollendorf participó en dos o tres de nuestras tertulias. Estaba resentido y exasperado en Cuba, pero las autoridades no le daban el pase para regresar con su esposa y su hija a Francia, desde donde su aspiración era emprender el viaje a Chile. Vagamente recordaba haberlo visto en París, en los alrededores de la Place de l'Odéon y de la Rue Monsieur-le-Prince, con el grupo de Violeta Parra: «¿No fue amigo, usted, de...?».

Era él, efectivamente, pero los casi tres años en la atmósfera encerrada del Habana Riviera lo habían hecho envejecer. No hay duda de que lo atraía la etapa eufórica de las revoluciones; no el período de las dificultades. Pero de ahí a acusarlo de agente del enemigo, como se hizo poco más tarde, y meterlo en una cárcel sin mayores explicaciones, el trecho es bastante largo...

En esos días supe de la novela de Padilla, cuyo grueso manuscrito descansaba encima de su mesa en el hotel. Supongo que su título, *En mi jardín pastan los héroes*, aludía al culto de los héroes que se había desarrollado con la Revolución. El heroísmo de un puñado de hombres había liberado a Cuba de la dependencia, de la pobreza crónica y de la humillación nacional. Esa era, al menos, la versión histórica aceptada y abundantemente difundida. Martí, Maceo, Fidel, el Che... Sus retratos se hallaban en todas las paredes, en todas las revistas; sus nombres se repetían en cada discurso. Si los partidos populares y los sindicatos habían tenido alguna participación en el proceso revolucionario, los textos de historia más bien la pasaban por alto, eligiendo la glorificación de los héroes. Hay que reconocer, por otra parte, que las circunstancias de la lucha contra Batista favorecían esta interpretación, aun cuando los héroes, después de romper con el imperialismo, no habrían podido mantenerse en el

poder sin apoyo organizado del interior y enseguida del exterior. Pero los textos, en forma muy significativa, ponían el énfasis en la personalidad, en el hombre que modificaba la historia y conducía al pueblo a su destino.

En nuestras conversaciones sobre Chile, Padilla hablaba con entusiasmo de la posibilidad de un socialismo en que el poder estuviera controlado, limitado por un mecanismo legal, aun cuando esa legalidad perteneciera al pasado. En el caso de Chile, era evidente que el sistema jurídico derivaba directamente de la revolución francesa; aplicado en su verdadero sentido, permitía avanzar y a la vez controlar las arbitrariedades del poder. La falta de un sistema equivalente había costado un precio muy alto al pueblo de Cuba. Los héroes, en lugar de permanecer en la inmovilidad de sus estatuas, habían bajado a la calle, derribado las rejas y estropeado las flores de los jardines particulares.

¿Cómo creer que una novela así, cuyo contenido era fácil de imaginar a partir del título, pudiera publicarse en Barcelona impunemente? Creerlo significaba juzgar muy mal el momento, uno de los más difíciles por los que había pasado la Revolución. No reflexioné demasiado sobre el problema; no era asunto mío. Padilla, en cambio, calculó mal, y en tiempos difíciles los errores de cálculo salen bastante caros. Él habría podido agregar un verso así a su conocido y objetado poema.

Padilla hablaba de enviar el manuscrito a nuestro amigo editor Carlos Barral. Nunca me pidió que lo sacara, aprovechando mi situación diplomática, como se sostuvo después en algunos sectores. En esos días entraban y salían de Cuba numerosos escritores y periodistas extranjeros. Nadie, que yo supiera, revisaba sus maletines de mano. El hecho era que Padilla, llevado por el demonio

del perfeccionismo, nunca daba por terminado el libro. Mostraba de pronto el manuscrito y al rato se lo quitaba a uno de las manos, como si le costara desprenderse de él. Puse la vista en una página y alcancé a leer que se dialogaba sobre checos y rusos; podía ser a propósito de los expertos de ambas nacionalidades que abundaban en la isla, o bien de los sucesos de agosto de 1968. Pero Heberto, frenético, me arrebató el manuscrito.

En los últimos días andaba por todas partes con el volumen debajo del brazo, como si adivinara o supiera que proyectaban quitárselo. En un caso así, su única alternativa habría sido sacarlo de inmediato, dejando las correcciones para el futuro o para los exegetas, o retraerse, guardar silencio, cultivar las flores de su jardín, aun a riesgo de que un día amanecieran pisoteadas por las plantas poderosas de los héroes, que solían bajar de sus pedestales, sobre todo de noche, y deambular sueltos por la ciudad. Pero Heberto no supo calcular bien. Por lo demás, no es fácil predecir cómo habría reflexionado y reaccionado uno puesto en una circunstancia parecida.

Entretanto, se aproximaba la visita del buque escuela *Esmeralda* y había motivos más serios de preocupación que la suerte del manuscrito de *En mi jardín pastan los héroes*. Los héroes de verdad tenían que prepararse para recibir al símbolo de las glorias navales chilenas, al heredero directo del *Esmeralda* de Arturo Prat, el segundo de nuestra historia, y del primer *Esmeralda*, ganado por asalto a los españoles por Lord Thomas Cochrane. Una mañana me llamó el jefe de relaciones públicas de las FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias, y me dijo que el ministro, comandante Raúl Castro, iba a recibirme.

Fidel es el hombre de las medias horas y de las horas de atraso. Al mismo tiempo, una reunión con él pre-

vista para durar quince minutos puede prolongarse una tarde entera, o dos días, al calor de la conversación, del entusiasmo, de su interés por el personaje o por lo que representa. Fidel es el dirigente cálido, lleno de inextinguible curiosidad, dotado en su terreno de gran fantasía, devorador de historias, de crónicas, de tratados de ciencias naturales o manuales de agricultura, a la vez que sorprendentemente insensible a la creación literaria o artística. Su optimismo contagioso es capaz de convencer y movilizar a la mayoría de un país, aunque se base en cifras y datos erróneos, en un conocimiento inexacto de la realidad, como ocurrió con la zafra de los diez millones del año 70. Enseguida reconoce sus errores en público, como si fueran el producto de una fatalidad colectiva, de un sino histórico cuyas consecuencias todos deben pagar y asumir, y emprende con igual entusiasmo y optimismo un nuevo rumbo.

Me habían dicho que Raúl era el extremo opuesto de Fidel. Se hablaba de su frialdad, y en el seno de la más íntima confianza, lejos de los micrófonos, de su crueldad. Esta crueldad, verdadera o legendaria, era motivo de comentarios hasta en las democracias populares, donde algunos dirigentes *habrían dicho* a otros que habían escuchado con asombro, de labios del propio Raúl, la narración de cómo había eliminado a ciertos enemigos. Del grupo directivo de la Sierra Maestra, era él quien había tenido mayor contacto antes de la Revolución con el comunismo organizado; militó algún tiempo en el partido y viajó a Viena, Bucarest y Praga con motivo de algún congreso de juventudes. Como responsable de las Fuerzas Armadas, abastecidas en su casi totalidad por los soviéticos, tenía una relación sólida e institucional con la URSS. Otro detalle significativo: era la revista del Ejército,

Verde Olivo, bajo su control, la que había iniciado a fines del 68, después de que Fidel aprobara la entrada de los tanques rusos en Checoslovaquia, el ataque más concertado y visible contra los escritores. Las víctimas habían sido José Norberto Fuentes, por el libro premiado con mi voto en enero de ese año, Antón Arrufat y Heberto Padilla. Según me han explicado, ya que nunca tuve ocasión de leerlo, el libro de Arrufat, una obra de teatro, describe la lucha por el poder político de dos hermanos, que sitúa en un lugar y una época pretéritos. Las alusiones a Fidel y Raúl son, al parecer, transparentes.

Llegué al Ministerio de las FAR, que ocupa un costado del Palacio de la Revolución, el edificio enorme, sólido y feo construido durante el batistado para instalar a los Tribunales de Justicia. No sé la razón de tanto lujo destinado a la justicia en la época de la arbitrariedad más sanguinaria. Es probable que Batista haya necesitado en algún momento, para cubrir sus crímenes, halagar al Poder Judicial.

Llegué a la hora precisa y el comandante encargado de las relaciones públicas de las FAR, de apellido Díaz, si la memoria no me engaña, me esperaba en la puerta del edificio. Me bastó atravesar el vestíbulo para advertir que me encontraba en un sitio privilegiado, donde nadie podía entrar sin autorización. Estaba, sin ninguna duda, en uno de los centros del poder. Guardianes, ascensoristas, ordenanzas, mantenían una actitud impecable, alerta, lo que no les impedía sonreír cortésmente.

Hice antesala alrededor de un minuto, acompañado por el comandante Díaz, y me llevaron al despacho del ministro. Vestido con el habitual uniforme verde olivo, Raúl Castro me pareció más alto de lo que me imaginaba. Tenía cabellos cortos; una mirada neutra, algo esquiva, que se posaba con fijeza en un punto cualquiera

de la mesa situada al frente; antebrazos lampiños, de poca musculatura; un cuerpo que daba la impresión de haber sido débil y de haberse robustecido a través de una vida rigurosa, de trabajo intenso y autodisciplina. No era, sin duda, un subordinado amable del primer ministro, como otros miembros del gobierno que conocí, sino alguien que compartía en otro estilo que su hermano, sin su entusiasmo contagioso ni su relación con la masa y con los medios de comunicación, desde una relativa sombra, toda la carga del poder político.

Nos sirvieron un jugo de toronja, nos ofrecieron cigarrillos, y después de un breve preámbulo de saludos entramos en materia. Los modales del comandante Raúl Castro eran corteses y serenos. Contrariamente a su hermano Fidel, no extremaba la nota en ningún sentido. Era probable que actuara así en conocimiento de mis amistades perniciosas y de mis escabrosas afirmaciones privadas, que en ocasiones habían llegado a revestir el tono contrarrevolucionario por excelencia de la ironía o de la burla, pero no podría asegurarlo.

El ministro de las FAR tenía a la vista en una carpeta toda la documentación sobre el viaje del *Esmeralda* que yo había enviado por nota al Ministerio de Relaciones. Me imaginé que le había echado una mirada diez minutos antes. Expliqué entonces la importancia del buque escuela para la Marina chilena, su popularidad, el apego del país a sus tradiciones navales, simbolizadas y resumidas en el nombre mismo del barco. Expliqué, además, que la Marina ha sido históricamente la rama conservadora de las Fuerzas Armadas chilenas. En nuestra única revolución verdaderamente sangrienta, que culminó con el derrocamiento de un gobierno legalmente constituido, la de 1891, la Marina tomó el partido de la oligarquía y del imperialismo británico en contra

de un presidente nacionalista, que intentaba obtener el mayor provecho para el país de las riquezas salitreras y que contó hasta el fin con el apoyo del Ejército de Tierra. La Marina de aquella época había actuado de acuerdo con su formación inglesa y con su sentido de clase. Pero no había faltado en aquella oportunidad el pretexto jurídico indispensable para el legalismo chileno: al no esperar la aprobación del Congreso para el presupuesto fiscal del año 91 y declarar aplicable por simple decreto el mismo del 90, Balmaceda había infringido la Constitución. En tiempos de Balmaceda la Marina y los miembros del Congreso, como sus mentores británicos, eran parlamentaristas. Los soldados de tierra, en cambio, eran partidarios de un Ejecutivo fuerte, capaz de doblegar a la fronda oligárquica, parlamentaria y politiquera, que sólo pensaba en gastar los ingresos del salitre en París y en los balnearios y salas de juego del sur de Europa.

Raúl Castro, que me había escuchado con atención, sin mover un músculo, desdobló las piernas y dijo que habían preparado un programa esencialmente profesional y apolítico. Se darían instrucciones a los cubanos para que evitaran los temas políticos en sus conversaciones con los muchachos del *Esmeralda*. Éstos serían tratados de «amigos chilenos», en lugar del trato más comprometedor de «compañeros». En fin, el comandante Raúl Castro estaba convencido, y con bastante razón, de que los aspectos militares del programa tenían que gustarles.

Raúl Castro no era enfático. Daba la impresión de que excluía deliberadamente, en contraste con su ilustre hermano, cualquier énfasis. El despegue concertado de los MiG desde sus estacionamientos subterráneos seguramente los impresionaría, lo mismo que los ejercicios de coherencia: «Tenemos una flota pequeña, de carácter defensivo, pero muy moderna y eficiente». También convendría mostrarles

las instalaciones del puerto pesquero financiado por los soviéticos. Se los llevaría una tarde a un partido de béisbol, donde el pueblo cubano los aplaudiría a rabiar, eso era completamente seguro, y los que no quisieran ir al béisbol podrían asistir a una sesión de cine. «En Cuba hemos hecho películas bastante buenas».

—Comandante, en sus proposiciones para el programa, el capitán del barco me insiste en que haya una tarde libre. Recuerde usted que vienen con alrededor de treinta días de navegación a costas. Me consulta, además, si es posible que los muchachos puedan alojarse una noche fuera del barco. Parece que es costumbre en los viajes del *Esmeralda* alrededor del mundo...

El comandante se sobó la barbilla con sus manos largas, de color amarillento. Vería qué se podía hacer. Desde luego, había que explicarles que las condiciones de La Habana no eran las de una ciudad normal.

—¡Por supuesto! Ellos comprenderán. Pero si se pudiera hacer algo...

Se les podría dar una tarjeta para que usaran las facilidades de los grandes hoteles, incluso para que se alojaran en alguno, si es que lo deseaban. En cualquier caso, había que contemplar la posibilidad de que fueran objeto de provocaciones. Algún contrarrevolucionario podía aprovechar la oportunidad para acercárseles...

El comandante se sobaba la barbilla. Me prometía estudiar el problema con sus asesores y encontrar la solución más adecuada.

—Me piden, por último, comandante —dije, sonriendo—, que se invite a unas treinta o cuarenta muchachas al baile que ofrecen los cadetes, que no es el mismo que ofrece el capitán del barco a las autoridades el día siguiente de la llegada.

El comandante Raúl Castro también sonrió, apenas, o más bien insinuó el comienzo de una sonrisa. Se podía, quizás, invitar a un grupo de universitarias, o conversar el asunto con la Federación de Mujeres. De todos modos, él buscaría una solución.

Su actitud era más bien llana, fácil. A mí me pedía el capitán, en la documentación que me había enviado, que invitara a treinta o cuarenta «señoritas». No agregaba «de la sociedad» porque tales precisiones eran innecesarias. El detalle me había recordado mis vacaciones infantiles en Viña del Mar, cuando mi hermana mayor y sus amigas se preparaban para asistir, acompañadas por las respectivas *chaperons*, o, como decían precisamente en Cuba, «chaperonas», a los bailes del *Jeanne d'Arc*, el buque escuela francés que alborotaba durante ocho o diez días los corazones de las muchachas en flor del balneario. En la oficina del comandante Raúl Castro, detrás de quien, en una repisa, se divisaba una miniatura del *Granma*, se tenía la conciencia de cuánto tiempo había transcurrido desde aquella época, tanto para Cuba y para Chile, para el mundo, como para el encargado de negocios chileno, que ahora no iba en una lancha a motor de la mano de la «chaperona», acompañando a su hermana, mientras se aproximaba el costado deslumbrante del crucero francés, con sus fanfarrias y oriflamas tricolores, sino que representaba ante el gobierno revolucionario de Cuba a un gobierno chileno cuya sola posibilidad de existencia, en esa época remota, habría producido el infarto de la «chaperona» y el pánico de las muchachas, y que incluso ahora, a la señora respetable en que se había convertido su hermana, al igual que sus amigas, muchas de ellas jóvenes abuelas, llenaba de angustia y de dolorosa incertidumbre.

El comandante dio a entender con amabilidad que la entrevista había terminado, y el encargado de negocios, después de una frase de agradecimiento, se puso de pie. En contraste con los horarios del hermano, la conversación con el ministro de las FAR, que se había iniciado en el minuto previsto, había durado media hora exacta. El comandante Díaz acompañó al encargado de negocios hasta el automóvil, que se puso de inmediato en marcha, alejándose a toda velocidad del imponente y pesado edificio de la era de Batista. Entre la llegada y la salida habían transcurrido exactamente treinta y siete minutos, bien aprovechados para discutir los pormenores del programa del buque escuela.

Casi todas las noches mi esposa Pilar y yo debíamos salir a una recepción o a una comida. El Cuerpo Diplomático tenía curiosidad por conocer al nuevo miembro que en la noche misma de su llegada Fidel había distinguido con unas horas de conversación. *Granma* lo había dado a conocer y había publicado, junto con mi primera entrevista, mi *curriculum* diplomático y literario. La política chilena era seguida con sumo interés por todos los sectores, partidarios reales o fingidos. Chile ocupaba en esos días un gran espacio en *Granma* y en cada una de las publicaciones cubanas.

A este respecto, tuve la idea de reunir en la oficina la colección completa de *Granma* del año 70. Deseaba saber cómo había informado sobre la campaña electoral chilena, sobre el asesinato de Schneider, la transmisión del mando y por último el reconocimiento de Cuba. Comprobé, sin demasiada sorpresa, que antes del 4 de septiembre las columnas principales de noticias de América Latina estaban ocupadas por la revolución peruana y por el movimiento tupamaro del Uruguay. Poco antes del día 4 había

una extensa y elogiosa nota biográfica de Allende, algo más de información sobre las inminentes elecciones, pero nada que indicara la menor confianza en el triunfo de la izquierda. El corazón del gobierno estaba mucho más cerca de la guerrilla urbana uruguaya y de la revolución militar de Velasco Alvarado, que había roto con todos los moldes establecidos en América Latina en materia de gobiernos de las Fuerzas Armadas.

La originalidad chilena, que consistía precisamente en nuestro legalismo más o menos grisáceo y en nuestras formas pacíficas de convivencia política, no parecía despertar antes del 4 de septiembre de 1970 el entusiasmo del gobierno y de sus órganos de expresión. Hasta que de pronto la primera página del *Granma* del día 5, que no había preparado adecuadamente a sus lectores, aparecía llena en titulares enormes con la noticia del triunfo de la Unidad Popular. Desde ese ejemplar del *Granma* del día 5 de septiembre en la mañana, salido de las prensas probablemente a mediodía y repartido después del almuerzo, ya que en periodismo la falta de competencia da tiempo para que la noticia se complete y para que el comentario se discuta y elabore, los medios de información de la isla dedicaron enorme espacio a Chile y Allende.

Esto hacía, pues, que las miradas se volvieran sobre el primer diplomático chileno que hacía su aparición, después de seis años y medio de bloqueo, en las recepciones y en las ceremonias oficiales de La Habana. Cada noche salíamos, mi mujer de vestido largo, yo de traje oscuro y corbata, por el amplio vestíbulo del hotel, donde nos abría paso una muchedumbre formada por soldados, por estudiantes en mangas de camisa, técnicos extranjeros, parejitas en luna de miel que observaban cada detalle sin salir de su asombro,

viejas que se incrustaban durante largas horas en un sillón y observaban el espectáculo con desdeñosa indiferencia. Probablemente nos veían como a personajes casi mitológicos, que se deslizaban por el espacioso vestíbulo, semejante a un acuario lleno de variedades multicolores y multiformes, hasta el Alfa Romeo que los conducía, raudos, hacia las torres inaccesibles o hacia las fortalezas iluminadas de Cubanacán, donde de alguna forma se estaba en contacto con los objetos deslumbrantes, con las fabulosas máquinas, con el brillo, el estrépito y la locura del mundo exterior. Algún bilioso, propenso al mal humor e incluso a la introversión reaccionaria, debía de experimentar arrebatos de ira y protesta, incurriendo así en la reprobación de compañeros más dóciles que habían comprendido mejor las leyes de la superestructura, que eran más conscientes de los problemas reales de la Revolución y mejor integrados, por lo mismo, al sistema. El resabio de mala conciencia con que cruzaba ese vestíbulo era una demostración, precisamente, de que mi propia integración al proceso revolucionario adolecía de fallos muy graves, fallos que me llevaban a una visión subjetivista y negativa de los privilegios jerárquicos, obedeciendo en esa forma a reflejos de intelectual burgués de los que distaba mucho de haberme liberado.

En medio de las nutridas columnas que destinaba *Granma* a Chile, leí una mañana que Laura Allende, la hermana del Presidente, diputada y miembro del Comité Central del Partido Socialista chileno, había llegado al hotel Habana Libre. Pienso ahora que un buen diplomático tendría necesariamente que haber conocido de antemano su llegada, aun cuando su ministerio no lo hubiera informado. Sé de muchos, perfectamente ajenos a la noción más remota de socialismo, que habrían estado esperando en el aeropuerto, al pie de la escala del avión; que

le habrían tenido un enorme ramo de flores, con la respectiva y obsequiosa tarjeta de visita, en la mesa central de su *suite* en el hotel; que de inmediato se habrían puesto a su disposición para los encargos que quisiera; que habrían destinado a su mujer a acompañarla de compras y en todo otro menester que se presentara, asistiendo con ella a intensas jornadas de peluquería o de trabajo y adhiriendo con vigor y sin reserva alguna al coro de las alabanzas que la ilustre viajera iniciaría frente a cada logro visible de la Revolución.

Yo reconozco mis errores profesionales. Vi su nombre en el periódico y me parece que aún transcurrieron veinticuatro horas antes de que me presentara en la *suite* del Habana Libre. Eran días de intenso ajeteo, visitas a colegas, recepciones, y creí con inexcusable ligereza que estas actividades podían justificarme ante la hermana del compañero Presidente. Algo de mi torcida y vanidosa disposición debió también de cruzarse de por medio, puesto que había acudido al hotel con mayor prontitud, dicho sea en honor a la verdad, al saber también por el periódico la llegada de Pancho Coloane y de Manuel Rojas⁴. El caso es que me presenté con unas veinticuatro horas

⁴ Francisco Coloane y Manuel Rojas, escritores chilenos muy leídos y que obtuvieron, ambos, el Premio Nacional de Literatura. Manuel Rojas falleció pocos años después. Francisco Coloane, en agosto del 2002, a los 92 años de edad. El destino de Laura Allende ha sido más trágico, pero eso no justificaría alterar el retrato contenido en el manuscrito de 1971 y 1972. La posible parcialidad de ese retrato tendrá que achacarse al que escribía esas páginas en aquellos años. Laura Allende fue encarcelada algún tiempo después de los sucesos de septiembre de 1973. En 1981, enferma de gravedad, asilada en Cuba, pidió permiso reiteradas veces para regresar a Chile, cosa que le fue denegada por las autoridades chilenas. A mediados de ese mismo año el cable transmitió la noticia de que Laura Allende se había suicidado arrojándose desde una ventana de los pisos superiores del hotel Habana Riviera.

de atraso, negligencia que los observadores y apuntadores desde la sombra debieron de registrar inmediatamente, pero más valía tarde que nunca, a la *suite* de la diputada. Su hija, una muchacha de aspecto dulce, juvenil, y una amiga más madura, de expresión terca, desconfiada, tajante, que había hecho el viaje con ella, estaban sentadas en el salón de la *suite*, silenciosas, en compañía de dos o tres miembros de la Federación de Mujeres de Cuba. En la pieza había flores, cajas de bombones y otros envíos de instituciones y personajes diversos. No había duda de que en esa habitación se estaba cerca del poder y de lo que podría llamarse su utilería, fenómeno que los cubanos, pese a estar regidos por un gobernante siempre en uniforme de campaña, desprovisto de entorchados o galones, en permanente actividad de trabajo, preocupado hasta de los menores problemas de la producción y desdénoso de cualquier protocolo, fenómeno que los cubanos, repito, pese a la sencillez exterior de su Comandante en Jefe, conocen muy bien. Diría, en efecto, que a pesar de las apariencias, los cubanos conocen los ceremoniales y las ornamentaciones clásicas del poder tan bien como cualquier otro pueblo de la tierra.

Entretanto, la diputada se afanaba, recibía llamadas telefónicas, se desplazaba de uno a otro lado de la habitación y de su antesala. Me pidió que la ayudara a clasificar los numerosos regalos que había traído para las autoridades. ¿A quién convenía mandarle regalos? ¿Podía indicarle yo la tienda donde vendían unos marfiles muy hermosos que había visto en Santiago en casa de alguien, traídos por ese alguien de La Habana? Yo escuchaba decir por primera vez, y esta ignorancia sin duda era inexcusable en un profesional de la diplomacia, que en La Habana existieran esos marfiles en venta.

—¿Usted está segura, Laurita?

¡Completamente segura! Alguien había llegado de Cuba a Chile con ellos por el año 64 o 65.⁵

Muy bien; pero estábamos en febrero del 71, y era más que probable que todo aquello hubiese desaparecido del mercado.

La diputada no quería escuchar una contradicción, y la verdad era que otro diplomático, más experimentado y más identificado con su carrera, habría hurgado debajo de las piedras hasta encontrar alguno de los apetecidos marfiles. Cuando se trata de agradar a los que han sido tocados de cerca o de lejos por la aureola del poder, un buen diplomático debe ser capaz de planear en las alturas de un discurso nebuloso; de hablar como un Tallyrand de política internacional, citando de paso, como quien no quiere la cosa, nombres de personajes poderosos o ilustres con quienes se tutea; de entrar a un comedor y comprobar de un vistazo si los asientos están bien distribuidos, si la vajilla y las flores están colocadas con arte; de ocuparse con versatilidad, servilismo y eficiencia de los detalles más ínfimos. Chateaubriand dijo que, si la gente conociera los verdaderos secretos de los diplomáticos, en lugar de preocuparse tanto de ellos los encontraría ridículos y le darían risa. Mi obstinado error fue hablarle a Laura Allende de la situación política y económica de Cuba en vez de buscarle sus marfiles y dejar que los políticos se ocuparan de sus asuntos. Aunque quizás

⁵ Ese alguien era Salvador Allende, y esa afición a los marfiles, aparte de ser anticuada y convencional, semejante a la de algunos políticos conservadores por las piedras duras y otras fruslerías, no pasaba de ser una afición inocente, pero en este párrafo de mi texto también operó la autocensura. Ni siquiera en la escritura secreta podía librarme de mi condición doble: diplomático y escritor. Recordemos que el jefe superior de la diplomacia chilena era, por norma constitucional, el presidente de la República, es decir, entonces, Salvador Allende.

la política sea una realidad demasiado seria para entregarla al manejo de los políticos.

—Sí —dijo Laurita—, me interesa volver a conversar con usted. Además, estoy de acuerdo con usted en que es muy conveniente que informe de todo esto a Salvador.

Un grupo de residentes chilenos había tenido la ingenuidad de reunirse con Salvador Allende, alrededor de un año antes de las últimas elecciones, para señalarle que el modelo cubano adolecía de fallos graves, de fondo, que contraindicaban su aplicación en Chile. Algunos del grupo me relataron la escena y me comunicaron su decepción: el candidato se había limitado a escucharlos, con una falta de interés excesivamente visible. Ahora bien, ¿cómo podían pretender que el candidato, viejo y avezado político, viajero asiduo a Cuba, ignorara los problemas de la Revolución? La revelación de unas cuantas verdades desagradables, que seguramente conocía mejor que sus interlocutores, no iban a modificar su propósito de utilizar o no, en la campaña y después en la presidencia, el ejemplo cubano. En las elecciones del 64 el candidato y su partido habían silenciado deliberadamente a Cuba, mientras sus aliados comunistas, con la inoportuna majadería que los caracteriza cuando se les pone algo entre ceja y ceja, sacaban a relucir la isla revolucionaria a cada instante. En la campaña del 70 la situación había sido diferente: con sus reiteradas adhesiones a la isla, los socialistas pretendían dar testimonio de su revolucionarismo inflexible, de su calidad de revolucionarios químicamente puros. No se planteaba de un modo tan agudo el problema de infundir tranquilidad, como en el 64, sino de atraer a una extrema izquierda díscola, hostil al camino pacífico de las urnas, puesto en solfa precisamente por las lecciones que venían de La Habana, y que podía

sin embargo, en una elección particularmente estrecha, contribuir a que por primera vez llegara sin violencia y dentro de los despreciados cauces legales un marxista a la presidencia del país.

Fidel había dado su caución al candidato chileno, insistiendo en que Cuba, aunque escéptica al respecto, nunca había excluido en principio la posibilidad de la vía electoral en determinados países, y el milagro, que cogió desprevenido a *Granma* y a otros revolucionarios de América y del mundo, se había producido. El milagro, por lo demás, también había tomado por sorpresa a los reaccionarios, situación que facilitó la conquista y el control del gobierno, primer tramo en la senda mucho más difícil de la toma del poder. Porque el enfrentamiento que no se había realizado, pese a las predicciones de los ideólogos más simplistas, en la etapa legal de las elecciones, de la transmisión del mando y de las medidas iniciales de gobierno, estaba inscrito en el futuro con letras de fuego. Esa era la teoría subyacente y con frecuencia explícita en todas las conversaciones con responsables cubanos. La candorosa revolución chilena debía prepararse: aprender a manejar las armas y a servirse de los inextinguibles recursos de la técnica de movilización de masas y de la vigilancia policial, cuya necesidad imprescindible sólo desdeñaban o ignoraban los liberales, embarcados en la Unidad Popular únicamente en virtud de un malentendido, del que la Unidad Popular debía sacar provecho mientras se pudiera, los tontos útiles que inevitablemente irían cayendo en el camino o abandonando el barco.

—Me han informado —me decía en voz baja, en el centro de un jardín, confiado en que se hallaba lejos de oídos indiscretos, naturales o electrónicos, el embajador de Yugoslavia— que su Presidente no es sectario.

—¡Por supuesto! —le respondía yo, agregando que incluso había tenido el privilegio de conocerlo en una relativa intimidad—. No es sectario en absoluto.

Pero algunas fuerzas debían actuar fuera de su control, o el estilo cubano debía servir para ciertos fines, ya que, después del reconocimiento de Cuba, que según me constaba no se había producido en forma tan rápida ni tan fácil como habría sido previsible, el nuevo oficialismo empezaba a hablar de trabajo voluntario, de compañero ministro y compañero embajador, de oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria, la cual ya había asomado su rostro torvo, para demostrar *urbi et orbi* que toda transición pacífica al socialismo era ilusoria, en el asesinato del general Schneider.

El encargado de negocios se hallaba sometido al asedio de una perplejidad angustiosa. Algunas muletillas oficialistas, algunas medidas iniciales, el tono y la calidad de la reflexión de ciertos personeros destacados del nuevo gobierno, le hacían temer que el proceso cubano, apenas con diferencias de matices, se repitiera en forma inevitable en Chile. La confianza de la gran mayoría de los chilenos de izquierda o derecha, convencidos de que el país podría saltarse a pie junto las dificultades o las desviaciones de la revolución cubana, confianza inquebrantable para los que asistían en Chile a los comienzos del proceso, resultaba temeraria si se la miraba desde Cuba. Con la complicidad general, se había elaborado en Chile una imagen de Cuba como país exótico, cuyos problemas no podían repetirse en la «Inglaterra de la América del Sur». Pero los problemas de Cuba eran los de cualquier país subdesarrollado que emprende la intrincada tarea de construir el socialismo. Después de una etapa de euforia, quizás más breve aún que la cubana, Chile tropezaría

también con ese nudo. En medio de la exaltación del triunfo y de los primeros saboreos del poder, el conglomerado socialista y mirista de la Unidad Popular procuraba, según la frase de moda, «radicalizar el proceso», anunciando con una especie de complacencia irresponsable, porque la predicción formaba igualmente parte de los lugares comunes de la izquierda, el advenimiento de tiempos duros, que darían su oportunidad a las vocaciones heroicas.

El encargado de negocios, entretanto, leía en el presente de Cuba la posibilidad de un porvenir sombrío para sus coterráneos. Los errores de observación, la mala lectura de los signos de la realidad, o la deliberada ceguera de algunos «compañeros» de la Unidad Popular, lo sacaban de quicio. Esa actitud revelaba que actuaban en forma peligrosamente espontánea, movidos por el entusiasmo, que no siempre es buen consejero, o por la apatencia desenfrenada del poder, pasión que a lo largo de la historia ha sido causante de las mayores tragedias colectivas. Para colmo, la innecesaria repetición del fenómeno cubano provocaría en Chile, entre aquellos que se encontraban sometidos a la misma pasión de poder, pero situados en el otro extremo del espectro político, una reacción fascista de consecuencias incalculables.

—Ya te tienen catalogado como liberal —me había dicho Padilla una vez—. ¡Estás frito!

Yo sonreía. Sólo más tarde pude sacar las verdaderas conclusiones de aquella observación. Ahora, en su *suite* del Habana Libre, entre canastillas de flores y cajas de bombones, Laura Allende terminó de escucharme. Prometió conversar más largo conmigo otro día. Todo lo que le había dicho le interesaba sobremedida. Sin embargo... Se puso de pie.

—Estos regalos, entonces...

Había que hacer los paquetes; ponerles una tarjeta. Le aseguré que mi secretaria podría encargarse.

—¡No se preocupe, Jorge! Aquí las compañeras son tan amables: ¡me lo arreglan todo!...

Sonó en ese momento el teléfono. El comandante Manuel Piñeiro la llamaba...

En esa ocasión me limité a registrar la coincidencia: terminaba mi delicada conversación con Laura Allende y surgía la presencia de Piñeiro, siempre atento, al acecho... Hoy, con la suspicacia que desarrollé más tarde, pienso que cogió el teléfono una vez que hubo escuchado esa conversación en emisión directa o grabada. En Chile podrán decir que esta suspicacia es enfermiza; argüirán que el subjetivismo me ha trastornado. Es posible; pero sigo sospechando que Piñeiro cogió el fono para invitar a Laura Allende después de haber conocido nuestra conversación. Así como ya conocía mi compromiso con Lezama y sus amigos cuando me invitó a comer ese mismo día y hora, poniéndome en una prueba que para el juicio suyo sobre mí resultó definitiva. Aunque lo más seguro es que su juicio ya estuviera formado antes de mi llegada a Cuba, pues tenía que haberme «estudiado» bien, y contaba para ello con los informes de sus amigos de *Punto Final* y de Prensa Latina en Chile, aparte de los antecedentes de mi visita anterior a la isla como miembro del jurado de la Casa de las Américas, donde los elementos que me acusaban se habían acumulado vertiginosamente, en medio de mi alegre inconsciencia.

Como correspondía en el caso de una diputada del partido en el gobierno y hermana, por añadidura, del jefe del Estado, hice una invitación formal a comer a

Laura Allende. Aproveché para invitar a algunos chilenos de paso: Mónica Echeverría, esposa del rector de la Universidad Católica de Santiago; Manuel Rojas y Francisco Coloane, miembros del jurado de la Casa de las Américas; Cristián Huneeus, escritor y agricultor, que en esos días se encontraba en Cuba en calidad de turista, mirando el socialismo de cerca con su perspectiva de intelectual chileno pasado por las aulas de Cambridge, alojado en casa de Pablo Armando Fernández, amigo suyo desde los años de Inglaterra.

Costó bastante que Laura Allende aceptara una fecha precisa para su compromiso: su programa de visitas, de trabajos voluntarios, de contactos con mujeres y con organizaciones de masas se recargaba cada día más. Piñeiro ya había almorzado con ella, a raíz del compromiso tomado por teléfono durante mi visita a la *suite*, y le había comunicado, sin duda, el desagrado del gobierno por mi frecuentación de personas no incondicionales al régimen. Frente a mi insistencia, la diputada terminó por aceptar una fecha. Invité entonces a Haydée Santamaría, al propio comandante Piñeiro, con quien seguía en deuda después de la invitación que no le pude aceptar, a la presidenta de la Federación de Mujeres, Vilma Espín, esposa de Raúl Castro, a Lisandro Otero, que viajaba en esos días a Chile como consejero cultural, a Meléndez, a Duque Estrada, y no recuerdo si a alguien más.

Pasaron los días y ningún cubano contestaba aceptando mi invitación. Todos mis invitados se habían hecho humo. En cuanto a los imprevisibles chilenos, sus programas exhaustivos podían conducirlos el día de la comida a cualquier lugar de la isla. Corría el serio riesgo de quedar con Laura Allende frente a veinte asientos vacíos, con lo cual la información que transmitiría a su hermano, ya ela-

borada por Piñeiro, tendría un condimento anecdótico bastante sabroso: el encargado de negocios se desplazaba entre la emigración interior y el absoluto vacío.

Haydée Santamaría, entretanto, estaba en la provincia de Oriente. Las posibilidades de que asistiera a la comida parecían remotas. Llamé a su secretaria en la Casa de las Américas y quedé en hablar con ella en Santiago de Cuba y contestarme. En la tarde me llamó la secretaria: Haydée viajaría especialmente desde Santiago para encontrarse con Laura Allende el viernes en la comida.

Esto ocurría el martes o el miércoles por la tarde. A la mañana siguiente, Meléndez, con una gentileza desacostumbrada, me llamó para preguntar si todo estaba bien para mi comida, si podía ayudarme en algo.

—¿Tú vienes?

—Sí, chico. ¡Por supuesto!

Duque Estrada también, por supuesto, venía. Poco rato después comunicó su aceptación Lisandro Otero, que asistiría con el mayor de los agrados. La Federación de Mujeres telefoneaba para decir que enviaría a su vicepresidente, puesto que Vilma Espín se hallaba de viaje. El único que continuaba y que continuó hecho humo hasta la llegada del *Esmeralda* fue Manuel Piñeiro.

Tuve la impresión de que Haydée miraba con cierta sorna a la revolucionaria chilena de modales mundanos, que me previno que no había traído ropa adecuada para una comida diplomática y llegó vestida, sin embargo, con refinada elegancia. Haydée le envió algunas réplicas un poco bruscas por delante de mis narices, ya que Laura Allende estaba sentada a mi derecha y ella a mi izquierda. Quizás veía en la diputada socialista una encarnación de la revolución chilena, con las debilidades que algunos cubanos sentían la continua tentación de

condenar y frente a las cuales, en definitiva, guardaban un discreto silencio o se limitaban a insinuar un escepticismo velado, una ligera crítica entre líneas.⁶

A todo esto, Pancho Coloane tomó la palabra, con su vozarrón de marinero en retiro, adepto del aguardiente, y dominó la sobremesa. En medio de la contenida estupefacción de los funcionarios y de la atención de Haydée, que parecía divertirse con el espectáculo, declaró a viva voz que él, viejo militante comunista, había llegado a la conclusión de que en Cuba una persona se convertía necesariamente en un revolucionario puro o en un completo hipócrita, agregando, desde luego, que había observado en sus diversas visitas un neto predominio de los hipócritas. Enseguida lanzó algunas flores de similar estilo a la fauna burocrática, literaria o no, bien representada en aquella mesa, y después de algunas anécdotas que no eran, en general, del género edificante que habría tranquilizado a Meléndez y a Lisandro Otero, anécdotas que lo situaban, por ejemplo, borracho como saco en un prostíbulo de Valparaíso, perdiendo un diente en una pelea a puños y patadas, la amable sobremesa se dio por concluida.

Haydée y Laura Allende quedaron en volver a reunirse para visitar juntas el *Esmeralda*. La indiscreción

⁶ Lo trágico y triste del asunto es que Haydée Santamaría se suicidaría en La Habana, como Laura Allende, unos diez años después de este encuentro. Haydée se había separado hacía algún tiempo de Armando Hart, uno de los personajes históricos de la Revolución. Ignoro cuál era su relación profesional, en sus últimos años de vida, con la Casa de las Américas. En todo caso, la política cultural que ella había impulsado en la década de los sesenta, con sus invitaciones a un espectro muy amplio de intelectuales, sus publicaciones de escritores formales o experimentales, sus exposiciones de pintura o escultura de vanguardia, pertenecían a un pasado enteramente olvidado y sepultado. Hubo, precisamente, a mediados del año 81, un intento de resucitar ese período, y algunas caras conocidas, y algo envejecidas, se desplazaron a La Habana y al malecón donde se encuentra el edificio de la Casa, pero Haydée, la antigua dueña y directora, ya había desaparecido.

chilena me permitió saber, a la tarde siguiente, que Laura Allende había opinado que la comida había sido demasiado formal, poco adecuada, a su juicio, para el clima que se vivía en la Revolución. Es posible que en su mente las acusaciones de Piñeiro, en alguna medida, hubieran quedado confirmadas, precisamente por el aspecto formal de esa comida, pese a que Piñeiro me acusaba de todo menos de falta de formalismo. La vida diplomática de La Habana era más rigurosa que la de Santiago en los años 69 y 70, donde los cócteles duraban hasta las once y las normas vestimentarias eran contravenidas por una abigarrada fauna de intelectuales y de políticos excéntricos, fauna que en La Habana había desaparecido o, bajo la presión de los imperativos históricos, había ingresado al orden.

S. M., un amigo a quien no frecuentaba mucho, pese a que solía encontrarlo en un sitio u otro, me llamaba en esas semanas por teléfono con cierta insistencia. «Quiero verte, chico», y por último agregó: «Quiero conversar algo contigo».

Lo invité a almorzar al hotel. Primero bebimos un trago en mi habitación, donde creo que había alguien más. S. M. contó anécdotas e hizo algunas bromas, teniendo buen cuidado de tocar los asuntos en forma superficial: todo encerraba implicaciones políticas y toda broma, por lo tanto, podía ser condenada por irreverente.

Creí que durante el almuerzo, cuando quedamos a solas, abordaría su tema, pero el tono de broma y de anecdotario liviano continuó. Es cierto que el jefe de los mozos del comedor, el Capitán, como lo llamábamos en forma amistosa, observaba, y que las cabezas de los micrófonos podían estar orientadas hacia nosotros desde los cortinajes y los candelabros, concebidos como un decorado de Hollywood

y reducidos, al cabo de doce años de Revolución, a una condición anacrónica medio destartada.

Bebimos nuestro café y mi amigo salió a caminar al gran vestíbulo del Habana Riviera, que los cubanos todavía designaban con el horrible nombre de *lobby*, evocador de turistas norteamericanos con cargamentos de chicles y máquinas fotográficas. S. M., que seguía contando historias, guardó de repente silencio. Yo estaba cansado; quería subir a mi habitación a dormir un poco; pero el súbito silencio de S. M. me alertó. La conversación anunciada por el teléfono venía.

—Quiero que sepas —dijo S. M. con solemnidad— que tienes en mí a un amigo, a un verdadero amigo.

—Así lo he entendido siempre —le dije—. Y el sentimiento de amistad es recíproco.

S. M. hizo un gesto de afirmación. Continuó su caminata por el vestíbulo, sin hablar durante más de un minuto.

—Te quiero decir una cosa, entonces.

Siguió caminado, como si necesitara juntar fuerzas para lo que me iba a decir. A esta hora pasaba poca gente por el hotel. El mar, de un intenso color azul, agitado por innumerables crestas de espuma, saltaba en surtidores poderosos sobre el malecón y barría la calle. Yo sentía una inquietud extraña, opresiva, como si mi vida, que había transcurrido siempre, a pesar de los desórdenes, dentro de límites seguros, perdiera de pronto su base sólida.

—Quiero decirte que todo lo que tú haces aquí está vigilado. De manera que cuídate.

De nuevo caminamos en silencio.

—¿Crees tú que mis contactos con Padilla y todo ese grupo son un problema? ¿Las críticas que se hacen en las conversaciones? ¿Todo eso?

—No —dijo mi amigo—. No creo.

—¿Cuál sería el problema, entonces?

—Todo lo que pueda implicar una actividad política. ¿Comprendes? Todo lo que sea política.

Es probable que todavía hubiera tiempo de rehacer el camino, pero la verdad es que sólo comprendí a medias, o que no estaba en condiciones de comprender. Después, atando cabos, operación mental que aprendí a realizar con gran frecuencia y rapidez en aquel destino diplomático, reparé en que S. M. había mencionado dos o tres veces en el almuerzo a uno de los altos jefes del gobierno, amigo personal suyo. Había dicho que esa persona le había hablado de mí en alguna oportunidad.

—Te tiene estima, ¿sabes?

¿Se trataba, entonces, de un mensaje? ¿Se referían ellos, al hablar de actividad política, a mis informes al Ministerio de Relaciones chileno? ¿Querían neutralizar esa fuente de información directa y objetiva al gobierno de Allende en que se había transformado la embajada de Chile? El día de mi llegada, Fidel había anunciado que el mínimo indispensable de la zafra en curso, a fin de poder cumplir con los compromisos financieros más urgentes, era de siete millones de toneladas. Después de recoger antecedentes por todos lados, en especial entre mis colegas diplomáticos, había informado a mi gobierno a comienzos de enero que la zafra, en mi opinión, llegaría muy difícilmente a los seis millones. A mediados de enero Fidel rebajaba la meta anunciada en su discurso del 7 de diciembre a sólo seis millones y medio de toneladas. Pasaban las semanas y la norma diaria no se cumplía. El gobierno fustigaba el ausentismo; discutía la ley de vagos, que significaba en la práctica imponer el trabajo obligatorio en toda la isla. La alternativa habría sido crear

estímulos materiales; forzar a la población a trabajar a través de los mecanismos del mercado; pero en Cuba, según la teoría de Fidel, se avanzaría simultáneamente por la senda del socialismo y del comunismo. Volver a los estímulos materiales era restablecer la enajenación capitalista. En consecuencia, el desarrollo económico llegaba a un callejón sin salida: o se abandonaba el sistema de estímulos morales, que distinguía a la revolución cubana de todas las demás, encarnando el modelo más puro y más avanzado de socialismo, o el trabajo voluntario se convertía, en virtud de la ironía implacable de los hechos, en trabajo forzado.

¿Quería insinuarme el gobierno, a través de S. M., que guardara silencio, en espera de que el joven del MAPU ya designado por Chile, aprobado por el Senado, que no había insistido en su rechazo al primer candidato mapucista, y «estudiado» por los cubanos con resultados tranquilizadores, llegara a reemplazarme?

Pienso que también mi amigo S. M. deseaba evitarme un enredo, cosa que aparentemente le convenía a todo el mundo, pero es muy probable que el alto personaje que me «tenía estima» actuara en forma deliberada: yo cesaba toda acción política; es decir, suspendía mis informes al gobierno chileno sobre la situación política y económica cubana, crudos en exceso para lectores no necesariamente maduros, por bien colocados que estuviesen en las jerarquías de la Unidad Popular; y ellos hacían la vista gorda frente a mis amistades privadas y a mis devaneos.

Si de algo sirviera la experiencia ajena, habría comprendido el mensaje, pero había que vivir en carne propia y hasta sus consecuencias últimas las complejidades de una situación así para adquirir la experiencia. Reflexioné y llegué a la conclusión de que ninguna de

mis actividades podía considerarse política. Mi vida diplomática era puramente formal; las verdaderas relaciones de Cuba en Chile se manejaban por intermedio de la embajada cubana en Santiago. Mi presencia en la isla, además de temporal, tenía un carácter exclusivamente simbólico. Mis conversaciones con los escritores pertenecían a la chismografía privada; carecían de significación. Debí pensar, por el contrario, que todo, cada frase, cada encuentro, cada broma, cada desplazamiento oficial o extraoficial, en el especialísimo caso del encargado de negocios del Chile de la Unidad Popular en la Cuba socialista, era política, pero aún me quedaba en mi aprendizaje mucho camino por recorrer.

Así nos acercábamos alegremente, bebiendo el ron y fumando los habanos del Diplomercado, en medio de las carcajadas teatrales de Heberto, de las exageradas exclamaciones de Pablo Armando, del monólogo monocrorde y brillante, lleno de asociaciones inusitadas, de Lezama Lima, recitando versos y contando anécdotas de los años eufóricos cuando los círculos pseudo surrealistas de París y de toda Europa se instalaban en masa en el hotel Habana Libre, a la inevitable crisis. El viento silbaba afuera, envolviendo los frecuentes apagones de la luz eléctrica en cierto clima dramático, y las olas invernales arrasaban el malecón. En la oscuridad del Caribe avanzaba con velas desplegadas, rumbo al puerto de La Habana, el *Esmeralda*. Todo estaba listo para recibirlo. La entrada a puerto tendría lugar el lunes 22 de febrero, a las ocho de la mañana en punto. Mi esposa viajaría ese mismo día y hora a Chile, a fin de ocuparse de los niños y de preparar el viaje a París, a cuya embajada ya se me había destinado para que acompañara y colaborara con el embajador poeta Pablo Neruda.

[La Habana, 21 de febrero de 1971]

El encargado de negocios de Albania, que habla bastante buen español, me dice, impasible, cuando le pregunto por su esposa, que ella está «regular». «¿Regular?». «Sí. Regular». La escasez de frutas y legumbres la tiene enferma del hígado. Ya llevan cuatro años en Cuba. «Es demasiado», dice el albanés, con reprimida emoción. Me cuenta que su casa tenía el techo deteriorado y le llovió. Llamó varias veces a la empresa de servicios al Cuerpo Diplomático. En vista de la falta de reacción, les dirigió numerosas notas. Pasaron semanas sin que hicieran nada. En eso el techo de la casa se derrumbó. «¿Cómo?». Me parece haber oído mal. «Se derrumbó», repite, sin mover un músculo, el encargado de negocios, pequeño, rígido, instalado en la punta de su asiento. Después me habla del internacionalismo. Según él, cuando los chinos se interesan por ayudar a un país, lo hacen con sentido internacional. Son los únicos que practican de verdad el internacionalismo socialista.

De pronto, como si se arrepintiera de haber hablado en exceso, el diplomático se pone de pie, se despide y parte deprisa, intentando, cada cierto trecho, detenerme para que no lo acompañe hasta la salida del hotel. Mi insistencia, derivada de los rituales del protocolo, y los gestos bruscos, sincopados, con que mi menudo colega trata de atajarme a lo largo del corredor, a la salida del ascensor, en el vestíbulo, crean una situación digna de Chaplin. Los ociosos que ocupan los asientos del vestíbulo como quien descansa en los bancos de una plaza pública, sin otra finalidad que la de matar el tiempo, deben de observar con gran sorpresa nuestras gesticulaciones,

cuyo total absurdo les saltará a la vista mucho mejor que a cualquier otro espectador, puesto que el ocio y la reflexión crítica suelen ir de la mano.

La televisión muestra una versión teatralizada del caso Olive. Según el relato de los periódicos y el film de la televisión, Olive fue un agente de la CIA infiltrado hasta 1969 en un cargo directivo de la agricultura cubana. El film escenifica los momentos en que Olive, en Río de Janeiro y después en Madrid, toma contacto y recibe dinero e instrucciones de la agencia internacional. Muestra también a los servicios del contraespionaje cubano en acción: los hombres de la Seguridad entran a las oficinas y al domicilio de Olive y toman, con máquinas diminutas, fotografías de todos sus papeles. En este aspecto, el film cumple una función didáctica: señala al pueblo en forma concreta el papel indispensable que desempeñan los Servicios de Seguridad del Estado.

En la parte central del film, el actor que representa a Olive informa sobre la situación de la agricultura cubana a su colega francés, el profesor René Dumont, que a cada rato mira hacia atrás por encima del hombro, agobiado por el peso de su mala conciencia. Se sabe entonces que los datos recogidos por Dumont en su libro reciente sobre la economía cubana venían directamente, a través del infiltrado Olive, de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.

El director del film, o sus inspiradores, colocan en las secuencias finales un elemento dramático y siniestro. En lugar del actor que ha interpretado hasta ese momento a Olive, aparece frente a las cámaras, en plena confesión, sentado ante una mesa vacía y contra un fondo neutro, el personaje real. Es más viejo que el actor que lo representaba, de rostro más grueso, incoloro, y habla con voz lenta, como si

tuviera la boca seca y cada palabra le costara un esfuerzo. Dice que Dumont siempre le pedía más datos que le permitieran desprestigiar la revolución cubana en el extranjero; él atendía estas peticiones con el mayor descaro, cumpliendo con las instrucciones de sus jefes de la CIA.

Se rumorea que han apresado antes de ayer a Gollendorf, el fotógrafo francés que vivía aquí desde el Congreso Cultural de enero del 68. Sólo le faltaban dos días para tomar el avión de regreso a Francia. Es amigo de Padilla. Dos alemanes, igualmente amigos suyos, fueron apresados también poco antes de abandonar el país. Uno de ellos, para que lo dejaran irse, confesó ser agente de la CIA. Salvo que me equivoque mucho, creo que la situación de Padilla se ha vuelto realmente peligrosa. Él, entretanto, en medio de alarmas que luego se convierten en tema de conversación y de especulaciones intelectuales, sigue en el mejor de los mundos.

En la recepción en que la Casa de las Américas distribuyó sus premios, Haydée nos contó, a monseñor Zacchi, a Coloane y a mí, la historia de un esbirro de Batista que tenía la soga al cuello de su hermano Aldo, listo para mandarlo al otro mundo. Cuando Aldo, ante una pregunta, da su nombre completo, el esbirro lo mira con gran asombro. «¿Eres hermano de Abelito?». «Sí», dice Aldo. «Yo conocí a Abelito de niño, en la tierra de tus padres. ¿Y cómo, siendo hermano de Abelito, pudiste hacer te revolucionario?». «Porque ustedes, los hombres de Batista, torturaron y mataron a mi hermano Abel, después de su participación en el asalto al Moncada». El esbirro, boquiabierto, soltó el nudo y dejó escapar a Aldo Santamaría, que ahora es comandante en jefe de la Marina de Guerra Revolucionaria.

—¡Qué va a ser agente de la CIA! —me dijo Z.,⁷ mientras comentábamos el programa de televisión—. Olive era uno de los pocos que sabía de agricultura en Cuba.

—¿Y por qué, entonces?

—¡Ah! —Z., excitado por el tema, se encogió de hombros con un gesto cargado de significación.

Después comprendí que esos gestos, a la vez explosivos y reprimidos, puesto que marcaban el límite de la posibilidad de expresión, sobrevenían en cada oportunidad en que se bordeaba el tema de la responsabilidad de la directiva política, de Fidel mismo. El gesto revelaba, en este caso, que el delito de Olive consistía en no haber estado de acuerdo con los planes agrícolas del Comandante en Jefe. Había comunicado sus reparos a su colega francés Dumont, y éste, para colmo, los había utilizado en un libro: un libro que ensalzaba la figura del Che por su apertura ante la crítica y su esfuerzo permanente por no perder contacto con las bases, actitud en la que Dumont insinuaba un contraste con el primer ministro. Más tarde, en su carta y en su autocrítica verbal, Padilla sindicaría a Dumont, junto al periodista y ensayista K. S. Karol, como agentes destacados de la CIA. La evidencia sería tan flagrante, según Padilla, que la acusación no necesitaría de mayores pruebas. Los universitarios franceses con que conversé en París, algún tiempo más tarde, se reían de estas acusaciones. Ellas desprestigiaban más al acusador y a los que movían los hilos detrás de él que a los acusados.

⁷ En el primer borrador escribí, también, esta «Z», pero una nota al margen, puesta para facilitar la continuación de la escritura, indica que el personaje era Padilla. Padilla, por su experiencia anterior en el Ministerio de Comercio Exterior, junto a Alberto Mora, conocía mejor el gobierno cubano que la mayoría de sus colegas literarios. Comentarios como éste, a propósito del «caso Olive», fueron los que determinaron su encarcelamiento, algunas semanas más tarde.

Traían, además, el mal recuerdo de otras autocríticas y otras acusaciones, conocidas entre nosotros los chilenos sólo por algunos especialistas, pero cuyos textos e imágenes habían hecho un impacto doloroso, en su época, en la izquierda europea: un impacto que adquirió retrospectivamente todo su dramatismo cuando se filtró el discurso secreto de Kruschév en el XX Congreso. Cuba repetía los mismos errores con cierta ingenuidad rudimentaria, benigna dentro de todo, demostrativa no sólo de que la experiencia ajena no sirve, sino también de que no se habían detenido para conocerla y reflexionar sobre ella. Del anti-sovietismo primario y esquemático, aunque velado por razones obvias, de hacía dos o tres años, habían pasado sin mayor examen, por motivos puramente pragmáticos, al prosovietismo de ahora. En cuanto a las lecciones de la historia, las habían dejado tranquilamente en el tintero, circunstancia que no les permitiría ahorrarse ninguna etapa del duro camino.

Entretanto, Laurita Allende y su grupo, en medio del entusiasmo más incondicional, recorrían las realizaciones de la Revolución. Una noche asistieron a una sesión de los tribunales populares y regresaron encantadas. Esa era la auténtica justicia del pueblo, que debía reemplazar a la justicia de clase que existía en Chile. Y la verdad es que atacar al Poder Judicial chileno, con sus taras, su lentitud, sus expedientes apolillados, sus guaridas infectas, su mano dura con los ladrones de gallinas o los jóvenes rebeldes y su condescendencia para con los delitos económicos de la gran burguesía, no era tarea demasiado difícil.

Encontré en una recepción de la embajada china a Perdomo, el joven subdirector de *Granma* que había estado presente en mi primera conversación con Fidel. Perdomo me había hecho la entrevista en que había con-

fesado, con flagrante impudicia, mi abierta preferencia por el trabajo literario sobre el diplomático.

—¡Todavía no tiene casa! —exclamó Perdomo, con asombro—. Si yo mismo escuché a Fidel cuando dio órdenes, delante de usted, de que le pusieran la mejor casa.

Perdomo me aseguró que Fidel no tenía la menor idea de que aún no me habían entregado una casa. Él se encargaría de decírselo y me garantizaba que, cuando lo supiera, impartiría órdenes terminantes. Quedamos en que llamaría a Perdomo el lunes o martes siguientes. Así aprovecharíamos, también, para conversar sobre la cobertura periodística de la visita del *Esmeralda*.

Mi secretaria llamó a Perdomo y concertó una reunión en las oficinas de *Granma*. Nos sentamos, el secretario cónsul y yo, en una mesa redonda, alrededor de un grupo sonriente e impasible. Perdomo sólo se interesaba por la visita del buque escuela chileno. Su entusiasmo por encontrarme casa había desaparecido como por arte de magia. En la mesa también se hallaba, con la misma sonrisa neutra, la mujer periodista que había asistido, junto a Perdomo y a otros, a esa conversación inicial con el primer ministro. El secretario cónsul, especialista, según descubrimos todos, en temas navales, dio detalles sobre el *Esmeralda* que fueron escrupulosamente anotados por mis interlocutores. De casa ni una palabra, y sospeché que no habría sido oportuno mencionarle el asunto al joven Perdomo, a quien el detalle de la casa debió permitirle realizar un pequeño avance, útil y hasta indispensable en su profesión de periodista, en el aprendizaje de la realidad, siempre que perteneciera a la especie de los seres humanos que son capaces de asimilar enseñanzas.

Después de tantos preparativos y de tantos anuncios, llegó por fin el día en que el *Esmeralda* debía entrar a puerto. Pilar tomaba esa misma mañana el avión a México para seguir viaje a Chile, de modo que nos despedimos en el hotel, sin que yo pudiera acompañarla hasta el aeropuerto. Habíamos acordado que no haría comentarios en Chile sobre las dificultades internas de Cuba. Todo lo que dijera sería inevitablemente ampliado, tergiversado y difundido a los cuatro vientos.

Partí con el fiel Tomás, el segundo de los choferes que tuve en La Habana, a toda velocidad, en una mañana fresca, llena de brisa, con el cielo claro y el mar de un intenso azul, hacia el puerto. Alguien nos dijo en el hotel, con entusiasmo, que ya había visto el perfil del *Esmeralda* en el horizonte. Más que mi llegada, silenciada por un supuesto error de Protocolo, la llegada del buque escuela de la Escuadra de Chile al primer puerto cubano, con la bandera al tope y la tripulación formada en la cubierta, era el signo más visible y espectacular de la ruptura del bloqueo. A medida que el Alfa conducido por Tomás se acercaba por el malecón a la fortaleza de La Cabaña, divisábamos a más gente que corría a situarse en el parapeto o que se instalaba en sus balcones a contemplar el espectáculo. Con las velas arriadas, el barco ponía la proa en dirección a la estrecha boca del puerto. Tenía que cruzar un canal bastante angosto y largo, enmarcado entre el peñón con la fortaleza

za de La Cabaña por el lado exterior, y la ciudad antigua por el interior, antes de llegar y atracar en el muelle número uno, frente al corazón de la ciudad vieja y al edificio de la Comandancia en Jefe de la Marina de Guerra.

Cuando llegamos a la curva del malecón donde comienza el puerto, señalado por un torreón de piedra colonial y por los leones y los faroles barrocos del Paseo del Prado, cuyas armazones de hierro resistían a la corrosión, el barco penetraba lentamente por el canal. La arboladura espigada y desnuda se destacaba, nítida, contra los paredones grises de La Cabaña. El público se había reunido en la orilla, aunque en menor cantidad de lo que me había imaginado y de lo que merecía el espectáculo, y saludaba con excitación, haciendo señas con las manos y dando gritos. No se podía pedir más, por otra parte: eran las ocho de la mañana de un día lunes, en pleno período de zafra. Predominaban entre los mirones los niños, las mujeres y los ancianos. Con Tomás seguimos nuestro camino, rompiendo filas, hasta el interior del muelle. Estaban todas las cámaras de la televisión en sitio preferente. El locutor más conocido de Cuba, a quien solía ver pasar por El Vedado o por Miramar, a ciento veinte por hora, en un Alfa Romeo deportivo, obtenido gracias a la mediación, según mis choferes, que en materia de automóviles no ignoraban detalle, del primer ministro, relataba la escena micrófono en mano a la vez que me saludaba con un gesto y relataba a sus auditores la llegada, en esos precisos momentos, del encargado de negocios de Chile. Un locutor occidental podía haber agregado que el encargado de negocios vestía traje delgado azul marino, como correspondía a la solemnidad de la ocasión, y corbata azul oscura, añadiendo que se le veía serio, algo pálido, cosa que podía atribuirse a la falta de

sueño y a las tensiones de las últimas semanas, ligeramente nervioso y hasta emocionado, después de haberse visto sometido a presiones y provocaciones en una tierra extraña, como representante de un país en plena conmoción revolucionaria, por ese encuentro con una de las instituciones más sólidas de su patria, institución arraigada en lo más profundo de sus recuerdos y de la experiencia de sus años de formación, transcurridos entre la falda del cerro Santa Lucía, el Parque Forestal de Santiago, el río Mapocho, y los bordes polvorientos, azotados por el sol del verano, que arrancaba destellos intensos al mar, de la bahía de Valparaíso, ocupada por la mole de acero viejo del *Almirante Latorre* o por el vientre blanco y legendario del *Bremen* o del *Queen Mary*, y aligerada años más tarde por el perfil alado de este mismo *Esmeralda*. Pero lo más probable era que el locutor favorito del primer ministro, pese a no carecer de la intuición y de la imaginación necesarias, omitiera estas inútiles pinceladas y procurara captar a los radioescuchas con la descripción de hechos más neutros, más ajenos al terreno escabroso de la historia reciente y de la vida en sociedad, asunto del cual sus colegas occidentales, para convertir la materia en tema periodístico, habrían hecho sin duda uso y abuso.

Me parecía extraño ver esas caras familiares, confiadas, amistosas, alineadas en el barco que había visto tantas veces atracado a un muelle de Valparaíso. La presión psicológica de los últimos tres meses, que se había convertido insensiblemente en una segunda naturaleza, se relajaba; descubría de pronto que era posible una relación humana más plácida, que no se basara en la sospecha todopoderosa y absorbente. El sentido jerárquico y clasista, que se advertía, antes de que el barco atracara, en

la diferencia de uniformes y de actitudes de oficiales y marinos, era de un anacronismo evidente. Ese anacronismo, sin embargo, me producía una desconcertante sensación de alivio, un sentimiento de vuelta a lo conocido que los comisarios políticos no habrían vacilado un segundo en calificar y condenar.

El comandante mi hizo un saludo militar, acompañado de una ligera sonrisa de reconocimiento al compatriota, desde el puente de mando. Bajaron la pasarela blanca, que terminaba en dos ruedecillas que se apoyaron en el muelle, avanzando o retrocediendo según los vaivenes del buque, y subimos en compañía del jefe naval del puerto y del edecán designado por la Marina cubana. Escuché la orden: «¡Honores al señor encargado de negocios de Chile!», y me detuve, mirando la bandera, los oficiales con la espada desenvainada y la banda que ejecutó un fragmento del himno de Yungay. Mi generación, marcada por resabios de surrealismo y de anarquismo, se había burlado siempre de las manifestaciones patrióticas, impregnadas en mi época del nacionalismo del siglo XIX, que ya se había apolillado por completo. En mi juventud me gustaba citar los versos de la adolescencia de Neruda:

Patria, palabra triste
como termómetro o ascensor...

A la vez, desconfiaba de algunas estrofas demasiado solemnes del *Canto General de Chile*, pero el impacto, en esa circunstancia, de los honores que me rindió la tripulación del *Esmeralda*, me dio la medida de las presiones psicológicas a las que me hallaba sometido.

Al cesar la música saludé al comandante y a tres o cuatro de los oficiales que lo rodeaban y entramos, acom-

pañados por los dos oficiales cubanos, a la sala del capitán. En la pared central había un retrato al óleo de Arturo Prat y a ambos lados un par de mapas antiguos de Chile. El comandante contó que hasta hacía poco tiempo los mapas de la sala eran sólo reproducciones; Pablo Neruda, al reparar en ese detalle, había regalado al *Esmeralda* los originales. La anécdota me hizo percibir la diferencia de los hábitos políticos de Cuba y los de mi país, donde un poeta comunista podía darse el lujo de hacer una donación a la rama más conservadora o, por lo menos, más tradicionalista, de las Fuerzas Armadas, y el bienestar, el sentimiento de alivio que me embargaban —reveladores de mis recalcitrantes orígenes burgueses, que me hacían merecedor de ser arrojado a las tinieblas exteriores—, fueron aún más profundos.

El capitán de navío Ernesto Jobet Ojeda, comandante del buque escuela *Esmeralda*, era un hombre de unos cincuenta años de edad, alto, atlético, enérgico y siempre de buen humor, aficionado a las bromas y a los chistes, con cierta ingenuidad juvenil que no excluía de ningún modo la inteligencia. Cuando los oficiales cubanos partieron, tuvimos un cuarto de hora de conversación. Le informé sobre el programa. El comandante atribuía importancia al hecho de que la tripulación tuviera una tarde libre y de que los marinos y oficiales, si querían, pudieran pasar una noche en tierra. Al fin y al cabo, venían a costas con más de treinta días de navegación. Le expliqué al comandante que las posibilidades de diversión fuera del programa eran casi nulas. Podría arreglarse para que algunos se alojaran en hoteles, pero no era cosa de llegar y pedir una pizza a medianoche. En cuanto a bares, restaurantes, cabarets y otros sitios de esparcimiento, aquí las cosas no se estilaban como en los demás

puertos que visitarían. La Revolución se encontraba en la etapa de escasez de artículos de consumo y de racionamiento más estricto. En fin, ellos se darían cuenta por sus propios ojos.

El comandante Jobet no era persona para darle demasiadas vueltas a un asunto. Tomó nota, sin mayores comentarios, de que todo lo que hicieran y dijeran sería rigurosamente vigilado y registrado. Miró su reloj, se colocó su espada y sus arreos de gala y salimos. El jefe del puerto y el edecán ya nos aguardaban en la cubierta.

Una multitud que gritaba ¡Viva Chile! y ¡Viva Allende! nos aplaudió mientras caminábamos, al paso largo y rápido impuesto por el comandante Jobet, en dirección al edificio de la Marina de Guerra Revolucionaria. El comandante en jefe cubano, Aldo Santamaría, nos recibió en una sala contigua a su despacho, en medio de los fogonazos de los fotógrafos y del rodar de las cámaras de cine y de televisión. Entre sus acompañantes había un oficial de nombre y aspecto danés, que había vivido en Chile y navegado por los canales del sur.

Después de los infaltables daiquiris nos mostraron las salas de radar y de telecomunicaciones, seguramente mucho mejor instaladas y más modernas que las de la Marina chilena. En un mapa mural estaba marcado el sitio donde el *Esmeralda* había pasado la noche, haciendo tiempo para entrar al puerto de La Habana a la hora prevista.

—Así que ya nos tenían ubicados —dijo Jobet, sonriente.

Santamaría contestó con un monosílabo. Era un tipo corpulento, de aspecto huraño, de muy pocas palabras. A los marinos chilenos les pareció ostensiblemente antipático; a mí, en cambio, me inspiraba simpatía y

confianza; adivinaba en él a un ser aplastado, que había sufrido decepciones muy fuertes y que carecía, a pesar de su cargo, de todo poder real. En su actitud frente a Aldo Santamaría, que me hacía pensar en un oso inocente y bonachón, devorado por la marea histórica, muchos de los oficiales chilenos revelaron para mí sus prejuicios políticos. Yo consideraba hasta cierto punto natural, en cambio, que el deterioro de la ciudad, que la escasez dramática de artículos de consumo y que el ambiente de suspicacia y control policiales, esto último sobre todo, les causarían disgusto un poco más tarde. Los hombres del poder dirían que carecíamos, los oficiales chilenos y yo, de conciencia revolucionaria, pero los hombres del poder, en Cuba como en otras partes, suponen que lo arreglan todo con una frase ritual establecida de antemano.

El programa de aquella mañana continuaba con un saludo al viceprimer ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el comandante Raúl Castro. Recuerdo un pequeño percance. Entramos en el ascensor espacioso, *made in USA* en los cincuenta, con nuestros acompañantes; se cerraron las puertas y al cabo de unos segundos comprobamos que el ascensor permanecía inmóvil. El oficial cubano, desolado, se resignó por fin, después de muchos esfuerzos, a tocar el botón para abrir: las puertas tampoco obedecieron. El comandante Jobet, a todo esto, mantenía su calma chicha y su buen humor. Cuando las puertas cedieron, nos llevaron a un ascensor situado en un corredor de atrás, no utilizado por los visitantes. El imponente edificio de las FAR mostraba por ahí la hilacha: uno de los grandes ventanales estaba roto y parchado con papel engomado, como en los edificios de las zonas residenciales.

Raúl Castro contó el viaje del *Granma*.¹ Les había tocado un mar tempestuoso y todo el mundo, sin experiencia marinera, se había mareado y descompuesto. De todos modos, el *Granma* había sido el origen de la Marina de Guerra Revolucionaria; la revolución cubana se había iniciado con una expedición marítima.

El secretario cónsul salió entusiasmado con la personalidad de Raúl Castro. Sentenció que «se la podía», aludiendo a los rumores que señalaban que el poder real se encontraba ahora en sus manos. Pero Raúl, deliberadamente, había omitido tocar cualquier tema de fondo, mostrando su carácter conciso, frío, exactamente opuesto al de su hermano Fidel, además de cierto talento, que no dejó de sorprenderme, para sostener una conversación liviana.

En el despacho del alcalde también nos hablaron de historia, aunque de una etapa menos reciente que la expedición del *Granma*. Junto al alcalde se hallaba el joven historiador de la ciudad, que lo sabía todo y que despertó gran simpatía en Jobet, en quien apareció la manía histórica común a gran parte de la burguesía y de la pequeña burguesía chilenas. La mañana, cargada de actividades protocolares, culminó con un almuerzo en el barco, en el que volví a probar, después de largos meses, un chupe de locos bien picante.

Al finalizar el almuerzo el comandante Jobet me anunció que había decidido organizar la recepción que ofrecía él a las autoridades en el barco mismo y amenizada por una orquesta formada por la tripulación, al día

¹ El viaje entre México y la costa de Cuba que dio origen a la guerra de guerrillas, en la Sierra Maestra, y que cambió literalmente la historia de América Latina.

siguiente, un martes a las ocho de la noche. El lunes, después del almuerzo, la pequeña oficina y el Alfa Romeo de la embajada de Chile estuvieron dedicados febrilmente a llamar por teléfono y a repartir tarjetas de invitación al Cuerpo Diplomático. Por mediación del servicio de Protocolo se invitó a Fidel y a todo el gobierno. ¿Asistiría Fidel? ¿Asistiría por lo menos algún ministro? ¿Y los jefes de misiones? El plazo para invitar era mínimo. Algunas de las tarjetas al Cuerpo Diplomático sólo pudieron entregarse en la mañana del martes. El comandante Jobet me había enviado su programa, con explicaciones más o menos detalladas, por correo aéreo, sin pensar en el bloqueo. La carta, puesta en Valparaíso, había llegado junto con el barco. En todo caso, Hellmuth, un ciudadano chileno alemán que se ocupaba del aprovisionamiento del buque, instalado cuarenta y ocho horas antes de su llegada a puerto en el Habana Riviera, ya que seguía por avión las diferentes escalas del buque, nos había ayudado.

Además de ocuparme de las invitaciones de Jobet, tenía que terminar la organización de la recepción mía, que se realizaría el miércoles en los salones del último piso del Habana Libre. El jefe de camareros del Habana Libre me daba confianza: pertenecía a los tiempos de don Emilio, a quien había servido, según me dijo con gran orgullo, en numerosas oportunidades, y me aseguraba que mi recepción sería un éxito absoluto. Era un gusto trabajar ahora para un pariente, un auténtico sobrino, del «camballerazo» que había sido don Emilio Edwards. Yo podía descansar tranquilo.

Todo esto me lo decía el jefe de camareros, con una sonrisa y un acento ligeramente español, en su pequeña oficina del Habana Libre, debajo de retratos del

Che y de Fidel recortados de un periódico. Tenía encima de un estante cinco o seis libros gastronómicos en español, inglés y francés y algunas ediciones revolucionarias. Me aseguró que el vino chileno, que él conocía muy bien, servido en el momento oportuno, señalaría el punto álgido de la reunión. ¡Que lo dejara trabajar, no más! ¡Sin aprensiones!

Como a las tres de la tarde de ese día martes me llamó Meléndez, apurado, para decirme que ellos necesitaban revisar el barco por razones de seguridad.

—La seguridad en el interior del barco la garantizo yo —me contestó Jobet, una vez que conseguí conectar con él por teléfono.

—La llamada de Protocolo —le dije a Jobet— me hace pensar que asistirá Fidel a la recepción.

Estaba muy bien. El primer ministro, como invitado de honor del comandante del *Esmeralda*, gozaría de la más absoluta seguridad dentro del barco. Jobet me insistió en algo que ya me había dicho el día anterior: las normas de la Marina no admitían que subiera al barco gente armada. En este punto Jobet se mantenía inflexible. La norma derivaba seguramente de alguna vieja costumbre naval, destinada a impedir los asaltos por sorpresa, y Jobet no era persona que cediera en el respeto estricto a las tradiciones marítimas.

—Sí, chico —me dijo Meléndez—, pero los muelles pueden prestarse para un atentado. ¡Tú comprendes, chico!

Por encima de los ruidos del teléfono instalado en la cubierta del barco, la voz del capitán me respondió:

—Los muelles son de ellos: que revisen todo lo que quieran.

Volví a llamar a Meléndez.

—Bien —dijo, malhumorado—, pero tú comprendes, Edwards, que si el primer ministro asiste a la recepción...

—Yo trato de buscar una fórmula que arregle las cosas —le dije—. Revisen ustedes los accesos al barco. Pueden estar completamente seguros de que en el interior no encontrarán el menor problema. ¡Muy por el contrario! Pero te insisto, también, en que las normas de nuestra Marina no permiten que suba una escolta armada a un buque de guerra.

Adiviné que Meléndez, al otro lado del teléfono, se sentía desconcertado, sin saber qué rumbo seguir. Por nuestra parte, ya sabíamos que Fidel, y en consecuencia el grueso del gobierno y de los jefes de misiones diplomáticas, asistirían a la recepción.

La fiesta del comandante Jobet coincidía con un evento diplomático importante. La embajada soviética había invitado, con dos semanas de anticipación, a una recepción esa misma tarde para celebrar el aniversario del Ejército Rojo. En La Habana, la competencia de la recepción soviética era seria. Pero las llamadas de Meléndez me habían puesto optimista con respecto al éxito de la recepción nuestra.

Llegué al barco alrededor de las siete, con una hora de anticipación. La cubierta estaba entoldada. En los costados habían puesto banderolas que formaban un muro de colores vivos. Los oficiales lucían sus uniformes blancos, impecables. El comandante Jobet, con su calma sorprendente y su humor deportivo, caminaba a grandes zancadas, examinando los últimos detalles, y se sobaba las manos. El primer día, al ver su aparente ingenuidad, había pensado que había sido mal escogido para su misión en La Habana. Ahora empezaba a sospechar exactamente

lo contrario, y mi sospecha se confirmaría en forma rotunda a lo largo de aquella noche.²

La secretaria cubana de la embajada, en traje largo floreado, apareció en el muelle, frente a la pasarela, cerca de las siete y media. Subió y la presenté al comandante y a dos o tres oficiales. Se mostró encantada de estar en el barco: lo miraba todo con grandes ojos redondos, llenos de aparente inocencia, muy abiertos. Faltando diez minutos para las ocho llegó el secretario cónsul Saavedra echando chispas de indignación. Las autoridades lo habían atajado en la puerta porque no llevaba tarjeta de invitación; su carnet diplomático, que acreditaba que era miembro de la embajada chilena, no había sido suficiente. Después de media hora de discusión le habían permitido entrar en busca de la invitación, quedando su esposa afuera en calidad de rehén o algo semejante. La indignación del cónsul, que se consideraba vejado en su honor de representante de la patria y que se descargó en presencia del edecán cubano, que ponía cara de quien escucha llover, me dio un poco de risa. Después supe de otros invitados retenidos en la entrada del muelle y les hice llegar tarjetas de invitación. Debido

2 Al releer el manuscrito observo que la calma chicha del comandante Jobet, su indiferencia o su desconocimiento de las tensiones del ambiente, eran una de las formas posibles del encuentro de la situación chilena con la situación cubana. Mi experiencia personal había representado ese mismo encuentro en otra forma, en definitiva no tan diferente. El encuentro de Chile con Cuba era el encuentro del Sur con el Caribe, el encuentro, en alguna medida, de la tradición con la Revolución. Chile, democracia defectuosa pero estable, conservadora o reformista, según la perspectiva del observador, frente a Cuba, la isla deslumbrante y trágica, que había pasado de una dictadura de derecha a una dictadura de extrema izquierda. Este libro, más que un testimonio sobre la revolución cubana, es un relato sobre el encuentro, a diversos niveles, en un momento crítico para ambos países, de Chile con Cuba. Antes habían viajado los especialistas, los iluminados, los militantes de la izquierda, los intelectuales, los políticos de profesión. Ahora se producía un encuentro a todos los niveles, y el choque tenía aspectos dramáticos y tenía, también, facetas conmovedoras o burlescas. Era el encuentro de dos mundos, de dos versiones diferentes de la historia latinoamericana.

a la falta de tiempo, muchas invitaciones sólo habían sido cursadas por teléfono por mi secretaria. Algunos, entre ellos la secretaria de la embajada de Suecia, no pudieron avisarme y no les quedó más remedio, frente a la obstinación de los guardias, que regresar a sus casas.

A las ocho en punto vimos a la avalancha de los invitados que avanzaba por el muelle en formación cerrada. A la cabeza del pelotón venían Dorticós y Roa.³ Alcancé a advertírsele a Jobet, que impartió de inmediato algunas consignas de protocolo naval que para mí resultaron misteriosas. Subieron seguidos de otros ministros, de autoridades militares y del Cuerpo Diplomático, mientras para Jobet y para mí comenzaba la repartición de saludos y apretones de manos. Primero le presentaba a la gente en voz alta a Jobet y enseguida me tocaba el turno de dar el apretón de manos. Incluso vino el embajador soviético, que explicó que regresaría dentro de cinco minutos a su embajada, por tener la recepción del Ejército Rojo; pero no había querido estar ausente de la fiesta de los marinos chilenos. El que no llegó, en cambio, ni en ese momento ni más tarde, fue el anfitrión de Jobet, Raúl Castro, que asistió a la recepción de la URSS.

Los saludos junto a la pasarela duraron alrededor de veinte interminables minutos, que me dejaron la mano derecha tumefacta. Por fin quedó el muelle desierto. Ya se escuchaban en la cubierta los acordes de la música.

—¡Bien! —exclamó el capitán Jobet—, subamos a atender a nuestros invitados.

—¡Un momento! —alcancé a decirle.

Por el muelle vacío avanzaban tres o cuatro Alfa Romeo a toda velocidad.

Los Alfa Romeo frenaron bruscamente frente a la pasarela del barco. Sus puertas se abrieron de inmediato y empezaron a salir milicianos con grandes pistolones amarrados al cinto. Reconocí la barba colorina de Manuel Piñeiro Losada, viceprimer ministro del Interior y jefe de Seguridad. De otro auto había salido, a todo esto, Fidel Castro, que caminaba y subía la pasarela seguido de seis o siete hombres. Saludó a Jobet con atención y cortesía. Después me estrechó la mano con extremada frialdad. Detrás de él, a pesar de las advertencias de Jobet transmitidas por mí con absoluta claridad a Protocolo, entraron ocho o diez hombres armados, sin que en esa circunstancia, en la confusión del momento, tuviera el comandante del *Esmeralda* posibilidad alguna de atajarlos.

El joven oficial que estaba a cargo de la guardarrópía captó la escena y realizó un pequeño gesto de desafío al primer ministro:

—¡Su gorra! —pidió.

Algo desconcertado, Fidel, que llevaba la gorra en la mano, se la entregó. El muchacho le pasó, entonces, un talón con un número, como si se tratara de una visita cualquiera.

Fidel miró su talón y dijo, con una pizca de humor:

—Me tocó el ochenta y tres.

Enseguida subió, seguido de su guardia pretoriana, a la cubierta principal, donde ya resonaban los acordes de la orquesta. Los oficiales del *Esmeralda*, en sus uniformes albos, formaron una doble fila hostil, que miraba con ostensible desagrado a la guardia personal del Comandante en Jefe con sus grandes pistolas al cinto. Fidel se dirigió derecho a saludar a uno de los oficiales, siguió con otro, y pronto empezó a romperse el hielo. Tuve que acercarme a Dorticós y a Roa: mientras se llevaban a ca-

³ El presidente de la República y el ministro de Relaciones Exteriores.

bo los saludos de Fidel a la oficialidad y al Cuerpo Diplomático, los habían dejado completamente solos, perdidos en un costado de la cubierta.

Los diplomáticos extranjeros estaban encantados de haber visto a Fidel; algunos, al cabo de meses o años de permanencia en la isla, le daban la mano por primera vez. Muchos se acercaron a agradecerme la oportunidad, como si poseyera las llaves que abrían todas las puertas. El capitán Jobet, entretanto, rodeado por Fidel y por Laura Allende, desempeñaba su papel de anfitrión con perfecta naturalidad. El incidente de la guardia pretoriana, que no había tenido, salvo el detalle de la gorra y la terquedad inicial de los oficiales, ninguna otra manifestación externa, parecía superado por completo.

Fidel conversó con los miembros de la orquesta, celebró el pisco sauer y las empanadas fritas, e hizo, según su costumbre, algunos chistes que fueron celebrados ruidosamente. Cuando hubo transcurrido alrededor de una hora, el capitán Jobet me dijo que invitaría al primer ministro a su sala privada. Por mi parte debía encargarme de Dorticós y de Roa.

Bajaron el primer ministro Fidel Castro y el comandante Ernesto Jobet, y en segunda línea el presidente de la República, Osvaldo Dorticós, el canciller Raúl Roa y el encargado de negocios de Chile, a quien la frialdad del apretón de manos del primer ministro había servido de advertencia de que sus devaneos con los escritores disidentes no serían pasados por alto. El pequeño grupo entró en la sala privada y detrás de él irrumpieron, sin anuncio previo de ninguna clase, los fornidos miembros de la guardia personal del Comandante en Jefe.

El comandante Jobet abrió los brazos en actitud de contener a la escolta.

—¡Señores! —dijo—, les ruego que permanezcan fuera de esta sala.

En su voz se percibía una ligera vibración de furia. Los milicianos, encabezados por Manuel Piñeiro, no se movieron un solo milímetro, mientras miraban al frente con caras estólicas. Observé que Fidel, extremadamente incómodo, fingía poner toda su atención en los objetos que adornaban los costados de la sala. Raúl Roa y Dorticós permanecían parados como estatuas.

—¡Señores! —insistió Jobet con mayor energía que al comienzo—, ésta es *mi* sala privada. Yo selecciono a mis invitados... De manera que les ruego que se retiren.

Los milicianos continuaron inmóviles, con expresiones neutras. El comandante Jobet, entonces, se volvió hacia Fidel, que continuaba observando las decoraciones de los muros:

—Primer ministro —le dijo indicando a la escolta—, ¡por favor!

Fidel se acercó a su guardia y les hizo un gesto con las manos para que lo dejaran solo. Piñeiro dio media vuelta y los milicianos se instalaron en el pasillo de acceso a la sala, desde donde mantuvieron el ojo puesto sobre el interior.

Con sorprendente sangre fría, como si el incidente no hubiera tenido la más mínima importancia, el comandante Jobet se convirtió de inmediato en un anfitrión perfecto. ¿El primer ministro había oído hablar, sin duda, del pisco sauer, una de las bebidas típicas chilenas? ¡Por supuesto! El primer ministro declaró que era un antiguo admirador del pisco sauer; sus amigos chilenos siempre le traían botellas de pisco. El que ofreció el comandante del *Esmeralda* le pareció excelente. «¡Excelente!», rubricaron Dorticós y Roa, que habían tomado

asiento juntos, a un costado y de cara a Jobet y a Fidel. Jobet se acercó y me habló al oído:

—Vaya a decirle a Laurita Allende y a la señora Santamaría que por qué no bajan.

Laurita me pidió que la esperara un momento. Antes de bajar quería detenerse a conversar con los marinos rasos. Haydée también conversaba con la tripulación y me dijo que bajaría dentro de unos instantes. Después de un diálogo con dos o tres de los maquinistas y con el ayudante del cocinero, Laura Allende bajó acompañada por mí a la sala del capitán. Haydée siguió en la cubierta y anunció que bajaría más tarde.

Laura Allende quedó sentada a la derecha y frente a Fidel, a un lado del retrato de Arturo Prat que presidía la sala. Servido en abundancia, el pisco sauer había comenzado a soltar las lenguas y aligeraba la atmósfera del comienzo. Jobet describía los vientos que habían prevalecido durante los últimos días de navegación. Después se habló de Arturo Prat y del combate de Iquique, donde se había hundido el segundo *Esmeralda* de la Escuadra chilena. Fidel dijo que estaba leyendo la *Historia de la Guerra del Pacífico* de Gonzalo Bulnes, en el ejemplar que le había regalado un senador demócrata-cristiano que había visitado la isla. Dio algunos detalles que revelaban un conocimiento bastante completo del libro. Enseguida se habló de los uniformes de las marinas chilenas y cubanas.

—Ya ve, primer ministro —dijo Jobet, con humor levemente socarrón—. Puede que usted no le dé importancia a las tradiciones navales. Pero los galones de las mangas y las barras en las hombreras tienen una significación precisa. Indican el número de mástiles y la calidad del barco que capitanea el oficial. Por eso el capitán de fragata lleva tres galones y tres barras, que corresponden

a los tres palos de su barco, y el de navío, en cambio, lleva cuatro. Si me permite que se lo diga, los distintivos de los oficiales cubanos no simbolizan nada concreto.

Fidel puso una de esas caras de interés y de curiosidad juvenil que son tan típicas suyas, sobre todo cuando quiere desarmar con su aparente ingenuidad a un interlocutor molesto. Dijo que los uniformes los habían imitado, no hacía de ello muchos años, de la Marina soviética, de la que recibían a causa del bloqueo todo el material de guerra, pero reconoció que los emblemas se habían adoptado más o menos al azar.

Hubo un momento de silencio y Fidel, de pronto, con expresión seria, se puso de pie y empezó a pasearse frente a Jobet.

—Comandante —dijo—, quisiera darle una explicación... Yo me he sentido absolutamente seguro en su barco, y muy contento, muy satisfecho de estar en él. Ahora bien, por la situación especial de bloqueo, de amenaza exterior, que sufre la revolución cubana, sucede que mi vida tiene una importancia política, mi propia vida está ligada a la supervivencia de nuestro proceso revolucionario. Estos muchachos que usted ha visto están encargados de proteger mi vida en cualquier circunstancia. Le confesaré que esto me acarrea grandes incomodidades personales. Muchas veces quisiera desprenderme de ellos y andar solo. Pero ellos cumplen con su deber al seguirme a todas partes. Por eso le ruego comprenderlos y disculpar el incidente de hace un rato. Le repito que me he sentido muy a gusto y completamente seguro aquí.

Jobet respondió con algunas frases amables. Laura Allende, que no estaba presente en el momento en que la guardia irrumpió en la sala, intervino dirigiéndose al capitán del barco:

—Salvador también va a todas partes con su escolta personal. No veo de qué se extraña el comandante...

La conversación de aquella noche, en aquel santuario de las tradiciones navales chilenas anclado en el muelle número uno del puerto de La Habana, Cuba, primer territorio libre de América, fue animada y confusa. Las inextinguibles corridas de pisco sauer, dignas de la conocida y bien regada hospitalidad que brindan los chilenos, contribuyeron a soltar las lenguas. En un aparte, Jobet me dijo que Allende, al ir a despedirse del *Esmeralda*, había subido, en efecto, como señalaba su hermana, con el llamado Grupo de Amigos Personales, GAP, que observado desde Cuba parecía una imitación más o menos fiel del grupo que protegía al Líder Máximo. En el momento de ofrecerle un trago en esa misma sala, prosiguió Jobet, un individuo había sacado de un maletín una botella de whisky y un vaso y le había preparado el trago al Presidente sin admitir ayuda. Era claro que Jobet aludía discretamente a la intromisión de hábitos cubanos en nuestra vida política.

Ambos detalles —el incidente con la guardia de Fidel y la botella de whisky de Allende— mostraban cómo las medidas de seguridad pueden pervertir los objetivos políticos que se persiguen con una acción determinada. Los medios influyen inevitablemente sobre los fines. El gesto de cortesía hacia la Marina chilena que había significado la visita de Fidel en La Habana y antes la de Allende en Valparaíso al *Esmeralda*, había sido desvirtuado en cada caso por la obsesión de la seguridad, una de las enfermedades de la vida moderna: por la guardia irracional, en un caso, y la botella escandalosamente exclusiva, en el otro, que rompían con todas las normas de la hospitalidad marinera.

Después, haciendo una revelación que me pareció indiscreta, Fidel dijo que Allende lo había llamado por teléfono para pedirle que se ocupara personalmente de atender al *Esmeralda*. Fidel le aseguró a Jobet que había dejado todas sus demás actividades a fin de cumplir con el encargo de su amigo Salvador. ¿Qué reflexiones pudo suscitar esta pequeña revelación en Jobet? El hombre, detrás de su cortesía y su buen humor, guardaba una extrema reserva. A medida que lo conocía, se convertía para mí en un personaje enigmático, parecido a esos capitanes de barco, muy simples en apariencia y en el fondo complejos, que figuran en las novelas de Joseph Conrad.

Hubo un momento en que se abrió el libro de oro del buque escuela sobre la mesa del comedor y en que Dorticós y Fidel autografiaron largos mensajes de saludo. Fidel aludió a las revoluciones cubana y chilena.

—¡Ya me metió la Revolución! —exclamó Jobet.

—¿Y no se ha dado cuenta usted, comandante —replicó Fidel con prontitud—, que las tradiciones navales chilenas que usted aprecia tanto son tradiciones revolucionarias?

Fidel había marcado un buen punto. Intervine para recordar que el primer *Esmeralda* había sido un barco arrebatado por Cochrane, en plena guerra de liberación, a la Escuadra imperial española fondeada en el puerto del Callao.

Volvimos a sentarnos y continuó el diálogo, con salidas chispeantes de Fidel y también de Jobet, sazadas ahora con algunos entremeses y con buenos vasos de vino chileno. En su rincón, Dorticós y Roa celebraban las ocurrencias que había que celebrar, sin decir esta boca es mía. Era extraño ver a todo un presidente de la República y a un ministro de Relaciones Exteriores en actitudes

tan sumisas. Laurita habló de los intensos trabajos que había desarrollado durante su visita a la isla.

—Y usted —preguntó Fidel, volviéndose hacia Jobet—, ¿qué le gustaría hacer en estos días aquí en La Habana?

—Sabe una cosa, primer ministro —dijo Jobet, impertérrito—, me gustaría mucho jugar al golf.

—¡Golf! —exclamó Laurita Allende, consternada—. ¡Cómo puede usted pensar en eso estando en Cuba, comandante! ¡Jugar al golf! Yo no he hecho más que trabajar. He realizado trabajo voluntario en el campo, incluso los domingos a primera hora; he visitado fábricas, escuelas, organizaciones femeninas, tribunales populares, sin descansar un solo minuto...

—Yo hago trabajo voluntario a cada rato —replicó Jobet, sin perder su bonhomía y su calma chicha—. La conducción de un barco escuela, en que hay que mantener la disciplina y enseñar a ser marinos a doscientos muchachos, no es cosa de ocho horas diarias. Tengo que trabajar de día y de noche y trabajar, además, los domingos. Por eso, cada vez que llego a puerto, mi mejor descanso es jugar una buena partida de golf. Las canchas de golf siempre están situadas en lugares bonitos, con árboles hermosos y aire puro. Como usted sabe, todos los hombres tenemos algo de niños; nos agrada entretenernos pegándole a una pelotita. Y si esto se hace, por añadidura, en un bonito escenario natural...

La diputada no cejó, sin embargo, en sus escandalizadas protestas. Fidel, que escuchaba ese diálogo con atención, se levantó de improviso y puso una mano en el hombro de Laura Allende:

—¡Laurita! —le dijo en tono de broma—, ¡así, con tanto hablar de trabajo, no te vas a ganar a los marinos chilenos!

—Por lo demás —dijo Jobet—, como usted seguramente lo sabe, el primer ministro es un gran deportista...

—Vamos a organizar una partida de golf para usted —dijo Fidel—. Su edecán le traerá noticias.

No recuerdo si Laurita, todavía, insistió en sus protestas. Entretanto, mi amigo y colega chileno Cristián Huneeus, que se hallaba en la fiesta invitado por el capitán, hizo señas desde el corredor, detrás de la doble fila de guardaespaldas, que estaban sentados en el suelo o reclinados contra el muro, con aires de aburrimiento. Jobet le respondió con grandes gestos para que entrara y lo recibió con un fuerte abrazo.

—¿Y qué hace usted? —le preguntó Fidel a Huneeus, después de que Jobet se lo hubo presentado.

—Soy escritor y profesor de literatura en la Universidad de Chile —dijo Huneeus.

Si hubiera confesado su profesión paralela de productor de manzanas y limones, habría tenido más posibilidades de caerle bien a Fidel. Pero Cristián Huneeus creyó, como todavía creían algunos de nuestros amigos, que la literatura continuaba siendo un salvoconducto o al menos un escudo.

—¡Otro escritor! —exclamó Fidel.

Poco después Fidel examinaba un calendario impreso en Chile donde había un fragmento de poesía chilena al frente de cada mes. Su escaso aprecio por los escritores se manifestó en las exclamaciones burlonas o sarcásticas que le merecía cada fragmento. Uno de Nicanor Parra le produjo gran hilaridad. Gabriela Mistral describía en sus versos escuetos, elaborados y ásperos, un erizo. «¿Qué tiene que ver con un erizo?», lanzó Fidel, encogiéndose de hombros y doblando la página. Entonces se encontró a boca de jarro con un poema de Neruda.

Eran dos líneas solemnes, graves. Yo miraba por encima del hombro y él conocía, sin duda, mi amistad con el poeta. Por añadidura, el poeta era uno de los políticos decisivos de la Unidad Popular, atacado en coro y con enorme despliegue de propaganda en la época en que las relaciones de Fidel con el Partido Comunista chileno eran frías. Fidel leyó la cita de Neruda y dobló la página sin decir una palabra...

Como era habitual en esos días en las conversaciones de chilenos en Cuba, se habló de los vinos que vendía Baltazar Castro. Varios de los presentes hicimos bromas pesadas sobre su calidad. El ex senador exportaba un vino delgado, que no estaba del todo mal para el trópico, pero criticarlo se había convertido en un juego de salón de nuestros compatriotas. Se agregaba el hecho de que don Balta, pese a su amistad con Fidel, había roto con muchos militantes de la izquierda chilena al apoyar al gobierno demócrata-cristiano de Frei...

—Estos chilenos son muy curiosos —observó Fidel—. Están en desacuerdo en todo menos en una cosa: en que el vino de Baltazar es malo. ¡Y eso que Baltazar lo vende a precio de bloqueo! —añadió, con cara de risa, mientras recorría la sala estrecha a grandes zancadas, como si quisiera medirla a lo ancho.

—Como encargado de negocios —le dije— y después de haber conversado aquí con la misión de los agricultores chilenos, estoy autorizado para ofrecer a los mismos precios, puesto en La Habana, un vino de calidad bastante superior...

Fidel interrumpió su paseo y me miró fijamente:

—Tú eres encargado de negocios —dijo, al cabo de unos segundos de silencio—, ¡pero de negocios no sabes nada! ¿No eres escritor, tú?

—Algo sé de negocios, a pesar de todo —le respondí—. Por lo demás, ¿no sabías tú que Baltazar Castro también es escritor, autor de varias novelas?

—¡Cierto! —exclamó Fidel, que parecía en plena euforia—. ¡Estos escritores chilenos son unos diablos!

El diálogo se tornaba cada vez más animado. Se sucedían las salidas de Fidel y de los chilenos que estábamos allí: Laurita Allende, Jobet, Cristián Huneus y yo. Los únicos que guardaban el más estricto silencio, imperturbables en su rincón, limitándose a reír cuando parecía necesario hacerlo, eran Dorticós y Roa. Piñeiro había entrado en la sala detrás de Huneus y no le quitaba la vista, con la mano derecha cerca de la funda de su pistola, como si temiera de Huneus, escritor y profesor inofensivo, pero cuya presencia no estaba prevista, la posibilidad de un atentado. Este detalle, que en medio de la conversación chispeante y de los tragos de pisco sauer y de vino se me había escapado, me lo señaló Huneus más tarde.

En la mitad de la velada, Dorticós y Roa, como si hubieran obedecido a un signo del Jefe Supremo o a una consigna no escrita, se pusieron de pie, se despidieron de la concurrencia y emprendieron la retirada.

Castro trataba a Huneus de «poeta», con una familiaridad un poco burlona. Las bromas entre los chilenos y Fidel iban y venían. Fidel examinó con atención el retrato de Arturo Prat y después miró la cabeza calva de Jobet:

—¿Y todos los comandantes del *Esmeralda* necesitan tener la misma pelada? —preguntó—. ¿Existe alguna norma de la Marina chilena que lo exija?

La cabeza calva de Ernesto Jobet era idéntica, en efecto, a la de Arturo Prat. No habíamos reparado en ello y todos, frente a la salida de Fidel, soltamos la carcajada.

Continuaron las bromas sobre la calvicie, y Fidel, en un momento, puso su mano derecha sobre la calva mía, con el gesto de un sacerdote que llama al orden a un novicio en forma protectora y discreta. ¡Quizás cuántas cosas quería decirme con eso! Más tarde, por él mismo, supe que su frialdad al saludarme a la subida del barco respondía a un propósito deliberado: ya lo habían informado extensamente sobre mis devaneos y tertulias con los intelectuales descontentos. Él pensaba que mi contacto con esos grupos era una demostración de hostilidad hacia la revolución cubana y también hacia la revolución chilena. Así me lo diría después. No pensaba que de la crítica pudiera surgir un socialismo mejor, más humano; sospecho, a este respecto, que su pensamiento era bastante ajeno a la dialéctica. Por lo demás, los escritores, con excepción de los voraces burócratas de la literatura, los infaltables Fernández Retamar y Lisandro Otero, el sonoro y cortesano Nicolás Guillén, dormido en sus antiguos laureles de revolucionario exiliado en el Barrio Latino de París, en el hotel complaciente de Madame Salvage, con excepción de ellos, repito, los escritores se habían encastillado en una disidencia rígida, resentida, que también excluía la apertura y, salvo escasos instantes de lucidez, las perspectivas que habrían podido abrir una visión dialéctica de la Revolución. Me confieso culpable de haber incurrido también, con frivolidad e ingenuidad, en esta obcecación. Pude ayudarlos a ver más allá del lado negro de las cosas, pero no lo hice, y es probable que con eso les haya causado un daño muy grave. Nuestros desafortunados críticos deberán reconocer, sin embargo, que en estas situaciones es muy fácil atribuir culpas a posteriori. El que maneja la sartén por el mango, el que recibe el incienso del culto a los héroes, siempre tendrá la razón. Y los que

no piensan como él serán triturados por las ruedas de la Revolución en marcha, en medio de los aplausos de los escritores oportunistas de todos los rincones, que recurrirán a los sofismas de moda, sin el menor escrúpulo y con toda la parafernalia de la farsa intelectual, para echarle pelos a la sopa y terminar de hacer polvo al que ya ha sido designado como víctima propiciatoria por el índice de Escritor Número Uno.

Pero éstas son, también, elucubraciones a posteriori. Aquella noche, en el *Esmeralda*, Fidel y nosotros estábamos en Jauja. Nos habíamos olvidado de Piñeiro, que vigilaba detrás de una columna, con la mano en la funda de la pistola, mientras sus secuaces, sentados, tendidos o apoyados de mala manera en los muros, formaban doble fila en el corredor de salida. Arriba sonaban aún los acordes de la orquesta. Cuando Laurita Allende y más tarde Fidel se retiraron —Haydée Santamaría, extrañamente, no había respondido a la invitación de bajar a la sala—, el capitán Jobet, Huneeus y yo pasamos alegremente del pisco sauer y los vinos chilenos a una noble botella de whisky de Escocia. La secretaria de mi pequeña misión, con su vestido de flores y su mejor sonrisa, se asomó entonces en el umbral de la sala, que los guardaespaldas de Fidel, después de su partida, habían dejado desierto. ¿Venía ella a tomar nota mental de nuestros comentarios? Y si su objetivo era ése, ¿a quién proyectaba transmitírselos? El hecho es que Jobet, Huneeus y yo sólo comentábamos, con grandes risas, las bondades del whisky de Escocia y de la navegación a vela. Jobet, de todos modos, mantenía su apostura y su impasibilidad perfectas de capitán de barco de guerra. Yo, en cambio, con la soltura de cuerpo que adquieren algunos diplomáticos a las cuatro de la madrugada, cogí a la secretaria por la cintura y empecé a bailar con ella.

Le confesé que su presencia continua en el dormitorio del hotel que hacía las veces de oficina, con sus delgados vestidos tropicales y sus piernas bronceadas, no dejaba de causarme efectos perturbadores. Ella escuchaba estas declaraciones con la más cándida de las sonrisas. Si se hacía el ánimo de oír un sesudo comentario político sobre Fidel, o de asistir a murmuraciones conspirativas y alcohólicas entre un jefe naval, un literato de paso y un encargado de negocios, debe de haberse quedado con los crespos hechos. Nunca en la alegría de una fiesta se había mantenido una compostura más consumada. Yo bailaba como un trompo y el capitán Jobet me observaba con cara de risa, pero la mirada adusta del héroe de Iquique, desde su retrato en el sitio de honor, parecía imponer el fondo de estricta discreción que exigían las circunstancias.

La fiesta que di al día siguiente como jefe de la embajada chilena, en el último piso del hotel Habana Libre, fue más concurrida, puesto que se había invitado con anticipación a la mayoría del gobierno y del Cuerpo Diplomático y a la totalidad de la colonia chilena, pero menos interesante. Fidel, que ya había cumplido la víspera con el comandante del *Esmeralda* y que quizás deseaba subrayar su disgusto conmigo, no asistió. Por lo demás, era muy raro que asistiera a recepciones diplomáticas o de cualquier especie. Concurrieron, en cambio, todos o casi todos los embajadores y gran número de ministros, entre ellos Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, cuyo ascenso en los escalones del poder era la comidilla de los círculos pretendidamente «bien informados», Jesús Montané, etcétera. Yo había resuelto invitar únicamente a los jefes superiores de los organismos culturales oficiales y excluir al gremio difícil de los escritores y artistas. Con esto pre-

tendía dejar claro que mi amistad con ellos era un asunto puramente personal y privado. La pretensión era inútil: nada escapaba a la política, nada permanecía en un terreno estrictamente privado en la situación de aquel momento. Pude invitar a mis colegas literarios a participar del festín; mis problemas no habrían sido más graves.

Estuve sentado un momento en la mesa de Raúl Roa, de Carlos Rafael Rodríguez y de Jesús Montané, comentando vaguedades sobre la calidad del vino chileno y otras novedades por el estilo. De pronto me dijeron que Régis Debray, que había llegado de Chile dos días antes, recién salido de la cárcel de Camiri, en Bolivia, quería saludarme. Debray estaba en una mesa rodeado por los principales responsables del diario *Juventud Rebelde*, los jóvenes duros de la revolución cubana, buenos amigos del equipo chileno de la revista *Punto Final*. Ellos me habían invitado una vez a la redacción de su periódico y tuve la impresión de que me observaban como a un insecto, con sonrisas condescendientes, listos para clavarme en el insectario prehistórico de los intelectuales burgueses, de los allendistas a la violeta o de los amigos del «revisionista» Pablo Neruda. Debray se puso de pie y me saludó con su sonrisa cansada, melancólica, diciendo que tenía interés en conversar conmigo. Quedamos en que habría tiempo para conversar después de la partida del *Esmeralda*.

Entretanto, los jóvenes oficiales chilenos, con sus impecables uniformes blancos, se mezclaban con la asistencia y participaban en las conversaciones con una soltura y un buen humor que son bastante típicos de mis compatriotas y que no dejaban de ser sorprendentes en el ambiente cubano. El comandante Piñeiro, en guayabera, conversaba en un rincón, sin mostrar mucho afán por in-

tegrarse al resto de la fiesta. Zacchi, el activo internuncio, se trasladaba de un grupo a otro con su vivacidad habitual. El yugoslavo, alto y elegante, conversaba y sobre todo escuchaba, con un aspecto de distracción que sólo era aparente.

El embajador francés, un hombre más bien terco, levemente irónico, de pocas palabras, que cojeaba de un pie, me agradeció mucho la invitación. Tres o cuatro días más tarde, al encontrarnos en la recepción de otra embajada, me dijo:

—*La tenue de vos marins doit avoir fait beaucoup d'impression sur les autorités cubaines.*

Consulté la palabra *tenue* en un diccionario y vi que significaba, entre otras cosas: «Manera de conducirse en sociedad, desde el punto de vista de las conveniencias; manera como se viste una persona; actitud del cuerpo...». La carencia de *tenue* suponía falta de modales, descuido en la vestimenta y en los movimientos... Se trataba de viejos valores mantenidos por la disciplina militar tradicional. El embajador Bayle, que me dijo que había sido nombrado a La Habana por el general De Gaulle con instrucciones precisas de mantener buenas relaciones con Cuba, apreciaba sin duda esas virtudes tradicionales de los ejércitos, asimiladas en Chile mejor que en cualquier otro país de América Latina.

Es sabido que las chilenas son emprendedoras. Algunas muchachas de la colonia se me acercaron, cuando la fiesta había avanzado, para decirme que había que ir a bailar a alguna parte con los marinos. Era miércoles y los cabarets de La Habana sólo abrían de jueves a domingo. Cristián Huneus tuvo la brillante idea de someterle el problema a Manuel Piñeiro, que continuaba conversando con alguien en un rincón.

—¿No podrías conseguir que abran algún cabaret? —sugirió Huneus.

—Voy a ver qué puedo hacer —dijo Piñeiro—. Espérenme un rato.

Desapareció de la fiesta y no regresó. Con Huneus pensamos que nuestra insólita proposición lo había forzado a hacerse humo. Esto era desconocer los inagotables recursos del viceprimer ministro del Interior. Piñeiro organizó una hermosa fiesta bailable en el cabaret Tropicana, el mejor de la ciudad, con alrededor de treinta muchachas vestidas para la ocasión, para la tarde siguiente. Pero el día siguiente ya constituye otro capítulo. Según lo proyectado, debía iniciarse con un desayuno en el barco a las ocho y media de la mañana, seguido de una partida de golf, conforme a los deseos expresados por Jobet la noche anterior al primer ministro.

Ahora la fiesta del Habana Libre empezaba a desintegrarse; sólo quedaban los miembros de la colonia chilena que, por lo general, mientras quede licor en las botellas, la siguen hasta las horas más extravagantes. Di orden al jefe de los camareros que suspendiera el trago, y los chilenos rezagados, frente a la carencia de todo estímulo, terminaron por emprender una retirada más o menos zigzagueante, prodigándome las manifestaciones de un afecto algo excesivo.

El capitán de navío Ernesto Jobet Ojeda era un perfecto golfista, de esos que figuran en las películas inglesas y en las novelas policiales: zapatos blanco y marrón, con clavos; gorra con visera para protegerse del sol; polera de color celeste; un cinturón provisto de una pequeña cartuchera para guardar los *tees*. Entregó la bolsa con los palos a su ayudante, que conocía bien los hábitos de su jefe, y salimos muy orondos, en una mañana solea-

da pero no demasiado calurosa. En el muelle había una larga fila de habaneros que esperaba subir a visitar el barco. Nos observaron al pasar como si saliéramos de otro planeta. Jobet tranqueaba firme y a mí, engordado por la vida diplomática y por la falta de ejercicio, me costaba, pese a mi mayor juventud, un buen esfuerzo seguirlo. Tenía la sensación desagradable de que en la cancha haría el ridículo más completo; pero lo propio de un hombre maduro era sobreponerse al ridículo y tratar de jugar lo mejor posible. Junto a la entrada del muelle estaba la esposa del corresponsal de *Unitá*, el diario comunista de Roma, con un grupo de alumnos suyos. Era una mujer joven y atractiva, que nos había dicho en mi recepción del Habana Libre que era hija de un oficial de la Marina italiana, razón por la cual tenía particular interés en visitar el barco. Jobet, con toda galantería, le ordenó a su ayudante que le abriera camino y le mostrara el barco a la señora del corresponsal y su grupo. En medio de la expectación general, subimos a un Alfa Romeo y partimos velozmente hacia la cancha de golf, un pequeño club inglés, utilizado ahora por diplomáticos y expertos extranjeros, situado a buena distancia de la ciudad.

Sólo conseguí pegarle a la pelota al octavo o décimo intento. Jobet lanzó la suya por los aires, con el sonido y la ascensión rauda que logran los jugadores experimentados. Para mal de mis pecados había un fotógrafo, manía nacional de Cuba. Le hice vigorosos gestos y advertencias, diciéndole que no estaba dispuesto a permitir que mi ridículo tuviera difusión internacional, pero el fotógrafo sonreía impávido, mostrando unos dientes equinos y, cuando me disponía a dar otro golpe, con la furiosa esperanza de pegarle esta vez a la pelota, el inefable fotógrafo levantaba su máquina infernal y disparaba.

Por el tercer o cuarto hoyo las cosas andaban mejor. La pequeña cancha, donde el pasto había dejado de existir hacía tiempo y sólo permanecía, bastante ralo, a manera de muestra, en los *green*, estaba desierta. El administrador del club, un hombre joven, y un golfista profesional, reliquia de los viejos tiempos, se habían unido a nosotros. De pronto vimos que avanzaban por un montículo, directo hacia nosotros, solos, el comandante Fidel Castro, Aldo Santamaría y el edecán de Jobet. «¡Fidel!», recuerdo que exclamó el portador de los palos, que parecía no dar crédito a sus propios ojos y que agregó toda clase de exclamaciones confusas y entusiastas, olvidando completamente buscar una pelota que se me había perdido. Jobet, en cambio, esperó la visita con una calma imperturbable, sin desatender su juego.

Después de los saludos, Jobet continuó su partida como si nada ocurriera. El golf era una actividad importante en sus escalas de capitán de barco; ya se lo había explicado a Fidel la otra noche, y Fidel, a diferencia de Laurita Allende, había comprendido de inmediato. Pensé que Jobet interrumpiría la partida en el quinto o sexto hoyo, pero en esto la deformación diplomática me hizo equivocarme. El hecho de que Jobet continuara hasta el final, con perfecta tranquilidad y humor deportivo, pese a que su juego estaba ocupando el tiempo del primer ministro de Cuba, debió hacer reflexionar a Fidel sobre la naturaleza del poder en Chile, más allá de cualquier idea esquemática sobre la «legalidad burguesa» o sobre la necesidad de pasar de la conquista del gobierno a la del poder revolucionario. El detalle era revelador del sentido profundo de la vida política chilena y es probable que Fidel lo haya captado; a pesar de que Fidel demostrara más tarde, en diversos aspectos de su relación con Chile y, desde luego,

en su relación personal conmigo, una percepción más bien parcial de la llamada «experiencia chilena». El maniqueísmo que hacía que Meléndez, el director de Protocolo, me hablara de los «buenos» y de los «malos», no era un método de análisis muy eficaz aplicado a la política de mi país.

«Pero si Meléndez no es nadie», me decían mis amigos. «Meléndez era un vendedor de corbatas en El Encanto, la antigua gran tienda destruida en un atentado contrarrevolucionario». Meléndez no sería nadie, pero desde su cargo de jefe de Protocolo había determinado que no me esperara ni un gato en el aeropuerto; que me dejaran seis días en el hotel a pie, mientras los «malos» de las letras cubanas me rodeaban y yo me sometía lleno de culpable complacencia a sus péfidas solicitudes; que después de semanas de insistencia por mi parte me mostraran para oficinas de la embajada de Chile una casa en ruinas, aldeaña de un enorme depósito de escombros... Raúl Roa me ofrecía toda clase de facilidades; tocaba un timbre y le daba órdenes a Meléndez delante de mí, tal como lo había hecho la primera noche Fidel: «Encuéntrale una buena casa para residencia y otra para oficina». Sin embargo, a juzgar por los resultados, parecía que, mientras los hombres de calidad, como era el caso de Roa, ocupaban los puestos de gobierno, los vendedores de corbatas controlaban parcelas de poder cada vez más extensas.

Fidel escuchó las explicaciones de Jobet sobre el juego de golf con la mayor atención, con la actitud humilde y juvenil que suele adoptar, acariciándose la barba, y no quiso ensayar un golpe porque se había zafado un dedo en la visita a una mina, unos días antes, al hacer una mala maniobra, según dijo, con uno de los vagones que

transportaban minerales. Yo había leído en *Granma* sobre esa visita a la mina. A pesar de la zafadura, Fidel agarró un *putter*, el palo que se ocupa dentro del *green* para impulsar la pelota hasta el hoyo. El *putter* se utiliza con suavidad y no exige un gran esfuerzo de todos los dedos. Requiere, sin embargo, mucho control y una extremada precisión. Fidel estaba situado a una distancia en que los campeones internacionales emplean por lo general dos tiros para llegar al objetivo. Pues bien, Fidel calculó un momento y dio el golpe; la pelota recorrió un largo trecho, siguiendo una línea curva, ¡y cayó directo en el hoyo! Fidel había dado el golpe con la misma puntería con que, según cuenta la historia o quizás la leyenda, hundió un barco de un cañonazo en la invasión de Bahía Cochinos. Dejo estampado aquí mi testimonio. *À tout seigneur, tout honneur!*

El profesional del club le explicó a Fidel el concepto del «par» de la cancha: el número máximo de golpes que debe hacer un jugador eximio en cada hoyo. Fidel se mostraba de excelente ánimo. La frialdad de la que había hecho gala al saludarme a la subida del barco, hacía dos noches, se había transformado en una especie de cordialidad zumbona, sutilmente provocativa. El «par» del hoyo siguiente era cuatro.

—Te doy seis —me dijo Fidel, que ya me había visto dando verdaderos palos de ciego, pegándole más al pasto que a la pelota—. Si haces más de seis, gano yo.

—Conforme —le dije.

Estuve de cuatro golpes en el *green*, aunque a bastante distancia del hoyo.

—Te aconsejo una política conservadora —me dijo entonces Fidel—. No trates de meterla de un solo golpe. Con el primero simplemente te acercas y con el segundo tratas de meterla.

—Ir despacio para llegar más rápido —respondí, citando su discurso en la Plenaria de la Industria Básica, el 7 de diciembre de 1970, día preciso de mi llegada. Fidel me lanzó una breve mirada de reojo. Mi pelota, entretanto, siguió de largo después del segundo golpe y perdí la apuesta.

El «par» del hoyo siguiente también era cuatro, pero había una larga distancia entre la partida y el *green*. Casi debía corresponder a un «par» de cinco. Fidel me dio siete golpes y no hizo el menor caso de mis protestas. «Bien», dije, medio resignado a perder por segunda vez, aunque sin considerarme derrotado de antemano. Estuve de cuatro golpes al lado del *green* pero detrás de un árbol, en pésima posición. El muchacho que llevaba la bolsa con los palos me dio consejos sobre la forma de pegarle a la pelota. Resolví seguir la sabiduría popular al pie de la letra. Me concentré, olvidado del resto del mundo, y le di el golpe. La pelota voló con suavidad, aterrizó en un costado del *green* y se deslizó airosa, perfecta, hasta meterse en el hoyo por el estrecho espacio que dejaba la bandera, que nadie había tenido la precaución de sacar, excluyendo hasta la posibilidad más remota de que yo embocara desde tan lejos. Como era el último hoyo de la cancha y se encontraba junto a las casas del club, se había reunido un buen número de mirones: obreros de los alrededores y un grupo sentado en una mesa, flemático y vagamente sonriente ante la presencia del líder, con todo el aspecto de pertenecer a la embajada de Su Majestad británica. Mi golpe arrancó aplausos y exclamaciones. Fidel dio un verdadero salto de asombro.

—¡Después de esto —dijo—, ya no necesitas jugar en un año!

Reconoció mi triunfo con un fuerte apretón de manos, en medio de las risas y las bromas generales.

Después, en el pequeño bar del club, debajo del escudo del Reino Unido y del retrato de la reina y del duque de Edimburgo, Fidel le habló al edecán para que enviara al administrador del club algunos sacos de tierra de hojas y algún aparato de riego para el pasto. Hizo la observación siguiente: como los expertos y diplomáticos extranjeros utilizaban mucho esa cancha, convenía evitar que los pastos abandonados les produjeran mala impresión. No se atiende lo suficiente, dijo, a detalles de esa especie. Pude pensar que la orden al edecán tendría el mismo efecto que la que dio a Meléndez para que me encontrara una casa, la noche de mi llegada. Sin embargo, muchos meses más tarde, un diplomático me dijo en París que sus colegas golfistas residentes en La Habana recordaban mi paso con gratitud, cada vez que practicaban su deporte predilecto. Creían que era iniciativa mía la de haber llevado al primer ministro a la cancha de golf, visita que produjo el efecto exactamente contrario al de los pasos de Atila por la Europa bárbara, puesto que hizo reverdecer el pasto en lugar de secarlo.

Después de esta original partida de golf en que participó un capitán de navío profesional y un encargado de negocios novelista, enviados ambos por el Chile que recién iniciaba su gobierno de Unidad Popular, y a la que asistían como espectadores el primer ministro y el comandante en jefe de la Marina de la Cuba revolucionaria, el heterogéneo grupo, refrescado con una copa de cerveza bajo el alero del León británico, se metió en un jeep en el orden siguiente: delante el chofer y el jefe de la Marina; atrás, junto a la ventanilla izquierda, Jobet; al centro, el primer ministro; a la derecha, el encargado de negocios. En ningún momento apareció la escolta, detalle que constituía un gesto de delicadeza por parte de Fidel hacia el

marino chileno, después del incidente de hacía dos noches en el *Esmeralda*. En una ocasión vimos, a trescientos o cuatrocientos metros de distancia, otro jeep que desapareció de inmediato. Jobet me hizo la observación más tarde, de regreso al *Esmeralda*: nos habían vigilado todo el tiempo, pero desde lejos, en forma que no se notara.

Pasamos por algunos pueblitos vecinos de La Habana y la gente, al ver a Fidel sin escolta alguna, en un jeep solitario, se quedaba primero muda de asombro y rompía enseguida a gritar y aplaudir. Adiviné en la expresión de un viejo que Fidel no era santo de su devoción, pero también aplaudió, aunque con movimientos rígidos, de autómata, que probablemente le costaban un gran esfuerzo psicológico.

Fidel nos llevó al Parque Lenin: seiscientas hectáreas próximas a La Habana donde habría plantas y árboles de todas las especies de la tierra. Nos mostró los terrenos donde se construía un lago artificial. Habría un teatro encima del lago. Después nos condujo a unos picaderos: los hijos de los obreros y campesinos de los alrededores tendrían allí doscientos *ponnies* a su disposición. Más tarde llegamos a una ciudad de juegos infantiles. Se veía un pequeño tren para transportar niños por todo el parque, con una maravillosa máquina en miniatura de un modelo como los que aparecen en las películas norteamericanas del Oeste. Bajamos del jeep a estirar las piernas. Hombres de miradas indiferentes labraban la tierra con palas y picotas, o descansaban sentados en una piedra, con las manos cruzadas sobre los mangos de sus instrumentos de labranza. Sus ojos se clavaban en la lejanía, o nos seguían como si fuéramos parte del paisaje. La presencia de Fidel, que en los pueblos vecinos había trastornado a los pocos que la habían descubierto, no producía

en estos hombres, que parecían trabajar o descansar al ritmo de su capricho, la menor reacción.

—Son locos —dijo Fidel—. Los traen del manicomio, que queda cerca, a trabajar en el campo. Parece que labrar la tierra tiene grandes cualidades terapéuticas para los enfermos mentales.

Sin duda era así, y el manicomio moderno, situado cerca de Rancho Boyeros, era una de las obras indiscutibles de la Revolución. Más tarde, en París, un intelectual a quien le conté la anécdota me observó que esos locos que no habían aplaudido a Fidel eran los verdaderos cuerdos, mientras que la gente que aplaudía en las calles en verdad estaba loca. El pensamiento era digno de un liberal europeo, enemigo de toda forma de autoritarismo, pero no carecía, incluso en el contexto cubano, de cierta validez: esos hombres, aunque enfermos del espíritu, eran el pueblo anónimo que trabajaba la tierra; su cordura consistía en contemplar con indiferencia el ajetreo de los grandes personajes. Y sin embargo, ¿quién mejor que esos locos se había beneficiado de la Revolución? Los manicmios del pasado serían infiernos regidos por administradores venales y probablemente sádicos. A propósito de esos locos plácidos y bien cuidados de La Habana, recordé una siniestra historia verídica que había ocurrido hacía pocos años en Lima: un empresario limeño compraba locos y los hacía trabajar en un basural en las afueras de la ciudad recogiendo y limpiando frascos, pomos y botellas de toda clase para después venderlos.

Todos los problemas, las realizaciones y las contradicciones de la revolución cubana, surgían para mí en esa visita con Fidel y con el capitán Jobet al Parque Lenin. El parque sería una obra maravillosa abierta al pueblo, pero el gigantismo típico de los proyectos de Fidel

saltaba a la vista. Mientras se construía un parque de seiscientas hectáreas en las afueras de la ciudad, la ciudad misma se descascaraba y se caía lentamente a pedazos. La enorme inversión suponía además un sacrificio en otros sectores, sacrificio que sufría directamente el pueblo a través de la escasez de bienes de consumo esenciales. En su indiferencia hermética y majestuosa, los locos tenían por lo menos una parte de razón.

Después fuimos a un restaurante que servía también de escuela y que constituía un ejemplo anticipado de la arquitectura que se emplearía en el parque. Fidel nos dijo que se construirían numerosos edificios similares a lo largo de las seiscientas hectáreas. Aquí no había duda de que la gente estaba advertida de nuestra visita. De todos modos, la presencia de Fidel producía un inaudito trastorno. Las muchachas saltaban a su alrededor y le tomaban las manos. Entramos en un aula y los alumnos se pusieron de pie sin vacilar ni una fracción de segundo. Fidel les hizo diversas preguntas. Enseguida les presentó a Jobet. Por último, continuando con el tono de broma que adoptaba conmigo apenas entraba en confianza, les preguntó cuál creían que podía ser mi nacionalidad. Hubo un silencio y una débil voz femenina dijo:

—Italiano.

—¡Italiano!

Fidel, Jobet y yo nos reíamos a carcajadas.

—¿Por qué italiano? —preguntó Fidel, inclinándose con una de sus actitudes características de indagación.

—Porque se parece a un actor de una película italiana —dijo la muchacha.

—¡Ah! —exclamó Fidel, mirándome por encima del hombro—. ¡No estuvo tan mal la cosa!

Visitamos también un centro de investigaciones y de planificación agrícola, donde había mapas y proyectos que cubrían toda la región de La Habana. Sólo trabajaban allí jóvenes expertos de menos de treinta años; parecían conocedores de su materia, apasionados por su trabajo, y escucharon a Fidel con seriedad, dentro de una actitud mucho más natural e igualitaria que la que habíamos observado en los encuentros anteriores.

Cuando salíamos de allí, Fidel nos dijo con cierta emoción que los españoles estaban completamente equivocados al desarrollar los cultivos de azúcar de betarraga. Se trataba de una aberración desde el punto de vista de la división internacional del trabajo. Cuba tenía las condiciones naturales mejores del mundo para producir azúcar. Lo racional sería que España les vendiera camiones y que ellos abastecieran de azúcar el mercado español. Era curioso que Castro esperara ese tipo de racionalidad por parte de una economía capitalista.⁴ Pero esa suerte de incurable optimismo, ligado a un análisis insuficiente de las circunstancias económicas y políticas, a un hábito de convertir los deseos en realidades, era quizás el origen de muchos de los errores cubanos. Entretanto, para poner término al paseo, Fidel Castro nos llevaba a su sitio predilecto: la granja lechera donde practicaba sus ensayos de hibridación de ganado vacuno y hacía experiencias con diversos pastos, a fin de encontrar el forraje más apto para la ganadería del país.

Numerosos libros sobre la economía cubana han descrito la famosa granja modelo en que Fidel Castro lleva

⁴ La reflexión de Castro, curiosamente, se acercaba al concepto de las ventajas comparativas, tan de moda en el Chile de hoy.

a cabo sus proyectos de hibridación. Por mi parte, soy un lego en la materia. Sólo sé que Fidel ha buscado un cruce de razas vacunas que diera el animal más adecuado, tanto por su rendimiento de carne como de leche, para el clima de Cuba. Entiendo que ha mezclado toros cebúes, que se adaptan bien a climas tropicales como el de Brasil o la India, con las buenas lecheras Hollstein, que producen menos carne que el cebú y que resisten menos el clima del trópico. Insisto en que el asunto es mucho más complejo y me remito a los especialistas.

Lo que no he visto en los libros es una descripción veraz de la cabaña robinsoniana donde nos llevó Fidel. Era una construcción de un piso, rectangular, de buena madera, de unos quince metros de largo por seis o siete de fondo. En la mitad de delante había una sala única, dividida en un costado por un estante de libros y un refrigerador, que parecían ocultar el acceso a la cocina. Vi obras de José Martí, tratados de economía, de historia cubana, de ciencias naturales y, más que nada, de agronomía. La sala tenía muebles de madera rústica muy sobrios. No recuerdo si había algún adorno en los muros, pero no vi en ninguna parte los colores intensos de Portocarrero o de Amelia Peláez, que se encontraban con tanta frecuencia en los edificios públicos y en las casas de los personajes bien colocados. Ese interior revelaba una austeridad de hombre de campo y de hombre de acción. Podía ser un decorado, pero el decorado correspondía a una voluntad real del personaje. Por una puerta abierta pude asomarme a una pieza casi conventual. Parecía ser uno de los dormitorios misteriosos de Fidel Castro, cuyos domicilios forman parte del secreto que rodea sus desplazamientos por motivos de seguridad, pero también de la leyenda que se ha entretrejido a su alrededor. Alcancé a observar un par de botas en un

rincón; un gran libro moderno, con láminas, de edición norteamericana o inglesa, sobre plantas o peces, y una lámpara de velador, de diseño contemporáneo, perfectamente adecuada para la lectura. En el barco me había sorprendido la erudición de Fidel sobre historia chilena. Alguien me contó que al término de sus jornadas interminables y agotadoras, el primer ministro aún leía tres o cuatro horas, destinando un máximo de cuatro o cinco horas diarias a dormir. Después de conocer al personaje, pienso que esta afirmación era perfectamente verosímil.

Nuestro almuerzo en aquella cabaña estuvo destinado en primer lugar a la simple alimentación, puesto que Fidel parecía desdeñar toda sutileza gastronómica, y enseguida a hacer una demostración de los productos de la granja modelo. Un soldado que parecía hombre de confianza del Comandante en Jefe nos colocó sobre la mesa fiambres surtidos, salchichas y grandes jarros de loza blanca similares a los de las cervecerías alemanas. En vez de cerveza para llenar los jarros, el soldado puso diversas botellas de leche con etiquetas que las diferenciaban. Fidel preguntaba a qué vaca correspondía cada leche —las vacas tenían delicados nombres femeninos como María Rosa, Clarisa, María Gracia—, pero pretendía distinguir las diferentes leches por el sabor.

—¡Ah! ¡Ésta! —exclamaba—. ¡Ésta tiene gusto a almendras! —y nos pasaba los jarros para que probáramos, de modo tal que al fin se había creado una confusión completa. Imposible determinar a qué vaca (a Clarisa, a Florinda, a María Gloria) correspondía un jarro u otro, y en algunos la leche, para colmo, se había mezclado.

Nunca en mi vida de chileno bebedor de vino tinto me había visto sometido a una euforia, a una especie de borrachera de leche. Hicimos algunas bromas sobre el

asunto. Después, a petición de Fidel, el soldado trajo un gran plato redondo con diversos quesos. También eran producto de la finca modelo. Probamos un *camembert* cubano. No podía negarse que era excelente, aun cuando más suave y más cremoso, con un sabor menos acentuado que los *camembert* de Normandía.

—Vamos a lograr un *camembert* mejor que el francés —dijo Fidel.

—¡Ah! —exclamé—. Será bastante difícil. Es como si me dijeran que en Rumania preparan un daiquiri superior al de Cuba.

No hay duda de que el exceso de leche se me había ido a la cabeza. Pero Fidel se había puesto de espléndido humor.

—En una oportunidad traje a un experto francés aquí —contó— y le dije lo mismo. ¿Saben ustedes lo que me contestó?: «Esto es imposible, primer ministro». ¡Qué sectarios son estos franceses! —comentó Fidel, riéndose.

Le relaté entonces un anécdota sobre mi padre que, como burgués industrial, especialista además en el comercio de cebada y de otros granos, intentó una vez instalar una fábrica de whisky en Chile. Sostenía que la calidad de la cebada chilena, unida al clima de ciertas regiones costeras, a la madera con que podrían construirse los toneles y al agua de algunas vertientes, creaban condiciones óptimas para fabricar en el país un whisky tan bueno como el de Escocia. Le faltó capital, pero su pequeña empresa llegó a producir un licor muy semejante al whisky.

Fidel se entusiasmó con la anécdota.

—¡Tu padre tenía toda la razón! —exclamó, y señaló que el origen del vino chileno, cuya calidad ahora se reconocía en todo el mundo, debió de ser muy similar al de la empresa whiskera de mi padre.

Me divirtió la conclusión, que por supuesto mantuve en silencio, de que Fidel se habría entendido mucho mejor con mi padre, miembro resuelto del viejo Partido Liberal, alessandrista acérrimo y enemigo decidido y agresivo de todo lo que tuviera la menor apariencia de socialismo, que conmigo. Se habría entendido con él en el terreno del progreso económico, de la industria, mientras a mí seguramente me miraba como a un lunático recalciante. Lo paradójico del caso era que yo había sostenido agrias discusiones con mi padre a causa de mis ideas de izquierda y de mi defensa de la revolución cubana...

La paradoja sólo era aparente. Es probable que Mao, en el fondo de las cosas, se entienda mejor con Nixon que con los intelectuales melencólicos que desfilan por las calles de Washington protestando contra los bombardeos de Vietnam. Existe hoy día en el mundo una especie de internacional del poder: una superestructura para grandes iniciados, de la que se excluye minuciosamente a los poetas y a los intelectuales, seres por esencia intransigentes e incómodos. Otra cosa es que esos intelectuales, durante una etapa, puedan ser útiles a determinada política, como Mario Vargas Llosa o Jean Paul Sartre fueron útiles en un período a la política de Fidel y después dejaron de serlo...

—¡Es monstruoso! —exclamó alguien a quien le conté parte del paseo de la mañana—. Fidel prueba diversas clases de leche con sus amigos —la de María Luisa y la de María Rosa—, pero en Cuba no hay leche. Los niños tienen una cuota estrictamente racionada, hasta que cumplen siete años de edad, y los adultos tienen que probar que sufren de úlcera, o algo parecido, y aun así obtienen leche con grandes dificultades. ¿Te das cuenta, chico? ¡Es algo monstruoso!

Pero mi amigo, que caminaba por el vestíbulo del hotel cuando bajé un momento a respirar, a estirar las piernas solo, podía encontrarse ahí por accidente, o por encargo de la Seguridad del Estado, a fin de recibir mis impresiones frescas y directas, así como el eco, en lo posible, de las que me hubiera comunicado Jobet. Si la policía no lo había enviado, era probable, de cualquier modo, que la policía lo abordara después para saber, a través de sus palabras, lo que había opinado yo, y a través de las mías, lo que había comentado Jobet. En resumen, el círculo infernal se cerraba siempre, por algún lado, y en algún momento tenían que pescarlo a uno desprevenido. Salvo que uno aceptara en su condición de extranjero, como ocurría a menudo y sigue ocurriendo, ingresar en el engranaje, prestarle servicio, con la deformación mental consiguiente.

A veces pienso que no había más alternativa de salvación, a los ojos oficiales cubanos, incluso para el encargado de negocios de Chile y quizás precisamente para él, que la de convertirse en instrumento del sistema de seguridad. Habría prestado inestimables servicios y habría salido de Cuba cubierto de gloria, promovido en su carrera diplomática. El hecho de que el encargado de negocios no fuera un «carrerista», un escalador de posiciones burocráticas, como podía esperarse de todo un consejero de embajada con más de un decenio de servicios a sus espaldas, desconcertó a los hombres del poder en Cuba; y el hecho de que las presiones que ejercieron más tarde ante el gobierno de Chile para obtener que fuera suprimido de todas las listas, borrado de los escalafones, no produjeran efecto alguno en el ministro y en las autoridades máximas de la Cancillería chilena, y provocaran en otros sectores oficiales una respuesta temperamental que se tra-

dujo en resultados concretos, debió darles motivo para reflexionar. La experiencia ajena, sin excluir la experiencia política de los países, se asimila con dificultad. Con la lentitud inevitable que este proceso mental, para ser realizado en forma seria, supone, Fidel ha demostrado que es capaz de reflexionar y de asimilar la experiencia. En él se realiza el fenómeno de educación mediante la vida, lo que los anglosajones llaman *school of life*, algo descrito por los viejos tratadistas y los viejos memorialistas de Europa, incorporado a la novela, aunque sea bajo la forma de educación sentimental, y que tiene su expresión clásica en el continente nuevo en un libro de América del Norte y otro de América del Sur: la *Educación* de Henry Adams, y los *Recuerdos del pasado* de Pérez Rosales.

El problema residía en que el equipo de los vendedores de corbatas, que se las había ingeniado para rodear a Fidel, sí que era impermeable a toda reflexión y a toda experiencia. Cuando llegaron agitando mi expediente, pidiendo mi cabeza al gobierno de la Unidad Popular, el muro de inercia que se les opuso, pese a algunos estallidos previsibles, les pareció cercano a la traición. Se recluyeron entonces en sus laboratorios a efectuar deliberaciones febriles y probablemente concluyeron que el detalle —mi impunidad, asegurada por la presencia sólida e imperturbable de Neruda, por la respuesta tranquila de Clodomiro Almeyda, incluso por el reconocimiento de los marinos a mis desvelos durante su visita— constituía una prueba adicional de que la revolución chilena no era una revolución en estado puro, agradable al paladar exigente de los vendedores de corbatas. Había, pues, que examinarnos bien, y no extender con demasiada prisa un certificado de buena conducta revolucionaria. Había que esperar el enfrentamiento definitivo, y entonces quedarían eliminados

los tibios, los deliberantes, los intelectuales burgueses, como se nos había calificado a mí y a mis congéneres, y los campos quedarían definitiva y claramente divididos: en un lado se situarían los buenos, a la diestra de Dios Padre, y al otro lado de la raya, los malos, para serenidad del espíritu del inefable Meléndez y de sus compinches.

En la terraza del hotel Habana Riviera mi amigo hablaba con gran indignación, como si mi descripción de la sesión de catadura de leches le hubiera provocado una inextinguible furia. Sin embargo, el proyecto de Fidel no era mantener, como quien cuida su jardín privado, una pequeña finca estatal modelo. A partir de ahí crecería un plan que abastecería de leche y de carne al país y que permitiría, además, exportar carnes y quesos. Por el momento no era posible distribuir libremente, en un mercado donde sobraba el dinero, aquella producción inevitablemente escasa. Lo que era muy probable, en cambio, es que en las hibridaciones entraran en juego ilusiones excesivas; que la fabricación de *camembert*, tradicionalmente considerado en Francia como un queso de invierno, fuera un lujo inútil y costoso para la agricultura de un país tropical. La idea de producir *camembert* mejor que el *camembert* producido en Normandía hace siglos, gracias a los pastizales más hermosos de la tierra y a la leche de las ancestrales vacas normandas, no era más que el resultado de la impaciencia de un hombre que no sabía someterse a las leyes inmutables de la naturaleza, de un hombre que había forzado una vez el curso de la historia y que ahora, con menos éxito, procuraba violar la naturaleza impenetrable, con un voluntarismo que se hallaba más cerca de Nietzsche que de Marx y que encontraba en el mundo exterior una respuesta que más bien confirmaba las observaciones de Marx que las afirmaciones de Nietzsche,

sin que el protagonista de esta desigual lucha, heredero de los hombres de acción de España, de Loyola, de Don Quijote y de los caudillos de las guerras carlistas, estuviera siempre lúcido sobre el verdadero carácter de su relación con el marxismo, pese a que se había declarado en un discurso histórico, en plena Plaza de la Revolución, seguidor de esa filosofía. Después de haber provocado a la fuerza un parto de la historia, procuraba forzar la naturaleza con métodos similares. Es probable que Fidel, en su fuero más íntimo, viera la naturaleza como historia, y la historia como un campo donde él podía introducir nuevos cultivos y ensayar injertos e hibridaciones, es decir, como naturaleza. Pero siempre me pareció que Fidel, a pesar de las apariencias, tenía sensibilidad para captar las silenciosas respuestas que la historia y la naturaleza le oponían.

Encontramos una de las respuestas de la naturaleza, terca, muda, a nuestro regreso del paseo en jeep: cafetales raquíticos, abandonados, en lo que había sido el gran proyecto, la gran esperanza del Cordón de La Habana, que los jóvenes voluntarios plantaban en la época de mi primer viaje. Alguien me dijo que el cinturón de la capital había estado ocupado anteriormente por pequeños propietarios chinos, que cultivaban las lechugas y las hortalizas que abastecían la ciudad. En una arremetida política, el gobierno había expropiado a esto parceleros, que constituían un enclave «capitalista» y obedecían en su actividad a oscuros estímulos materiales. Desde entonces, la lechuga pasó a ser artículo de lujo, para consumo de diplomáticos y de otros privilegiados.

Es sólo una versión de un fenómeno y no respondo por ella, aun cuando no me extrañaría que tuviera algo de

verdad. Sólo un marxismo muy simplista permitiría sostener que la observación de este fenómeno, perfectamente explicable, es contrarrevolucionaria.

Contrarrevolucionario, en cambio, era un checo que por escapar del comunismo fue a parar a la Cuba de Batista. Un buen día despertó y estaba en la Cuba de Fidel, donde expertos venidos de Checoslovaquia empezaban a colaborar en la organización de la economía. El checo, enloquecido, elaboró una minuciosa lista de las yerbas cubanas que poseían valor alimenticio. Antes de emigrar a Miami, el checo recalcitrante, a quien el diablo pisaba los talones, dejó la lista a un amigo de confianza. Para ayudarlo a sobrevivir en los tiempos difíciles...

Fidel ignoraba los cafetales polvorientos y Jobet parecía cansado. Los muchachos del barco iban a tener una fiesta en el Tropicana organizada por Piñeiro, que se había mostrado finalmente sensible al requerimiento de Huneus y al mío al final de la recepción en el Habana Libre.

Por la noche fui al barco, que se hallaba en vísperas de partir, y los jóvenes oficiales me narraron la fiesta. Estaban Piñeiro, algunos de sus acompañantes y unas treinta muchachas de edad universitaria. Los oficiales chilenos decían haber sorprendido a dos muchachas que se miraban sus vestidos nuevos y se los comentaban. ¡A Piñeiro no se le escapaba detalle! Las muchachas fueron encantadoras, sencillas, correctas. Como es natural, querían saber qué les había parecido Cuba, qué tal lo habían pasado. Las preguntas se reanudaban con insistencia y los jóvenes oficiales, conscientes del interrogatorio, creyeron haber despistado a las muchachas.

La verdad es que las muchachas enviadas por Piñeiro eran más listas y estaban mejor entrenadas para esa tarea que ellos. Más tarde un sociólogo cubano le dijo a

un chileno de paso que cómo era posible que no hubieran preparado a los marinos antes del viaje; habían llegado a La Habana como quien llega a un sitio de diversión; sólo querían bares, cabarets, mujeres. Podían encontrar eso en los «paraísos» capitalistas, pero nadie se había preocupado de explicarles lo que era una revolución social. Las estudiantes de la Facultad de Sociología, que habían formado el contingente de la fiesta que organizó Piñeiro, habían hecho un análisis científico de las opiniones que habían escuchado. El resultado del análisis, según el sociólogo, había sido lamentable...

El sociólogo no dejaba de tener razón. Una cosa es observar y desear que no se repitan en otras latitudes los errores económicos que habían conducido a esa situación; otra, explicar a los muchachos de buenas familias burguesas o pequenoburguesas, recién separados de las faldas de sus madres, las realidades y las dificultades de un país que había roto con el imperio yanqui, situado a ochenta millas de sus costas.

Piñeiro no necesitó de encuestas sociológicas. Se dio cuenta de la reacción de los muchachos a la primera mirada.

—¿De qué extracción social es la marinería? —le preguntó a un político chileno de confianza.

—Es gente del pueblo —le contestaron.

—Con ellos no hay problema, entonces —observó Piñeiro—. ¿Y los oficiales?

—De la burguesía y la pequeña burguesía.

—A ellos —comentó Piñeiro— hay que colocarles un comisario político.

Este diálogo, que transcurría en medio de una fiesta y que reflejaba una fanfarronada, tuvo testigos chilenos que no creían demasiado en la discreción policial.

Comentario de un cubano descontento: «Con los marineros no hay problema. A ellos se los maneja con la punta del dedo. A los oficiales, en cambio, hay que colocarles un verdugo...».

En el barco, en la víspera de partir, había ambiente extraño. Los muchachos estaban golpeados, abrumados por la experiencia, como si se hubieran asomado en Cuba a un futuro sombrío que esperara inevitablemente a Chile.

Le había aconsejado al capellán que conversara con Zacchi, el internuncio, que tenía una visión positiva del proceso cubano. El capellán lo había hecho, pero no parecía muy contento de la entrevista.

Para los jóvenes, el golpe de gracia había sido la actitud inquisitorial de las muchachas llevadas por Piñeiro, con vestidos nuevos, al Tropicana. El exceso de celo policial, como el diplomático, siempre produce los resultados inversos de los que se buscan.

Había una cubana a quien yo conocía, X., que se había emparejado con uno de los oficiales. Había llevado a su hija de meses al barco. De pronto se me acercó y me dijo, con su boca gruesa y su acento profundamente cubano:

—Quiero pedirle un gran favor. ¿Quiere usted ser testigo del bautizo de mi hija?

La petición me tomó por sorpresa, pero me pareció sincera y no quise negarme. Me sentí súbitamente transportado a mi adolescencia. La ceremonia se realizó en una pequeña sala del *Esmeralda*, en presencia del capellán, del oficial que se había emparejado con la muchacha, del segundo comandante del barco y de la mía. Hacía un calor insoportable. Las palabras de la ceremonia del bautismo, cuyo sentido comprendí por primera vez, me produjeron una emoción extraña, que me

formó un nudo en la garganta. Descubría el sacramento del bautismo como primer rito de iniciación de las tribus cristianas, más allá del estrecho aspecto dogmático que me habían enseñado los jesuitas. Comprendí que después de esa iniciación viene la confirmación, con su palmada aleccionadora, y la comunión, con su antropofagia simbólica.

Cumplí mi papel de testigo a conciencia. Había conocido a X., en la Rambla, en los alrededores del Habana Libre, en 1968.

—¿Qué hacen ustedes? —había preguntado ella.

—Somos escritores.

—¡Escritores! A mí me gustan las novelas, pero las novelas románticas.

—¿Qué novela romántica te gusta?

—*La amada inmóvil*.

—¿Has leído esa «novela»?

—No —había respondido la muchacha, con la más encantadora de las sonrisas—. Pero vi la película...

Tenía una cicatriz fea en la mano izquierda.

—Después de la batalla de Alegría del Pío —había dicho (y ahora me parece escuchar la entonación cálida de su voz)—, los soldados de Batista llegaron a llevarse a mi padre. Mi padre era español, comunista, y como nosotros vivíamos junto al lugar de la batalla, había ayudado a los revolucionarios llevándoles comida. Me puse delante de mi padre para defenderlo de los soldados, y me dieron este machetazo.

—¿Qué pasó después con tu padre?

—Nunca lo volvimos a ver. Los soldados de Batista lo mataron —había dicho ella, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Y tú, ¿también eres comunista?

—Yo soy católica —había dicho la joven, irguiendo la cabeza con una especie de orgullo—. Mi madre me educó muy católica. El comunismo no me gusta nada. Por eso estoy tratando de irme. Ya pedí permiso para salir.

En tres años había envejecido; la afición a las novelas románticas⁵ la había llevado en la vida a conocer el sufrimiento. Estaba orgullosa de haber conseguido hablar, después de larga insistencia, con Fidel Castro, que había ordenado darle un lugar propio para vivir.

—Lo felicito por su actitud durante el bautismo —me dijo uno de los oficiales.

—¿Por qué?

—Macanuda su actitud —insistió el oficial, con una mirada de entendimiento tácito.

Yo no entendía bien de qué me hablaba. Después me contaron que el proveedor alemán del barco le había quitado bruscamente de las manos a X. un alfiler y lo había examinado. «¡Si no es un micrófono!», había exclamado X., traicionándose. «¡E incluso tenía el cinismo de bautizar a su hija!», susurraban los oficiales.

Se bebía vino y todo el mundo estaba cansado, sudoroso, consternado. Por mi parte, hacía tiempo que sospechaba que X. tenía alguna conexión con la Seguridad. Más tarde insistió mucho en llevarnos con el cónsul a comer a casa de un supuesto tío suyo. No pude ir, pero el cónsul me aseguró que el personaje no era pariente de X. y que le había ofrecido organizarle fiestas con muchachitas. El «tío» se declaraba gran aficionado a las muchachitas y gran especialista en la materia. Era muy fácil, afirmaba;

⁵ Tenía, desde luego, cierta confusión en cuanto a los géneros, ya que la «novela romántica», que sólo había conocido en versión cinematográfica, era, en realidad, el célebre poema de Amado Nervo.

era cuestión de darles cualquier regalito. X. se mostró muy decepcionada de que yo no hubiera ido a la casa de su «tío». Sin duda que el cebo de las muchachitas estaba preparado también para mí. La Seguridad había llegado hacía rato a la conclusión de que yo no era indiferente al sexo femenino. Pero suponerme una afición tan exagerada y exclusiva, en las cercanías de mis cuarenta años, no pasaba de ser otra manifestación de infantilismo. Lo único que no hizo el astuto Piñeiro es lo más eficaz que podía haber hecho: haberme preguntado mis opiniones y haberlas discutido tranquilamente, saboreando una copa de ron, al final de las horas de oficina... Es probable que Piñeiro no supiera que yo no tenía la menor sospecha de quién era él, cuando me lo presentaron el día de mi llegada. Es probable, por consiguiente, que haya elaborado una complicada explicación para mi relativa indiferencia.

En lo que respecta al oficial del *Esmeralda*, pienso que ignoraba la posibilidad de ser policía del régimen castrista, o de ser manejado de alguna manera por el sistema de Seguridad, y de tener a la vez la fe católica del carbonero. Mi impresión es que el caso de X. era ése. Salvo que el cinismo de X. sobrepasara todos mis cálculos, lo que significaría que el oficial estaba en lo cierto. Pero creo francamente que X. continuaba admirando *La amada inmóvil*, venerando el recuerdo de su padre, héroe anónimo de la Revolución, y siguiendo al pie de la letra la instrucción religiosa que le daba su madre viuda. Era verosímil, también, que la Seguridad le hubiera prometido facilitarle aquel viaje al Canadá del que hablaba en 1968 a cambio de algunos servicios. Después habría obtenido pequeños privilegios y se habría habituado, dentro de sus ambiciones muy modestas, a la condición de colaboradora del G 2.

Después de la ceremonia del bautizo me acerqué a la sala del comandante para conocer los detalles de la salida a la mañana siguiente. Jobet me recibió en forma muy lacónica y dijo que tenía que encerrarse en su escritorio a trabajar. Supuse que redactaría un informe sobre el viaje para las autoridades navales chilenas y me imaginé muy claramente la orientación política, probablemente no explícita, de ese informe.

El oficial que había estado conmigo en la ceremonia del bautizo me invitó, entonces, a pasar a conversar a uno de los camarotes. El calor, en los espacios estrechos y oscuros del barco, era sofocante. El oficial, en mangas de camisa, se instaló junto al que parecía su escritorio de trabajo y me miró con expresión seria. Detrás de su cabeza, por el ojo de buey, se divisaban las cornisas de unos almacenes portuarios. Llegué a preguntarme si habría micrófonos apuntados hacia nosotros, pero deseché de inmediato la idea por su extravagancia. En esos días estaba intensamente afectado por la sensación de la vigilancia policial continua, que me había llegado a provocar un insomnio persistente y una dificultad física de respirar, acompañada de dolores al pecho y de la sensación de un inminente ataque cardíaco. Confieso que el barco, ocupado por esos muchachos de Valparaíso un poco regalones y por esa marinería ingenua, sonriente, resultaba para mí un perfecto oasis. Mi mayor felicidad habría sido poder zarpar en ese mismo instante, salir al mar abierto y no saber más de diplomáticos ni de policías.

—Yo estaría enteramente de acuerdo con hacer cambios profundos en Chile, al estilo peruano, por ejemplo. Creo que son necesarios —me dijo el oficial—. ¡Pero con esto no! ¡Esto para mí es intolerable!

Me miraba con intensidad, con pupilas que despedían destellos oscuros. El ojo de buey bajaba lentamente

y mostraba las rugosidades de las paredes de los almacenes portuarios.

—Nosotros vamos por otro camino —le dije.

—¡No crea! —me replicó el oficial con ojos que echaban chispas—. ¡Usted no sabe! ¡Usted salió de Chile en los primeros días, y no sabe!

Recordando mis lecturas sobre la guerra civil chilena de 1891, en la que los jefes parlamentarios del *establishment* de entonces, con ayuda de la Marina de guerra, se sublevaron contra el presidente constitucional José Manuel Balmaceda, pensé que la atmósfera dentro de la Escuadra, cuando los rebeldes se refugiaron en ella, en los primeros días de enero del 91, debe de haber sido semejante. Y, sin embargo, la rebelión del Congreso y de la Escuadra cortó entonces una de las grandes posibilidades que tuvo Chile de alcanzar su independencia económica y de desarrollarse como Estado moderno. Los caciques parlamentarios que constituyeron su Junta en los barcos no sabían que cometían, al iniciar esa revolución legalista que era en esencia una contrarrevolución, el acto de su suicidio a largo plazo como burguesía nacional, es decir, como clase dirigente legítima en una etapa de nuestra historia. Balmaceda había querido utilizar la riqueza del salitre para impulsar el desarrollo autónomo del país. Ellos, los que se habían rebelado al amparo de las tendencias parlamentarias de la Escuadra, habían sido manejados como títeres por el imperialismo inglés y habían frustrado el gran proyecto nacional de Balmaceda. La atmósfera de fronda que percibía en el barco daba motivo para más largas reflexiones...

A la mañana siguiente, día de la partida del barco, estaba citado a las ocho en punto a desayunar en la

sala del capitán. Previne a Tomás, mi chofer, de que saldríamos a las siete y media.

En esos días ocurría algo extraño con Tomás. Pilar, mi mujer, pocos días antes de regresar a Chile, mientras me esperaba en el automóvil a la salida del Ministerio de Relaciones, había visto que alguien que parecía su jefe llamaba a Tomás. Se había producido una discusión en sordina, que ninguno de los interlocutores había logrado disimular por completo, y Tomás había regresado al automóvil visiblemente contrariado. Después nos había dicho que lo iban a cambiar porque lo habían llamado a otras tareas de mayor responsabilidad. Supuse que el cambio no se produciría precisamente en los días de la visita del *Esmeralda*. Habría sido un sabotaje demasiado flagrante a mi misión, que por la falta de oficinas y de residencia no carecía de dificultades. La recepción a los marinos en el Habana Libre me había costado mil quinientos dólares, que pagué en billetes norteamericanos contantes y sonantes, sin contar el whisky y el vino chileno, puestos por mí. Sin embargo, el director de la empresa de servicios me dio a entender que el costo había sido mucho mayor y que lo habían reducido, en consideración a mí, a esa suma redonda, mucho mayor en pesos cubanos, se entiende, pero la empresa mantenía la ficción de la paridad entre el peso y el dólar. De haber tenido residencia y haber podido, por consiguiente, adquirir licores y comestibles en el Diplomercado o por importación directa, el costo habría sido, según todos los colegas que consulté, la tercera parte.

Otra de las dificultades calculadas que debía enfrentar, por el delito de ser amigo de algunas personas no incondicionales al régimen, era la del automóvil. Mi primer chofer, Agustín, se quedó dormido la mañana precisa en que yo debía ir al aeropuerto a despedir a Mario García

Incháustegui, que emprendía su primer viaje como embajador de Cuba en Chile.

El disciplinado y afectuoso Tomás, que se ocupaba de Pilar y de mí con verdadero cariño, que siempre estaba mucho antes de la hora listo en su sitio, pasándole un trapo al Alfita, que brillaba por todos lados, o leyendo el *Granma*, no se veía por ninguna parte ahora que yo debía ir a despedir el barco. Al parecer, se trataba de hacerme fallar siempre en las despedidas.

Llamé a la habitación de Tomás. Lo busqué por el vestíbulo del hotel. ¡Nada! Alguno de los empleados de la portería creía haberlo visto salir con el cónsul y con el proveedor alemán del *Esmeralda* rumbo al aeropuerto.

—¡Pero Tomás debió decirle al cónsul que tenía un compromiso ineludible conmigo!

Los compañeros de la puerta no sabían una palabra de todo esto. En cuanto a Tomás, se había limitado a cumplir sin chistar las órdenes del cónsul, con lo cual la responsabilidad del incidente recaía sobre la embajada... Y a todo esto, faltaban siete minutos para las ocho. El barco ya debía de estar iniciando las maniobras del zarpe.

De pronto vi a un viejo que limpiaba un Chevrolet o un Oldsmobile mohoso y vetusto, como de comienzos de los años cincuenta.

—¿No será un taxi?

—Sí —dijo uno de los muchachos de la portería—. Es un taxi.

Corrí en dirección al viejo.

—¿Puede llevarme de inmediato al muelle número uno?

El viejo, después del esfuerzo de pasarle el trapo a su cacharro y de la sorpresa que le produjo mi interpelación, excesivamente brusca, tuvo que recobrar el aliento.

—Vamos —dijo.

Me abrió la puerta de atrás con toda parsimonia, se instaló en el asiento delantero y se acomodó, conforme con lo que parecía un antiguo ritual. Decidí que era preferible no ponerlo nervioso.

—¿Al muelle número uno?

—Al muelle número uno —respondí—. Donde está el barco chileno.

El viejo dio el contacto y el destartado automóvil, en virtud de algún milagro de la mecánica, se puso en marcha. Cuando llevábamos dos cuadras recorridas por el malecón, frente a un mar intensamente azul, en un día que se anunciaba de sol magnífico, le dije al viejo:

—Compañero, ¿podría usted apurarse un poco? Resulta que voy un poco atrasado.

El viejo hizo un gesto de asentimiento y el ruido del motor de su cacharro, de por sí muy bullicioso, se acentuó, sin que se produjera una aceleración digna del aumento del ruido. Dentro de su mutismo, subrayado por una constante carraspera, el viejo tenía una voluntad excelente. A medida que pasaban las cuadras, el automóvil agarraba velocidad, en medio de un estrépito infernal de válvulas, pistones y latas sueltas. Cuando llegamos a las proximidades del muelle, vimos a dos o tres milicianas que detenían el tráfico.

—¡Derecho! —le dije al viejo, que cumplió mis instrucciones. Le mostré a las milicianas mis credenciales y les dije que era el encargado de negocios de Chile. La misma explicación a la entrada del muelle.

A pesar de que el desvencijado Chevrolet, cubierto de abollones y peladuras poco diplomáticas, ocasionaba cierta sorpresa, hicimos, el viejo taxista y yo, una entrada veloz y triunfal al muelle número uno. Alcancé a subir al barco y de inmediato retiraron la pasarela. Se escuchaban

los sones de la banda de música en la cubierta. Llegué justo a tiempo para colocarme entre Fidel y Aldo Santamaría en el momento en que sonaban los primeros acordes de la Canción Nacional de Chile.

—En nuestros países siempre había un poeta —me dijo Fidel— que no había tenido nada que ver con la Revolución y que más tarde se subía al carro desde afuera, y componía el himno nacional.

El comentario revelaba una concepción bastante singular del rol de los poetas. Puede que Fidel pensara en alguno de sus poetas oficiales, que habían volado desde las universidades de Estados Unidos y desde otros exilios igualmente cómodos a ocupar los cargos directivos de los organismos de la cultura. Después, ante la menor sugerencia soplada desde arriba, redactaban cartas de un revolucionarismo furibundo en contra de colegas que el poder había resuelto condenar al purgatorio o al infierno. Me pareció que el menosprecio de Fidel se extendía por igual a poetas oficiales y poetas marginales, aun cuando su régimen entregaba algunas migajas en premio a la incondicionalidad de los primeros, en tanto que arrinconaba a los otros en sus covachas despapeladas y sórdidas, condenándolos al desarreglo nervioso, a la maledicencia estéril.

De todos modos, aunque sólo fuese por hacer un saludo a la bandera de la poesía, contesté el comentario de Fidel con una información:

—El autor de la letra de la Canción Nacional de Chile fue Eusebio Lillo, un poeta y político importante de nuestro siglo XIX, ministro de Balmaceda, nuestro gran presidente de fines de siglo.

Fidel, a quien el encierro en la isla causaba una inevitable pérdida de perspectivas, asimilaba a menudo de un modo abusivo el caso chileno al caso de Cuba, a

Después de mirar, en medio de numerosas mujeres y niños soviéticos, probablemente familiares de expertos residentes en Cuba, los famosos criaderos de cocodrilos que había ordenado construir Fidel Castro, fuimos en un barco hasta el balneario, un conjunto de islotes con cabañas de madera para turistas, separado de la tierra firme por una extensa laguna. Yo insistía en mi deseo de regresar pronto a La Habana, pero a Duque lo había dominado una súbita lentitud, una pachorra completamente impenetrable, impermeable a cualquier requerimiento mío. «¡Claro!», pensé, «¿qué interés van a tener en que siga conociendo sus problemas del azúcar?». Pero todavía no me imaginaba que conocieran mi informe sobre la zafra de aquel año, enviado al Ministerio de Relaciones de Chile a comienzos de enero. Ahora, con la malicia que adquirí precisamente allá, no me extrañaría nada que Duque ya hubiera leído, mientras se ocupaba de mostrarme cocodrilos durmiendo la siesta, una copia de ese oficio confidencial que había resumido mis noticias y apreciaciones sobre la zafra de 1971, la primera que se realizaba después del bullado fracaso de los diez millones.

Después de un almuerzo en el restaurante del balneario que no habría merecido ni un desplazamiento de un kilómetro, Duque me condujo a una de las cabañas para que *descansara*. Yo no tenía el más mínimo interés en descansar. Quería que volviéramos de inmediato. Pero Duque, súbitamente idiotizado, sonreía. Conseguí después de mucho que nos desplazáramos de la cabaña a las instalaciones centrales del balneario. Alguien dijo allí que podía conseguirnos una lancha. Recuperé el optimismo. «¿No quieres un café, un jugo?», proponía Duque. ¡No! ¡De ningún modo! Sólo quería volver inmediatamente. ¿Qué hacía en Huamá, sin haber preparado siquiera mis

maletas en La Habana, sin haber hecho entrega de la oficina a mi sucesor, sin haberme despedido de mis amigos? Pero Duque bebía un café y tomaba asiento en una terraza, con la panza al sol, hablando de los asuntos más triviales.

La lancha prometida apareció por fin. Tenía su línea de flotación bastante hundida y el casco en pésimo estado, pero quizás fuera capaz de transportarnos a través de la laguna hasta nuestro automóvil. Subimos con Duque, el ayudante y alguien del balneario que se encargaría de conducir la lancha. El motor, después de varias tentativas, se puso en marcha con un ruido cascarriento. Avanzamos algunos metros por la laguna y la lancha se detuvo. El encargado de la embarcación, que empezaba a hacer agua, dijo entonces que el motor no tenía remedio. Remamos hasta la orilla y nos bajamos. Duque, entretanto, mantenía su aire de indolencia impertérrita. El pequeño barco colectivo que nos había traído se acercaba en aquel momento, raudamente, al desembarcadero. Se resolvió sin mayores vacilaciones que regresaríamos en él. Yo ya había decidido atender menos a la velocidad que a la seguridad. Por mi cabeza había pasado, fugazmente, la idea de perecer ahogado en esa laguna, devorado quizás por los cocodrilos.

Duque recobró su dinamismo en forma súbita y recorrió los ciento cincuenta y tantos kilómetros del camino de regreso con el acelerador del Chevrolet Impala apretado a fondo. Caía la tarde y el camino, que ondulaba a lo largo de las orillas de la costa, estaba lleno de camiones. Duque los adelantaba a ciento sesenta kilómetros por hora, sin retirar el pie del acelerador ni un solo centímetro. No cruzábamos palabra. Si él hubiera querido fabricarme un accidente, su vida habría corrido tanto peligro como la mía. Pero de hecho enfrentábamos un peligro muy grave: él pasaba los largos camiones con un

mínimo de visibilidad, afrontando el riesgo de encontrar cualquier vehículo en sentido contrario.

Después, cuando tuve el cuadro completo de aquel fin de semana, pensé que su propósito, o el propósito que alguien le había dictado, consistía en someterme a una tensión nerviosa intensa. Alguien, obedeciendo a determinadas razones y utilizando ciertas técnicas perfectamente estudiadas, procuraba ablandarme antes del encuentro decisivo, que ya debía de estar previsto para aquella noche. Yo no sabía ni podía saber nada, pero la intuición me aconsejó que mantuviera la mayor calma posible, sin excluir tampoco la apariencia de la calma.

Miraba el paisaje de lomas suaves, palmeras, cañaverales y el cielo azul, y recordaba el emocionado entusiasmo de Lezama Lima: «¡Este es el paisaje más hermoso de la tierra!». De este modo procuraba olvidarme de la velocidad insensata del Chevrolet, sin demostrar nerviosismo ni insistir demasiado en reducir la carrera, imaginándome que paseaba en un coche de caballos, medio siglo atrás, por la finca descrita en *Paradiso*.

Supongo que Duque terminó por cansarse de sus proezas de velocista. Nos detuvimos en un café repleto de camioneros; allí se podía colocar una moneda en el mostrador y recibir una taza, como en cualquier café del mundo. Tuve en ese minuto la impresión alucinante de que todas mis observaciones sobre la escasez cubana eran falsas, producto de un prejuicio obstinado y perverso.

El resto del viaje lo hicimos a una velocidad más normal, llegando a La Habana después de las ocho de la noche. Me despedí de Duque en la puerta del Habana Riviera y su ayudante me acompañó para que le entregara la radio de onda corta que Duque me había prestado a comienzos de mi estada. En el vestíbulo del hotel divisé a tres amigos que

me esperaban sentados, con expresión de intensa ansiedad, y que al verme se pusieron de pie, como impelidos por un resorte, y se acercaron haciéndome señas discretas. Les dije que subiéramos a mi *suite*. El compañero subía conmigo para que yo le hiciera entrega de la radio de Duque.

El ayudante se despidió cortésmente y se retiró. Cerré la puerta y regresé a la sala. Mis amigos empezaron a hacer morisquetas frenéticas, señalando los micrófonos invisibles, y me entregaron un papel que decía lo siguiente: «Heberto y Belkis están presos desde ayer. No conocemos los motivos de la detención. El departamento está sellado por el Ministerio del Interior».

Quemamos el papel, lo tiramos por el escusado y hablamos de las bellezas del balneario de Huamá, de los preparativos de mi viaje. Mis amigos³ estaban pálidos, devorados por la angustia. Golpearon a la puerta y entró Pablo Armando desgredado, deshecho por sus nervios. Yo tenía que conversar un momento con mi sucesor y con el cónsul, que finalizaban los preparativos de una valija diplomática en esa oficina tórrida, con el aire acondicionado roto y sin ventilación natural, donde me había quemado las pestañas durante tres meses y medio.

Regresé a mi habitación y también había llegado Y., el joven revolucionario que había querido, en la culminación de su borrachera, acusarnos a Cristián Huneeus y a mí como agentes potenciales o vocacionales, si se puede emplear la expresión, de la CIA. ¿Estaba arrepentido? ¿Llegaba en cumplimiento de una misión policial? ¿Procuraba reconquistar posiciones en el gobierno, después de su fracaso en un alto cargo? Me dijo que necesitaba hablar

³ Supe después que uno de ellos había llamado por teléfono a Pilar, a Santiago, y le había hablado del buen tiempo y de la garúa. Era una advertencia, y Pilar, que lo comprendió así, no quedó tranquila hasta recibir noticias mías en forma directa.

conmigo, y yo, a falta de una demostración tangible en contra, preferí continuar creyendo en su buena fe.

Mi *suite* se había llenado de gente, incluyendo a dos o tres personas que aún ignoraban lo de Padilla, entre ellos el escritor y profesor chileno Carlos Santander, y salimos con Y. a conversar al corredor. Le dije que estaba muy deprimido por el caso de Heberto: sus contactos conmigo seguramente lo habían perjudicado y yo no estaba en condiciones de hacer absolutamente nada por él.

—Ya sabes —dijo Y.—. Así son las cosas.

Me preguntó si últimamente había notado algo raro. Alguien asomó en ese momento la cara por una de las puertas que daban al corredor y guardamos silencio.

—No sé —le dije, una vez que se hubo cerrado la puerta—. Aquí no he notado nada.

Pero le conté la extraña cita del día anterior y el paseo inútil que me había ocupado todo el domingo.

—Me imagino que no querían que supieras lo del apresamiento de Heberto.

Y. hizo un gesto de incertidumbre:

—Probablemente todo eso se organizó para registrar tu habitación con calma.

Recordé que el nuevo encargado de negocios y el cónsul con su esposa también habían salido la noche anterior, invitados por una pareja cubana que los visitaba y agasajaba con sospechosa asiduidad. Es decir, la pista había permanecido libre durante horas para revisar las habitaciones de toda la embajada chilena. Sólo había quedado la cuidadora de los niños del cónsul —el mayor tendría dos o tres años de edad—, pero el detalle podía revelar, seguramente revelaba, que ella también pertenecía al sistema...

Acordamos que mis amigos se reunieran en casa de César López y me esperaran allá para despedirnos. Yo lle-

garía, apenas me desocupara, por tarde que fuese. Mientras María Dolores y las dos chilenitas me ayudaban a preparar las maletas, sonó el teléfono de la pieza 1813, que correspondía a un dormitorio desocupado de mi *suite*. La voz de Meléndez me anunció que el ministro de Relaciones Exteriores necesitaba con urgencia conversar conmigo, a las once de la noche. ¿Dónde estaría yo a esa hora?

Le contesté que esperarí la llamada en mi habitación o en la del cónsul. Me despedí de las muchachas y bajé un momento a pasear por el vestíbulo del hotel. Como todos los sábados y domingos a esa hora, estaba lleno de una multitud abigarrada, festiva, que ocupaba el espacio con el espíritu de los paseos en las plazas de provincia. Entré al bar y el corresponsal de France Presse, que estaba en compañía de una amiga, me preguntó si era efectivo que habían tomado preso a Padilla.

—No lo sé —le dije.

—¿Pero a ti también te lo dijeron?

—Sí —le respondí.

—Entonces ya puedo largar la noticia —dijo—.

Aclarando que aún no está confirmada.

Bebimos un trago juntos y me despedí de él. Después pasé al comedor a decirles a mis colegas de la embajada que me había citado el ministro de Relaciones. A mi regreso conversaríamos.

Subí a la pieza 1813 y pocos minutos antes de las once de la noche sonó el teléfono. Meléndez decía que me estaba esperando abajo.

Entramos al Volkswagen color beige de Meléndez, el mismo que me había llevado al encuentro de Fidel en la primera noche de mi llegada. Nos siguió mi Alfa Romeo conducido por Isidoro.

El edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores, similar con sus columnas griegas y su pesadez neoclásica a todas las mansiones de millonarios de América Latina —había pertenecido, en efecto, a un magnate azucarero—, tenía tres o cuatro ventanas iluminadas en aquella noche de domingo. Había dos Alfa Romeo estacionados a un costado de la entrada. En la sombra alcancé a distinguir el bulto de algunos soldados armados con metralletas.

Mi ayudante de Protocolo, que me atendía a menudo, me llevó al salón de espera de los diplomáticos. Después de la lectura del papelito en mi habitación del hotel, me imaginaba bien la naturaleza de esta intempestiva llamada. Estaba extenuado, deprimido, pero durante los tres minutos de espera tuve tiempo de acumular energías y de adquirir calma. Se abrió la puerta y el ayudante me condujo a la sala del ministro.

En el centro de la sala, de pie, vestidos ambos de verde olivo y con pistolas al cinto, estaban el comandante Fidel Castro y el canciller Raúl Roa.⁴ Fidel me indicó un sitio en un sofá y se sentó en un sillón a mi izquierda. Roa siempre había sido cordial conmigo y nos tuteábamos con soltura, pero ahora estaba extremadamente seco y tenso. Según los apuntes que hice tres o cuatro días después, yo había entrado al edificio del ministerio exactamente a las 11.25 de la noche. Trataré ahora de reproducir esa entrevista, que conservo grabada en la memoria, aun cuando me podría fallar uno que otro detalle.

⁴ Después Raúl Roa le dijo en Ginebra a Vicente Girbau, amigo común, editor y funcionario internacional de nacionalidad española, que él iba con corbata y traje azul oscuro. «Dile a Edwards que se equivocó», le dijo. No sé si hablaba en broma o en serio. El caso es que la memoria tendría que traicionarme mucho. Salvo que haya querido desmentir un detalle para confirmar, precisamente, todo el resto.

—Usted recordará nuestra conversación de la primera noche —dijo el primer ministro.

—¡Por supuesto! —le respondí.

—Esa noche yo simpatiqué mucho con usted. Me gustó esa primera conversación y fui, como usted recordará, muy deferente. Pero ahora tengo que decirle que nos habíamos equivocado con respecto a usted. ¡Porque usted demostró ser una persona hostil a la revolución cubana! ¡Y hostil a la revolución chilena! Usted fue rodeado desde el primer día por elementos contrarrevolucionarios, enemigos de la Revolución, interesados en darle una visión negativa de la situación cubana, que usted después iba a transmitir a Chile. Todo eso lo supimos de inmediato. Como usted comprenderá, habría sido una estupidez nuestra no vigilarlo. Hemos seguido en detalle cada uno de sus encuentros, de sus pasos, de sus conversaciones. Yo ya estaba muy bien informado sobre usted cuando llegó el *Esmeralda*, y habrá notado que hice visible mi disgusto al darle la mano en la cubierta del barco. Ahora, después de la actitud amistosa que tuve con usted el día de su llegada, no quería dejarlo irse sin expresarle mi profundo desagrado por su actuación. En rigor debimos haberlo declarado persona no grata, pero no quisimos hacerlo por tratarse de nuestras relaciones con Chile. En todo caso, ha de saber que ya le transmitimos nuestra opinión a Salvador Allende.

Fidel parecía dispuesto a dejar constancia de su molestia y a dar por terminada la conversación. Suponía, me imagino, que la noticia de que se me había acusado ante Allende sería para mí un golpe definitivo, abrumador. Creo que su confianza equivocada era un reflejo, en el fondo, de su ignorancia de Chile y de la vida chilena. En Chile se puede sobrevivir incluso en la Administra-

ción pese a la enemistad del jefe del Estado.⁵ Uno de los resortes claves de nuestro sistema institucional, tan comentado en el mundo después del acceso al poder de Allende, pero comentado siempre o casi siempre con superficialidad, es la no reelección inmediata de los presidentes de la República. Nuestros legisladores sabían que el poder corrompe, y legislaron en forma consecuente con esta idea. Pero Fidel, que pretendía haber estudiado bien a Chile, olvidaba esta verdad esencial de la vida política chilena.

Aproveché la primera pausa que me ofreció su monólogo y dije:

—Primer ministro: yo no creo haberme dejado rodear por un grupo de contrarrevolucionarios, como dice usted. Antes que un diplomático soy un escritor, y aquí me he reunido con los escritores cubanos que conocía, que eran mis amigos desde antes, desde que vine invitado por la Casa de las Américas en enero de 1968, y en algunos casos desde mucho antes. Estoy convencido de no haber estado con ninguno que sea un contrarrevolucionario, un agente del enemigo. Otra cosa es que tuvieran opiniones críticas sobre el momento actual de la Revolución; pero, entre un intelectual que formula críticas al régimen y un agente del enemigo, de la contrarrevolución, hay para mí una diferencia muy clara.

Fidel escuchaba con gravedad. De pronto, exaltado, me interrumpía en tono abiertamente agresivo. A pesar de eso insistí en mi explicación y él, llevado quizás por la curiosidad de conocer mi versión de las cosas, terminó por dejarme hablar.

⁵ Frase escrita, de acuerdo con las fechas anotadas en mis cuadernos, en abril de 1972, es decir, un año y medio antes del golpe militar.

—Con respecto a mi supuesta hostilidad hacia la revolución cubana —continué—, puedo decirle, primer ministro, que las principales dificultades que he tenido en mi carrera diplomática han derivado, precisamente, de mi adhesión a la revolución cubana. En 1965 y 1966, después de la ruptura de relaciones, en momentos en que usted atacaba violentamente al gobierno de Frei, yo era el único diplomático sudamericano en París —en esa época era primer secretario en la embajada de Chile— que mantenía contactos con la embajada de Cuba. Se produjo la intervención norteamericana en Santo Domingo y firmé el manifiesto de los intelectuales cubanos. Mi firma apareció en *Le Monde*, y eso no le gustó mucho, como usted podrá suponer, a mi jefe, el embajador del gobierno freísta. En esos años acepté una invitación de la Casa de las Américas y viajé a Cuba a comienzos del 68, estando rotas las relaciones diplomáticas ente Cuba y Chile y siendo yo funcionario de carrera en la diplomacia chilena. Es cierto que Gabriel Valdés, nuestro ministro de Relaciones Exteriores de entonces, aprobó mi viaje; pero no por eso dejé de causarme grandes dolores de cabeza. Mis jefes inmediatos miraron el viaje con muy malos ojos y sufrí un retraso en mi carrera por ese motivo. En todos aquellos años colaboré con la revista *Casa de las Américas* y mantuve correspondencia con su dirección. ¿Cómo decir entonces que he sido hostil a la revolución cubana?

Miré de reojo a Raúl Roa, que me observaba con seriedad, en profundo silencio. Su trato conmigo había sido siempre muy cordial. Por eso presentí, ahora, que la escena resultaba más desagradable y quizás más peligrosa para él que para nadie. No supe, y probablemente no sabré nunca, qué madeja de reflexiones y reacciones provocaron en él mis palabras. Fidel, en cambio, me seguía con

una expresión vivaz, que no conseguía ni pretendía ocultar nada.

—Pues bien, primer ministro —proseguí—. Tengo que explicarle lo que le sucede a un chileno de buena fe, que no ha escatimado su simpatía por la revolución cubana, y que llega hoy a Cuba como representante de la Unidad Popular de Chile. Un chileno lee en la realidad de hoy de Cuba una de las posibilidades del porvenir de su país. Ahora bien, para hablarle con absoluta franqueza, creo natural que este futuro, tal como puede descifrarse en la realidad cubana de hoy día, no le guste. Tampoco les habría gustado ese futuro a ustedes si hubieran podido anticipar, en 1959, lo que sería Cuba en 1971. Si, por ejemplo, ya hubieran transcurrido doce años de Revolución en Ecuador o en algún otro país de América Latina y ustedes hubieran encontrado en él la situación que yo he encontrado en Cuba ahora... Porque recuerdo muy bien las predicciones que hacían ustedes, hasta los años 66 o 67, sobre la economía cubana en 1970. Ustedes anunciaban un auge industrial espectacular, que iba a terminar con todo tipo de dependencia económica; un aumento sensacional de la producción agrícola; decían que Cuba exportaría café, que ninguna zafra a partir de 1970 bajaría de los diez millones de toneladas de azúcar...

Fidel se puso de pie, intensamente irritado:

—¡Y usted no conoce las dificultades que ha tenido Cuba! ¡Usted no sabe que hemos estado sometidos a un bloqueo implacable, con el imperialismo más feroz que conoce la historia a ochenta millas de nuestras costas! ¡Acaso no sabe usted que el imperialismo yanqui, cuyo solo deseo es destruirnos completamente, acabar para siempre con la revolución cubana y con lo que ella significa como ejemplo para todos los pueblos del mundo, es el imperialis-

mo más rico y más poderoso que ha existido nunca!

—¡Lo sé muy bien! —le dije—. Por eso mismo no quisiera que Chile pase por la misma experiencia.

—¿Y usted cree que la experiencia chilena es muy fácil? —me interrumpió Fidel—. ¿Usted cree que la reacción chilena no se organiza, con ayuda directa del imperialismo? ¿No ha oído hablar usted del Plan Djakarta? Allende hasta ahora sólo ha conquistado el gobierno, pero eso significa llegar nada más que a los primeros contrafuertes del poder. Cuando se trate de conquistar el poder, el enfrentamiento será inevitable...

En otras palabras, la revolución chilena todavía estaba por hacerse. El proceso electoral, nuestra originalidad histórica, no era más que un preludio, un accidente en apariencia favorable, aun cuando podía revelarse como un arma de doble filo. Allende no tenía más alternativa que radicalizar el proceso, conduciéndolo al punto de ruptura, o empantanarse en las aguas movedizas de la legalidad. Vale decir, Fidel, al tranquilizar a los miristas antes de septiembre del 70, le había permitido a Allende jugar su carta electoral; pero esto no significaba que Chile hubiera descubierto la fórmula de una transición pacífica al socialismo. ¡Lejos de eso! La situación chilena no había llevado precisamente a Fidel a revisar sus teorías, como pensaban algunos, con toda ingenuidad, sino más bien a elaborarlas y confirmarlas de otra manera. Recordé la frase de nuestra primera conversación: «Si necesitan ayuda, nos la piden. Seremos malos para producir, ¡pero para pelear sí que somos buenos!».

Más tarde, durante la visita a Chile, se creyó en los primeros días que Fidel verdaderamente había cambiado.

Bastó la manifestación de las «cacerolas vacías», bien sazonada por una campaña de insultos a su persona

en la prensa derechista, para que el Comandante, que había mostrado en sus actuaciones públicas su aspecto más conciliador, cambiara en noventa grados. Pasó la noche de la manifestación junto a su metralleta, en compañía de su guardia armada, esperando con exasperada impaciencia que el gobierno chileno, dentro del espíritu internacionalista de la revolución latinoamericana, le pidiera ayuda. Pero Allende mantuvo la cabeza fría y Fidel descubrió a la mañana siguiente, con gran escándalo por su parte, que un general del Ejército regular dirigía el estado de emergencia. ¡Chile no tenía remedio! En el Estadio Nacional, mientras algunos miembros del público se retiraban, agobiados por la inusitada extensión de los discursos, Fidel confesó que se iba de Chile más «radical» y más «revolucionario» que nunca. Quiso demostrarlo invitando poco después y recibiendo en persona en el aeropuerto de Rancho Boyeros a Miguel Enríquez, el jefe del MIR.

En buenas cuentas, Fidel parecía no creer, a pesar de ciertas indicaciones de lo contrario, en las posibilidades reales de la vía chilena; y lo más grave del caso, como se había visto a propósito de la manifestación de las carcerolas, era que esa falta de confianza suya podía crearle a la vía chilena problemas adicionales. En el film de un diálogo con Allende reconoció que su viaje de Cuba a Chile había sido un viaje «de un mundo a otro mundo», pero en sus actitudes no demostró haber sacado todas las conclusiones de esta afirmación, que implicaba, desde luego, una modestia bastante difícil.

Como diplomático chileno, y como diplomático acusado de hostilidad a la revolución cubana, no me pareció que mi papel fuera trenzarme en una discusión teórica. Preferí volver al tema de mi relación con los es-

critores disidentes, que era el cargo más concreto que esgrimía contra mí en esa conversación singular, a medianoche del domingo 21 de marzo de 1971, el jefe del Estado de Cuba.

—No quise darles la espalda a mis amigos escritores —dije—: Sabía que manifestaban opiniones críticas, que sus relaciones con el régimen se habían vuelto conflictivas, pero ellos son mis colegas y mis amigos desde hace años. Es probable que haya actuado más como escritor que como diplomático. Es muy posible que después de esta experiencia y de esta conversación, que para mí quedará como algo muy importante, deje la diplomacia y me dedique de lleno a la literatura. Nada me gustaría más. Reconozco que en Cuba he sido un mal diplomático. Pero tengo una disculpa: las verdaderas relaciones entre Cuba y Chile se han llevado en Santiago. Mi presencia aquí sólo ha sido simbólica. Insisto, además, en que mis amigos escritores, por muchas críticas que hayan hecho de la situación actual, no son gusanos ni contrarrevolucionarios. Por otra parte, me vi con escritores de todas las opiniones, no sólo con los más críticos.

—Eso es cierto —interrumpió Fidel—. Sabemos que también estuvo en contacto con escritores del lado nuestro.

Yo había observado que era muy frecuente en Cuba que se demostrara, por algún medio, la eficacia de la vigilancia policial. El librito sobre el caso del diplomático mexicano, el programa de televisión sobre Olive, la intervención del periodista dominicano que se confesaba en público agente doble, eran manifestaciones de esta misma tendencia. Con su última frase, Fidel, además de revelar una vez más la eficacia de su sistema de Seguridad, exhibía su conocimiento personal de mi «caso»,

puesto que el asunto mío, por increíble que pareciera para un pacífico ciudadano de Chile, se había convertido en un «caso» dentro de un país socialista...

—Pero tomemos el ejemplo de Heberto Padilla —dije entonces—. Su crítica siempre se situó dentro de la izquierda. Él me decía que, cuando me fuera de Cuba, la Revolución empezaría a crecer para mí con la distancia, tal como había ocurrido con otros amigos suyos. Me habló de un período de trabajo voluntario que hizo en un proyecto de cítricos, hace alrededor de un año. El jefe del proyecto era, según él, un ejemplo de revolucionario. Quería que su grupo estuviera bien, en buenas condiciones materiales, y hasta había diseñado los muebles en las salas de estar y los dormitorios del proyecto. Incluso se preocupaba de que hubiera jugo de naranjas todas las mañanas en el desayuno. Y al mismo tiempo era un teórico excelente, un gran lector. Padilla me citaba ese caso en contraste con el de otros que piensan que la incomodidad, el descuido de los detalles, pueden ser reemplazados con frases altisonantes...

—¡Muy bien! —exclamó Fidel, a quien la mención de Padilla parecía producir franco disgusto—. ¡Está muy bien! Pero ha de saber usted que Padilla es un mentiroso. ¡Y un desleal! Y además, y además —subrayó Fidel, levantando el dedo índice y mirándome a los ojos—, tiene *ciertas* ambiciones.

Guardó silencio después de esta frase, como para dejarme tiempo para sacar todas las consecuencias. La verdad es que Padilla era muy aficionado a sugerir la existencia de misteriosos vínculos entre él y algunos poderes secretos. Me había dado a entender en más de una ocasión que él conseguía flotar con cierto éxito gracias a la lucha de corrientes que había en el interior del gobierno.

Matizaba estas insinuaciones con carcajadas estruendosas y satisfechas.

A este respecto, siempre pensé, y sigo pensando, que los devaneos de Heberto no pasaban de ser un juego vanidoso. La última frase de Fidel, sin embargo, me intrigó. Confirmaba, desde luego, que había a comienzos de 1971 una lucha subterránea de facciones por el poder. ¿Había tomado parte Heberto, de alguna manera, en esta lucha? ¿Qué versión fantasmal de las cosas había sido transmitida a Fidel? ¿Y cómo se había utilizado mi actuación, los contactos de Heberto conmigo, facilitados en un momento por una mano oculta que disponía del poder suficiente para asignar habitaciones en el Habana Riviera, lo cual significaba en aquella época, en Cuba, mucho poder? La lista de los misterios de este libro, para los cuales sólo puedo proponer soluciones hipotéticas, ya es bastante larga. El hecho es que sabía hacía un par de horas que Heberto estaba preso y traté, por convicción y por simple amistad, sin hacerme mayores ilusiones, de ayudarlo.

—Yo le insisto en una sola cosa, primer ministro —dije—. Estoy convencido de que Heberto Padilla no es un agente de nadie. Es un hombre difícil, si usted quiere: caprichoso, con un sentido crítico agudo. Pero nunca ha dejado de ser un hombre de izquierda, y lanzaba sus críticas desde la izquierda. Por lo demás, la relación entre los escritores y el Estado ha sido siempre conflictiva. No puede ser de otra manera. La razón de Estado y la poesía se contradicen. Platón escribía que había que escuchar las bellas palabras de los poetas, coronarlos y ponerles ungüentos, y llevarlos al día siguiente fuera de los muros de la República. ¡Él ya pensaba que si permanecían dentro sólo causarían complicaciones! Sin embargo, la afirma-

ción de Platón tenía una intención irónica, puesto que él además de filósofo era poeta. Y el socialismo tendrá que aprender a convivir con los escritores. Esto es importante para los escritores, pero es importante también, y quizás más, para el socialismo.

—¿Y usted cree que hay verdaderos poetas en Cuba? —preguntó el primer ministro.

Él parecía abrigar serias dudas al respecto, pero no se consideraba la persona más indicada para pronunciarse. No porque no confiara en su propio juicio crítico —sospecho, por el contrario, que era el único juicio en que confiaba—, sino porque no quería correr el riesgo de que una opinión suya demasiado general y más bien negativa sobre la literatura cubana fuera citada después por mí.

—Ya sabemos que ahora se ha puesto de moda en Europa —dijo—, entre los que se llaman intelectuales de izquierda, atacarnos. ¡Eso no nos importa! ¡Esos ataques nos tienen absolutamente sin cuidado! Hasta ahora no habíamos tenido tiempo en Cuba, frente a una inmensidad de tareas revolucionarias que exigían nuestra atención inmediata, de preocuparnos de los problemas de la cultura. Pues bien, empezaremos a trabajar en serio en la creación de una cultura popular, de una cultura del pueblo y para el pueblo. El grupito de los escritores y de los artistas burgueses que hasta ahora ha actuado y hablado tanto, sin crear nada que valga la pena, ya no tendrá nada que hacer en Cuba. Mire usted: todos los países socialistas han llegado en algún momento de su desarrollo a la etapa que iniciamos ahora. La Unión Soviética antes y hace poco China, con la revolución cultural... No hay ningún país socialista que no haya pasado por una etapa así, una etapa de suplantación de la vieja cultura burguesa, que siempre lograba sobrevivir después de la Revolución, por la nueva

cultura del socialismo. El paso es difícil, pero, como le digo, los intelectuales burgueses ya no nos interesan. ¡No nos interesan nada! Yo habría preferido mil veces que Allende, en lugar de mandarnos a un escritor, nos hubiera mandado a un obrero de una mina...

Fidel no quiso mencionar expresamente a Stalin, pero sugirió con toda claridad, quizás para amedrentarme, y para amedrentar, por mediación mía, a mis amigos cubanos, que la política cultural de la Revolución ingresaba en un período estalinista. Conocía las críticas que esto suscitaría en Europa, precisamente entre los intelectuales que antes habían apoyado con entusiasmo a Cuba, y declaraba de antemano que ellas no alterarían su línea en un ápice. Sabía, por lo demás, que esas críticas ya habían comenzado; ahora optaba por tomar la iniciativa y precipitar él la ruptura. El gran pretexto, como siempre, era la necesidad de sentar las bases de una cultura proletaria. ¿Por qué no había enviado Allende a un obrero de una mina? Pensé que un obrero chileno del cobre, un obrero de Chuqui o de El Teniente, habría tenido decepciones más graves que las mías al ver el ausentismo, el trabajo voluntario convertido en imposición, en horas extraordinarias sin pago, las caras largas, sombrías, en las colas de la Habana Vieja, entre el pavimento ruinoso de las calles, los muros descascarados, los vidrios de las ventanas rotos. Pero yo no podía ser insultante, aunque Fidel lo fuese; tenía que mantener la discusión en otro terreno.

—Es cierto que existe una moda izquierdista —dije—, pero yo, personalmente, he sido bastante reacio a seguir las modas políticas y literarias.

A Fidel lo desconcertaba la sangre fría de mis respuestas, y el tono de la conversación, a pesar de su agresividad, había empezado a cambiar. Aproveché ese momento

para llevar el diálogo a un terreno más personal. Hice una síntesis de mi formación, a fin de explicarle cómo había llegado por una evolución natural, orgánica, ajena a las tendencias intelectuales de moda, a posiciones de izquierda. Mi rechazo de la educación jesuítica, que Fidel también experimentó, había encontrado a través de lecturas de adolescencia una formulación intelectual. La refutación de las pruebas de la existencia de Dios, explicadas por mis profesores de apologética, me había llevado a perder la fe religiosa.

—Es raro perder la fe por un proceso puramente lógico —interrumpió Fidel.

—Había un rechazo del catolicismo, al menos como se enseñaba y practicaba en aquella época, que no era lógico, sino instintivo, pero la argumentación de los filósofos modernos le daba a ese rechazo una coherencia racional. Creo que mi motivación más fuerte, después, fue un sentimiento de nacionalismo latinoamericano. Realicé mi primer acto político cuando me incorporé al desfile de protesta por la invasión de Guatemala, en 1953 o 1954.

—Usted debe de haber sido muy jovencito, entonces —dijo Fidel en un tono sorprendido y casi amistoso.

Yo sonreí.

—Más tarde, como ya le dije, seguí de cerca, con gran entusiasmo, la revolución cubana. Después del XX Congreso del partido soviético, en plena desestalinización, me pareció que Cuba daba el ejemplo de un socialismo diferente. Ese ejemplo exaltó a muchos de nosotros. Es cierto que el período del que usted habla, que usted ve ahora como un desarrollo necesario de la revolución cubana, se ha repetido en todas las experiencias del socialismo. Pero esto no significa que sea inevitable ni, desde luego, deseable que se repita. ¡Por el contrario! No pode-

mos renunciar a la búsqueda de otro socialismo. Ese, precisamente, es el sentido del camino chileno. Marx buscó una liberación integral del hombre: ningún socialista auténtico, de buena fe, podrá abandonar ese ideal de Marx sin caer en el pesimismo más negro. Recuerde usted que toda la construcción intelectual de Marx tendía a disolver el aparato represivo del Estado. Una de sus primeras preocupaciones fue la paz europea. Era una época de guerras nacionales, y Marx, que conocía bien el Estado prusiano, había llegado a la conclusión de que los principales causantes de las guerras eran los estados burgueses, con sus aparatos represivos que entraban en pugna, en lucha por el poder y la expansión territorial. Marx concibió la dictadura del proletariado como una etapa histórica esencialmente transitoria, que iba a llevar al final, cuando todos los residuos burgueses hubieran sido destruidos o asimilados por la clase trabajadora, a la disolución del Estado y, en consecuencia, a la paz entre las naciones. La dictadura del proletariado tenía que ser mucho menos represiva que la dictadura de la burguesía, que en tiempos de Marx era completamente inhumana, feroz; iba a ser la dictadura de la inmensa mayoría, que reemplazaría a la dictadura de una minoría ínfima...

—Tal como lo concibió Marx —dijo Fidel—, el socialismo debía de triunfar primero en los países más desarrollados de su época: en Alemania y en Inglaterra. El socialismo de Marx estaba pensado para aplicarse en los países industriales más avanzados de su tiempo. Los obreros de las fábricas iban a tomar el poder y la propiedad de los medios de producción. La experiencia histórica del socialismo ha sido diferente. Y por eso nosotros enfrentamos todos los problemas de aplicar el socialismo en el subdesarrollo. Créame que son problemas muy graves,

y que ustedes mismos tendrán también que abordarlos muy pronto.

En esa etapa de la conversación nos habíamos puesto de pie y paseábamos por la pieza. La atmósfera se había alivianado mucho. Yo le insistí a Fidel en que había actuado de buena fe, sin segundas intenciones, aunque quizás, y esto lo reconocía, sin el tacto diplomático indispensable.

—Sí —dijo Fidel en un momento dado—, lo creo. Me habría gustado haber tenido antes esta conversación. Creo que habría servido. Pero uno está siempre inmensamente ocupado. ¿Cómo encontrar un poco de tiempo? El problema es que ahora ya le mandé un recado sobre usted a Allende...

No dije una palabra. Fidel parecía pensar que la noticia de la acusación enviada a Allende me aplastaría. Me miraba de reojo, caminando a grandes zancadas por la habitación. Sin embargo, ¿qué podía hacer Allende contra mí? Podría ordenar mi traslado a Chile, cosa que no me asustaba ni me disgustaba. En cambio, ni siquiera podría expulsarme de la carrera sin un sumario administrativo en regla, aprobado por la Contraloría General de la República. ¡Sutilezas de nuestra institucionalidad burguesa! Y, si conseguía expulsarme, no podría impedirme respirar, vivir, escribir y publicar lo que me diera la gana, por lo menos en esta etapa de nuestra Revolución, una etapa que Fidel, sin la menor duda y precisamente por eso, desdeñaba y consideraba esencialmente frágil y transitoria. Al observar mi indiferencia, Fidel tuvo una reacción ingenua, salvo que haya intentado con perfecta astucia explorar un terreno que aún no se había tocado durante la conversación.

—Ya sé que a usted no le importa Allende —dijo—, pero le importa Neruda. ¡Es ante Neruda que lo voy a acusar!

Volví a sonreír. No quise decirle que ellos ya habían acusado al propio Neruda y que habían difundido la acusación por los cuatro rincones del mundo, con un despliegue de distribución que ni siquiera habían empleado contra sus peores enemigos. Fidel lo sabía perfectamente y sabía que la idea de «acusarme ante Neruda» no pasaba de ser una bravata. Durante esta parte del diálogo, mientras nos paseábamos en sentidos opuestos —él tiene el hábito de conversar caminando, y yo también— por el despacho en penumbra del ministro de Relaciones Exteriores, que nos observaba sin decir esta boca es mía, se produjo un incidente cómico. Fidel habló de la agricultura cubana y sostuvo que ya en los tiempos de la Sierra Maestra había sido el único en oponerse a una reforma agraria basada en una mera subdivisión de la tierra con apoyo en un sistema de cooperativas. Eso creaba, dijo, una clase campesina privilegiada y profundamente conservadora.

—Sin embargo, primer ministro —acoté—, yo estaba en Princeton, con una beca para estudiar política internacional, a comienzos de 1959, cuando usted hizo su viaje a Estados Unidos, y recuerdo muy bien su discurso a un grupo de profesores y alumnos de esa universidad. Usted habló allí, en inglés, de una reforma agraria que haría nuevos propietarios, cosa que demostraba, según usted, el carácter original, diferente de la revolución soviética, que tenía la revolución cubana. Y usted agregó que esa nueva clase de campesinos propietarios, al salir del atraso en que se encontraba, crearía un mercado excelente para la industria cubana y también para la industria de Norteamérica...

Fidel se detuvo bruscamente y me miró con asombro.
—Yo no estuve en Princeton —dijo, mirando a Raúl

Roa—. Estuve en Yale o en otra parte. Ya no recuerdo bien...

—Yo lo escuché en Princeton, primer ministro —insistí, imperturbable.

—¿No fue en Yale? —preguntó Fidel a Roa.

Después de un instante de silencio, Roa, que no pronunció otra frase en toda la noche, dijo:

—Fue en Princeton.

Fidel entonces me clavó la vista, con los ojos muy abiertos, con una expresión que se acercaba o pretendía acercarse a la ingenuidad juvenil, pasando del usted al tuteo.

—¡Y tú estabas allí! —exclamó.

En otro pasaje de la conversación le hablé de nuestras críticas al régimen. Le dije que en la izquierda chilena existía el hábito de una crítica muy acentuada. Era precisamente ese hábito de la crítica lo que había permitido el triunfo de la Unidad Popular. La crítica a los regímenes reaccionarios había llevado al triunfo electoral de la izquierda. Pero el hábito de la crítica no podía detenerse entre los chilenos de la mañana a la noche, por el solo hecho de que hubiera un gobierno popular en el poder. Por lo demás, los expertos chilenos que habían trabajado en Cuba habrían llevado una visión muy crítica del proceso revolucionario cubano...

—¡Pero nunca manifestaron esas críticas hacia fuera! —exclamó Fidel.

—¡Yo tampoco! —respondí—. Ni siquiera invité a los escritores a ninguna de las recepciones oficiales que ofrecí, a pesar de que los invitaban a otras embajadas. Nuestras discusiones eran estrictamente privadas y personales. No hay nada más natural que un diplomático que al mismo tiempo es escritor se junte con sus colegas literarios del país donde está acreditado. Siempre ocurre así. Los

escritores, sobre todo en América Latina, formamos una especie de familia que se conoce de un país a otro. ¿Cómo evitar que nos viéramos en Cuba? Por supuesto que hablábamos mucho, y que somos por naturaleza bastante deslenguados...

—¡Ahora me está pareciendo —exclamó Fidel, dirigiéndose otra vez a Roa —que es hasta buen diplomático!

Fidel volvía cada cierto rato al tema de los escritores, con una desazón extraña.

—¿Por qué tienen ustedes que nombrar a escritores en la diplomacia? —me preguntó de repente.

Le hablé de la tradición chilena de escritores diplomáticos y políticos: de Pérez Rosales y Blest Gana.

—Pérez Rosales participó en toda la etapa de construcción de la República —le dije—. Fue periodista, agente diplomático en Europa a cargo de la emigración alemana, colonizador en el sur, senador... Al final de su vida escribió sus memorias y produjo el mejor libro de su tiempo, mejor que las obras de los literatos profesionales. Es como si alguien que hubiera participado en la Revolución y hubiera sido ministro, hubiera estado a cargo de la agricultura en una provincia, hubiera pasado por la diplomacia, escribiera un libro basado en su propia experiencia.

—¡Y el libro resulta mejor que los de los escritores! —exclamó Fidel, que parecía entusiasmado con esta idea.

—Sí —le dije—. Pero Vicente Pérez Rosales tenía una auténtica vocación literaria, frustrada en parte por su vida de hombre de acción, y se preparó a lo largo de los años para escribir...

—Tiene que mandarme el libro —dijo Fidel—. Recuerde que me lo prometió.

Se lo había prometido, en efecto, durante los días de la visita del *Esmeralda*, y Fidel daba una nueva demostración de su sorprendente memoria.⁶

En otro pasaje del diálogo me había preguntado, con cierta sorna, si yo creía que podía escribir algo que valiera la pena.

—Nunca me he planteado así las cosas —le dije—. Trato de ser fiel a mi vocación de escritor y de escribir lo mejor posible. Quizás no escriba nunca una obra que valga la pena, como dice usted, pero el resultado no es todo. Uno escribe a partir de ciertas obsesiones personales. Cuando esas obsesiones coinciden con algunas de las grandes inquietudes de un momento histórico, el resultado puede ser una obra de arte duradera. El artista pasa en esos casos a interpretar su tiempo. Lo único que puedo asegurarle, por mi parte, es que seguiré escribiendo, bien o mal...

El primer ministro me miraba de nuevo con sorpresa, como si el tono imperturbable con el que le respondía saliera para él de todo lo previsto. Me dijo que cuando escribiera un libro que yo considerara bueno se lo enviara: ¡él me aseguraba que iba a leerlo!⁷. Después, con-

⁶ Meses más tarde, en París, almorcé con monseñor Zacchi, entonces todavía internuncio en La Habana, y le di un ejemplar de *Recuerdos del pasado* para llevarse-lo de parte mía al primer ministro.

⁷ El libro que siguió a esta conversación fue este mismo libro. Le mandé la primera edición, con una dedicatoria respetuosa que hacía referencia a este pedido, por mediación del embajador cubano en Madrid. Supe más tarde que Carlos Altamirano, el político socialista chileno, había estado en el despacho del Comandante, hablando de Chile y de otros temas, y que los ojos de Fidel y los suyos habían caído de repente, por mera coincidencia, en un ejemplar del libro, que tenía papelitos marcando algunas páginas. «Estas cosas, naturalmente, yo no las leo», dijo el Comandante, con un gesto rápido y antes de pasar a otro tema. ¡Naturalmente! Sin embargo, otras habladurías me indicaron que lo había leído con atención y hasta con vanidad, molesto por mi descripción de su rostro ojeroso, cansado, en nuestro primer encuentro. ¡Habladurías! Como suelen decir algunos amigos españoles, con ánimo escéptico y festivo: ¡no somos nadie!

firmando mi impresión sobre su desconcierto a lo largo de toda la entrevista, me dijo textualmente:

—¿Sabe usted lo que más me ha impresionado en esta conversación?

—¿Qué cosa, primer ministro?

—¡Su tranquilidad!

Me limité a levantar la vista, mirándolo a los ojos, y a guardar silencio.

Lo último que me dijo con mucha seriedad, antes de despedirse con un apretón de manos, fue que esperaba que nos encontráramos en otra oportunidad. Entendí que me quería decir, con esto, que esperaba que yo siguiera, a pesar de todo, en el campo de los amigos de la Revolución.

—Yo también espero que nos volvamos a encontrar —le dije.

Fidel me acompañó hasta la puerta y la cerró despacio. El ayudante de Protocolo me seguía esperando en el gran vestíbulo. Había entrado en la sala del ministro a las 11.25 de noche. Ahora eran las 2.45 de la madrugada, de modo que la conversación había durado tres horas y veinte minutos.

En la acera, cerca de los guardias armados, esperaba Meléndez. Seguramente había calculado que yo saldría de la sala al poco rato de entrar, demolido por la embestida del Comandante. Me acerqué con toda calma, saboreando por dentro su perplejidad, que él no conseguía disimular por completo.

—Bien, Meléndez —le dije—. ¡Adiós!

Meléndez me miró un instante, con ojos inquietos, y enseguida clavó la vista en un costado. Mi actitud parecía indicar que sus acusaciones, sus expedientes, sus cintas magnetofónicas, no habían tenido pleno éxito en

ubicarme en el sector de los «malos», en el infierno de la Revolución, cosa que escapaba a todos sus cálculos. Algo había ocurrido en el mundo que su filosofía, como la del amigo de Hamlet, no podía comprender.

—Adiós, Edwards —dijo, con la mirada torcida—. ¡Buen viaje!

Les hice un resumen de la conversación a mi sucesor y al cónsul, para el debido manejo de la embajada en el futuro. Mi sucesor me miraba con ojos fijos y redondos, pálido. No hice comentario alguno; las conclusiones debían sacarlas ellos mismos. Fidel me había revelado, en medio de la entrevista, que ya habían «estudiado» a mi reemplazante y que era, a juicio de ellos, la persona «menos indicada» para venir a Cuba: una persona que por su temperamento y sus hábitos no estaría a gusto en La Habana.

—Es un viejo funcionario —le había respondido a Fidel—, un hombre para quien la carrera lo significa todo. Tratará de actuar como un buen profesional. En consecuencia, trabajará para que las relaciones de Cuba con Chile sean las mejores posibles, puesto que su éxito profesional dependerá de eso.

—Tiene razón —me había dicho Fidel.

Era muy probable que mi explicación ayudara a mi colega; pero a éste no le dije una palabra, para no ponerlo más nervioso de lo que estaba.

Encima de mi cama había un papel. La chilena que no podía llevar a Chile a su hija cubana me pedía un trabajo en la embajada. No se había atrevido a pedírmelo antes, pero ese trabajo significaba para ella una tabla de salvación. Comprendí la angustia con que se me había acercado en los últimos tiempos. Ella también había creído ingenuamente, como muchos otros, que yo podría ayu-

darla... Llamé a la telefonista para que me despertara a las seis de la mañana e intenté dormir un par de horas. Las maletas estaban listas, junto a la puerta. El boleto de avión, el pasaporte y las llaves estaban encima de la cómoda. Miré el mar de La Habana, pensando que pasaría mucho tiempo, quizás toda una vida, sin que volviera a mirarlo, y traté de conciliar el sueño.

Siempre había en la pequeña antesala una multitud abigarrada: delegaciones que llegaban o salían; invitados de diversas partes del mundo, que a menudo emergían de la clandestinidad, incluso de una larga cárcel, para respirar el aire libre en ese aeropuerto; diplomáticos extranjeros y funcionarios internacionales. Algunas de las caras pertenecían al paisaje del aeropuerto: un funcionario de Protocolo que corría a buscarme sitio en el avión, con amabilidad profesional e imperturbable; el representante de la UNESCO, bronceado por el sol del trópico, siempre sonriente; algunos hombres de cabello corto, fornidos y de ocupación indefinida; un embajador occidental; una delegación de algún instituto de cultura que llegaba de Chile y me saludaba con imperceptible reticencia, signo inequívoco de que las acusaciones que había mencionado Fidel Castro hacía pocas horas —durante esa entrevistas que ahora, a la luz cruda del sol, en medio de esos rostros conocidos o semiconocidos, parecía irreal— habían empezado a surtir su efecto...

Entreabrí unas cortinas para mirar las calles de Rancho Boyeros, quizás por última vez, y vi a Meléndez y a Duque Estrada que caminaban juntos, al trote, como si se les hubiera olvidado algo. El hecho de que fueran juntos, y de que no hubieran pasado a despedirse de mí, no dejaba de ser motivo de reflexión. En una oportuni-

dad, Duque Estrada, que parecía querer darme las facilidades que me negaba con evasivas el jefe de Protocolo, le había dicho al director de servicios del Cuerpo Diplomático que le explicara él a Meléndez los problemas de mi instalación, todo esto a propósito de una casa que habíamos visto. De ese pequeño detalle había colegido que Duque prefería ahorrarse el trato directo con Meléndez. Ahora, sin embargo, caminaban juntos por la vereda llena de sol, a paso ligero, y evitaban ambos asomarse a la antesala donde no les habría quedado más remedio que despedirse del que aún conservaba oficialmente la investidura de ministro encargado de negocios de Chile...

El embajador de Yugoslavia y el internuncio, monseñor Zacchi, llegaron a saludarme y acompañarme un momento mientras esperaba el avión. También llegó el homónimo o casi homónimo de Stendhal, Monsieur Henry Bayle, embajador de Francia. El representante del Frente Nacional Unido de Kampuchea, que antes de ser embajador del príncipe Sihanuk en el exilio había sido aventajado estudiante de física matemática en París, también llegó y, como de costumbre, me insistió en la conveniencia de las relaciones del Frente con Chile, declaración que, pese a su brevedad, tuvo la virtud de dar un pretexto para partir al francés, al yugoslavo y a monseñor. Detrás del camboyano esperaba su turno para hablarme, en nombre de su embajador, un miembro de la embajada de la República Democrática de Vietnam.

Llamaron para subir al avión y me despedí, en el estrecho corredor que llevaba a la pista de aterrizaje, de uno de los hombres fornidos, de pelo corto, que había llegado a conocer en mis continuos viajes a Rancho Boyeros —los sitios de diversión que más conocen los diplomáticos en cada capital son los aeropuertos—, y del funcionario de

Protocolo que estaba allí de punto y que había procurado expulsarme del salón de los elegidos, quizás por espíritu de adivinación, el primer día. Mientras avanzaba por la pista, abrumado por el peso de mis maletines de mano cargados de libros y de algunas botellas de ron y de whisky, en compañía del cónsul, pensaba que había una simetría sorprendente, reveladora, entre mi llegada y mi salida por ese mismo sitio, cargado de bultos inútiles y despojado, en virtud de una decisión tácita adoptada en un sector misterioso e inaccesible del gobierno, de los favores oficiales del Protocolo.

«¡Cuídate, huevón!», fue la criolla y delicada frase final, ahogada por el rugido de los motores que se ponían en marcha, de mi amigo el cónsul. Supe que más tarde el embajador de Chile, después de dos horas de conversación con el viceprimer ministro del Interior, comandante Manuel Piñeiro, le había dicho en broma al cónsul: «¡Así que los burgueses se cuidan!». «¿Por qué?», había preguntado el cónsul. ¡El embajador aludía a la frasecilla de despedida en la escalinata del avión, repetida como muestra de nuestro incorregible espíritu de subversión por el viceministro! Pues bien, salvo que yo llevara un micrófono en la corbata, o que los mecánicos estuvieran preocupados a la vez de sostener los extinguidores a la altura de las turbinas y de leer los movimientos de nuestros labios... También es probable que alguno de los hombres de pelo corto, sin que nosotros lo hubiéramos advertido, se hubiera encontrado cerca en ese instante, y que el viceministro hubiera querido demostrar una vez más ante el embajador la eficiencia de sus servicios por medio de ese minúsculo detalle.

El asiento que me había reservado el funcionario de Protocolo quedaba en medio del avión, al lado del pasillo, junto a una pareja gorda y muy joven que me ob-

servaba con poco disimulada curiosidad. El Boeing 707 de la compañía Iberia atravesó la pista, dejando atrás las construcciones de Rancho Boyeros que yo había conocido hasta el cansancio en mis tres meses y medio de permanencia en Cuba, entre el 7 de diciembre de 1970 y el 22 de marzo de 1971. No negaré ahora, en homenaje a la verdad y aun cuando se utilice como argumento adicional en contra mía, que en el momento del despegue me dominó un sentimiento irrefrenable, gozoso, de liberación: un sentimiento ficticio, producto de mi apresurada y recalitrante ingenuidad, puesto que las ramificaciones tentaculares de la experiencia iban a continuar persiguiéndome.

Este libro debería terminar aquí, con mi salida ignorada por el Protocolo, igual que mi llegada, aun cuando ahora sabía que el olvido era deliberado y al llegar no podía saberlo, y con el momento en que el avión de Iberia se desprendió del suelo del primer territorio libre de América, para alivio, según comprobé en el transcurso del vuelo, de muchos de sus pasajeros. Debo, sin embargo, como en las antiguas crónicas, agregar una síntesis de algunos hechos posteriores, y de otros que conocí más tarde, que se vinculan con esta historia y que la complementan.

Cuando faltaba menos de una hora para llegar a Madrid, la pareja joven y obesa de los asientos de al lado, que no había cesado de observarme con intensa curiosidad, me dirigió la palabra. Ellos salían para siempre de Cuba. De Madrid volarían a reunirse con el resto de su familia en Estados Unidos.

Guardé estricto silencio. Mi ánimo no era el más propicio para hablar con los vecinos de asiento, como ha-

bría podido ocurrir en un viaje desde Chile a cualquier parte. Pero me di cuenta de que Meléndez, como última delicadeza, había ordenado a sus secuaces que me colocaran en el sector del avión reservado a los gusanos. ¡La elección del asiento suponía, pues, un juicio político!

Padilla tenía razón cuando decía que todo, en una situación como la cubana, se transformaba en política. Todo, hasta el menor chiste, hasta lo que se dejaba de decir en un momento dado, ¡hasta la elección de asiento en la clase turista de un avión! Yo había salido de Cuba, en esa forma, entre los que Meléndez consideraba mis semejantes...⁸

En el aeropuerto de Barajas, mientras buscaba, perdido en medio del gentío, la combinación para Barcelona, se me acercó un señor de aspecto atildado, de mediana edad, que utilizaba ese acento ecléctico de los hispanoamericanos que han pasado su vida en diferentes países. El señor, con actitudes de extremada cortesía, me dijo que pertenecía a Prensa Latina de Madrid y que tenía instrucciones desde La Habana de hacerme una entrevista. Le pedí tiempo para llamar primero a Mario Vargas Llosa a Barcelona, pues a su paso por Cuba me había invitado a alojarme en su casa. Mario salió al teléfono medio dormido —eran cerca de las dos de la mañana—, desconcertado: se había olvidado por completo de mi anuncio, hecho en La Habana hacía más de un mes, de que pasaría por Barcelona ese día. Después invité al enviado de Prensa Latina a beber un whisky mientras esperaba mi avión.

⁸ Después descubrí, por otra parte, que el rechazo uniforme, intransigente, de la totalidad del exilio cubano, ha sido otra forma de la sumisión al sectarismo castrista. En el exilio hay desde torturadores batistianos hasta escritores, intelectuales, profesionales, que representan lo mejor que tenía Cuba.

El enviado me hacía preguntas triviales y anotaba mis respuestas en un pequeño block de apuntes, como si nada hubiera ocurrido. Supuse que su interrogatorio era exclusivamente policial, ya que no veía qué interés podía tener Prensa Latina, a estas alturas, en hacerme entrevistas. Sin embargo, después me contaron que la entrevista se había publicado en Cuba y que en ella se contaba en forma incidental, como detalle pintoresco, mi llamada telefónica y mi vuelo nocturno a la casa de Mario Vargas Llosa en Barcelona. En los ataques posteriores contra los intelectuales que protestaron por la detención de Padilla, Mario pasó a ser una especie de chivo expiatorio. Haydée Santamaría, que me había regalado en vísperas de mi salida una magnífica caja de puros, a sabiendas, me imagino, de mis compañías perniciosas y de mi lengua imprudente, le hizo donación a Mario, en cambio, de una carta energuménica en la que sostenía que ella siempre había querido estar junto al Che, disparando cañonazos.

Subí al pequeño avión correo que hacía el vuelo entre Madrid y Barcelona a las dos de la madrugada. En el asiento de al lado había dos muchachas delgadas, pálidas, de largas botas de cuero negro y abrigos largos, que me parecieron, en esa oportunidad, la expresión más refinada y decadente de la sociedad de consumo. También había un señor que leía un periódico. Me imaginé de pronto que era un policía, y podía, en efecto, ser un policía. ¿No había policías civiles en los aeropuertos de la España franquista? El caso es que antes jamás habría pensado con esa suspicacia: en tres meses y medio había descubierto la dimensión policial del mundo, ¡había descubierto la existencia de la policía! ¡Y en el diminuto avión correo, que se bamboleaba largo rato antes de desprenderse de la losa del aeropuerto de Barajas, podía muy

bien estallar una bomba puesta por los secuaces de Meléndez!⁹.

Dos horas más tarde, a las cuatro de la madrugada, mientras Mario, en bata, con santa paciencia, escuchaba el atropellado relato de mis últimas semanas en Cuba, siguiéndome con la vista mientras me paseaba como león enjaulado por el salón de su departamento, me detuve de pronto, alarmado, y miré a los rincones. «¡No habrá micrófonos aquí!», exclamé. Mario, que no ha tenido aún el privilegio de descubrir el universo policial subyacente, soltó una carcajada. Quizás era yo el deformado por la experiencia, mientras él mantenía el equilibrio. Pero es posible, también, que el suyo fuera un estado de inocencia pre policial... Yo había mordido, entonces, el fruto del árbol del conocimiento; mi experiencia había sido equivalente, en términos contemporáneos, a la del pecado original. A nivel colectivo, todas las revoluciones hacen en alguna etapa la misma experiencia: después de la espontaneidad inocente de los primeros años, muerden el fruto pecaminoso que la serpiente de la historia les pone a la vuelta del camino, al alcance de la mano... Pero estoy hablando en forma alegórica, con lo cual compruebo que el estilo de Heberto Padilla se me ha enredado en algún recodo mental. Del Heberto Padilla anterior a la autocrítica...

Cuando leí la carta¹⁰ me pareció que estaba soñando. No fui el único a quien le sucedió eso. Pero lo extraño del asunto, para mí, era que todavía escuchaba el

9 En el libro suprimí esta frase, pero estaba en el manuscrito y la devuelvo a su sitio, así como mantengo las alusiones a la España franquista, autocensuradas a fines del año 73.

10 La carta pública de autocrítica y de acusación escrita por Padilla en vísperas de salir de la cárcel.

eco de la risa de Padilla, sus comentarios regocijados, sus invectivas a los micrófonos en medio de nuestros gestos para que se callara de una vez. La carta suscitó las interpretaciones más diversas: torturas, métodos similares a los de los procesos de Praga, una sutileza diabólica por parte de Padilla para imitar el estilo del estalinismo y enviar, de ese modo, un mensaje cifrado a sus amigos del exterior... Yo me imaginé que también lo habían hecho entrar en una habitación, de improviso, como lo hicieron conmigo en la sala del ministro de Relaciones, aunque previamente preparado en el caso suyo por algunos días de incomunicación, método que las consideraciones protocolares habían impedido seguir en mi caso, y que el propio Fidel, que acababa de anunciar en la universidad que se haría cargo personalmente del problema, había dado media vuelta, mostrando de súbito al abrumado poeta su humanidad entera, imponente, tonante y acusadora, y lo había increpado, agregando quizás un par de bofetadas, como terrible magister a la antigua. ¿Qué más tortura se podía necesitar? Después se habría invitado al poeta, cuyos nervios se hallarían en un estado fácil de imaginar, a debatir sobre la posible carta de autocrítica con uno o dos intelectuales escogidos y debidamente aleccionados por la Seguridad del Estado. Por fin se le habría dejado solo, en una habitación más cómoda que la del primer período de incomunicación, con papel y lápiz y hasta quizás, para favorecer la inspiración, una discreta provisión de tabaco.

Así se habría producido la revelación para el poeta, comunicada a sus colegas en una memorable sesión pública de la Unión de Escritores, de la primavera en una rama florida y en el canto de un pájaro frente a la ventana de la celda donde transcurría lo que podría llamarse su retiro espiritual.

Las actas de la sesión pública consignaron algunas intervenciones incoherentes. Las lenguas de los que fueron llamados al proscenio y que antes se habían soltado con facilidad en mis habitaciones del Habana Riviera, parecían en aquella circunstancia confundidas por el pánico. Un pánico probablemente injustificado, ya que los poetas tienen la costumbre de atemorizarse ante fantasmas. El fantasma podía llamarse Stalin, pero Cuba, pese a la imaginación afiebrada de los poetas, estaba en otro clima, en una latitud y una circunstancia muy diferentes de la Unión Soviética de los años treinta y cuarenta, aun cuando hubiera desarrollado también un culto a la personalidad a su manera tropical y desguañangada. La prueba la dio un joven narrador, cuyo primer manuscrito había sido descubierto en 1968, entre dos metros cúbicos de manuscritos, por el autor de esta crónica, y que defendió con luminosa sencillez la causa de la buena fe y los fueros de la creación literaria. Sin embargo, José Antonio Portuondo, que presidía la sesión pública, dictaminó que las palabras del joven narrador, José Norberto Fuentes, habían sido la única mancha de esa hermosa velada: juicio que demuestra que, en materia de estilo, Portuondo sufre de algunas deficiencias de gusto.

Fidel me había dicho que la conversación de la última noche había sido útil, que lamentaba no haberla tenido antes, pero que ya me había acusado al presidente Allende. Quería decir con esto, me imagino, que ya no había nada que hacer, que mi suerte estaba sellada. Sin embargo, fuera de la indiscreción en comentarios enteramente privados, yo no había cometido faltas que pudieran justificar en un sumario administrativo la expulsión de la carrera diplomática. Tampoco podía tomar en cuenta

nuestra impertérrita Contraloría General de la República el testimonio de los policías cubanos que me habían vigilado y habían grabado mis conversaciones, iniciadas en muchos casos después de que sus agentes voluntarios o involuntarios habían hecho una labor minuciosa para tirarme de la lengua. El máximo castigo que permitía nuestra vapuleada «legalidad burguesa» era llamarme a Chile y colocarme en las listas del presupuesto en moneda chilena, agregando a ello la condena universal de los seguidores incondicionales de Fidel en Chile, que ya habían sido bautizados, sin que yo lo supiera todavía, con el nombre de «*lobby* cubano». El castigo, aparte de sus diversos inconvenientes, implicaba algunas ventajas: la de operar algo así como una selección natural de mis amistades, puesto que he llegado a una edad que exige la exclusión de lecturas y compañías innecesarias, y la de permitirme escribir este libro con más calma.

Los jefes y los amigos de Meléndez no escatimaron esfuerzos para facilitarme el retiro creador. Mandaron a Chile un variado y rico repertorio de cintas grabadas, donde las especulaciones de Padilla sobre el poder y sobre los laberintos de la historia, que solían suscitar en mí algún comentario complaciente, debían de ocupar un espacio privilegiado, sobre todo cuando se bajaba del nivel conceptual al terreno escabroso de los ejemplos personales e inmediatos... También mandaron, a través de nuestro joven e inexperto embajador mapucastrista, un voluminoso expediente que daba cuenta hasta de mis menores devaneos.

La embestida sirvió para que tanto el grupo de Meléndez como yo mismo hiciéramos un descubrimiento: mi jefe directo, el ministro de Relaciones Exteriores, no quería ni oír hablar de acusaciones policiales; no creía

que el destino profesional de un funcionario pudiera depender del testimonio de los micrófonos incrustados en sus habitaciones privadas. Era un signo, ominoso para los amigos de Meléndez, de que la llamada «vía chilena» podía ser algo más que una frase. El ministro sufrió, como es de suponer, toda suerte de presiones, pero se mantuvo incólume. Por lo demás, los dirigentes del Partido Comunista chileno sabían por experiencia propia lo que significaba estar en desgracia y sometido a la vigilancia policial en Cuba. Pero estos ya son elementos políticos de la situación, y esta crónica, aun cuando algunos puedan interpretarla mal, dista mucho de ser una crónica política.¹¹

Aparte de los elementos señalados, había un factor adicional, capaz de influir de una u otra manera en el caso, que los amigos de Meléndez conocían y que yo ignoraba: la experiencia de algunos expertos chilenos que habían trabajado en Cuba y que ahora trabajaban, muchas veces en puestos importantes, en Chile. La salida de ellos había sido más dura y aún más humillante que la mía, cosa que para mí constituyó una revelación completa.

El primer caso que conocí es el de X., brillante economista chileno que militó en su juventud en el Partido Comunista. El entusiasmo por la revolución cubana lo hizo enrolarse en los primeros tiempos para cooperar en la gestión económica del nuevo régimen. Al cabo de dos o tres años vio que el mundo de la economía estaba errado: el sistema de incentivos puramente morales iba a

¹¹ Este párrafo de mis cuadernos había desaparecido en el libro y me parece, sin embargo, importante. Este no es un ensayo sobre Cuba, sino un texto literario, que puede inscribirse dentro del género testimonial y autobiográfico. Está mucho más cerca de la novela que de cualquier otra cosa, aun cuando no inventa nada, en el sentido tradicional de la palabra inventar. Sólo inventa un modo de contar esta experiencia. Por eso, cuando Carlos Barral, su primer editor, me pidió una frase que definiera el libro, le dije: «Una novela política sin ficción».

conducir al ausentismo y a la baja de la producción; las previsiones de los administradores cubanos eran entusiastas, pero carecían de todo realismo; se iniciaban proyectos gigantescos, sin una base sólida de sustentación... A la vuelta de unos pocos años, según X., la economía azucarera y toda la agricultura de la isla entrarían necesariamente en un período de crisis aguda.

Después de largas cavilaciones, X. resolvió escribir una carta a Fidel para manifestarle que a su juicio había que enmendar rumbos, con la más drástica urgencia.

Dos o tres días después de enviada la carta, una tarde cualquiera, Fidel entró de improviso en la oficina de X. «Recibí tu carta, X. Tiene algunas observaciones interesantes, pero tú estás completamente equivocado. Me gustaría salir contigo y mostrarte algunas de las realizaciones de la Revolución».

Fidel llevó a X. a dar una vuelta en jeep por los alrededores de La Habana. Le mostró, como suele hacerlo con las visitas ilustres, sus ensayos de hibridación de ganado y las plantas de inseminación artificial; le hizo probar los quesos y beber la leche con gusto a almendras o a rosas de su granja modelo; después inspeccionaron algunos proyectos de cítricos, las construcciones de la nueva Escuela de Ingeniería, etcétera. X. miraba con atención y hablaba poco. Pertenecía al tipo del chileno reservado y terco, acostumbrado en Chile al ejercicio del espíritu crítico, que no se dejaba impresionar por las apariencias. X. regresó al día siguiente a su oficina y se sumergió en su trabajo. El paseo con Fidel no lo había hecho cambiar de opinión sobre la economía de la isla.

Pasó un año y no había ningún indicio de que se enmendaran rumbos. X. había adquirido la costumbre de reunirse todos los sábados por la tarde con otro exper-

to chileno, Y., para beber cerveza y conversar. A X. le gustaba olvidar en esas reuniones de los sábados en la tarde su tensión nerviosa y beber hasta emborracharse. Con Y. hablaba de todos los temas imaginables, sin cortapisas, en absoluta confianza. Desde luego, el núcleo central y casi obsesivo de las conversaciones era la situación real de Cuba, el «temita», como decían mis colegas literarios. Durante esas noches de sábado, en torno a innumerables botellas de cerveza, bebida que aún no estaba racionada, los dos economistas y amigos chilenos le daban vuelta al «temita» hasta el agotamiento.

Un sábado cualquiera apareció X. con el proyecto de una segunda carta a Fidel. Era un largo y descarnado análisis del estado de la economía. X. insistía en la necesidad de enmendar rumbos, que ahora le parecía más imperiosa que hacía un año.

Dos o tres días después, como la primera vez, entró Fidel a su oficina. «¡Tú eres muy testarudo, X.! ¡Eres un cabeza dura!». Enseguida, volviéndose hacia el resto de los presentes, que celebraban las salidas de Fidel con gran regocijo: «¿Han visto ustedes un compañero más cabeza dura? ¡Si es algo increíble, chico!». Grandes carcajadas de los presentes. «¡Bien!». Con aire de resignación, dispuesto a demostrar su infinita paciencia y a darse por segunda vez el trabajo de convencerlo, Fidel lo invitó a subir a su jeep. Otra vez recorrieron, dedicando más tiempo al asunto que en la ocasión anterior, las granjas agrícolas y ganaderas de los alrededores de La Habana.

Ese sábado por la noche, en el café donde tenían el hábito de encontrarse, Y. le preguntó a X.:

—¿Y qué tal el paseíto?

—¡Este gallo no tiene remedio! —exclamó X., que bebió su vaso de cerveza con un gesto amargo.

Por esos días se celebraba el cumpleaños de uno de los numerosos profesionales chilenos que prestaban su aporte a la Revolución. El promotor y organizador de la fiesta fue un funcionario cubano que tenía muy buenas relaciones, por haber estado alguna vez en Chile, dentro de la colonia chilena. El funcionario ofreció su casa para realizar la celebración. X., como era natural, figuraba en los primeros lugares de la lista de invitados.

En el transcurso de la fiesta, X. bebió varias copas de ron, como era su costumbre los sábados por la noche: costumbre muy chilena, por lo demás, y que el organizador y dueño de casa había conocido durante su permanencia en Chile y a lo largo de sus frecuentes contactos con el grupo chileno de Cuba. También había observado con atención a X., un hombre metódico, silencioso, que en la semana trabajaba doce o más horas diarias, sin probar una gota de alcohol, y que bebía en abundancia y soltaba la lengua, cambiando de personalidad, los sábados por la noche.

Pasada la medianoche, el dueño de casa invitó a X. a conversar en la cocina. Le preguntó con cierta insistencia sus opiniones sobre diversos personajes del gobierno. Las copas de la noche ya habían hecho su efecto en X., quien no escatimó los comentarios mordaces. El amigo cubano, que recibía las opiniones de X. con muestras de gran complacencia y de total acuerdo, se preocupaba con solicitud de reponerle la dosis de ron y hielo, cada vez que le veía la copa vacía. Si decaía la conversación, le lanzaba una nueva pregunta. X. no dejó tema por tocar.

El domingo a mediodía amaneció con dolor de cabeza y con una memoria confusa de lo conversado la noche anterior. El martes por la mañana lo citó el presidente Dorticós al Palacio de Gobierno. No era la prime-

ra vez que Dorticós, en su calidad de responsable de un sector de la economía isleña, lo llamaba para discutir problemas de trabajo.

Se abrió la puerta del despacho presidencial y había un grupo de gente alrededor de una gran mesa. Dorticós presidía. A X. se le había reservado un asiento en la cabecera opuesta. Al lado de Dorticós estaba el funcionario cubano amigo de los chilenos. Varios de los expertos chilenos formaban parte de la asistencia.

—Voy a dar lectura a una carta —dijo Dorticós— que ha dirigido el compañero... (aquí nombró al «amigo» de los expertos chilenos) al compañero primer ministro Fidel Castro.

El «amigo» declaraba en la carta que se veía en la obligación de informar al compañero primer ministro, comandante Fidel Castro, sobre los numerosos conceptos contrarrevolucionarios y expresiones despectivas para dirigentes de la Revolución que había emitido X. en presencia suya. La carta no dejaba de mencionar una frase peyorativa de X. a propósito del mismo Dorticós, que la leía en voz alta, en medio del profundo silencio de la concurrencia.

Al terminar la lectura, Dorticós, empleando esa sutileza en la delación pública que también utilizaría Padilla en el proscenio de la Unión de Escritores, después de salir de sus 28 días de purgatorio en las cárceles de la Seguridad del Estado, pidió a los chilenos presentes que comentaran el caso. Todos, apabullados y sumisos, aportaron su grano de arena a la acusación contra X.

—¿Tiene usted algo que decir? —preguntó Dorticós, después que cada uno de los asistentes hubo hablado.

X., con la terquedad de un mártir contemporáneo, aun cuando hay que reconocer que la tortura sólo era psicológica, hizo una larga exposición en la que re-

produjo y amplió los puntos de vista sobre la economía cubana que había sostenido en la carta a Fidel.

Después de aquella sesión en la presidencia de la República, X. recibió sus documentos para regresar a Chile en veinticuatro horas. Su historia fue conocida por muy pocos. Alguien, un testigo directo, después de escuchar algunos detalles de mi misión diplomática en La Habana, me contó el caso hace poco. Me dijo que, a pesar del coraje de X., la experiencia le había provocado una profunda crisis moral, de la que aún no está, al cabo de varios años y pese a ocupar un cargo importante en la nueva Administración de Unidad Popular chilena, enteramente repuesto.

Y., el experto chileno que se reunía con X. a conversar en un café de La Habana los sábados por la noche, fue protagonista de una historia quizás menos espectacular en su desenlace, pero no menos dramática y significativa. Él es también un hombre silencioso, sencillo, de alta calificación profesional. Al terminar sus estudios de economía en la Universidad de Chile, su militancia comunista le impidió encontrar un trabajo que correspondiera a su preparación. Conoció entonces —eran los comienzos de la revolución cubana— a un joven que había ido a Chile a reclutar expertos para trabajar en la economía de la isla, y se enroló de inmediato. Aún no había terminado su memoria de prueba para recibir el título de la universidad, pero decidió que aprovecharía el viaje para hacerla sobre un tema original, novedoso, a cuyo conocimiento iba a tener un acceso privilegiado: la transformación de la economía en la Cuba socialista.

Y. trabajó calladamente, durante años, en la preparación de su memoria. Una de sus pocas distracciones eran las charlas de los sábados en la noche con X. A lo largo del tiempo su memoria de prueba consignó sus observaciones,

sus críticas, sus advertencias acerca de la necesidad de seguir rumbos diferentes a los de Cuba en la construcción de la economía de un país socialista subdesarrollado. Llegó el momento en que se cumplía el plazo fatal en que debía regresar a Chile para recibir su título universitario. Pidió sus papeles y se los dieron. Empezó a despedirse de sus amigos, a ordenar sus cosas para el regreso. Todo parecía desenvolverse en forma perfectamente normal.

En la víspera de la partida, la mujer de Y. partió a un ministerio a cumplir con un trámite y él fue a otro a buscar algún papel que le faltaba. El departamento quedó a cargo de una empleada doméstica cubana que había llegado, con los años, a convertirse en una persona de confianza, casi un miembro de la familia. Ahora bien, en relación con la empleada cubana había ocurrido algo poco habitual: ella había recibido una súbita notificación de que aquella tarde debía llevar a su hijo a un ministerio a cumplir también con determinado trámite. Se había acordado que al regreso de Y. o de su esposa, la empleada saldría, pero la notificación la había dejado con mucho miedo, como si presintiera algo grave. Y. había tenido que calmarle los nervios antes de salir a cumplir con sus propias diligencias.

Y. regresó en la tarde y notó que unos listones de madera, destinados a permitir la ventilación de su departamento, estaban rotos. Algo inquieto por este detalle, abrió la puerta y se encontró con su departamento convertido en un campo de batalla: lámparas y adornos rotos, libros por el suelo, muebles volcados... Comprobó que le habían robado una máquina fotográfica y una radio a pilas casi nueva. De pronto pensó en el manuscrito sobre la transformación de la economía en la Cuba socialista, que guardaba en un cajón de su escritorio. Corrió a verlo, súbitamente alarmado, y comprobó que también había desaparecido.

En el cuartel de policía del vecindario, después de dar cuenta de lo ocurrido, le hicieron esperar dos o tres horas en una habitación interior. Al cabo de algún tiempo, la demora de los policías, su indiferencia, bajo una fingida preocupación, empezaron a resultarle inquietantes. De pronto, como decimos en Chile, «le cayó la chaucha».

«Como no estamos acostumbrados a los sistemas policiales, no se me había ocurrido que se trataba de un robo político. Me acerqué y le dije al jefe de policía que ya no me interesaba la denuncia. Estoy muy ocupado, le dije, y el asunto, a fin de cuentas, no tiene la menor importancia. ¡Cómo!, exclamó el jefe de policía, ¡si esto es muy grave! Usted es un experto extranjero. Nosotros no podemos admitir que se robe la casa de un experto extranjero. ¡Es un asunto de la mayor gravedad! Tuve que insistir largo rato para convencerlo de que en verdad retiraba la denuncia. No me dejaban irme del cuartel. Cuando logré salir, lo único que me interesaba era subirme luego al avión y volar a Chile. Ya había dado mi tesis, producto de varios años de intenso trabajo, por perdida».

Los responsables de la Revolución desestimaban estos casos con gran facilidad: se trataba de socialdemócratas, de liberales, no de revolucionarios auténticos. Fidel resumió el caso mío ante un político chileno de izquierda con esta sola frase: «Es un intelectual burgués». Como resumen del problema, no podía ser más simple, y mi compatriota político parecía bien dispuesto a aceptarlo así. «Intelectual burgués» era el calificativo destinado a los que se atrevían a disentir, a pensar por sí mismos, cualesquiera que fuesen sus razones. Los otros, los incondicionales, los buenos funcionarios, recibían en premio la aureola de la pureza revolucionaria.

Una actitud que conocí de buena fuente del embajador chileno, el primero que asumió estas funciones

después de las encargadurías de negocios mía y de mi reemplazante es, además de cómica, reveladora. Después de estudiar el problema del azúcar, yo había llegado a la conclusión de que sería muy difícil que alcanzaran siquiera seis millones de toneladas en la zafra de 1971, aun cuando Fidel había propuesto una meta de siete y después había bajado la mira, a medida que avanzaba la cosecha, a seis millones y medio. Así informé por oficio confidencial al Ministerio de Relaciones Exteriores a comienzos de enero de 1971.

Pues bien, el embajador conoció mi informe en Chile, antes de llegar a Cuba a asumir su cargo. Dijo que mis comunicaciones estaban marcadas e invalidadas por mis prejuicios contra la Revolución. Pudo agregar, como en las acusaciones que se autodirigió Padilla, que eran producto de la vanidad, del subjetivismo. Al iniciar su misión en Cuba, cuando tenía la posibilidad de verificar las cosas en el terreno, se aferró a su idea de que mis informes estaban errados, de que se cumpliría la meta propuesta por Fidel.

Una vez que se conoció el resultado de la zafra, ligeramente inferior a los cinco millones novecientos mil toneladas, dijo que no se había alcanzado la meta a causa del sabotaje. Es decir, ¡yo había adivinado a comienzos de enero que habría sabotaje! En cuanto a las razones sólidas y sencillas que yo insinuaba, en mi oficio de enero, sin darlas por establecidas —ausentismo, bajos rendimientos, progresos insuficientes en la mecanización del corte—, el embajador las descartaba de plano. ¡El subjetivista, sin embargo, era yo, y el materialista dialéctico el embajador! De ese modo actúa la pereza mental, el conformismo, sea éste de izquierda o derecha.¹²

¹² En octubre de 1973, al escribir el primer epílogo de este libro, me preguntaba por la suerte que habrían corrido los dos expertos. Después supe que uno de ellos terminó en la isla Dawson y que el otro tuvo que salir al exilio.

A todo esto me han llegado por terceras personas noticias de Cuba. Alguien, por ejemplo, me escribió cuando Heberto Padilla todavía continuaba preso:

«Aquí todos están preocupados: creen que viene ahora la represión en grande. Yo no lo creo porque siempre he dicho que aquí la cultura no interesa en lo más mínimo. Creo que lo han cogido para dar un escarmiento y más nada».

En una carta posterior, esta misma persona me escribió las líneas siguientes:

«Bueno, ya pasó la tormenta. Él se hizo su autocrítica y ha sido perdonado. La Revolución fue bien generosa con él. Lo malo son las repercusiones de todo esto y el daño que le ha hecho a muchos de sus amigos. Lo vi antes de irse para Santa María a pasarse una semana y está muy bien. Belkis también está muy bien y tal parece que no ha pasado nada. Pronto todo este desagradable episodio se olvidará porque después de todo la literatura es un asunto bastante sin importancia aquí».

Después, hacia fines de 1971, el mismo fiel corresponsal me escribía, entre otras cosas:

«Aquí todo muy tranquilo. Padilla está bastante delicado de un riñón y tuvo que abandonar su trabajo en Las Villas porque el médico le recomendó reposo absoluto. Ahora me dice un amigo que lo ingresaron por ese malestar. Hoy trataré de averiguar cómo sigue. Su salud está delicada pues tiene también el problema de los nervios, y parece que no han logrado mejorarlo en eso.

»Belkis está bien. Tiene licencia de la UNEAC y se dedica más o menos *to look after* Padilla. Ahora estoy leyendo, para diversificar mis lecturas, *The Great Terror*, de Robert Conquest, que creo hace poco tradujeron al francés. Está en Penguin y te lo recomiendo. Es lo más completo sobre ese período de la URSS. Conquest es también un escritor de ficción y distinguido poeta inglés.

»Bueno, por ahora más nada que contarte... Abrazos y saludos de todos los amigos que aquí te quieren y te recuerdan con nostalgia...».

Pasó hace poco un artista cubano por París y me confirmó que Padilla está muy bien, que ahora tiene un buen puesto en el Instituto del Libro, que participa en algunas tertulias literarias y habla con humor de su autocrítica, la que compara con algunas autocríticas clásicas de la historia del socialismo. Dice, por ejemplo, que la suya es mejor que la de Evtuchenko, pero que olvidó un detalle muy interesante que puso Luckács en la segunda de las suyas, y que en cualquier caso la mejor de las autocríticas —él reconoce que no consiguió superarla—, es la de Eisenstein, el gran maestro de los comienzos del cine soviético.

Como se puede apreciar, se temió en los días del encarcelamiento de Padilla que viniera una represión en grande. El vaticinio de Fidel de que yo y mis amigos sufriríamos nuevas y graves decepciones con la revolución cubana, frente a lo cual nuestras previsibles reacciones lo tenían completamente sin cuidado, me hizo temer lo mismo. Sin embargo, la represión en gran escala no se produjo. Mi amigo, «para diversificar sus lecturas», se dedicaba a leer sobre el Gran Terror de Stalin, cuyas dimensiones asiáticas, glaciales, eran profundamente ajenas al estilo de

vida, amable pese a todo, de la Perla del Caribe. Padilla había salido de la experiencia con la salud un tanto quebrantada, pero su voz teatral y sus carcajadas estentóreas resonaban otra vez en las tertulias habaneras. Eso sí, los errores de la Revolución ya no servirían de inagotable alimento para su ingenio. Al fin y al cabo, la Revolución, como escribía mi amigo, había sido bien generosa con él.

En resumidas cuentas, no había pasado nada, o más bien, para emplear la expresión de mi perseverante corresponsal que durante el último año, seguramente por simple efecto del olvido, no ha vuelto a escribirme, «y tal parece que no ha pasado nada».

París, abril de 1971
30 de abril de 1972

Epílogo

La doble censura

La primera edición de *Persona non grata* fue publicada en Barcelona por Barral Editores, la editorial de Carlos Barral, a fines de diciembre de 1973, tres meses y pocos días después del golpe de Estado de los militares contra el gobierno de Salvador Allende. Había entregado el manuscrito en mayo de ese año y los sucesos de septiembre me habían llevado a postergar la aparición del libro y a escribir un epílogo en el que explicaba mi posición frente a la Junta chilena. Con o sin epílogo, sin embargo, no era el momento más oportuno para hacer la crítica del castrismo, y menos para que la hiciera un escritor del convulsionado Chile. Había que concentrar toda la artillería en el ataque al general Pinochet y a su dictadura. Pero la verdad es que tampoco, si se lo piensa bien, había otro momento para hacerla. El texto era producto de la profunda crisis de aquellos años, de la convergencia de factores contradictorios que condujeron a la destrucción de la democracia chilena, atípica entonces, para decir lo menos, dentro del conjunto de los países de América Latina. Y era, más que nada, el resultado de mi experiencia personal, directa, curiosamente única, de primer representante diplomático del gobierno de Salvador Allende en la Cuba de Fidel Castro. El poeta Pablo Neruda, con quien había trabajado en los dos primeros años del allendismo en la embajada en Francia, él como embajador, yo de ministro consejero, me aconsejó más de

una vez, con insistencia y con prudencia, casi con miedo, en un tono muy propio de sus años finales, que escribiera mi testimonio sin omitir detalles, entero y tal como se lo había contado, pero que no lo publicara todavía por ningún motivo. Cuando llegara el momento adecuado, él me lo indicaría. Pero antes había que tener mucho cuidado: ¡había que andar con pies de plomo! Yo comprendía que el poeta, en su condición de viejo militante comunista, de ex estalinista renovado, para decirlo de algún modo, sabía muy bien de qué hablaba: sabía de memoria lo que era la oportunidad y lo que era la necesidad. Pensé, pues, que si esperaba la llegada de ese momento, de ese utópico momento oportuno, y sobre todo si esperaba que el poeta me diera la luz verde, corría el serio riesgo de esperar sentado, o de morir en la espera. Le mandé el manuscrito a Carlos Barral, sin darle demasiadas vueltas al asunto, y ahora, a pesar de todas las molestias, las presiones, las amenazas encubiertas que tuve que sufrir después de la salida del libro, creo que no me equivoqué. ¿Qué habría sucedido si hubiera consentido en esperar la oportunidad, sentado en la cuneta, comiéndome las uñas? A la oportunidad la pintan calva, dice un dicho bastante antiguo, y podríamos agregar que, además de calva, es jobada, y artrítica, y legañosa.

Después de la aparición del libro, seguida de un absoluto silencio de más de un mes de duración en la prensa y de un repentino estallido de comentarios a favor y en contra, los amigos de izquierda, es decir, casi todo el mundillo literario de aquel entonces, solían acercarse con algo de disimulo y tocarme el hombro: «Lo que has contado es la pura verdad, todos lo sabemos, pero no era el momento de contarlo». Algunos me escribieron largas cartas privadas, para dejar constancia de su opinión, in-

cluso para felicitar me, pero pocos se atrevieron a hacer mi defensa en público. Uno de esos pocos fue Octavio Paz. Pasó en enero de 1974 por Barcelona y se reunió con Carlos Barral y Mario Vargas Llosa. No me conocía personalmente, pero acababa de leer *Persona non grata* y quiso que me llamaran. Poco después, en la mesa de un restaurante chino, le pidió delante de mí a Vargas Llosa que escribiera sobre el libro en la revista *Plural*, la antecesora directa de *Vuelta* y de *Letras Libres*. Vargas Llosa, que hasta ese momento había callado, se tiró entonces de cabeza a las aguas agitadas de la crítica al castrismo y publicó su ensayo *Un francotirador tranquilo*, texto que después se ha reproducido muchas veces en muchos lados. El otro que escribió un ensayo interesante en el mismo número de *Plural* fue Emir Rodríguez Monegal, amigo y biógrafo de Pablo Neruda y detestado por los cubanos y sus seguidores, que lo acusaban de haber publicado en París una revista financiada por la CIA. En ese texto, Rodríguez Monegal analizó mejor que nadie hasta ahora la relación entre la realidad no ficticia y la escritura narrativa en mi libro. Señaló, de paso, que mi personaje de Heberto Padilla, creación, recreación, lo que ustedes quieran, era «un Stavroguin del trópico», es decir, un endemoniado de Fiodor Dostoievski extraviado en los malecones de La Habana.

En el grupo reducido de los primeros defensores de *Persona non grata* también estuvieron José Donoso, que no había hecho y nunca haría el viaje de rigor al Vaticano habanero, y, por razones obvias, Guillermo Cabrera Infante, quien ya llevaba años con Miriam Gómez en su exilio londinense. En días en que los simpatizantes de la isla murmuraban por ahí que yo era un delirante paranoico, puesto que veía micrófonos por todos lados,

Guillermo me escribió: «No hay delirio de persecución ahí donde la persecución es un delirio». Ya ven ustedes: el uso maestro del lenguaje prevalece al final sobre cualquier oratoria en la plaza pública. Y sobre cualquier bulliciosa majadería radial o televisiva.

Dos amigos y colegas que eran y siguieron siendo partidarios entusiastas del castrismo, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar, tuvieron reacciones curiosamente opuestas. Mi amistad con García Márquez se basaba en la literatura, desde luego, pero también, por lo menos en parte, en nuestra afición común a la música. Solíamos escuchar en aquellos días, no sé por qué motivo, obras de cámara de Gabriel Fauré, de César Franck, de Richard Strauss. Cuando salió mi libro, dejamos de hablar durante un tiempo de política y ahora me parece recordar que hablamos mucho de sonatinas y cuartetos de cuerda. En los últimos años nos hemos encontrado en diferentes lugares del mundo y Gabriel García Márquez llegó al extremo de contarme una vez, con humor, una explosión malhumorada de Fidel Castro a causa de su lectura de este libro. Ahora llego a la conclusión de que García Márquez tenía una experiencia política más larga y más complicada, que había comenzado en Colombia con su militancia juvenil en el Partido Comunista y con un viaje a uno de esos típicos encuentros del estalinismo, un Congreso por la Paz, en Europa del Este. «Hasta el *Readers Digest* tenía razón», me dijo una vez, a propósito de los crímenes de Stalin, y espero que ahora no reniegue de haberlo dicho. En todas estas materias, Julio Cortázar era mucho más inocente, de opiniones más simples y más frontales. Casi el extremo opuesto del Gabo. Había escapado de la Argentina de Perón, de una atmósfera donde un intelectual independiente, cosmopolita, de fondo afran-

cesado, no tenía la menor cabida. Después, a comienzos de la década de los sesenta, había viajado a Cuba desde su amada ciudad de París, con la mirada del intelectual de la ribera izquierda del Sena, y había descubierto dos cosas: América, con su ritmo, con su gracia, con su drama, y la revolución marxista-leninista. Nunca nos volvimos a ver, a pesar de frecuentes encuentros anteriores en París, en La Habana y ya no sé si en otros lados. En alguna oportunidad supe que le había dicho lo siguiente a un amigo común: «Sigo siendo amigo de Jorge Edwards, pero después de la publicación de *Persona non grata* prefiero no verlo». Esa extraña manera de seguir siendo amigo era, me imagino, un acertijo de *Rayuela*, o una historia de cronopios. A pesar de todo, todavía leo de cuando en cuando alguna página de Julio Cortázar y hasta ahora recuerdo conversaciones en la Place du Général-Beuret, en el distrito quince de París, o en las galerías de arte de la Rue de Seine o de la Rue des Beaux Arts. Y al hacer el balance de aquellos años, llego a la conclusión de que el suyo fue el único alejamiento que me entristeció de veras.

No faltó, por otro lado, y nunca faltaba, el intelectual o seudointelectual, el desgarbado profesor de universidad norteamericana en zapatillas de tenis, el activista de alguna cosa, el aspirante a algo, que me acusara de haber recibido cheques de la CIA por escribir el libro. Ni él mismo, el profesor en zapatillas, el seudointelectual, lo creía, pero decirlo, y sobre todo decirlo por escrito, era una buena prueba de lealtad, de firmeza doctrinaria. Uno de ellos, poeta prescindible por definición, me visitaba con frecuencia en 1970, año en que fui consejero de la embajada de mi país en Lima, y debo añadir que bebía mi whisky con notable entusiasmo y escasa medida. Escribió uno de los textos más cursis de todo el dossier de

prensa de *Persona non grata*. «¿Cuánto habrá pagado la CIA», se preguntaba, supuestamente intrigado, «por este ramillete?». Hace un par de años, en una presentación de un libro mío en el Perú, advertí con sorpresa que el poeta en cuestión, más viejo y más gordo, formaba en una cola para obtener una dedicatoria. Cuando llegó su turno, le dije con toda claridad: «A ti no te firmo nada, y ya sabes por qué». El pobre hombre dio media vuelta, sin decir palabra, y emprendió la retirada. Pensé para mis adentros que si había formado en esa cola, libro en mano, era señal evidente de que Fidel estaba de capa caída.

Ahora prefiero retroceder por un momento a los días de mi llegada a París desde La Habana, los del comienzo de la escritura de este libro. Para que se entienda un poco el antes y el después del texto, puesto que la narración central se explica por sí sola. En uno de esos primeros días, Pablo Neruda, que acababa de presentar sus credenciales como embajador del gobierno chileno al presidente Georges Pompidou, me contó que Salvador Allende le había escrito una carta extremadamente dura, diciendo que pediría sanciones administrativas en mi contra por mi actuación en Cuba, y que él se opuso en forma terminante. «No te quise mostrar la carta de Allende», me dijo Neruda, «para que no te pusieras nervioso». Allende, según Neruda, exigía que me trasladaran a un cargo de menos altura, y Neruda habría insinuado que él, en ese caso, también podría retirarse. Ni más ni menos. En otras palabras, sin conocer la situación real, o sólo con el conocimiento de la versión oficial cubana, el presidente Allende tomaba un apasionado partido en mi contra. Me imaginé renunciado al servicio exterior o desterrado en algún consulado de la Patagonia argentina, escribiendo mi testimonio cubano ahí, al lado de una estufa, con las es-

paldas protegidas por alguna manta chilota. Habría sido interesante, sin duda, estimulante en todo lo que concierne a la escritura en sí misma. Y desde el punto de vista de Allende, habría sido un perfecto disparate. Pero el Neruda de 1971, el que pronto ganaría el Premio Nobel de Literatura, era un escudo formidable. Y después sabría de otros defensores que no se me habían pasado por la cabeza. A mediados del año, tuve que hacer un viaje personal a Santiago, debido a la enfermedad terminal de mi madre. Pasé a saludar, como era de rigor en un funcionario de carrera, al ministro de Relaciones Exteriores de la Unidad Popular, Clodomiro Almeyda, un intelectual que militaba desde hacía muchos años en la izquierda socialista. El ministro me invitó a almorzar en el casino del ministerio y me pidió, cuando nos sentamos a la mesa, que le contara lo que me había pasado en Cuba. Yo ya había descubierto en el primer instante, con no poca sorpresa, que el ministro sentía escasas simpatías por Fidel Castro y su gobierno. «Nosotros no pertenecemos al *lobby* cubano», me había dicho su jefe de gabinete mientras nos dirigíamos al comedor. Conté entonces en veinte minutos lo que después narré en este libro en alrededor de trescientas páginas. Al final del relato, Clodomiro Almeyda, hombre más bien parco, campechano, me dijo que él se había imaginado algo así. «La única discusión sería que he tenido con el presidente Allende desde que estoy en este cargo», añadió, «ha sido por causa suya. Él quería aplicarle un castigo, y le contesté que no podía tomar medidas contra un funcionario chileno, alguien que siempre había obtenido las calificaciones más altas en su carrera, sobre la única base de la versión cubana de los hechos, sin escuchar la versión suya. Ahora», terminó el ministro, sin énfasis mayor, pero con toda claridad, «voy a volver a conversar con el Presi-

dente y le voy a decir que usted cuenta con toda mi confianza». Me parece que así lo hizo, y creo que Salvador Allende prefirió doblar la página de una vez por todas. En todo caso, la idea de las sanciones en mi contra no se volvió a escuchar por ningún lado.

Después de ese interludio santiaguino y de esa reveladora conversación con Clodomiro Almeyda, regresé a mi cargo de ministro consejero en París junto al embajador Pablo Neruda. El poeta padecía entonces de un cáncer avanzado a la próstata y asumía con enorme y penosa dificultad sus tareas en la embajada. Mi actividad, por eso mismo, era variada, complicada, incesante. Iba desde participar en las renegociaciones de la deuda externa de Chile con los acreedores reunidos en el llamado Club de París, recibir a delegaciones militares y parlamentarias, participar y hacer de orador en actos políticos o culturales, hasta vigilar que se despacharan las invitaciones a las recepciones oficiales, que los asientos estuvieran asignados de acuerdo con el protocolo, que hubiera flores en los floreros de la residencia de la Motte-Picquet. En los primeros días de la renegociación de la deuda, los funcionarios de la Dirección del Tesoro francés estaban asombrados. «*Un poète et un romancier!*», exclamaban, un poeta y un novelista. Después llegaron los expertos enviados desde Chile, y todavía no sé, en atención a las circunstancias excepcionales, imprevisibles, que se presentaban a cada rato, si renegociaron la deuda mejor que Neruda y yo. Lo hacían con gran despliegue técnico, pero frente a las preguntas esenciales, por ejemplo, la del pago de compensaciones a las compañías norteamericanas del cobre nacionalizadas, no tenían respuestas claras.

Entretanto, en las madrugadas de fines de 1971 y del primer semestre de 1972, en un quinto piso del barrio

de Passy, con vista a la torre Eiffel semioculta por la niebla o por la nieve, avanzaba en el primer borrador de este libro, el que escribía con tinta en un cuaderno de dibujo de gran formato. Un corresponsal de Prensa Latina, la agencia de noticias cubana, me invitaba con sospechosa frecuencia a tomar copas en cualquier lado y trataba de tirarme de la lengua. Pero, desde mi infancia en una casa burguesa, en una familia que me destinaba a tareas más productivas, tengo una sólida experiencia en esto de ser escritor clandestino. Pablo Neruda me pidió una vez que le pasara el manuscrito a fin de subrayar con un lápiz rojo, así dijo, las partes que convenía omitir. Tuve miedo de que el texto desapareciera de una sola plumada roja, y nunca se lo pasé. En mayo de 1973, cuando Neruda, gravemente enfermo, ya se hallaba de regreso en Chile, hice mi contrato con Carlos Barral. Decidí, con la mayor ingenuidad de este mundo, diciéndome que la ingenuidad, después de todo, era una buena defensa, pedir un permiso sin sueldo de la diplomacia chilena y publicarlo en España. Pero los acontecimientos se precipitaron. Se produjo el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, y yo, que ya gozaba de los primeros días de mi permiso en el pueblo catalán de Calafell, retuve mi manuscrito y le agregué las páginas de un *Epílogo parisino*. En octubre de ese mismo año, y a raíz de una tribuna mía acerca del golpe publicada en París en *Le Monde*, tribuna equivalente a un decreto de destitución firmado por mí mismo, a una soga que yo mismo me había puesto al cuello, fui expulsado del servicio diplomático chileno por la Junta Militar: me encontré de la noche a la mañana como exiliado en España y, por primera vez en mi vida, como escritor a tiempo completo. El libro, para bien o para mal, sería un final de mi prehistoria literaria y una entrada en la literatura.

A causa del *Epílogo parisino* que se publicaba en todas las primeras ediciones, el gobierno militar no tuvo más remedio que censurar *Persona non grata*. De manera que esta obra coleccionó las prohibiciones más diversas y contrarias: del general Pinochet, del comandante Fidel Castro, de las editoriales estatales del Este, de la izquierda intelectual de Occidente, sin excluir, desde luego, a la *izquierda caviar* y a la *gauche divine*. Podría contar interminables historias a este respecto, pero me limitaré a una o dos. Una gran editorial alemana, por ejemplo, mandó una comunicación urgente a mi agente literario, Carmen Balcells, para que no les enviara el libro «porque ya sabían de qué se trataba». Sus «scouts» en España ya la habían puesto sobre aviso, y ni siquiera consideraban conveniente ponerlo en lectura: podía presentarse por ahí algún lector editorial desprevenido y que desconociera la consigna. Porque ya existía una consigna no declarada, y los editores del circuito de izquierda, de centro-izquierda, de pseudo-izquierda, la cumplían al pie de la letra.

La censura más ingeniosa de todas fue la italiana. Los italianos del compromiso histórico, del PCI, de la Iglesia vaticana, de todas aquellas instituciones venerables, batieron el récord. Llegué a Milán en octubre de 1974 invitado por Bompiani, la editorial de la traducción italiana. Apenas llegué, Enrico Filipini, director literario de la casa, me dijo que había recibido un llamado por teléfono de los comunistas de Pavía. Estaban organizando un homenaje a Neruda en el Teatro Municipal de la ciudad y deseaban un conferencista conocedor del tema y en lo posible chileno. Al bueno de Filipini le pareció que yo, viejo amigo del poeta, colaborador suyo en la embajada del gobierno de Salvador Allende en París, era la persona más indicada. Los militantes de Pavía acepta-

ron la propuesta encantados, pero después se dieron el trabajo de leer mi libro. Ahí perdieron todo su entusiasmo de inmediato. Llamaron a Filipini de nuevo y le explicaron, consternados, que habían comprobado que el homenaje coincidía, lamentablemente, con el aniversario de San Francisco de Asís, y que por este motivo, de acuerdo con la tradición, no podrían utilizar el teatro del municipio ni otros lugares públicos. Nunca habíamos ni soñado, Filipini y yo, con la relación entre José Stalin, el padrecito de los pueblos, y el pobrecillo de Asís, pero por lo visto dicha relación existía. Fuimos recibidos en Pavía en una pequeña escuela, en una sala para no más de treinta personas, y me tocó hablar del poeta de *Residencia en la tierra* y de *Canto General* frente a una doble o triple fila de robustas matronas de brazos cruzados y de esforzados militantes locales. Hice un retrato humano y literario y conté algunas historias graciosas del poeta, las que fueron escuchadas con estólida seriedad, sin que en las caras de la asistencia se moviera un solo músculo. Al terminar el acto, dos o tres militantes jóvenes nos llevaron a un lugar que parecía un cabaret, espacio adecuado, supongo, para invitar a burgueses frívolos y borrachines, que contaban historias improbables, quizá calumniosas, de un Pablo Neruda que bebía whisky y que se colocaba narices postizas en las fiestas. De todas las censuras del libro, que todavía no terminan, como me lo acaba de hacer notar un joven cubano recién salido de la isla, creo que fue de lejos la más original.

Esta nueva edición en español, conmemoración un tanto postergada de los treinta años del libro, viene a salir en un momento de fuerte auge en América Latina del populismo, de algo que podría llamarse izquierdismo declarativo, un fenómeno que conocimos muy bien en la

región hace algunas décadas y que tiene, en verdad, una larga historia entre nosotros. En un momento así, parece, por lo menos a primera vista, que la vieja figura emblemática de Fidel Castro adquiere una vigencia renovada. Es un mascarón de proa, como el que adiviné de repente cuando navegábamos en el *Esmeralda* a la salida del puerto de La Habana, que reaparece remozado, un fantasma que resucita. Sin embargo, si uno examina cada caso con atención, llega a la conclusión de que ni la política de Hugo Chávez en Venezuela, ni la de Ignacio Lula da Silva en el Brasil, ni la de Kirchner en Argentina, ni la de Evo Morales en sus primeros pasos en Bolivia, y menos la de Michelle Bachelet en Chile, tienen nada verdadero en común con la ideología pura y dura del castrismo. Ninguno pretende expropiar la totalidad de los medios de producción, con la excepción estrictamente vigilada de algunos «paladares» o restaurantes caseros. Nadie habla de dictadura del proletariado. Y todos, más bien, se declaran respetuosos de los sacrosantos equilibrios macroeconómicos. Evo Morales, por ejemplo, durante la gira europea que realizó antes de asumir el mando, aseguró a sus interlocutores que protegería las inversiones extranjeras y les dijo que su único afán consiste en cuidar que la explotación de los recursos naturales de Bolivia vaya en beneficio del pueblo boliviano. Michelle Bachelet podría decir exactamente lo mismo, aunque quizá sin la misma retórica. Y se da siempre una paradoja extraña y que no deja de ser sorprendente: Chile, que se desarrolla más que ningún otro país de América Latina, que consigue reducir la pobreza en términos reales con mayor eficacia que sus vecinos, y que lo hace en condiciones de impecable estabilidad democrática, sin gobernantes que sólo aspiran a renovar sus respectivos mandatos, no es hasta ahora un

modelo invocado y celebrado por la nueva ola de izquierda que asoma en la región. Quizá por eso mismo: porque no parece atraído por los estilos y los métodos de esta nueva izquierda que recurre tantas veces a los lenguajes de la antigua, que nos da la impresión, tantas veces, de estar atrasada de noticias, carente de ideas más frescas.

Los grandes símbolos, al menos por ahora, son otros que los chilenos o van por otro lado. Quizá, porque no hemos tenido imaginación para levantar símbolos. Y la nueva izquierda continental, por su lado, rinde homenaje a la anacrónica revolución cubana, que ya forma parte de la historia, que de hecho pasó a la historia, como se dice en Chile, pero evita a toda costa imitarla. Los primeros pasos de Lula en el gobierno del Brasil, hace pocos años, fueron prudentes, y los de Evo Morales en Bolivia, por lo menos hasta ahora, también lo son. Por eso Lula y Morales han sido atacados desde sus respectivos flancos extremos, mientras Fidel Castro guarda un significativo silencio, demostración de que él tampoco es el mismo de antes. Uno diría que la revolución continental, bolivariana, castrista y guevarista, quedó en calidad de emblema, de leyenda, con sus logotipos, sus camisetas, sus canciones, y que su vigencia ideológica se extravió en algún recodo del camino. Lo cual no impide que periodistas, poetas, intelectuales cubanos de primera fila, paguen en la cárcel culpas políticas que ya no son culpas en ninguna otra parte del mundo, mientras nosotros, la gente del Occidente desarrollado o en desarrollo, nos olvidamos de ellos en forma vergonzosa. A mí no me importa demasiado que los políticos de cualquier pelaje le rindan homenajes verbales a Fidel y que viajen con cierta frecuencia a abrazarlo en su pequeño Vaticano habanero, emparentado, como habrán visto ustedes en este libro,

con las narraciones de Franz Kafka, más que con las páginas de Carlos Marx, pero pido que luchemos para que las cárceles políticas castristas, que son otra de las vergüenzas de nuestra época, sean definitivamente abiertas. En esto no tengo el menor propósito de transigir. Porque la escritura de este libro obedeció a dos motivos centrales. No quise por ningún motivo, en primer lugar, que la joven revolución pacífica de Salvador Allende, que me había enviado a la isla como primer representante diplomático suyo, siguiera los rumbos que pude conocer de cerca, por experiencia personal, sin que nadie me contara cuentos, de la revolución de Cuba. En una oportunidad, ante mi asombro, en los días de abril de 1971 en que acababa de llegar desde La Habana a París, Pablo Neruda, que venía de vuelta de un pasado de comunismo estalinista, le dijo al embajador cubano en Francia, Baudilio Castellanos, hombre popular en los medios artísticos latinoamericanos, donde era conocido como «Bilito», que a él no le gustaba nada el «policial socialismo». Después se comentó en círculos castristas y de la izquierda intelectual francesa, en tertulias donde no era raro encontrarse con Régis Debray y sus amigos de entonces, que Neruda estaba sometido a malas influencias. Me imaginé que yo, intensamente acusado de burgués, de liberal, de otros crímenes parecidos, era el eje de aquellas influencias nocivas, y confieso que me sentí orgulloso de serlo.

La segunda razón de mi escritura fue una solidaridad profunda, un sentimiento de amistad que me conmovió y me transformó, con escritores cubanos que estaban arrinconados, hostilizados, expuestos a toda suerte de vetos y de censuras, o que ya habían tenido que salir al exilio: gente como José Lezama Lima, Heberto Padilla, Virgilio Piñera, Guillermo Cabrera Infante, entre muchos otros.

Pues bien, lo declaro sin la menor vacilación: nunca me arrepentiré de haber quebrado una lanza por ellos. Y nunca, hasta el día de mi muerte, dejaré de quebrarla.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2006,
en Quebecor, calle 8 y 3, Parque Industrial Pilar
Buenos Aires, Argentina.
